

POR TIERRAS DEL PROFETA II
LOS BANDOLEROS PERSAS



KARL MAY

El autor, Kara Ben Nemsí, recibe una carta de su amigo Hachí Halef Omar, que fue su fiel criado y ahora es jeque de los Haddediynes de la gran tribu de Schammar, ofreciéndole su compañía para el nuevo viaje que éste tenía planeado. Juntos se embarcarán de nuevo en multitud de aventuras.



Karl May

Los bandoleros persas

Por tierras del Profeta II - 1

ePub r1.3

Titivillus 07.03.2017

Título original: *Die persischen Banditen*
Karl May, 1896
Diseño de cubierta: Piolin
Digitalización: mameluco1947

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: mameluco1947
ePub base r1.2



CAPÍTULO 1

Me entregaron una carta... con cierto retraso

Como ya he dicho varias veces en el curso de mis narraciones, declaro solemnemente, una vez más, que no creo en la casualidad. Añadiré que abrigo el completo convencimiento de que los hombres atravesamos la vida guiados por la mano del Todopoderoso.

Muchísimas veces un suceso, insignificante en apariencia, ocurrido larga fecha atrás y desde mucho tiempo borrado de la memoria, ha tenido inesperadamente tan importantes consecuencias que hubiera sido preciso carecer de entendimiento para atribuirlo a una mera casualidad. Así sucedió con mi encuentro con Dschafar, que, en mi accidentada vida, no fue más que un episodio insignificante del que apenas volví a acordarme. Confesaré francamente que hasta el chandschar que me regaló había perdido la eficacia de recordarme la aventura. Con frecuencia lo cogía sin que el nombre de su primitivo dueño viniera a mi memoria y, de tiempo en tiempo, lo llevaba en mis viajes, sin figurarme que pudiera prestarme otros servicios que los que solemos exigir de un arma cualquiera.

Y, sin embargo, aquel olvidado episodio de mi vida aventurera debía tener sus consecuencias, transcurridos varios años, y así lo demostraron los sucesos que me propongo relatar. El lector que haya leído mis Obras Completas, no habrá olvidado que, en el tercer tomo, «De Bagdad a Estambul», describo cómo, recorriendo el camino de la Caravana de la Muerte, que conduce de Bagdad a Kerbela, con mi fiel Hachi Halef Omar, fuimos atacados por la peste, y es un verdadero milagro que la enfermedad no tuviera fatales consecuencias para nuestras fuerzas físicas y morales, que casi llegaron hasta el agotamiento.

Aquellos días de sufrimiento, en los que ambos nos vimos abandonados y sin más ayuda que la que nos pudiéramos prestar mutuamente, ocupan en nuestro recuerdo un sitio de preferencia, así como también ha quedado profundamente grabado en nuestra memoria el lugar en que, durante semanas enteras, estuvimos oscilando entre la vida y la muerte. No tiene, por lo tanto, nada de particular que, durante una posterior estancia en Bagdad, decidiéramos hacer una visita al lugar que tan fatal pudo sernos.

Ante todo, debo hacer constar que, durante el tiempo transcurrido, mi inteligente Halef había llegado a ser el jeque de los Haddedihnes y que el respeto y las atenciones de que disfrutaba estaban en razón inversa con las dimensiones de su cuerpo.

Su figura, como ya recordará el lector, era pequeña y delgada, y lo que más enorgullecía al buen Halef era su bigote, aunque, en honor a la verdad, haré constar que se componía de trece pelos, esto es: seis a la derecha y siete a la izquierda. Pero,

indiscutiblemente, su valor era extraordinario. En cuanto a su adhesión a mí, me había dado tales pruebas de ella que con frecuencia me he preguntado a quién quería más: a mí o a su esposa Hanneh, a la que él acostumbraba llamar «la flor más hermosa entre todas las mujeres».

Si su lenguaje, aun para un oriental, era extraordinariamente florido y pintoresco, no lo era menos su estilo epistolar, del que recibí interesantes y numerosas muestras durante las épocas en que estuvimos alejados. Nos escribíamos con asiduidad, aun cuando los medios de comunicación fueran algo dificultosos. Yo enviaba mis cartas a Mossul, adonde él mandaba de vez en cuando alguno de sus beduinos para preguntar si había alguna carta mía, y la respuesta tardaba meses o quizás años, pues, para enviarla, tenía que esperar a que su tribu se aproximara a dicha ciudad. Así es que no se podía tildar a nuestra correspondencia de ser demasiado frecuente.

Tan original, por lo menos, como el conducto era el contenido de sus cartas, pero la última que recibí de él sobrepujaba a todas las anteriores. Nueve meses antes me había comunicado que pensaba marchar a Persia y que, por el camino, no dejaría de buscar el campamento de su tribu.

A eso me contestaba sirviéndose de su jerga medio árabe medio turca, que yo, naturalmente, he traducido como sigue:

Hachi Halef Omar, jeque de los Haddedihnes de la gran tribu de Schammar, a su amigo el Emir Kara Ben Nemsí Effendi:

¡Te saludo, te amo y de nuevo te saludo!

Tu carta, ¡oh, Effendi!, llegó a mis manos justamente a la hora de la oración del Asr. Gracias. ¡Alá te bendiga! El sol me pareció más brillante al ver que tenías bastante tinta para escribirme. ¡Alegría general! Hamdulillah! Ten la seguridad de que te contestaré inmediatamente, pero ¡oh, tinta!, ¡oh, pluma! Ambas están secas. Envío por agua y la agito dentro del pequeño recipiente. La negra costra se reblandece. Maschallah! La letra resulta muy pálida, pero tú podrás leerla, porque eres el sabio más sabio entre cuantos hay de Oriente a Poniente. ¡Lo juro! Hanneh, mi esposa, la flor más bella entre todas las mujeres, sigue despidiendo el suave aroma que me embriaga, lo mismo que diez años atrás. Tú no tienes esposa. ¡Alá se apiade de su siervo! Kara Ben Halef, mi hijo, que lleva tu nombre, es ya casi tan listo como yo y pronto me dejará atrás. Mi alma se regocija al observarlo, pero frunzo el ceño y exclamo: «¡qué pena! ¡qué pena!». Mis rebaños se multiplican y mis campos se dilatan. No falta riqueza, ni camellos, caballos, carneros, cabras y corderos. ¿Y tú? ¿Disfrutas de la misma suerte? ¿Es pura y mantecosa la leche que bebes? O ¿está lleno de gusanos el fruto de tus palmeras? En tal caso sólo puede servir para pasto de las bestias. ¡Oh, pobreza, preocupaciones y ruina! ¿Qué tal crece la hierba en tu patria? ¿Están en buen estado tus tiendas? Si no lo están, remiéndalas en

seguida, ya que un agujero pequeño se convierte muy pronto en un gran agujero. El viento y la lluvia no deben penetrar en ellas. Aquí tenemos luna llena. ¿Y tú? Huye de los viciosos, cuya especie se reproduce igual que las hormigas en el desierto. No des demasiado forraje a tus camellos y enséñales a ser pacientes. Deja que tus camellos duerman al aire libre, excepto tu yegua favorita, a la que permitirás la entrada en tu tienda. La noche y el rocío podrían perjudicarla. Tu guárdate de los enfriamientos y del pecado, ambos son mortales, porque los unos matan el cuerpo y el otro el alma, y ambas cosas serían muy de lamentar tratándose de ti. Créeme a mí que soy tu amigo y protector. Tus pensamientos están en Persia y los míos también, pues iré contigo. ¿Cómo podría dejarte ir solo?, ¡oh, Effendi! Quiero vivir de nuevo contigo y morir por ti, si es necesario. Ven. Mi incomparable «Rih», el mejor entre todos los caballos, te llevará sobre sus lomos. Su padre fue tuyo y tú me lo regalaste. Acepta, en cambio, al hijo mientras estés en Oriente. Ya ves cuánto te quiero y te venero. Empecé esta carta el tercer día del mes Tischrihn el Aurval y la concluyo el noveno día del mes Kamon el Tani, es decir, que entre ambas fechas hay un espacio de más de tres meses. Todo ese tiempo tu recuerdo ha ocupado mi corazón. Si, mientras tanto, hubieras venido no te escribiría, sino que te habría dicho lo siguiente: sé paciente con tu tribu, pero reprime con mano fuerte los chismes de las viejas. Así gobernarás sabiamente, conquistando fama y respeto. No te complazcas en tus propias faltas, porque éstas se convertirán en leones que, tarde o temprano, te despedazarán. ¿Sigues bebiendo vino? ¡Oh, Mahomed! Esa será tu perdición. Claro está que tú eres cristiano y yo un adepto del Corán; pero no importa, si traes algún vino bueno, beberé contigo. ¡Qué inefable alegría tenerte cerca! Desde mañana te esperaremos a cada instante. Ya está preparado el más gordo de todos los corderos para matarlo en cuanto aparezcas y el animalito muy satisfecho de semejante honor. No aflojes la cincha a tu caballo porque podrías caer. ¡Qué desconsuelo si te rompieras una pierna, un brazo o las costillas! Hanneh, la perla entre todas las mujeres, no se opone a que yo vaya contigo. Está cada día más hermosa. La verdadera felicidad no existe fuera del matrimonio. Cree en las palabras del que es tu verdadero amigo. No te reúnas con los infieles y pecadores que te apartarán del camino de la virtud. Busca, por el contrario, la compañía de los que puedan darte buenos ejemplos. Hoy es el cuarto día del mes de Nisahn. Contra mi voluntad la carta se ha alargado otros tres meses. ¡Oh, tiempo, cómo te dilatas y cuán numerosos son tus días! No dejes de hacer las cinco abluciones diarias a la hora de las oraciones, y si no tienes agua, hazlas con arena. ¡Oh, limpieza del cuerpo! ¡Oh, pureza del alma! Por el momento acampamos cerca de Oalat Scherkath y pronto nos dirigiremos hacia occidente; por eso envío hoy mismo un hombre a Mossul. Sé madrugador. No olvides que la oración de la mañana es más provechosa que el sueño. Trae tus famosas carabinas y, sobre

todo, ven lo antes posible. Recibe saludos, el cariño, la consideración y el respeto de tu amigo y protector.

Hachi Halef Omar Ben Hachi Abul Abbas Ibn Hachi Danmud al Gosarah.

Mi carta, a la que ésta era contestación, estuvo varios meses en Mossul antes de ser recogida, y como a Halef le costó seis meses enteros, y seguramente no pocos sudores, el pergeñar la respuesta, cuando se halló concluida, ya me hallaba yo en las orillas del Tigris.

Después de muchas e infructuosas investigaciones, logré, por último, averiguar que los Haddedihnes estaban no lejos de Dschebel Chonuka y hacia allí enderecé mis pasos. La empresa no dejaba de presentar dificultades. Tenía que atravesar el territorio de los enemigos de la citada tribu y, si me encontraban, me vería obligado a defender mi vida contra ellos. Iba completamente solo y el caballo que montaba no valía mucho. No había querido emplear demasiado dinero en la compra, porque estaba seguro de que Halef se creería muy honrado ofreciéndome un buen ejemplar de la raza árabe.

La suerte me fue propicia y no encontré a un alma viviente hasta que dejé atrás la cima de la Chonuka y empecé a bajar por la vertiente sur. Entonces divisé un jinete que, al notar mi presencia, detuvo su caballo y, con manifiesta desconfianza, empuñó su fusil. Yo, mostrándome más confiado, dirigí hacia él mi caballo y, al estar cerca, le saludé con un amistoso «*Sallam aaleikum*».

Él vaciló en contestarme y, por fin, sin devolverme el saludo, y después de medirme con mirada sombría de pies a cabeza, me dijo:

—¿Eres turco? ¿Quizá mensajero del Bajá de Mossul?

—No —respondí.

—No lo niegues. Lo veo por mis propios ojos. Tu rostro tiene el color blanquecino de los habitantes de las ciudades.

Llevaba demasiado poco tiempo en el camino para que el sol hubiera tostado mi piel y conocía de antemano la antipatía que profesan los beduinos a los empleados del Bajá, que son los encargados de cobrar las contribuciones que ellos, generalmente, se resisten a pagar. Así es que le contesté:

—¿Qué me importa a mí el Bajá? Yo soy un hombre libre, y ni siquiera soy súbdito suyo.

—¿Cómo puede un turco llamarse hombre libre? Sólo el beduino es libre.

—Yo no soy turco.

—Pues ¿qué eres? Por tu rostro veo que no eres kurdo. ¿A qué pueblo perteneces?

—Soy franco^[1].

—¿Franco? —Y riendo burlonamente añadió—: Eso es mentira. No hay ningún franco que se aventure a recorrer estas comarcas solo, como tú lo haces.

—¿Crees que el valor es patrimonio exclusivo de los beduinos?

—Sí.

—Y, sin embargo, te detuviste al verme. Yo, en cambio, avancé confiado hacia ti. ¿Cuál es el más valiente de los dos?

—¡Cállate! Para afrontar a un hombre solo no se necesita grande arrojo. Quiero saber a qué pueblo o tribu perteneces.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono casi amenazador mientras jugaba con el gatillo de su fusil. Su rostro me era desconocido. No era, pues, un haddedihi. Me guardé por lo tanto de decirle quién era yo y respondí en el mismo tono:

—¿Quién tiene el derecho de interrogar al otro? ¿Quién es aquí el de más categoría, tú o yo?

—¡Yo!

—¿Por qué?

—Los rebaños de mi tribu pacen la hierba de estos prados.

—¿Qué tribu?

—La de los Haddedihi.

—Tú no eres un haddedihi.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Si lo fueras, yo te conocería.

—¿Conoces a todos los hombres de esa tribu? —preguntó sorprendido.

—Por lo menos a los de tu edad.

—¡Por Alá! ¿Eres amigo o enemigo de ellos?

—Amigo.

—Demuéstramelo.

Me eché a reír en sus barbas, diciendo:

—Escucha, lo único que se ha de demostrar aquí es que tú eres haddedihi.

Montó el gatillo de su carabina y dijo con visible irritación:

—Si tratas de ofenderme oprimiré el disparador. Ahora soy haddedihi y antes pertenecía a la tribu de los Ateileh.

—Eso es otra cosa, y ya ves que la razón estaba de mi parte. ¿Conoces al jeque Malek, jefe de los Ateilehs?

—Sí, ha muerto.

—Justamente. Era el abuelo de la hermosa Hanneh, mujer de mi buen amigo Hachi Halef.

—¿Tu... buen amigo? —repitió con cierta duda.

—Sí, yo soy Kara Ben Nemsí *Effendi*, a quien habrás oído nombrar.

En su bronceado rostro se reflejaron, como en un espejo, primero la sorpresa, después la desconfianza y, por último, el desprecio.

—No mientas —dijo—. Si te has figurado que voy a dar crédito a tus palabras, demuestras no tener nada en la cabeza. ¡Vaya una facha que tienes para ser Kara Ben Nemsí!

—Pues lo soy.

—Si lo fueras, podrían confundirse el gorrión con el águila.

—¿Conoces tú a Kara Ben Nemsí?

—No, sólo hace un año que estoy entre los Haddedihs, pero no necesito haberte visto para saber que eres un embustero. Ese temerario hijo de Alemania es el único blanco que se atrevería a venir solo hasta aquí. Por eso tú no eres ningún franco, sino un siervo del Bajá.

—*Maschallah!* Tus razonamientos son singulares. Precisamente porque estoy solo aquí debo ser Kara Ben Nemsí; esto se desprende de las afirmaciones que acabas de hacer.

—Según parece quieres que me ría a tu costa. Puedo demostrarte que no eres el que pretendes ser.

—¿De veras?

—¿Acaso lo dudas?

—Sí.

—Pues oye y avergüénzate. Tengo en mi poder una carta que debe salir para Bilad el Alman^[2] y que va dirigida a Kara Ben Nemsí. ¿Cómo puede éste estar aquí si tiene que recibir una carta en su patria?

—¿Por qué no? Antes dudabas de que tuviera nada en la cabeza, pero ahora yo afirmo que tú careces incluso de cabeza. Hace nueve meses escribí al jeque de los Haddedihs anunciándole mi próximo viaje a Persia y prometiéndole una visita. ¿Crees que iba a dilatar mi viaje hasta que él me contestara, después quizá de un par de años? Estoy aquí antes de lo que él esperaba. Eso es todo. Además, yo le di un modelo para que escribiera los sobres de las cartas que me dirigiera. Si, en efecto, llevas una, las señas serán iguales a las que voy a escribir.

Saqué mi libro de memorias y apunté mi dirección en una hoja, que alargué al beduino. Éste echó mano al cinto, sacó la carta y, después de cotejar largamente ambos papeles, exclamó:

—¡Por Alá! No entiendo estas letras, ni lo que dicen, pero los rasgos son exactos. ¿Serás verdaderamente Kara Ben Nemsí *Effendi*? ¿Llevas dos carabinas, una grande y otra pequeña acaso?

Se interrumpió porque yo, cogiendo las armas de donde estaban colgadas, se las enseñé. Espectáculo interesante fue observar los cambios de expresión de su rostro. Por desgracia pude disfrutar poco tiempo de él, pues, entregándome rápidamente la carta y el libro, exclamó:

—*Ja suruhr! Ja suruhr! Hamdulillah!*^[3] Ya está aquí Kara Ben Nemsí. Corro a llevar la noticia.

Volvió el caballo y golpeándole los flancos con los talones, salió disparado por el mismo camino que había seguido. Con mis dos carabinas en la mano, el libro de memorias y la carta me quedé riendo a mandíbula batiente...

CAPÍTULO 2

Paz

ivaya un extraño recibimiento que me hizo el desconocido beduino en los prados de su tribu! Como es natural no podía precisar la distancia que me separaba del aduar Haddedihi, pero sus huellas eran una pista segura para llegar al término de mi viaje. Así es que me apeé y, sentándome en la espesa hierba, propia de la primera estación del año, me propuse disfrutar, con el necesario reposo, de la sabrosa lectura de la carta de mi fiel Halef.

Conocía yo de sobra el estilo del original y animoso hombrecillo para estar seguro que la carta encerrara toda una serie de consejos sin ningún fundamento, y, efectivamente, no me equivoqué. Debía remendar mi tienda, huir del pecado, no cargar demasiado los camellos, guardarme de los enfriamientos, no aflojar la cincha a mi caballo, etc., etc. Todo este fárrago de palabras inútiles, que no tenían otro objeto que demostrarme el cariño y adhesión del bravo Halef, no me ofendía lo más mínimo. Al contrario, me divertía sobremanera.

Habían pasado tres meses desde que escribió «te espero a cada instante» y, sin embargo, llegaba yo mucho antes de lo que él se figuraba. Me imaginaba perfectamente la revolución que causaría en el campamento el anuncio de mi llegada. Ni un solo chiquillo que supiera andar quedaría en las tiendas y todos los que pudieran montar a caballo saldrían a mi encuentro.

Después de leer la carta varias veces me coloqué de nuevo sobre la silla y seguí los pasos del Ateileh, a quien tanto me había costado convencer. Conducían hacia el sur de Dschebel Chonuka, y yo me dije que no podía hallarme muy distante del aduar beduino.

La extensísima pradera parecía un mar no interrumpido de florecillas primaverales. Mi caballo estaba cubierto del polvillo que despiden las flores y el del árabe no. Este indicio me permitió presumir, con fundamento, que, al encontrarme, llevaba recorrido poco camino. Sin duda, cuando apenas había iniciado su viaje a Mossul, tropezó con aquel a quien iba dirigida la carta.

Habría transcurrido un cuarto de hora escaso cuando yo pude darme cuenta de la exactitud de mis presunciones. Primero aparecieron dos jinetes que, a galope tendido, venían hacia mí. El uno montaba un caballo negro, y el otro, uno blanco. Antes de ver sus rostros, adiviné quiénes eran.

No podían ser otros que Hachi Halef Omar, montando la incomparable yegua blanca que antes perteneció a Mohammed Emin, y después a su hijo Amad el Ghandur, y Kara Ben Halef sobre el potro negro «Assil Ben Rih», digno descendiente de mi nunca olvidado «Rih». A cierta distancia de ellos venía otro jinete. Debía ser

Omar Ben Sadeh, caballero sobre uno de los corceles que obtuvo como botín de guerra, y detrás de éste avanzaba un nutrido escuadrón de jinetes, cada uno de los cuales se esforzaba en adelantar a los demás.

Como Halef y su hijo tenían los mejores caballos, llegaron los primeros. Me había apeado para recibirlos a pie. Sin detener los caballos, se arrojaron de ellos, y Halef, con los brazos abiertos, se lanzó sobre mí, gritando:

—*Sidi!*^[4], *Sidi!* ¡Mi bueno y querido *Sidi!* No tengo voz para demostrar mi alegría ni palabras con que describir mi placer. Perdona mi silencio, la emoción me impide hablar.

Dejó caer la cabeza sobre mi hombro y prorrumpió en ruidoso llanto. Correspondí a sus demostraciones de afecto y dije:

—El deseo de disfrutar de este instante me ha sostenido hasta aquí y no me quedan fuerzas más que para alabar a Alá por haberme permitido cumplir mi más ferviente anhelo.

Volvió a estrecharme entre sus brazos con más fuerza que antes y, soltándose por fin, se volvió hacia el mancebo, diciendo:

—¿Lo has visto, hijo mío? Mi *Sidi* me ha abrazado. Kara Ben Nemsi, a quien todos veneran y yo adoro, me ha besado repetidas veces. Esto es más, mil veces más de lo que mi cariño y adhesión podían esperar. No olvides en tu vida este momento. Para ti es este un honor que no puede ser comparado a ningún otro galardón.

Acercó a mí el muchacho para que pudiera besarme la mano; yo me incliné y deposité un beso en su frente, diciendo al mismo tiempo:

—Eres el hijo de mi buen amigo Halef y, en recuerdo mío, te han puesto el nombre que llevas. Ten por seguro que te quiero lo mismo que a tu padre y, cuando seas hombre, deseo que te parezcas a él.

Mi pequeño Halef irguió su corta estatura y, con los ojos llenos de lágrimas de alegría, me dijo:

—¿Te has fijado bien en las palabras del héroe? Has de ser un hombre como yo, como tu padre. Nosotros hemos matado leones y vencido panteras negras, siempre la suerte nos ha favorecido en los combates y jamás hemos vuelto la espalda al enemigo. Por tus venas corre mi sangre y en tu cerebro se agita mi mismo espíritu. ¡Alá permita que tus acciones logren la misma fama que las de tu esforzado padre!

Tal era mi excelente amigo. Ni aun en el primer instante de nuestro encuentro le era dado prescindir de su pintoresco estilo. No se crea que esta ampulosidad era afectada, sino ingénita de su propia naturaleza. Se dejaba llevar por la fogosidad de su imaginación aun en aquellos momentos en que estaba sinceramente emocionado. Conociéndole a fondo se acababa por encontrar su estilo natural. Mientras tanto había llegado también Omar Ben Sadeh. Se apeó y, tendiéndome ambas manos, me dijo:

—*Sidi*, no me acerco a ti cargado de fama y honores como Hachi Halef, nuestro jefe, pero te quiero tanto como él y no olvidaré nunca lo mucho que te debo, ni se extinguirá la gratitud de mi corazón. Bien venido seas. Contigo vuelvan a nosotros

todos los buenos espíritus.

En tanto llegó el numeroso tropel de los jinetes. Con las riendas en la mano izquierda y el fusil en la derecha, llegaron hasta tres pasos de nosotros como si fueran a atropellarnos; pero, a tan escasa distancia, cambiaron la dirección de los caballos, se levantaron sobre los estribos y dispararon las armas formando una porción de figuras y haciendo rápidas evoluciones cuyo centro éramos nosotros. Todo esto acompañado de incesantes disparos y gritos aún más ensordecedores.

Preciso era conocer a fondo las costumbres beduinas y estar bien enterado de la maestría de aquellos salvajes en el manejo del caballo, para no emprender la fuga. Detrás se extendía una fila de muchachos, de cinco años escasos, también a caballo, pero, no permitiéndoles su corta edad tomar parte en la *Fantasía*, se contentaban con verla.

Una vez terminada la ceremonia, montamos de nuevo y, al galope, emprendimos el camino del campamento. En él fuimos recibidos por los ancianos, mujeres y niños que, al vernos llegar, poblaron los aires con gritos de bienvenida.

En el acto se empezó a montar la tienda, completamente nueva, que yo debía ocupar. El hecho de disponer los Haddedihnes de una tienda especial para albergar a sus más distinguidos huéspedes demostraba que en la tribu se disfrutaba de un bienestar rayano en la opulencia. Más tarde, cuando Halef, con legítimo orgullo, me acompañó a recorrer el aduar y me enseñó los rebaños, pude apreciar, con verdadera alegría por mi parte, que la riqueza de aquellos hospitalarios árabes había aumentado considerablemente desde que los dejé. Comuniqué esta observación a Halef, quien aprovechó la ocasión para hacer resaltar las excepcionales dotes de su persona. Deteniéndome, me preguntó:

—¿Sabes, *Sidi*, a quién tiene la tribu que agradecer todo eso?

—A ti, de seguro. ¿No es así?

Se puso las manos sobre el corazón, enderezó el cuello y arqueando las cejas dijo:

—Sí, a mí. Yo soy su jeque y ya sabes la importancia que tiene la buena administración. A mí, a mí sólo me están confiados todos esos cuerpos y almas que habitan dentro de los cuerpos. Yo soy el padre, la madre, el abuelo, los bisabuelos y hasta todos los antepasados de mi pueblo. Yo los lavo y los peino, los educo y aconsejo, satisfago su hambre y sed, los guardo y los protejo. Los he hecho ricos y felices. ¿Puedes adivinar por qué? No consiste más que en una palabra muy corta.

—Supongo que aludirás a la palabra paz.

—Sí, me refiero a la paz. Mohammed Emin y Amad el Ghandur fueron bravos guerreros, pero no tuvieron suerte. Si no llegamos a estar aquí tú y yo, en la época del famoso combate, habrían sufrido una total derrota. Mohammed Emin pereció en la refriega y su hijo fue despojado de su dignidad de jeque en castigo a las faltas cometidas. Entonces escogieron a Moleh, el abuelo de mi esposa Hanneh, la perla de las mujeres y la más hermosa entre todas las del mundo. Ya era anciano; pero, como todos los Ateileh, tenía instintos belicosos y tampoco lo acompañó la fortuna. A su

muerte fui elegido yo; los Haddedihnes dieron con esto una prueba de buen juicio. Bien sabes que soy un valiente guerrero y que nunca he temido a ningún contrario. También a mí me gusta manejar la espada y no dejarla enmohecer en el cinto, pero te interpusiste tú, *Sidi*.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Cómo?

—Tu voz salió de entre los labios de mi esposa Hanneh, la flor más preciosa de todo el vergel femenino. Tantas veces nos has hablado del amor al prójimo, de clemencia, de misericordia y de magnanimidad, y tanto nos has dicho que el hombre debía ser una imagen del mismo Dios. Tú nos has enseñado que el amor es una fuerza poderosa a la que es imposible resistir. Estas fueron tus palabras, pero tus acciones han sido aún más eficaces. Con frecuencia hemos visto que has perdonado y aun socorrido a tu más enconado enemigo. Siempre has preferido obtener a las buenas o por medio de la astucia lo que hubieras podido conquistar mucho más rápida y fácilmente empleando las armas y la violencia. Mil veces has expuesto tu propia vida para salvar la de un enemigo. Todos estos hechos, aún más que las palabras, hallaron eco en el corazón de mi esposa Hanneh, que merece el primer premio entre cuantas mujeres pueblan la Tierra. Mucho, muchísimo tiempo después de que tú te hubieses alejado, ella, sentada en su tienda, prestaba oído siempre que se hablaba de ti. En una palabra, que te escogió por modelo y no quiso permitir que yo desenvainara mi corvo sable. Ya recuerdas que tú y yo vencimos en aquel tiempo a los enemigos de esta tribu, inutilizándolos para una serie de lunas. Cuando ascendí a jeque se confabularon contra mí y sobrevino un levantamiento general. Quise defenderme con el filo de nuestras armas, pero Hanneh, que sobresale entre todas las mujeres como el brillante entre las piedras preciosas, me lo impidió diciendo que tú, en ese caso, emplearías la maña y no la fuerza. Me aconsejó que procurara enzarzar entre sí a nuestros enemigos, diciéndome también de qué modo podría conseguirlo fácilmente. Así evité el combate y he doblado nuestro poder.

—¡Hum! —dije sonriendo—. ¿Crees que fue acertado el consejo de tu esposa?

—Escucha —me dijo frunciendo el ceño con aire pensativo—. ¿Puedo confiarte una cosa?

—Todo lo que quieras.

—Pero ¿no se lo dirás a nadie?

—Ya sabes que no peco de chismoso.

—Estoy seguro de ello. Oye, pues, mi secreto y consérvalo en lo más profundo de tu corazón —y, acercando sus labios a mi oído, prosiguió—: Hanneh no es sólo la más seductora entre cuantas flores embellecen los harenes, sino que es, al propio tiempo, la más inteligente, puedes creerlo, *Sidi*, siempre tiene razón.

Estuve a punto de proferir una carcajada al oír el orgullo y convencimiento con que pronunció estas frases. ¿Es decir que mi valiente Halef estaba bajo la zapatilla de

su señora y que el bravo jeque de los Haddedihnes no era él, sino la más seductora de las flores? Confieso que me alegré y que no desmereció ni un ápice en mi consideración. Sería muy conveniente que todo hombre de carácter acalorado y violento tuviera a su lado una mujer prudente y sensata, que, dominándolo por la dulzura y el amor, le impidiera cometer actos reprobables. Y digno de respeto es también el que, a pesar de la violencia de su temperamento, consigue dominarse y acepta y sigue un buen consejo. En ello no pierde ni el más mínimo átomo de su dignidad masculina. He conocido numerosos matrimonios cuya felicidad era debida al talento y prudencia de la mujer. Las esposas así son perlas cuyo valor nunca se podrá apreciar bastante.

Halef, en tiempo pasados, fue para mí un fidelísimo, abnegado y, en muchos casos, insustituible servidor y compañero. Su intrepidez y valor estaban fuera de toda discusión y me consta que, para salvar mi vida, no habría vacilado en exponer la suya, pero, justamente en los peligros, no siempre se podía confiar en él. Su temeridad lo arrastraba a ir más allá de las instrucciones que le daba, y esta falta de prudencia y sangre fría me había puesto muchas veces en situaciones críticas. Por eso fue para mí una verdadera satisfacción saber que su esposa pertenecía al número de esas mujeres prudentes.

Incliné la cabeza con ademán amistoso y le dije:

—Puesto que ella tiene siempre razón, ¿es que nunca la tienes tú?

—No tal. ¿Cómo puedes pensar eso, *Effendi*? ¿Tan mal conoces a tu Halef? Estoy siempre de acuerdo con ella, por lo tanto los dos tenemos razón.

—Eso está muy bien por tu parte, mi querido Halef. Un musulmán que sigue los prudentes consejos de su esposa, obra según las doctrinas del Corán.

—¡Cuánto se regocija mi alma de que opines así! Algunas veces te confesaré que he tenido intenciones de oponerme, pero cuando miro el rostro de la más bella de las mujeres, comprendo que debe tener razón. ¿Cómo es posible que yo entristezca aquel incomparable semblante ni que trueque en gesto de pena la más dulce de las sonrisas? Te diré, en confianza, que su sonrisa no tarda en reflejarse en mi rostro y entonces... entonces... sucede... sucede...

Viendo su vacilación, añadí:

—Sucedete que tu sonrisa se transmite a los demás Haddedihnes y acaba por sonreír la tribu entera.

—Sí, *Effendi*; eso es lo que sucede generalmente. De Hanneh, la obra más perfecta de Alá, emana una suavidad que primero me envuelve a mí y después se esparce por cuanto nos rodea. Mis haddedihnes ya no son los rudos y desconsiderados guerreros que antes eran. Algunas veces hasta llegan a tratarme con cortesía. A mí, que soy su más alta autoridad. La causa fundamental de todo esto no es otra que tus doctrinas y tus consejos y ejemplos, y, ya que estamos solos, te diré sin rebozo que las Sagradas Escrituras de los cristianos, ¡por Alá y los Profetas!, encierran mucha más sabiduría que el Corán, que antes me parecía ser el compendio

de toda la divina y humana sabiduría.

Tú sabes bien que tiempo atrás quise conquistarte para el Islam y no pocas veces me incomodó tu tenaz resistencia, pero ahora he comprendido que una sola de las dulcísimas sonrisas de mi Hanneh encierra más religión y sabiduría de la que se encuentra en las ciento cuarenta suras del sagrado libro de Mahoma. Además... escucha otro secreto.

Y, acercando de nuevo su boca a mi oído, murmuró:

—Mi Hanneh, la más fresca rosa de los pensiles celestiales, rechaza las doctrinas del Corán.

—¿De veras? ¿Lo dices en serio?

—Las rechaza obstinadamente.

—¿Por qué?

—Porque el santo libro afirma que las mujeres no tienen alma.

—¿Y ella no admite esa afirmación?

—No, en modo alguno. Ella está segura de que tiene alma. Y... ¡qué alma!

—¡Hum! Meditaré sobre ello.

—¿Meditarlo? A mí no me permite decir lo que opino sobre esas materias. Apenas, con toda clase de miramientos, apunto que Mahoma debía saber lo que decía, me interrumpe afirmando que, dejando aparte sus perfecciones corporales, su alma sola vale más que todos los profetas juntos.

—¿Y tú le das la razón?

—Naturalmente, ya he dicho que siempre tiene razón, y el hombre que sigue los mandatos de su esposa es como si siguiera los mandatos del Corán, esto lo has dicho tú también hace poco. Así es que yo sigo las doctrinas del santo libro al creer que Hanneh es la más perfecta de todas las mujeres.

¡Vaya una lógica! Mi pequeño y avisado Halef creía seguir las enseñanzas del Corán mientras negaba algunas de las más claras y fundamentales.

Como se supondrá, me guardé muy bien de llamarle la atención sobre esta contradicción y, terminada nuestra conversación, volvimos al aduar para comernos el cordero, que, según las palabras de Halef, «estaba satisfecho y orgulloso de ser sacrificado en honor mío».

Durante una semana entera fui el huésped de la tribu de los haddedihnes. En ese espacio de tiempo el único tema de conversación fueron los acontecimientos que ocurrieron en la época de mi anterior visita, cuyo recuerdo llenaba a todos de legítima satisfacción. No necesito decir que el principal orador era Halef. Nos dio varias sesiones en las que pronunció innumerables discursos para demostrar que yo era el más bizarro de todos los héroes que existían bajo la capa del cielo y en los que no dejaba de colocarse a mi lado como amigo, protector y consejero.

En cuanto se ponía en posición de soltar uno de esos ditirambos a mi persona y, de paso, a la suya, yo acostumbraba alejarme. Ya que no tenía medios de atajar las exageraciones de su fantasía oriental, al menos no quería sancionarlas con mi

presencia.

Una vez que harto de ellas me permití hacer una observación, en la que pronuncié la palabra adular, saltó el jeque como si le hubiera picado una víbora y, dirigiéndose a mí en tono resentido, me dijo:

—¿Cómo? ¿Qué dices, *Effendi*? ¿Yo soy un adulator? ¿Cómo puedes ofenderme de ese modo ni cubrir con el carmín de la vergüenza las mejillas de un hombre que, desde hace tanto tiempo, te ha entregado su corazón? ¿Olvidas que mil veces, una después de otra, he expuesto mi vida por ti? ¿Para qué se realizan hazañas como las que nosotros hemos llevado a buen término? Para poder hablar de ellas y referirlas más tarde, para nada más.

—No, las que nosotros hemos realizado han tenido un fundamento más noble y elevado...

—¿Fundamento? —me interrumpió—. ¿Quién se ocupa del fundamento? Esto es anterior al hecho, y el hablar de él viene después. Si yo no pudiera hablar de lo que he hecho y visto, preferiría no hacer ni ver nada.

—Y ¿quién te prohíbe hablar? Sólo debes guardarte de las exageraciones.

—¿Exageraciones? ¡Oh, *Sidi*! ¿Cómo es posible que, a pesar de tu experiencia, conozcas tan mal a los hombres? El hombre es el único ser incrédulo de este mundo. Las bestias, las plantas y las piedras no pueden ser incrédulas, como, según parece, tú ignoras, y, siendo el ser humano el único dotado de incredulidad, posee de ella una cantidad tan inmensa que no se puede contar, medir ni calcular. Pronuncia la palabra ciento y será inmediatamente reducida a veinte; si tienes cinco hijos la gente sólo te atribuirá dos, y si afirmas que tu boca encierra treinta y dos huesos, apenas te concederán diez u once, mezclados con veintitantas *chilahl*^[5]. Por eso el hombre inteligente debe decir siempre más de lo que es en realidad. Yo, el padre de un solo hijo, digo que mi familia se compone de diez varones y veinte hembras y afirmo que tengo veintinueve dientes, en lo que no miento, puesto que estoy seguro de que el que me escucha rebajará la tercera parte por lo menos. Yo no miento ni exagero. Si digo que tengo dos piernas creerán que me sostengo en una. Así es que, para no faltar a la verdad, digo que tengo cuatro para que crean en dos. ¡Alá ilumine tu entendimiento, a fin de que, poco a poco, comprendas lo que acabo de decir y no vuelvas a interrumpirme cuando relate nuestras comunes hazañas! Si en pleno desierto matas un zorro, conviértelo en seguida en un león; de lo contrario, creerán que fue una rata, y si un hombre perece en el río, di que se han ahogado diez o pensará la gente que el río no llevaba agua bastante para ahogar a nadie. Graba estas palabras en tu corazón *Sidi*. Conozco el mundo y los hombres mejor que tú. Si al regreso de tu viaje a Persia vuelves por aquí cuenta más, mucho más de lo que te haya sucedido. *Alá jesellimah!*

[6]

CAPÍTULO 3

Dos hombres y un niño emprenden un viaje

Después de su última bendición, dio la vuelta y se alejó con el continente altivo y satisfecho de un hombre que ha entregado toda su fortuna para salvar a otro de la ruina. Decididamente era incorregible en cuanto a la exageración. En disculpa suya debo añadir que ésta no era excesiva tratándose de un oriental. Después de todo, si hubiera pensado a la europea, no habría sido el original y fantástico hombrecillo a quien tanto quería y que tan buenos ratos me había hecho pasar.

En el curso de la semana que acababa de pasar, como es natural, se trató muchas veces de mi proyectado viaje a Persia, y así me enteré de que Halef se proponía emprender antes una expedición que era aún más importante que mi viaje.

La cabila de los Haddedihnes pertenecía a la raza de Schammar. Desde mucho tiempo atrás, en la fecha en que fue elegido jeque, abrigaba Halef el propósito de trasladarse a Dschebel Schammar, el más importante lugar de toda la comarca, y reanudar las por muy largo tiempo interrumpidas relaciones con los miembros de su propia raza.

Como se ve, Halef no sólo era un intrépido guerrero, sino un perfecto diplomático, en cuyos manejos no dejaban de tener un importante papel los acertados consejos de la incomparable Hanneh. Ésta, y por consecuencia su esposo, opinaba que una aproximación y alianza con las demás secciones de la tribu redundaría en beneficio de los Haddedihnes, proporcionándoles considerables ventajas y aumentando su poder en relación a las tribus vecinas, de las que se podía fiar muy poco, a pesar de los recientes tratados de paz.

Dado el gusto que sienten los beduinos por la ostentación, Halef debía hacerse acompañar por una numerosa y lucida tropa de jinetes que causara admiración en Dschebel Schammar, pero la empresa era arriesgada, por no decir peligrosa, y podía terminar en un fracaso.

Halef era muy aficionado a las aventuras, siempre que éstas le permitieran relatarlas después, colocándose en el pináculo de las alabanzas y, por consiguiente, el temor a un fracaso le hizo reflexionar seriamente si no sería mejor emprender el viaje solo. Pero no había contado con Hanneh, que, según las propias palabras de su dichoso marido, «cayó sobre él con su acostumbrada energía y, en tono de profundo amor, que no excluía la firmeza», le dijo que no le permitiría hacer semejante viaje. Por fortuna, entonces también tuvieron la noticia de mi próxima visita y este anuncio dio al asunto un giro inesperado.

¡Qué suerte y qué alegría poder emprender el camino de Dschebel Schammar en compañía de Kara Ben Nemsí y presentarse allí como el amigo y protector del más

famoso héroe de la tierra! De este modo no era necesario llevar acompañamiento y, sin duda, no faltarían aventuras, que, al ser relatadas más tarde, «asombrarían a las generaciones futuras». Al mismo tiempo podría realizarse un deseo que desde hacía mucho tiempo abrigaba no sólo el animoso Halef, sino también su prudentísima esposa. ¡Quién sabe si ese viaje no daría oportunidad al que Kara Ben Halef, su hijo, pudiera distinguirse y mostrar a todos que era digno descendiente de su heroico padre!

Éste era uno de los más ardientes deseos de sus padres. Halef estaba convencidísimo de que nadie mejor que él mismo podría defender y proteger a su hijo, pero la incomparable Hanneh no participaba de esa opinión. Confiaba con más gusto su hijo a mi custodia que a la de su marido solo, y, por eso, en cuanto se enteró de mi próxima venida, dio su consentimiento para que nos acompañara Kara Ben Halef. Ni siquiera se le ocurrió consultarme para saber si yo deseaba tomar parte en la proyectada expedición.

Dieron por supuesta mi conformidad. Cuando, por mera fórmula, me dijo que la aventura era de las que a mí tanto me gustaban, no vacilé en dar mi aprobación, tal y como ellos se habían figurado. Respecto al proyecto de llevar un numeroso acompañamiento, Halef me preguntó:

—Querido *Sidi*, si mal no recuerdo, antes opinabas que mucha gente sólo sirve de estorbo en muchas ocasiones. ¿Sigues teniendo la misma opinión?

—Sí. ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque había decidido emprender la marcha con una escolta compuesta de unos cien guerreros, a fin de causar más sensación que si me presento con escaso acompañamiento. Pero tu llegada me ha hecho recordar con orgullo las peligrosas empresas y las increíbles hazañas que hemos llevado a cabo juntos, sin necesidad de ayuda ajena. A la gloria que conquisté entonces, tengo que agradecer que me hayan elevado al rango de jeque de los Haddedihnes. Por desgracia, a partir de entonces, no he tenido ocasión de acrecentarla, pues los últimos años se han deslizado sin que en ellos sucediese nada digno de mención. ¿He de dejar que se entumezcan mis coyunturas y que mi valor se asemeje a un viejo acero que ya no se cimbré? Ya conoces a tu Halef y no ignoras que el peligro es tan necesario a su alma como al pez el agua en que vive. Todo mi ser se asfixia en esta inactividad y mi ánimo parece como un águila transformada por Alá en un caracol. ¿Y qué será de mi hijo, Kara Ben Halef, si la suerte no le depara ocasión de patentizar su bravura y dar pruebas de su capacidad? Será un ser inútil que pasará su vida haciendo *lagmi*^[7] hasta que lo mate un resfriado. ¿No es esto triste? ¿Puede el muchacho hallar la protección de cien guerreros? ¡No! Por eso he saludado tu llegada con redoblada alegría. Tengo el anhelo de emprender nuevamente algo que merezca ser escrito en el libro de los héroes, y esto sólo es posible si volvemos a hacer lo que antes: viajar solos. ¿Qué dices a esto?

—Pregunta primero qué dicen los guerreros que debían acompañarte y a los que

quieres dejar aquí.

—No necesito preguntarles nada; soy su jeque y sólo tienen que obedecer. Los indemnizaré más tarde con una espléndida cacería. Conque, mi querido *Sidi*, estoy pronto a escuchar el consejo que quieras darme.

—Si sólo consiste en mí, viajaremos solos, pues, por varias razones, creo que es lo mejor.

—¿Cuáles son estas razones?

—Considera, en primer lugar, la distancia. Desde aquí tenemos por lo menos quince días de camino, montando buenos camellos, desde luego, pues los caballos no nos sirven, debido a la escasez de agua. Quiero decir que, si llevas cien jinetes, tienes que llevar otros cien camellos de carga para transportar los odres. Entorpecida la marcha por el número de hombres, tardaríamos cuatro o cinco semanas en llegar, y ¿dónde encontraríamos agua para vivir durante ese tiempo? En segundo lugar, no olvides las tribus enemigas cuyos territorios tenemos que atravesar. Una tropa de cien jinetes forzosamente tiene que ser descubierta, mientras que tres personas es más fácil que pasen inadvertidas. Y, por último, puesto que estás sediento de gloria, te preguntaré: ¿qué hazaña merece más renombre, la de afrontar los peligros acompañado de cien guerreros o la de que sólo dos hombres y un niño venzan cuantos obstáculos se presenten?

—¡Lo último, *Sidi*, lo último, sin duda alguna! Sales al encuentro de mis deseos y tu opinión es hermana gemela de la mía. Marcharemos solos, *Effendi*; tú, yo y mi hijo, ya que le concedes el incomparable honor de viajar en tu compañía. Hablaré con mi esposa, con mi Hanneh, que es la mejor y más sublime de las mujeres y la más bella flor entre todas las flores del mundo, y ella, con sus propias manos, nos escogerá la harina más blanca y los dátiles más jugosos para que no carezcamos de nada por el camino. —Alzó los brazos al cielo y con el rostro resplandeciente de alegría, exclamó—: *Hamdulillah!* ¡Alabanzas y gracias sean dadas a Alá que de nuevo me permite curtirme con el viento del desierto y demostrar a mis Haddedihnes que su jeque no es ninguna vieja, sino que sigue siendo el antiguo héroe, siempre favorecido por la victoria y nunca vencido por enemigo alguno! Seré otra vez el que siempre fui, querido *Sidi*, y tu entrañable amigo y constante protector una vez más aumentará tu fama de guerrero, pero confía en mí; mi fuerza y mi valor te defenderán contra todos los enemigos.

Dejó pasar en silencio esta vibrante arenga. Cuando se le subía el entusiasmo a la cabeza, con frecuencia trocaba los papeles, lo que me divertía mucho sin enfadarme nunca.

Casi me parece innecesario exponer que Hanneh no nos dejó marchar sin agobiarnos con un sinnúmero de advertencias y de reglas de conducta relacionadas con la seguridad de su hijo y completamente superfluas, aunque respetables, puesto que brotaban de su corazón maternal.

Kara Ben Halef no cabía en sí de orgullo al ver que le llevábamos a una larga

expedición, no exenta de peligros. Una vez terminadas las imprescindibles despedidas, el chiquillo se adelantó un poco para ocultar su emoción y nosotros lo seguimos más lentamente, acompañados de un número de Haddedihnes que llevaban las pieles de cabra que servirían para hacer el *Kellek*^[8] sobre el que debíamos atravesar el Éufrates, y una vez que nos dejaran en la orilla opuesta, regresarían al aduar llevando la balsa, en tanto que nosotros tomaríamos la ruta del sur, hacia el desierto.

Halef había escogido para nuestro viaje los tres camellos más ligeros y resistentes de toda la tribu, los cuales podían resistir sin beber agua hasta ocho días. Como los camellos de silla no sufren mucha carga, nos limitamos a llevar cada uno un odre pequeño que contenía la provisión de agua suficiente para seis días, y, una vez consumida ésta, era indispensable volver a llenarlos.

Aquella al parecer tan sencilla operación no dejaba de tener sus peligros. Dada la estación del año, las pocas fuentes que existen en aquella parte de la Arabia están siempre muy visitadas, y las tribus que pueblan la comarca puede decirse que, en mayor o menor grado, todas son enemigas de los Haddedihnes.

De los que más debíamos guardarnos era de los beduinos de la tribu de los Scherarat, los que en tiempos pasados tuvieron venganza de sangre con los Haddedihnes y que no hubieran dejado de sacrificar nuestras vidas si hubiéramos caído en sus manos. Su jeque era conocido por el apodo de Abu Dem^[9], y no se puede negar que la designación era muy justa. Sin embargo, en la tribu había un hombre que era aún más de temer que su sanguinario jefe. Me refiero a Gadub el Sahhar, mago y médico milagroso de los Scherarat.

Este mago era hombre muy respetado por los amigos de su tribu y aún más temido por los enemigos de la misma. Nadie ignoraba que, cualesquiera que fueran las circunstancias de un prisionero, él siempre pedía su muerte, y en la mayoría de los casos se la daba por sus propias manos.

Si se trataba de un hombre de distintas creencias, como un sehitá, un judío o, sobre todo, un cristiano, ¡pobre del que intentara salvarle! Los mismos Scherarat, que veneraban su ciencia, le temían en secreto y se guardaban de él, como de un hombre cuya cólera puede ser peligrosa hasta para los más adictos.

En realidad, dentro de su tribu, era más peligroso que el mismo jeque, y, en secreto, se murmuraba que éste, en muchas ocasiones, hubiera visto con gusto algo más de humanidad por parte del terrible mago, pero carecía de poder para obligarlo a ello.

Por lo expuesto se comprende que el mayor peligro que nos amenazaba era un encuentro con esa tribu, y lo peor del caso es que no sabíamos en dónde estaba actualmente.

Nos hallábamos, poco más o menos, a la altura de Tschahf, del que nos separaba una distancia de un día y medio de viaje hacia el oeste, y delante teníamos la pequeña *bir*^[10] Nusah, a la que pensábamos llegar al mediodía. Lo que más nos interesaba por

el momento era saber si estaba ocupada o no.

Yo quería adelantarme para practicar un reconocimiento, pero Halef no consintió en ello.

—*Sidi!* ¿Tratas de ofenderme? —exclamó—. Tú eres un franco y yo un hijo del desierto; ¿no es a mí a quien corresponde explorar el terreno para saber si podemos estar seguros? ¿Es que pones en duda mi pericia y experiencia?

—No dudo de nada de eso, pero ya recordarás que, en cuanto a exploración, he sido tu maestro.

—No lo niego, pero muchas veces el discípulo llega hasta a igualar al maestro y aun a sobrepugarle.

—¿Crees que están en ese caso?

—No quiero decir eso, ya hablarán por mí los hechos y Kara Ben Halef aprenderá a respetar a su padre. Por eso, en calidad de protector tuyo y suyo, pido que me permitas adelantarme a vosotros.

¿Qué podía hacer yo? Demasiado sabía que, para ser un buen explorador, le sobraba temeridad y le faltaba reflexión, pero ¿podía rebajarlo ante los ojos de su hijo? ¡No! Le dejé marchar. Arrastrado por su velocísimo *hedschihn*, pronto lo vimos desaparecer por el horizonte, en tanto que nosotros, sin acelerar el paso, seguíamos la ruta emprendida.

Faltaban aún dos horas para mediar el día y para llegar a la fuente cuya situación conocía aproximadamente, pero cuyos alrededores me eran desconocidos por completo.

Por la rapidez con que se alejó el jeque, debía de alcanzar la fuente en poco más de media hora. Así es que, después de transcurrir hora y media, tuve la precaución de hacer alto y esperar su regreso.

Pasó otra hora sin que volviera; esto me inquietó, pero no se lo di a entender al niño. Transcurrida otra media hora, me preguntó mi acompañante en todo meditabundo:

—Dime, *Emir*, ¿no podría mi padre estar ya de vuelta hace algún tiempo?

—Habría encontrado a alguien en la fuente y no querrá marcharse hasta que se aleje —le respondí para tranquilizarlo.

—Si así lo ha hecho, no ha obrado cuerdamente, pues debería haber vuelto en seguida para avisarnos.

—No te preocupes y confía en él. Ya le has oído decir hace poco que es un buen explorador.

Se calló, pero cuando hubo transcurrido otra media hora sin que regresara Halef, su hijo, sin poder contenerse, dijo:

—*Emir*, empiezo a estar intranquilo. ¡Alá se digne proteger a mi padre! Estoy seguro de que se encuentra en peligro. Corramos en su ayuda.

—Lejos de correr, iremos muy despacio, con muchas precauciones, y tú te pondrás detrás de mí.

—¿Por qué detrás?

—Por precaución. No corren buenos vientos por la fuente, estoy seguro de que hay gente en ella.

—¡Alá! ¿Habrán cogido a mi padre?

—No lo sé, pero te diré francamente que lo sospecho.

—Pues debemos apresurarnos a socorrerlo.

—Al contrario, vayamos con pies de plomo, la precipitación pudiera echarlo todo a perder. Si los hombres que están allí han cogido a tu padre, no dejarán de registrar el camino por donde ha venido, pues supondrán, acertadamente, que no se ha aventurado solo por el desierto. Si nos apresuramos a ir a la fuente, seremos vistos antes de que divisemos a los que estén allí y no podremos evitar la acometida. Ellos estarán a pie y son menos visibles que nosotros sobre estos gigantescos camellos que se ven desde muy lejos. Yendo tú detrás de mí, parece que no somos más que uno. Mientras tanto, yo utilizaré mi catalejo y tengo esperanzas de verlos antes que ellos a nosotros. Después obraremos según exijan las circunstancias.

CAPÍTULO 4

Halef en un mal paso

Avanzamos con precaución en la forma que yo había propuesto. Hasta entonces, el terreno había sido muy llano, pero el horizonte que teníamos delante se levantaba en líneas irregulares. El antejo me demostró que allí se alzaba una línea de escarpados peñascos, que, extendiéndose de oriente a poniente, cortaba nuestra dirección.

Entre aquellas moles de piedra, o detrás de ellas, debía de hallarse la fuente, y esto me convenció de que Halef había caído prisionero, pues, de lo contrario, tendríamos que verlo ahora. Con su acostumbrada y temeraria imprudencia, habría avanzado hasta las peñas y, cuando notara la presencia de los enemigos, ya sería tarde para retroceder y escapar de sus manos.

Mi excelente catalejo alcanzaba a larga distancia. Examiné con minuciosidad hasta el más pequeño desnivel de los peñascos, pero sin descubrir nada, lo que indujo a redoblar las precauciones. Si hubiera habido un centinela ante las peñas, yo le habría visto, pero si estaba situado detrás de ellas, claro está que permanecía oculto a mis ojos y que sólo lo descubriría cuando estuviera muy cerca de él, y entonces sería ya demasiado tarde.

Por lo tanto, no debíamos acercarnos a los peñascos para no ser descubiertos a simple vista, y para evitarlo inicié un rodeo hacia el oeste, al mismo tiempo que aceleraba el paso de mi montura.

—*Maschallah!* —exclamó el pequeño Kara Ben Halef—. ¿Tratas de alejarte de la fuente? ¡Entonces mi padre queda abandonado!

—Sígueme y ten confianza —contesté—. Si la situación de Bir Nusah es tal como yo me la figuro, los que allí están fijarán la atención en el camino del norte, que es por donde nos esperan. Nosotros daremos un rodeo hasta alcanzar la parte oriental de la cordillera, daremos la vuelta y al amparo de las colinas, volveremos hacia la fuente. Como no esperan que venga nadie por allí, supongo que podremos deslizarnos sin ser advertidos. Lo que sucederá después no puedo predecirlo, pero de todos modos ten la seguridad de que en ningún caso abandonaré a tu padre.

—¿Llegar hasta las peñas y luego volver protegidos por ellas? ¡Oh, *Emir*, qué inmenso es tu talento! Mi padre también es listo. Es el más listo de todos los Beni Arab que conozco, pero tú eres aún muchísimo más inteligente que él. ¡Si hubiera obrado él con igual prudencia!

Un cuarto de hora después habíamos alcanzado las peñas. Detrás de ellas se alzaba otra cordillera paralela, dejando entre las dos el espacio de un valle, al parecer muy tortuoso. Seguimos por él con la mayor precaución, cuidando de no hacer ruido

y dirigiendo los camellos de modo que no sentaran las patas sobre ninguna piedra.

Poco a poco las moles de piedra fueron aumentando en altura y disminuyendo la anchura del valle, de lo que me alegré mucho, pues si reducía el campo de nuestra vista, lo mismo sucedería con el de los centinelas apostados. A cada curva del valle o, mejor dicho, torrente, nos deteníamos, y sólo volvíamos a emprender la marcha después de haber examinado prudentemente antes de volver la esquina, si se descubría algún enemigo en cuanto abarcaba la vista.

Claro está que estas precauciones retardaban nuestro avance, y tardamos dos horas en recorrer un espacio que a pie habría podido andarse en una hora de marcha. No tiene nada de sorprendente que, durante este tiempo, el pequeño Kara Ben Halef diera repetidas señales de preocupación e impaciencia.

Por fin vimos inequívocas trazas de que nos hallábamos cerca de la fuente. Delante de nosotros distinguimos algunos míseros matorrales y el suelo del torrente empezó a tener alguna hierba, aunque muy escasa y raquítica. Se trataba, pues, de redoblar nuestras ya minuciosas precauciones.

De nuevo llegamos al ángulo de una curva. Hasta allí habíamos hecho nuestras investigaciones sin apearnos, pero esta vez detuve mi camello y bajé de él. Apretándome, casi incrustándome entre las desigualdades del barranco, y sin sacar la cabeza más de lo indispensable, vi ante mí un considerable ensanche del terreno en el que estaban acampados unos doscientos guerreros bien armados y provistos de los correspondientes camellos. Con sorpresa que nada tenía de agradable reconocí que eran Scherarats. Algo separado del grupo principal había otro compuesto de pocas personas, al parecer los jefes, y entre ellos se hallaba mi pobre Halef. Como ya me figuré, había caído prisionero.

¿De qué medios me valdría para libertarle? ¿La astucia? Imposible a plena luz. ¿La fuerza? Imposible también. La carabina de repetición tenía veinticinco tiros, la escopeta dos, y cada uno de los revólveres seis, total treinta y nueve balas. Suponiendo que cada una de ellas matara a un hombre, ¿qué se habría conseguido? Derramar un torrente de sangre inútilmente y perder después mi vida sin remisión. No, no me servía tampoco.

Se levantó uno de los notables de la tribu y, alzando el rostro hacia la cima de las peñas, gritó un nombre y preguntó después:

—¿No ves aún nada?

Siguiendo la dirección de sus ojos, descubrí a un beduino que, oculto por un enorme pedrusco, vigilaba la llanura.

—Nadie se acerca —respondió.

—Entonces nos hemos equivocado y el prisionero estaba solo. Baja, no podemos esperar más, pues el tiempo apremia y tenemos que marchar al punto si queremos llegar antes de que cierre la noche a Bir Nodaha.

—¿Qué pasa? ¿Qué estás mirando, *Emir*? —me preguntó en tono muy quedo mi compañero—. Oigo voces.

—Apéate y sube sobre mis hombros si quieres ver a tu padre —le contesté a media voz.

Siguió mi consejo, pero cuando divisó a Halef, tuvo el impulso de dar un brinco y de correr a su encuentro. Lo detuve asiéndolo por un brazo y le dije con severidad:

—Quieto, nada de atropellarse. Sólo conseguirías perderte sin servir de nada a tu padre.

—Pero ya estás viendo que se disponen a partir, que se van a alejar.

—Déjalos. Por ahora no se puede hacer nada. Habremos de esperar hasta la noche.

—¿Hasta la noche? ¿No será demasiado tarde?

—No, la fuerza no puede valernos contra tantos hombres. Hemos de apelar a la astucia, y, para eso, es indispensable la oscuridad.

—¿Y si antes matan a mi padre?

—No hay cuidado. Sólo el consejo de ancianos tiene el derecho de decidir sobre la suerte de los prisioneros; y los viejos que forman el tribunal no están aquí. Ya ves que todos los presentes son guerreros jóvenes.

—¿Qué intentos serán los suyos? No es que la tribu se traslade a otro sitio, puesto que faltan las mujeres, los niños y los viejos. ¿Será una expedición guerrera?

—No. Observa los camellos que van a la izquierda y verás que van cargados con cuerdas y esterillas tejidas con fibra de palma. Estas cuerdas y esterillas están destinadas al transporte de animales y objetos que constituyen un botín. Se trata de una expedición cuyo móvil es el robo.

—¿Contra quién?

—No lo sé, pero espero averiguarlo esta misma noche.

—¿Quién te lo dirá?

—Los mismos Scherarats. Los espiaremos.

—¿Te propones seguirlos a su campamento nocturno? ¡Oh, *Emir*! Ahora comprendo la razón que tenía mi padre al decir que quien no hubiera visto nada en el mundo no tenía más que ir contigo y no tardaría en presenciar hazañas y correr aventuras. Pero ¡mira!, marchémonos, pronto estarán a punto de montar sobre sus bestias y, si vienen por aquí, nos descubrirán sin remedio.

—No vendrán por aquí, sino que saldrán de valle por la abertura del costado, puesto que quieren ir a Bir Nodaha.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dijo antes el jefe cuando llamó al centinela. Esta fuente está en línea recta hacia el sur, y la abertura está justamente a ese lado. Por fortuna conozco su situación con exactitud.

—¿Has estado allí alguna vez?

—No, pero he leído una descripción muy exacta de Bir Nodaha y sus cercanías. Hamdani, un viejo literato árabe, vivió allí y describió minuciosamente el lugar. De esto ha transcurrido mucho tiempo, pero en este país semejantes sitios cambian tan

poco, que aún después de pasar cien años es lo probable que la fuente esté igual que en la descripción. ¿Ves como he acertado? Giran hacia la izquierda. Tu padre ha sido atado a un camello. Ha mirado hacia atrás. Ya sospecha que estaremos escondidos por aquí observando a los Scherarats. Si puedo hacerlo sin peligro, dejaré que me vea para que se tranquilice.

Los beduinos abandonaron el valle formando una columna en la que los jefes cerraban la marcha, llevando a Halef entre ellos. Poco antes de desaparecer tras de los peñascos volvió este último la cabeza de nuevo. Convencido yo de que sus aprehensores no habían observado el movimiento, di tres pasos al frente y levanté los brazos. Sus miradas cayeron sobre mí y yo me apresuré a ocultarme. Ya sabía que conocíamos el sitio en que estaba y que lo arriesgaría todo, incluso la vida, para devolverle la libertad.

Trepé a la pared del valle que daba hacia el sur para convencerme por mis propios ojos de la dirección que llevaban los Scherarats y de que ninguno quedaba rezagado. Tan pronto como los perdí de vista, volví a bajar y, cogiendo nuestros camellos, nos acercamos a la fuente. Por desgracia, los enemigos habían agotado el agua en tales términos que tuvimos que esperar dos horas antes de poder aplacar nuestra sed, llenar los dos odres y dejar que los camellos bebieran lo suficiente siquiera para un par de días. Hecho esto, nos dimos prisa a seguir las huellas de los Scherarats.

Yo había dicho que me proponía espiar al enemigo. En un desierto llano y arenoso, la empresa habría presentado graves peligros. Por suerte la mayoría de las fuentes del Bardijeh, y la de Bir Nodaha no es ninguna excepción, están simpadas en terreno pedregoso. Precisamente la fuente que nos ocupa se halla rodeada de un verdadero laberinto formado por bloques de piedra y no necesito encarecer lo favorable que era esta circunstancia para mis propósitos por ofrecerme los peñascos seguros puntos de observación.

Dejamos que nuestros magníficos camellos demostraran la ligereza de sus patas y ésta fue tanta, que pronto tuvimos que moderar la marcha para no acercarnos demasiado al enemigo. La tarde transcurría sin ningún acontecimiento digno de especial mención y, pocos momentos antes de que el sol se hundiera en el mar de arena, como suelen decir los hijos del desierto, mi anteojo descubrió, hacia el sur y bastante lejos, las irregulares y quebradas líneas de una masa enorme compuesta por numerosos peñascos. En el centro estaba la fuente.

Los enemigos habían llegado ya, y como nosotros conocíamos el terreno que pisábamos, nos detuvimos en el momento oportuno. Sólo después que hubo pasado el breve crepúsculo, y las sombras cayeron sobre la tierra, adelantamos un trecho hasta que sólo nos separaba del *warr* un kilómetro de distancia. Allí debíamos dejar los camellos, y, después que éstos se arrodillaron y bajamos, les trabamos las patas para que no pudieran alejarse.

Había llegado el momento de espiar al enemigo. Kara Ben Halef tenía vivísimos deseos de acompañarme, pero esto era imposible porque debía guardar los camellos.

Además, le entregué mis dos carabinas, que no habrían hecho otra cosa que estorbarme, y me aproximé al *warr*.

Cuando me hallé a corta distancia de aquel lugar, el resplandor de las estrellas me mostró una grieta entre dos moles de piedra que se separaban lo bastante para formar un pasadizo, bastante ancho, que conducía a la fuente. Sin duda había sido utilizado por los Scherarats. Apenas penetré en el desfiladero, oí varias voces delante de mí y, después de dar unos pasos más, comprendí las palabras.

Los beduinos estaban rezando la oración de la tarde, la cual prescribe su ley para después de puesto el sol y al extenderse las sombras. El coro de voces me permitió acercarme sin ser oído y, aprovechando esta oportunidad, llegué hasta esconderme detrás de una piedra, a pocos pasos del sitio en que estaba acampado el enemigo.

Aunque las estrellas no proyectaban demasiada luz, me permitieron darme cuenta exacta del terreno que me rodeaba. Los beduinos, arrodillados, con el rostro vuelto hacia La Meca, repetían las palabras del que dirigía el rezo y que, por cierto, se hallaba muy próximo a mí. Reconocí en él al *scherari* que en Bir Nusah mandó bajar al centinela, es decir, que, indudablemente, era el jefe superior de la tropa.

Era cuando yo podía desear. Llevaba un *jaique* semejante al mío y tenía, poco más o menos, la misma figura que yo. Los tres o cuatro notables que se sentaron junto a él en la fuente anterior estaban ahora también arrodillados, pero algo separados de los demás, delante de todos, según pude observar.

Es decir, que le volvían la espalda y, detrás de él, sobre la arena, yacía Halef, atado de pies y manos y separado de mí por una distancia de tres metros.

Libertarle era para mí una pequeñez, mucho más estando él colocado de modo que lo tenía enfrente. Estoy seguro de que él se había colocado así, deliberadamente para no perder de vista la dirección por donde esperaba auxilio.

Pero no se trataba sólo de libertarle, era preciso recuperar su camello y eso, en las presentes circunstancias, sólo podría lograrse mediante un cambio, y el objeto porque lo cambiaríamos sería... la cabeza del propio jefe.

Mientras todos concentraban su atención en la plegaria y no podían separar las miradas de oriente, yo, que me hallaba al norte de ellos, saqué mi cuchillo y silenciosamente, me deslicé hasta Halef.

Éste vio que me acercaba y me alargó sus manos atadas. Un corte y estuvieron libres, otro no menos rápido cortó la cuerda que le sujetaba los pies y murmuré a su oído:

—Atraviesa el pasadizo, sal a la llanura y marcha en línea recta hasta que encuentres a Kara.

—¿Y tú, *Sidi*? —preguntó inquieto.

—Te seguiré de cerca. Desata mientras tanto a los camellos. De prisa.

Se arrastró hasta la abertura y yo me quedé en su sitio, esperando, para proseguir mi plan, el momento en que todos estuvieran ocupados en recoger las alfombrillas de las oraciones.

Ya se comprenderá que todo esto sucedió mucho más de prisa que se cuenta y, apenas hubo desaparecido Halef en el desfiladero, cuando oí la última frase de la oración.

—¡Alá es grande! ¡Gracias y alabanzas sean dadas a su bondad infinita!

Apenas el jefe pronunció la última palabra de esta frase y, los demás empezaron a repetirla, me deslicé detrás del primero, me incorporé y, atrayéndolo hacia mí con la mano izquierda, Cerré la derecha y le apliqué un tremendo puñetazo en la sien que le hizo doblar las rodillas. Para mayor seguridad, le di otro golpe que lo privó del conocimiento.

Con un violento esfuerzo, me lo eché sobre el hombro y, con toda la celeridad que me permitía mi carga, seguí los pasos de Halef. Nada me importaban en aquel momento los doscientos hombres que dejaba a la espalda. Me llevaba a su jefe y no necesitaba temerlos.

A largos pasos o, mejor dicho, saltos, pasé el desfiladero y me encontré en la llanura. Detrás de mí resonaron numerosas voces y, delante, oí la de Halef que llamaba a su hijo. Aceleré el paso teniendo en cuenta que mis perseguidores podían andar más de prisa que yo por entorpecer mi marcha el pesado cuerpo del beduino.

Tuve la suerte de conseguir llegar sin ser alcanzado hasta nuestros camellos que estaban ya arrodillados y dispuestos para ser montados, y pude ver a Halef que me había precedido.

—¡Pronto, a la silla, Halef! —dije en tono de mando—. Toma este prisionero y poneos en seguida en movimiento, marchando hacia el oeste. Después de recorrer unos dos mil pasos, os detenéis.

—¿Y tú, *Sidi*? —preguntó.

—Yo tengo aún que cazar un *scherari* que, más tarde, podrá servirnos de mensajero.

—¡Eso es demasiado peligroso! Bastante has hecho ya y...

—¡Marchad, marchad! —le interrumpí—. De lo contrario será demasiado tarde. Cuida de que ese hombre no grite cuando vuelva en sí. Y, ahora, echad a correr.

CAPÍTULO 5

El hijo del mago

Padre e hijo emprendieron seguidamente el camino y yo me tendí sobre la arena para no ser visto prematuramente por nuestros perseguidores. Oí pasos apresurados y vi a un solo scherari que avanzaba con rapidez llevando gran ventaja a sus compañeros.

Nada podía serme más grato. Al llegar a unos doce pasos de mí, se detuvo y escuchó. Al no oír nada, volvió a ponerse en marcha, acercándose donde yo estaba. De pronto, resonaron a lo lejos las voces de sus compañeros llamándolo, y él se volvió para contestar, quedando de espaldas a mí.

De un salto, me puse junto a él, y sujetándolo por la garganta, apelé al socorrido medio del puñetazo en la cabeza. Cayó en mis brazos lanzando un sordo ronquido. Lo cargué sobre mi espalda y eché a andar sin apresurarme mucho, los otros scherarats no se divisaban aún y yo me alejaba por una ruta por la que seguramente no me buscarían.

Alcancé a Halef y Kara en el preciso instante en que mi segundo prisionero salía de su amodorramiento. Mis amigos se habían apeado y estaban sentados en el suelo, teniendo entre ellos al prisionero con las manos atadas, al que amenazaban con los cuchillos desnudos para impedir que gritase.

—Ya viene —dijo Halef dirigiéndose al prisionero—. Este es del que te hablaba; el esforzado e invencible *Emir Kara Ben Nemsí Effendi*. El dueño de las dos famosas carabinas, una de las cuales dispara diez mil veces sin necesidad de nueva carga y que te enviará inmediatamente al infierno si das un grito o haces el menor movimiento.

—Así lo haré, en efecto —dije yo, confirmando su amenaza—. Por el contrario, estos dos scherarats volverán sanos y salvos a reunirse con los suyos esta misma noche, si callan y nos obedecen. Si no lo hacen así, nuestros cuchillos les partirán el corazón. Alejémonos ahora un poco más y, después, comunicaré lo que pretendo de ellos.

Les até los brazos obligándolos a marchar delante de mí, mientras Halef y Kara me seguían llevando del ronzal a los camellos. Ya se comprenderá que yo había vuelto a tomar posesión de mis carabinas. Este repetido cambio de posición tenía por objeto la persecución. Nos buscarían al norte del *warr* y por eso me propuse detenernos en la parte sur.

Cuando llegamos a un punto que me pareció bastante alejado, dispuse que se dejara descansar a los camellos, que se sentaran los prisioneros y yo con Halef me separé unos cuantos pasos para que éste respondiera a algunas preguntas. Me abstuve

de hacerle ningún reproche, lo que, al parecer le quitó un gran peso del corazón.

Según me dijo, con su acostumbrada intrepidez e imprudencia, penetró en el valle de Bir Nusah y allí fue rodeado por los enemigos, que lo habían visto venir y que se escondieron. No es necesario añadir que lo desarmaron y lo hicieron prisionero. Sobrado altivo para ocultar su nombre, lo pronunció causando general regocijo entre los scherarats. El jeque de los Haddedihnes, a los que consideraban como enemigos, era una magnífica presa para ellos. Claro está que no habían dicho una palabra acerca de su proyectada y criminal expedición, pero Halef fue lo bastante perspicaz para comprender, por ciertas palabras sueltas, que iba dirigida contra los Lazafah Schammar.

A las preguntas que le hicieron, respondió que viajaba solo y sin acompañamiento alguno, afirmación a la que no dieron crédito, pero cuando hubieron transcurrido varias horas sin que se presentara nadie, terminaron por creer que había dicho la verdad y decidieron abandonar el sitio llevándose con ellos.

Cuando salieron de entre las peñas, Halef me vio y, desde aquel momento, estuvo seguro de que no tardaría en libertarlo, pero se guardó muy bien de hacer ni de decir nada que pudiera dar a conocer esta esperanza a los enemigos.

Una vez que, gracias a mi ayuda, pudo fugarse con tanta facilidad durante el rato que él, su hijo y el prisionero estuvieron esperándome, no dejó de abrumar a este último, tan pronto como recobró el conocimiento, relatándole mis hechos y hazañas, adornadas con las galas de su oriental fantasía. Así supieron que el prisionero ya conocía nuestros nombres desde mucho tiempo atrás y había oído contar varias de nuestras anteriores aventuras.

Después de decirme todo esto, mi fiel Halef añadió:

—¿Sabes, *Sidi*, quién es este scherari?

—No —contesté.

—Oye y sorpréndete. Es el hijo de Gadub es Sahhar, del viejo mago de la tribu que es nuestro más mortal enemigo, que Alá condene. La ley de la venganza nos autoriza a fusilarlo sin contemplaciones, mucho más llevando él por sobrenombre Abu el Ghadab^[11], apodo que demuestra su falta de clemencia con los enemigos.

—Nada de eso me importa. El prisionero es mío y no tuyo y tanto mi religión como el entendimiento prohíben verter sangre humana.

—Haz lo que quieras. Te conozco lo bastante para saber que siempre será lo mejor.

Halef no me contradecía porque aún temía mis merecidos reproches. Yo me volví junto a los otros, y, soltando las ligaduras del segundo prisionero, le di las siguientes instrucciones:

—Escucha con atención lo que voy a decirte. Yo soy Kara Ben Nemsí, un cristiano muy amigo de los Haddedihnes. Con mis armas mágicas puedo mataros a todos antes de que una sola de vuestras balas pueda alcanzarnos. Habéis capturado a mi hermano y amigo Halef Omar con intención de matarlo, pero yo solo he

conseguido sacarlo de vuestras garras. Esto os demostrará que no os temo. Después os he apresado a ambos y tendría derecho a mataros, pero como soy cristiano, respetaré vuestra vida e incluso os devolveré la libertad mediante las condiciones que ahora mismo os voy a exponer: Reclamo la devolución del camello perteneciente a mi amigo y la de todos los objetos que habéis robado al jeque de los Haddedihnes. Tú marcharás sin demora al campamento y regresarás trayendo el camello, las armas y cuanto pertenece al valiente Halef Omar. Si desempeñas honradamente la comisión, pondremos inmediatamente en libertad a Abu el Ghadab y podréis volver juntos. Pero si tratas de hacernos caer en alguna emboscada, no tendremos más remedio que fusilarte. Para que vayas y vuelvas, te concedo media hora. Si pasado ese plazo no estás aquí, morirá tu compañero.

El beduino intentó protestar, pero Abu el Ghadab le ordenó:

—Date prisa y cumple lo que te han mandado. Mi vida tiene más valor que una miserable bestia de los Haddedihnes.

El hombre se alejó. Para librarnos de una posible emboscada, trasladé nuestro reducido campamento un buen trecho y decidí marchar hacia el *warr* junto con Halef, que, por el momento, cogió la carabina de su hijo y llegados a un sitio por el que forzosamente tenía que pasar el mensajero, nos detuvimos. Habíamos dejado a Kara al cuidado del prisionero y con la orden de clavarle su cuchillo al primer intento de evasión.

No había transcurrido aún la media hora concedida cuando oímos pasos y no tardamos en distinguir al emisario. Nadie lo acompañaba, lo que era la mejor prueba de que mis amenazas habían surtido el efecto que me propuse. Nos levantamos y fuimos a su encuentro.

—Suerte has tenido cumpliendo fielmente tu comisión —le dije—, de lo contrario habrías sido también fusilado. Dame cuanto traigas.

De este modo recuperó Halef todo lo que le habían quitado y yo despedí al beduino dándole la seguridad de que su jefe lo seguiría dentro de pocos minutos.

—¿Cumplirás tu palabra, *Effendi*? —me preguntó.

—¡Lárgate de aquí! —le dije—. Kara Ben Nemsí no ha mentido nunca. ¿Quieres que apresure el movimiento de tus piernas mediante unas cuantas balas?

Desapareció de mi vista desarrollando toda la ligereza de sus pies. Cuando volvimos junto al prisionero y su joven guardián, solté las manos al primero, diciéndole:

—Ya hemos recibido lo que pedíamos. Puedes marcharte.

A pesar de mi indicación, el árabe permaneció inmóvil, me miró de arriba abajo y preguntó asombrado:

—¿De veras me dejas libre?

—Sí y en vista de mi leal comportamiento contigo, espero que nos dejaréis partir sin volver a molestarnos. Pensamos dirigirnos hacia el Bir el Halanijat^[12] y no quisiéramos que nos siguierais.

—Nosotros vamos al Bir esch Schuke^[13], que está muy lejos caminando hacia oriente. Por consiguiente no temas.

—¿Temer? Nunca he conocido el temor.

Soltó el beduino una ruidosa carcajada y dijo en tono de burla:

—¿Qué no has conocido el temor? El temor y el miedo te obligan a dejarme en libertad. Un perro cristiano siempre tiembla ante un creyente guerrero musulmán. Mucho he oído contar acerca de tu persona, pero todo ello sólo son embustes y falsedades. Todo tu arrojo no pasa de ser un hedor pestilente comparado con la valentía de los fieros scherarats. Hoy te has librado de nuestras manos, pero yo te juro que no pasará mucho tiempo sin que el Scheba el Thar^[14] os devore a todos. Ya me cuidaré yo de ello.

—¡Basta! —exclamó impetuosamente el pequeño Halef—. Si repites otra vez esas palabras, como yo no tengo la paciencia de...

—¿Tú? ¿Y quién eres tú enano? —le interrumpió el hijo del mago con despreciativa sonrisa—. Ahora que ya no estoy atado me río de vosotros y repito que todos seréis pasto del Scheba el Thar. La carne y la sangre de un *yaur*^[15] le...

No terminó la frase. Ésta quedó cortada por un sonido seco cuya causa la produjo el pequeño y furioso Halef, que le cruzó la cara con el látigo destinado a los camellos, mientras exclamaba con rabia:

—¡Toma, de parte del *yaur*, miserable! ¿Quieres repetir el insulto?

El agredido lanzó un aullido de dolor y, llevándose ambas manos al rostro, permaneció inmóvil, petrificado, durante unos instantes. Después saltó para arrojarse sobre Halef, bramando como un toro. Sólo le faltaba dar un paso para alcanzar al animoso jeque cuando un nuevo golpe de éste le obligó a retroceder de nuevo. Entonces se encontró conmigo, que, cogiéndole por los brazos, le apreté con ellos el pecho hasta casi privarlo de la respiración. Y, en tono de amenaza, le dije:

—No hagas un solo movimiento o te rompo las costillas. Ningún temor nos causa tu Scheba el Thar. Márchate de aquí o, ahorrándome palabras, dejaré que hablen los cuchillos.

Le di un empujón que le hizo caer rodando al suelo. Pronto volvió a ponerse en pie, pero no intentó agredirnos de nuevo, sino que se quedó parado, mirando como montábamos en los camellos y profiriendo atroces maldiciones entre labios.

Después de ponernos en movimiento aun oímos su voz que gritaba detrás de nosotros:

—¡El Scheba el Thar os devorará! El Scheba... el Thar... el Scheba... el Thar...

Sus gritos fueron oídos desde el *warr*. Los scherarats creyeron que estaba en peligro y corrieron a prestarle auxilio, como nos lo demostraron las numerosas voces que llegaron a nuestros oídos. No los temíamos, pero apresuramos el paso de nuestras cabalgaduras porque el tiempo apremiaba.

Yo marchaba a la cabeza, seguido por los otros dos. Pasado un rato Halef me gritó:

—¡Pero, *Sidi*, tomas un camino falso! Hemos de seguir en línea recta, sin inclinarnos tanto hacia la derecha.

—Es que debemos dirigirnos hacia la derecha —repuse yo.

—¿Por qué?

—Porque en esa dirección está al Bir el Haíanijat.

—¿Y qué tenemos que hacer allí?

—Nada, nuestro objeto es ganar el campamento de los Lazafah Schammar y advertirles de lo que traman los scherarats contra ellos. Éstos no deben adivinar nuestro intento; por eso dije al hijo del mago que nos encaminábamos al Bir el Halanijat y, ahora, tanto para no quedar como embusteros, como para engañar al enemigo, debemos marchar por ese camino, pues, tan pronto como amanezca, no dejarán de seguir nuestras huellas.

—¿Intentas llegar hasta allí? Sería un rodeo demasiado grande.

—¿Conoces el camino?

—Sí, con exactitud.

—No ignorarás, entonces que al día y medio de marcha se encuentra el gran Hadschar el Mahlis^[16] en donde los camellos no dejan huellas. Allí podremos torcer hacia la izquierda sin que se enteren los scherarats.

—Muy bien pesando, *Sidi*. De nuevo demuestras que quizá tienes más talento que yo.

—¿Nada más que quizá? —pregunté riendo—. Sí, tienes razón, quizá no hubiera yo cometido la imprudencia de meterme entre doscientos scherarats para dejarme capturar por ellos, querido Halef.

Este fue el primero y único reproche que Halef oyó de mis labios por su imprevisora temeridad y fue lo bastante listo para dejarlo pasar en silencio. Mis palabras hubieron sido otras si la presencia de su hijo no me hubiese obligado a moderar el lenguaje.

Caminamos durante toda la noche sin conceder más que una hora de descanso a nuestros camellos. Reemprendimos la marcha hasta que llegamos a Hadschar el Mahlis y, escogiendo un sitio en que las huellas no quedaban impresas en el duro pedernal de que se componía el suelo, cambiamos la dirección.

El día fue muy fatigoso para los pobres camellos, cuyas fuerzas pusimos a prueba andando hasta que muy entrada la tarde llegamos al Bir Bahrid^[17] donde encontramos la vanguardia de los Schammar.

Dándonos a conocer como pertenecientes a la tribu Haddedihi, fuimos recibidos amistosamente, pero cuando manifestamos que veníamos para advertirlos del complot tramado por los Scherarats, la acogida fue aún más entusiasta.

La posibilidad de dar una buena batida a sus mortales enemigos produjo una regocijada confusión entre aquellos seres primitivos. En el acto se despacharon mensajeros a las demás secciones, con el encargo de que vinieran inmediatamente, pues, según todas las probabilidades, los Scherarats no dejarían de encaminarse hacia

allí, siendo el principal motivo de su expedición.

A la mañana siguiente se enviaron exploradores para descubrirlos, aun cuando en todo el día no esperase yo su llegada, y, mientras tanto, desplegaron tal actividad los Schammar que, durante la tarde y la noche que la siguió, lograron reunir casi quinientos guerreros.

Me parece superfluo decir que fuimos invitados a tomar parte en el consejo de guerra que se celebró. Como en otras ocasiones semejantes, procuré emplear mi influencia en el sentido de evitar o, al menos, disminuir el derramamiento de sangre, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. Tenía que habérmelas con beduinos para quienes toda moderación es prueba de flaqueza.

Para ellos yo era un extraño y no tenían tantos motivos de gratitud como sus allegados los Haddedihs para oír mis palabras con respetuosa atención. Hasta mi valiente Halef hizo cuanto pudo para evitar los medios violentos, pero no tuvo mejor éxito que yo.

Se acordó cercar a los Scherarats y matar a cuantos se resistieran. El tribunal de ancianos resolvería en cuanto a la suerte de los prisioneros. No es difícil adivinar lo que éstos resolverían teniendo en cuenta su impetuoso carácter.

Una vez hubo terminado el consejo y, hallándome solo con Halef, éste me dijo:

—*Sidi*, ya sé cuan poco conforme estás con las decisiones del consejo y siento en el alma que no hayas podido imponer tus ideas; bien sabes que soy cristiano de corazón, aunque no puedo declararlo públicamente por no perder mi categoría de jeque y, con ello, la influencia que utilizo en provecho de las doctrinas cristianas. Renunciemos a tomar parte en esta carnicería y salgamos hoy mismo para Dschebel Schammar.

—No debemos hacerlo.

—¿Por qué?

—Primero porque siendo huéspedes de esta tribu estamos obligados a prestarles ayuda, segundo porque no podemos alegar ninguna razón bastante poderosa para justificar tan precipitada marcha, tercero porque perderíamos la estimación de estos hospitalarios beduinos, que achacarían nuestra partida a falta de ánimo, y cuarto porque, quedándonos y tomando parte en el combate, quizá podremos templar algunas rudezas o por lo menos intentar que mueran algunos hombres menos y que se hagan muchos prisioneros.

—Tienes razón, *Sidi*. Quedémonos, pues. Aunque mi corazón paternal se estremezca, te confesaré que estoy impaciente por ver combatir a mi querido Kara Ben Halef. Estoy seguro de que no volverá la espalda al enemigo.

—Creo lo mismo que tú, pero tiene muy pocos años y se dejaría arrastrar con facilidad por su ardiente sangre. Por eso tú y yo tenemos el deber de vigilarle muy de cerca para impedir que se exponga sin necesidad.

CAPÍTULO 6

Batalla y matanza

Transcurrió sin novedad el día y la noche que le sucedió. Al amanecer regresaron algunos exploradores anunciando que los Scherarats estaban a punto de llegar porque habían pasado la noche acampados en pleno desierto a una distancia de cinco horas escasas. Tres guerreros habían quedado allí para observar los movimientos del enemigo.

Al cabo de un rato regresaron trayendo la noticia de que los Scherarats habían levantado el campo y enviado por delante a algunos batidores cuya aparición podíamos esperar de un momento a otro. Estas nuevas dieron motivo a que se activaran las medidas acordadas para recibir a los contrarios.

La fuente estaba situada en una hondonada que formaba el terreno y que, por el norte y el oeste, dirección que traía el enemigo, no tenía ninguna defensa natural, pero, en cambio, una línea de peñascos, en forma de semicírculo, la resguardaba por el sur y el oeste.

Detrás de estas peñas se escondieron casi todas las fuerzas de los Schammar, dejando sólo unos cuarenta hombres junto a la fuente. Los animales que allí habían se distribuyeron por las inmediaciones para dar un aspecto de pacífica tranquilidad a aquel lugar.

Halef, Kara y yo nos hallábamos entre las rocas, pues nuestra presencia en la fuente habría despertado sospechas.

Cerca del mediodía vimos aparecer dos jinetes que, a paso lento, se acercaron a la fuente. Nada más llegar, preguntaron a los que allí estaban si podían coger agua. Después de recibir una respuesta afirmativa, dieron de beber a sus bestias y ellos, según supimos después, se hicieron pasar por pacíficos Anuzeh, que se encaminaban a Ufud.

Satisfecha la sed de los animales, reemprendieron la marcha. Cuando ya no pudieron distinguirse a simple vista, enfoqué el catalejo y así pude ver que daban un rodeo hacia el norte y el oeste para encontrar a los Scherarats, a los que pertenecían, y dar a éstos la buena noticia de que no tendrían que habérselas más que con unos cuarenta Schammar, lo que equivalía a decir que, con poco trabajo, podrían regresar con un botín de varios cientos de caballos y camellos.

Una hora después apareció el enemigo por el noroeste de la fuente. Con toda la rapidez de que eran capaces sus briosas monturas, venían en línea recta con la evidente intención de atropellarnos.

Al mismo borde de la hondonada se detuvieron, saltaron de sus camellos y, dando al aire un salvaje grito de guerra, se precipitaron cuesta abajo. Al mismo tiempo por

la derecha y por la izquierda aparecieron los emboscados Schammar de detrás de las peñas y salieron en persecución del enemigo.

Éste, sorprendido, se detuvo un momento y aquel corto espacio de tiempo se aprovechó para cercarlo por completo.

¡Qué indescriptible confusión se produjo, acompañada por aullidos que no parecían humanos! Los disparos de las armas de fuego se mezclaban con el chocar de los brillantes aceros.

Kara Ben Halef, lanzando gritos de entusiasmo, se precipitó en lo más intrincado de la refriega, y su padre y yo lo seguimos para protegerlo en caso necesario. Lo que por desgracia no pudimos conseguir fue ejercer ninguna influencia en la solución del combate, la sangre corrió a torrentes y, cuando se declaró la victoria, yacían muertos más de cien Scherarats; los heridos fueron rematados sin piedad y apenas veinte hombres pudieron ganar sus camellos y huir. Los restantes fueron hechos prisioneros.

Entre estos últimos se hallaba Abu el Ghadab, el hijo del mago. En lugar de robar a los Schammar, se había dejado coger por ellos, proporcionando al enemigo un estupendo botín.

Entre vencidos y vencedores se suscitaron escenas que prefiero pasar en silencio. Con Halef y Kara me alejé por no verlas, ya que ninguna influencia tenía para impedir las.

Pronto vinieron a buscarnos, pues, habiendo obtenido esta señalada victoria gracias a nosotros, deseaban felicitarnos con toda solemnidad, y entregarnos nuestra parte de botín. Naturalmente, nosotros no aceptamos nada.

Nuestra presencia, como es lógico, fue advertida en el acto por los prisioneros. Cuando Abu el Ghadab nos reconoció se incorporó a pesar de sus ligaduras, sus salvajes ojos relampaguearon de furor y, con la voz alterada por la cólera, gritó:

—¡Kara Ben Nemsí! Ese perro cristiano nos ha traicionado y el león de la sangrienta venganza lo devorará en cambio. ¡Alá lo condene lo mismo que a los dos haddedihnes que le acompañan!

Sobre su descompuesto rostro se advertían las huellas azuladas de los latigazos. Estaba espantoso. Yo escuché sus palabras con calma, pero el impetuoso Halef no pudo contenerse y, plantándose delante del hijo del mago, le respondió:

—¡Tú sí que serás devorado por tu famoso león! En cuanto a nosotros nos reiremos de él y de ti. Dices que debemos temerle; eso queda para ti, que ya no eres un guerrero, sino un esclavo marcado para toda la eternidad y aun cien años más. En tu rostro llevas las señales de mi látigo que te ha golpeado como a un perro que es indigno de tocar la mano de un valiente guerrero. ¡Vergüenza eterna para ti y me burlo de su Scheba el Thar, que, si no te ha devorado ya, seguramente será por el asco que le inspiras!

Separé de allí al impulsivo hombrecillo, pues, de lo contrario aún hubiera desahogado más su corazón.

El combate había terminado y ya podíamos marcharnos sin que pesara sobre

nosotros el calificativo de cobardes. Confesaré que tenía ganas de alejarme de aquel sitio. Me repugnaba permanecer en un lugar donde tanta sangre humana clamaba al cielo, cuando no hubiera sido difícil reducir al enemigo sin necesidad de semejante carnicería.

Nos despedimos en términos amistosos y, durante largo trecho, nos acompañó una numerosa escolta de honor.

Cuando, seis días después, llegamos al término de nuestro viaje, no sé por qué desconocidos medios de comunicación nos había precedido la noticia de nuestra última aventura y, en consecuencia nuestro recibimiento revistió caracteres de verdadera solemnidad.

No es mi propósito, al coleccionar estos recuerdos, describir minuciosamente nuestra estancia en Dschebel Schammar. Este territorio está regido por un jeque que lleva el título de príncipe. Su lugar más importante, Hall, está situado entre el Adscha y el monte Selma y, durante una semana, nos ofreció agradable y hospitalaria residencia.

El jeque, poco antes de nuestra llegada, había partido para la gran peregrinación a La Meca y desempeñaba interinamente sus funciones Hamed Ibn Telal, descendiente del antiguo y famosísimo jeque Telal, a quien todas las tribus de su raza tenían mucho que agradecer.

Halef celebró varias conferencias con el sustituto y logró concluir una alianza que ofrecía muchas ventajas a sus bravos haddedihnes. El hecho de haber venido tres hombres solos causó más impresión que si nos hubieran acompañado cien.

Por todo el tiempo que duraron las negociaciones di largos paseos, visité algunos lugares y, en una palabra, lo pasé perfectamente, pero no dejé de alegrarme al saber que el tratado estaba concluido y que podíamos regresar a nuestros lares.

¡Probablemente habríamos permanecido allí algún tiempo más, si no hubiera habido la coincidencia de ser la época en que por allí pasa la caravana de peregrinos persas. En tiempos anteriores aprendí a conocer esta peregrinación más de lo necesario para no tratar de evitarla.

Fuimos cariñosamente despedidos por Hamed Ibn Telal, quien nos colmó de atenciones y regalos, poniendo además a nuestra disposición una escolta de veinte guerreros, que debía acompañarnos durante dos días. Así lo hicieron con la mayor voluntad, y aun hubieran ido más lejos si nosotros no nos hubiéramos opuesto formalmente a que se alejaran mayor trecho de los suyos.

Comprendiendo lo mucho que debíamos guardarnos de caer en las manos de los Scherarats, Hamed Ibn Telal nos aconsejó que tomáramos la dirección de Lynch. Al hacerlo así no adivinábamos que corríamos a meternos en la boca del lobo, como suele decirse. Nadie escapa a su sino, dicen los musulmanes, y nuestro sino, por el momento, era el Scheba el Thar, el terrible león con que nos amenazó Abu el Ghadab.

Nuestros odres estaban casi vacíos y nos alegrábamos de llegar pronto a Wadi Achdar^[18]. Allí nos brindarían agua fresca las dos fuentes que manan entre los

peñascos que forman las elevadas paredes del valle y que, en el fondo y en su parte más alta, están coronados por la ruinas de un antiquísimo castillo o fortaleza. Estas ruinas, que proceden de una época anterior a la musulmana, no son raras en Arabia y no me sorprendería que, en tiempos remotos, los asirios hubieran construido un castillo en Wadi Achdar, pues tenían conocimiento de que hubo una época en que dicho valle estaba unido a uno de los ríos afluentes del Éufrates, y tampoco ignoraba que en la época de las grandes lluvias el agua que inundaba el valle llegaba a tal altura que no sólo permitía bañarse, sino hasta nadar.

Por eso aquellas fuentes no se secaban nunca y, aun en lo más riguroso del verano, la vegetación allí existente permitía la reproducción de ciertos ejemplares de la fauna, entre ellos, por desgracia la de animales dañinos.

Halef había oído decir alguna vez que allí había bastantes leones, pero no sabíamos si vivían allí en primavera o en invierno. Marchamos sin interrupción toda la noche y una parte de la mañana y, poco antes del mediodía, vimos alzarse ante nosotros las alturas entre las que está situado el valle.

Ya se sabe que, en el desierto, donde hay agua suele haber gente y de ella es de la que se ha de tener mucho cuidado. Decidí practicar un reconocimiento. Halef se ofreció para llevarlo a cabo, pero yo no quise exponerlo a la tentación de repetir la falta cometida en Bir Nusah y me adelanté solo.

Llegué a la primera fuente y la encontré desierta. Seguí adelante por el *wadi* sin descubrir el menor vestigio de ser humano. En principio me sorprendió esta soledad, pero había tantas causas para justificarla que acabé por tranquilizarme y volver sobre mis pasos hasta el sitio en que quedaron Halef y Kara.

Si hubiera llegado a la segunda fuente que estaba algo más profunda y casi debajo de las ruinas, las señales de poderosas garras profundamente grabadas en la tierra me hubieran dado la explicación del porqué se evitaba pasar por el valle.

Acampamos junto a la primera fuente, donde abundaba la vegetación. Desensillamos los camellos, bebimos hasta satisfacer nuestra sed y dimos a nuestras bestias cuanta agua quisieron. Entonces se dejó sentir el cansancio. Dispuse que durmieran dos y que uno velara durante dos horas, al cabo de las cuales sería relevado por uno de los que ya hubieran descansado.

La primera guardia me correspondió a mí, la segunda a Halef y la tercera a su hijo. Las horas que estuve yo vigilando transcurrieron sin novedad y, una vez cumplida mi guardia, me eché a dormir después de haber despertado a Halef. Estaba fatigadísimo, y pronto el sueño cerró mis párpados y empecé a soñar.

El Morfeo árabe desarrolló ante mis ojos una porción de escenas extrañas, terminado con un inesperado ataque de los beduinos, que se fueron acercando poco a poco sin que apenas se oyera el ruido amortiguado de sus pasos y el apagado murmullo de sus voces. De pronto oí un disparo...

Me levanté de un salto y encontré igualmente despiertos a Halef y Kara. El disparo había sido verdadero. Me di cuenta de que estábamos cercados por un

centenar de árabes, en los que, por desgracia para nosotros, reconocí a los Scherarats. Kara se había vuelto a dormir durante su guardia y así consiguió el enemigo acercarse y rodearnos. Había dejado atrás sus caballos y camellos, al alcance de su voz.

En sus manos vi nuestras armas que sin duda habían logrado sustraernos aprovechándose de nuestro sueño. La resistencia era imposible y, dadas las circunstancias, no se podía dar ni un céntimo por nuestra vida.

Sólo una posibilidad de salvación existía, el acogernos a la protección de algún personaje de la tribu. No se crea que este razonamiento fue el fruto de largas meditaciones por mi parte. Abrir los ojos, incorporarme de un salto, divisar al enemigo y coordinar los anteriores pensamientos, todo fue obra de un segundo.

No debíamos esperar que nos anunciaran que estábamos prisioneros, pues entonces sería demasiado tarde. Había que tomar la iniciativa. A pocos pasos de mí estaba un anciano beduino de respetable aspecto cuyo majestuoso porte demostraba que no era un guerrero vulgar. Empujé violentamente hacia él a Halef y Kara y, cogiendo una punta de su jaique, exclamé:

—*Dakilah ia Seheih!*

Lo que equivale a decir: estamos bajo tu amparo, señor. No hay árabe que niegue su protección a un enemigo, aun cuando sea el mayor ladrón o asesino si lo pide en estos términos y teniendo asida alguna prenda de su ropaje. Es más, se creen obligados a defender a sus protegidos, aun a riesgo de su propia vida.

Halef y su hijo conocían esta usanza o, mejor dicho, ley del desierto y, a pesar de la sorpresa, tuvieron la suficiente serenidad para seguir en el acto mi ejemplo. Ambos se aferraron al jaique y sus voces pronunciaron simultáneamente aquella invocación:

—*Dakilah ia Scheik!*

Los tres estábamos ya bajo la protección del anciano. En torno nuestro se alzaron voces de rabia al ver que nos valíamos de este lícito medio. El anciano trató de retroceder, pero como nosotros sosteníamos tenazmente su albornoz, dijo:

—Vuestras manos y bocas han sido más listas que mis labios y no tengo más remedio que protegeros. Yo soy Abu Dem, el jeque de los Scherarats y ¡pobre del que se atreva a tocar un solo cabello de mis protegidos! Devuélvanselos las armas.

¡Qué feliz casualidad que aquel viejo fuese el jeque! ¡En cuanto tuve en la mano mis dos carabinas, ya me parecía segura nuestra salvación! Ahora se trataba de saber si en aquella sección de la tribu había alguien que nos conociera. Justamente cuando yo me hacía esta pregunta, gritó un hombre saliendo precipitadamente de entre los demás:

—No les concedas tu protección, ¡oh, jeque! Son mortales enemigos nuestros.

—¿Mortales enemigos? —preguntó el viejo.

—Sí, el que lleva las dos carabinas es el *Emir* Kara Ben Nemsí, un cristiano.

—*Maschallah!* —exclamó el jeque separándose de nosotros.

—El más bajo es Halef Omar, el jeque de los Haddedihnes. Lo cogimos prisionero en Bir Nusah y lo liberó el *yaur*. El muchacho debe ser hijo suyo. Los tres

nos delataron a los Schammar y por su causa fuimos derrotados. Ya sabes los muertos y prisioneros que esto nos costó y los pocos que logramos salvarnos.

—¿Estás seguro de que son ellos? ¿No te equivocas?

—Juro por el Profeta y por todos los Califas que son los que digo.

Habíamos llegado al momento crítico, la solución era inminente.

—¡Venganza! ¡Venganza! —fue el grito que salió de todas las bocas.

—¡Amparo! ¡Amparo! —grité a mi vez siendo imitado por Halef y Kara.

El jeque hizo un ademán y el más profundo silencio reinó en el valle. Dirigiéndose a mí, me preguntó:

—¿Eres tú, realmente, ese cristiano que se llama Kara Ben Nemsí *Effendi*?

—Sí.

—¿Y te atreves a proclamarlo delante de mí?

—Nunca miento y no lo hago por temeridad. Lo sería si lo ocultara.

—¿Por qué?

—¿Ignoras que el protegido pierde el derecho a la protección si engaña al que se la dispensa?

—Dices en efecto la verdad. He oído contar que allá abajo, entre los kurdos, has realizado difíciles empresas y llevado a buen término muchas hazañas. ¿Cómo puede Alá conceder a un *yaur* tanta fuerza, perspicacia y valor?

—Él es el Señor y Padre de todos los nacidos; tanto vuestro como de nosotros. ¿Por qué divides a los hombres según las creencias? Aquí, en esta ocasión, sólo debes reconocer una: tú eres el protector y yo el protegido. De lo contrario, ¿habré de pensar que el más famoso de los Scherarats se deja atemorizar por sus súbditos y es capaz de retirar la protección ya concedida?

—¿Y si lo hiciera así?

—Tu nombre quedaría cubierto de desprecio por toda la eternidad.

—Pero vosotros estaríais perdidos.

—No, muy lejos de eso.

—*Maschallah!* Sería preciso un milagro. Sin él ¿tendrías esperanzas de salvarte?

—No sólo esperanzas, sino la más completa seguridad.

—Hablas como un hombre que sabe lo que dice y lo que quiere. Si tanto te han hablado de mí, es probable que también te hayan dicho algo de mis carabinas.

—Ha llegado a mis oídos que disparas cuantas veces quieres sin necesidad de cargar y que nadie escapa a tus certeras balas. Pero yo no lo creo.

—Pues ahora lo creerás. Cuenta diez pasos desde aquí y clava diez lanzas en el suelo. Sin necesidad de renovar la carga, las despuntaré todas a la misma altura, sin que de una a otra haya un cabello de diferencia.

Un murmullo de sorpresa e incredulidad recorrió las filas y el jeque se volvió para hablar con los que estaban más próximos. Halef murmuró a mi oído:

—Si eres capaz de hacer lo que has dicho, hemos ganado, *Sidi*.

Pasaron unos instantes hasta que se volvió el jeque y me dijo:

—Será satisfecho tu deseo, pero bajo una condición.

—¿Cuál?

—Si no cumples con exactitud lo que ha prometido, dejarás de estar bajo mi protección.

—Estoy conforme —dije con la mayor calma, aunque tenía conciencia de lo que arriesgaba.

Si una sola bala dejaba de dar en el blanco, quedábamos reducidos a nosotros mismos entre tantos enemigos. Pero conocía mis armas y sabía que podía confiar en ellas, aun cuando me faltara la protección del jeque. Por eso juzgué mi situación casi desesperada cuando me di cuenta de que, durante el sueño, nos habían robado las armas.

Se contaron los pasos y se clavaron las lanzas, una vez hecho esto todos los ojos se clavaron en mí con impaciencia. Sin pronunciar una sola palabra, preparé mi carabina de repetición y, aparentemente, casi sin apuntar, disparé uno tras de otro los diez tiros, tan de prisa que no pudieron contarse o, al menos, no se contaron.

Al levantar el arma el jeque me preguntó:

—¿Has terminado?

—Sí.

—¿Diez tiros? ¿Tan pronto?

—Cuando disparo sobre hombres, es decir, sobre enemigos, aún lo hago más de prisa. Ve a examinar las lanzas.

Todos se precipitaron en aquella dirección queriendo cada cual llegar el primero. Halef aprovechó este momento para decirme:

—*Sidi*, todos se han alejado y nos han dejado solos. ¿Nos escapamos?

—Poco después correrían todos detrás de nosotros. Vale más que nos quedemos. Reflexiona el tiempo que necesitaríamos para ensillar los camellos.

—Dices bien, no es posible.

Las lanzas fueron desclavadas y corrieron de mano en mano, despertando visibles señales de la más viva admiración. Mientras tanto me volví y, sin que nadie me viera, repuse la carga de los diez tiros. Pude darme cuenta de que las miradas de los Scherarats, si bien seguían siendo hostiles, al menos eran respetuosas. El jefe se acercó a mí y, después de medirme con la vista de pies a cabeza, me dijo:

—Tu mágica carabina no es una impostura. Las diez balas han despuntado las lanzas a la misma altura. Dime qué espíritu te la ha regalado.

—Fue un espíritu de América y se llamó Henry.

—Entonces es que los espíritus de América son más poderosos que los nuestros. Estáis bajo mi protección y nada malo os sucederá mientras no os mováis de mi lado, pero como entre vosotros y nosotros media sangre que reclama venganza, el tribunal de ancianos decidirá qué ha de hacerse.

—¿Qué deben decidir? ¿No estamos seguros junto a ti?

—Esa seguridad, como ya sabrás, no puede alargarse más que dos veces siete

días, a lo sumo. Pasado ese término, tengo que abandonaros. Si el tribunal es clemente con vosotros, os daremos vuestras armas y os dejaremos tomar cierta delantera, persiguiéndoos después. Si os dejáis coger, perderéis la vida. No esperéis ni por un momento ser perdonados y que aceptemos el precio de la sangre. Mi nombre es Abu Dem^[19], y si es cierto que puedes pagar la sangre de un guerrero vulgar, la vuestra excede a todo precio y sólo la vida puede satisfacernos.

—¿Cuándo se reunirá el tribunal que ha de juzgarnos?

—Tan pronto como lleguen las principales fuerzas de mis tropas. Nosotros sólo somos la vanguardia. Quisimos dar de beber aquí a nuestras bestias porque el terreno es peligroso y...

Se interrumpió de pronto y, midiéndome con interrogadora mirada, preguntó:

—Cuando llegamos dormíais. ¿Cuánto tiempo pensabais permanecer en esta fuente?

—Hasta mañana temprano —respondí.

—¡Alá es grande! Hasta mañana temprano. ¿Ignoráis el inmenso peligro a que os exponíais?

—Lo conocemos. No hay más que uno.

—¿Cuál?

—El ser apresados por vosotros que sois nuestros mortales enemigos.

—Y ¿no conocéis otro?

—No.

—¡Alá es misericordioso! Él os ha preservado de una muerte segura. ¿De veras no sabéis que...?

De nuevo se interrumpió como si estuviera a punto de decir algo que debiera callar, y tampoco hubiese podido decir más, porque en el mismo instante se oyó en la entrada del valle un tumulto de voces humanas al que se mezclaba el ruido de muchas pisadas de animales. Vimos acercarse una nutrida tropa de jinetes montados en camellos y caballos. A su frente venía un viejo del más repulsivo aspecto. Su jaique, echado atrás, dejaba ver que llevaba el pecho cubierto de amuletos. Del cuello de su camello y de la silla colgaban una porción de animales disecados y otros extraños objetos. Sus pequeños y penetrantes ojos estaban profundamente hundidos en sus cuencas, su nariz parecía el pico de un ave de rapiña, que, a causa de su desdentada boca, casi tocaba con su afilada barbilla. Respecto a su figura, extraordinariamente alta y flaca, se balanceaba sobre el camello, y el color verde de su turbante daba a entender que se contaba entre los descendientes del Profeta.

CAPÍTULO 7

El consejo de los ancianos

En cuanto le vi me dije a mí mismo que el siniestro viejo no podía ser otro que Gadub el Sanhar, el terrible mago, y, en efecto, no me equivoqué. Pude convencerme del lugar preeminente que ocupaba entre los Scherarats al ver la premura con que todos salieron a su encuentro para comunicar la importantísima presa que habían hecho.

Al oír tan grata nueva, lanzó un grito de júbilo y, con la agilidad de un muchacho, bajó de un salto de su camello sin aguardar a que éste se arrodillara.

Despidiendo llamas por sus diabólicos ojillos, vino hacia nosotros y me gritó:

—¿Con que tú eres el maldito perro cristiano a quien debo la prisión y segura muerte de mi hijo? ¡Me las pagarás! Aun cuando tengas el alma sujeta por medio de clavijas de hierro, te la arrancaré haciendo quemar tu cuerpo en fuego tan ardiente y continuo como el que arde en el sol, y mandaré que te saquen los intestinos y...

—¡Silencio! —lo interrumpí con voz de trueno—. Soy un protegido. ¿Cómo te atreves a insultarme?

—¿Protegido? ¿De quién?

—Mío —contestó el jeque.

—¿Cómo? ¿Tuyo? ¿Cómo te atreves a dispensar tu protección a hombres que son mil veces nuestros mortales enemigos?

—¿Atreverme? —replicó con altivez el jeque—. ¿Hay algo a que no pueda atreverse Abu Dem, el jeque de los Scherarats? ¿Eres tú, acaso, el que debe dictarme lo que tengo que hacer? Estos hombres han cogido mi jaique e implorado mi protección gritando: *Dakilah, sereih!* Quisiera ver quién es el que se atreve a decir que no debo protegerlos.

—¿Quién? ¡Pues yo! A mi vez quisiera ver quién osa replicarme. Puedo contar con que todos los malos espíritus del cielo y de la tierra se cebarán en su cuerpo.

El jeque se volvió hacia su gente y exclamó:

—¡Guerreros de la tribu Scherarats, a vosotros os toca decir quién tiene razón, si él o yo! ¿Debo proteger o no a los prisioneros?

No recibió respuesta. Tácitamente le daban la razón, pero ninguno se atrevió a levantar la voz contra el mago cuya ciencia temían a causa de su ignorancia y superstición. El brujo dejó oír una risita burlona y, encarándose con su jefe, le dijo con agria voz:

—¿Oyes algo, jeque? Ji, ji, ji. ¿Has oído una sola palabra? Esos perros han cruzado el rostro de mi hijo con un látigo y éste les amenazó con Scheba el Thar, el león de la sangrienta venganza, el león...

Se interrumpió haciendo un ademán como si hubiera cruzado por su cerebro una excelente idea, clavó en nosotros sus venenosas miradas con expresión de triunfo y, volviéndose hacia el jeque, le dijo con voz y gesto repentinamente amistosos:

—Verdaderamente la razón está de tu parte, ¡oh jeque!, tanto más cuanto que dejas la decisión en manos del tribunal. Convoca a los ancianos, la junta debe celebrarse en seguida. Oigamos las autorizadas voces de los que han de decidir de la suerte de esos perros. No hay tiempo que perder, pues mañana mismo hemos de partir hacia el campamento de los Schammar para libertar a nuestros hijos o vengarlos.

Sin esperar la respuesta, él mismo se encaminó en busca de los ancianos. El jeque se acercó a nosotros y dijo a media voz:

—Creo adivinar lo que quiere el Sahhar. He empeñado mi palabra y quisiera cumplirla, pero contra lo que él proyecta, contra Scheba el Thar, nada puedo hacer. Sin embargo, me parece que sois hombres capaces de afrontarlo sin temor y vuestras armas son muy superiores a las nuestras.

Nuestra situación parecía haber empeorado notablemente desde la llegada del hechicero. Aun cuando los Scherarats estaban muy mal dispuestos hacia nosotros, la noble conducta de su jeque no habría dejado de influir sobre ellos. Desgraciadamente, aún era mayor la influencia que ejercían sobre toda la tribu las mágicas artes de Gadub el Sahhar, pues era más temido que el propio jeque.

Aumentó el número de las miradas hostiles que nos dirigieron, pero, por el presente, nada teníamos que temer. Antes de que decidiera el tribunal, nadie se atrevería a tocarnos.

Los ancianos, en número de doce, se sentaron a cierta distancia de nosotros para dar principio a la deliberación. Ésta se llevaba a cabo de un modo solemne y reposado. Sólo uno de los miembros del tribunal se distinguía por su continua agitación, muy contraria a la solemnidad del caso. Era el hechicero, que casi no dejaba hablar a sus compañeros.

Nosotros estábamos sentados en el centro de un corro de guerreros, y de pronto oí la voz de Halef que murmuraba:

—¿Qué te parece, *Sidi*, que decidirán acerca de nosotros?

—¿No lo adivinas?

—No, ¿y tú?

—Sí. ¿Qué es?

—Según parece, hay leones en este valle.

—¡Alá! ¿Leones? ¡Un león!

—No uno, sino varios, Estamos precisamente en la época del año en que se reproduce su especie.

—Ya te dije que en esta comarca hay leones, es muy probable que queden algunos allá abajo, entre las ruinas, en donde hay bastantes escondrijos para ocultarlos; pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

—Según creo, mucho. ¿No has observado la expresión de triunfo que tomó el

rostro del mago cuando habló de los leones?

—Sí; al parecer, se alegraba.

—Su alegría era causada por creer segura nuestra destrucción.

—¿Por medio de los leones?

—Sí.

—¿Quieres dar a entender que seremos arrojados a ellos?

—No nos arrojarán, pues para eso sería preciso que nos ataran, y yo lo impediría con mi carabina. Mientras la tenga en mis manos rechazaré toda sentencia del tribunal que no nos deje esperanzas de salvación. Supongo que tendremos que luchar con los leones si queremos obtener nuestra vida y libertad.

—¿Aceptarás eso, *Sidi*?

—Antes quisiera oír tu parecer sobre ello.

—Ya puedes suponer cuál es mi opinión. ¡Qué orgullosa estaría de su Halef mi Hanneh, si yo le trajese la piel de uno de esos mismos leones que han de decidir nuestra suerte!

—¿Es decir, que aceptas un combate con el *señor de la cabeza gorda*^[20]?

—¡Con entusiasmo! Te lo digo con franqueza.

—¿Y tu hijo?

Kara, que hasta entonces no había pronunciado ni una palabra, al oír esta pregunta directa, respondió:

—¡Oh, *Emir*! Mi corazón está inundado de pena. ¿Qué he hecho? Yo tengo la culpa de que estemos prisioneros por haberme dormido cuando debía velar. Quisiera luchar con diez leones si eso pudiera borrar mi falta y devolverme tu confianza.

—No lo tomes tan a pecho, querido Kara —le dije para consolarle—. Estabas demasiado cansado, y en cuanto a mi confianza, nunca la has perdido. Por lo que concierne a nuestra prisión, creo que este asunto se solucionará pronto. Si mis suposiciones acerca del combate con las fieras resultan ciertas, lo aceptaré, si, además de la vida, nos ofrecen la libertad. Lo haré así, más bien por el placer de la caza que por temor a los Scherarats, pues estoy seguro de conseguir vida y libertad sin necesidad de combatir con los leones y sin más ayuda que mis armas. Pero, ¡mirad!, la sesión ha terminado y parece que nos vienen a buscar.

Hubo cierto movimiento entre los miembros del tribunal, el jeque se levantó, vino hacia nosotros y nos dijo:

—El tribunal ha decidido vuestra suerte. Si estuviéramos en nuestro aduar, podría protegeros por espacio de quince días, pero estamos en camino y no puedo llevaros con nosotros, así es que mi protección sólo puede durar el tiempo que estemos en este valle, y mañana tenemos que abandonarlo. Yo no necesitaba deciros nada, pues el mago se ha reservado el placer de participaros la decisión. Pero como sé que su propósito es confundiros y amedrentaros con sus oscuras e imprecisas frases, creo que es mi deber, como protector vuestro, daros cuenta de lo que ocurre para que sepáis a qué ateneros.

Aprovechando el momento en que hizo una pausa me apresuré a hacer las siguientes observaciones:

—Quedamos muy agradecidos, ¡oh, jeque!, a tu caballerosa conducta, pero debo decirte que no pertenecemos a la clase de gente con quien pueda el mago realizar su propósito. Todavía no he encontrado un hombre que logre extraviar mi pensamiento, y en cuanto a amedrentarnos, eso pertenece al número de los imposibles y el caduco mago es el menos a propósito para conseguirlo. Oí de sus labios lo que hayáis decidido, pero, desde ahora, te diré que lo conozco mejor que vosotros mismos y que todo lo que os ha dicho no son nada más que mentiras y embustes.

Al oír estas palabras, el jeque levantó un poco su rostro, profundamente serio, y dijo:

—Reconozco que Alá te ha concedido una inteligencia sana y despejada. Por desgracia, mis Scherarats no gozan del mismo don, y aunque yo deba aborreceros por haber delatado a mis guerreros a los Schammar, sin embargo, os debo alguna gratitud, pues entre aquellos guerreros iba uno que no quiero nombrar y cuyo regreso no deseo.

—No necesitas decirme su nombre. Te refieres a Abu el Gadub, el hijo del mago.

—*Maschallah!* ¿Cómo lo sabes?

—Conozco tus relaciones con Gadub es Sahhar mejor de lo que tú crees.

—Si realmente las conoces, no se lo digas a él. He oído decir que, solo y rodeado por las sombras de la noche, te has atrevido a habértelas con *el señor de la cabeza gorda*. No nos ha parecido posible, pues nosotros, cuando queremos atacar al exterminador de rebaños, lo hacemos en pleno día y después de reunir buen número de guerreros. Si lo intentáramos de noche, nos devoraría a todos.

—Esa es la diferencia que hay entre nosotros y vosotros. Un hombre realmente valeroso debe tener el ánimo bastante para mirar al león frente a frente, aunque sea de noche.

—Y ¿es cierto que tú lo has hecho?

—Muchas veces.

—¿Sigues teniendo los mismos ánimos?

—Sí.

—Esto calma los reproches de mi conciencia. Os prevengo que la próxima noche tendréis que luchar con una pareja de leones que probablemente tienen crías. Vosotros debéis ignorarlo. Es una cosa que espanta. Tres personas contra dos gigantescos leones que serán diez veces y aun mil veces más terribles al tratar de defender a sus pequeñuelos.

—No te preocupes por nosotros, no tenemos ningún temor. Tampoco nos has descubierto nada nuevo, pues ya habíamos adivinado el plan del viejo hechicero. Si perecemos, ha satisfecho su venganza, y si triunfamos, lo que, desde luego, tiene por imposible, habremos limpiado este valle de sus terribles moradores, cuya muerte habríais de pagar con la vida de muchos guerreros. ¿Cuánto tiempo hace que esa

pareja de leones habita en este valle?

—Hará unas tres semanas. Cada noche devoran un caballo o un camello. ¡Alá los condene!

—¿Dónde tienen su guarida?

—Allá, en el gran patio de las ruinas. Todas las noches, el macho baja con la hembra a beber agua en la fuente que está al otro extremo del valle. Ya os he dicho más de lo que debía. ¡Venid! Tengo que llevaros ante el tribunal.

Nos condujo hasta los ancianos, cuya sentencia debíamos oír de pie, pero yo, prescindiendo de las ceremonias, empecé por sentarme. Halef y Kara siguieron mi ejemplo.

El viejo mago nos interpeló indignado:

—¿Cómo osáis sentaros frente a los hombres más sabios e ilustres de la tribu? Sois unos...

—¡Silencio! —le interrumpí yo, decidido a mostrarle desde un principio el desdén que me inspiraba—. Quisiera demostrar a esos venerables ancianos el respeto y consideración que merecen, pero nos sentamos porque estás tú entre ellos. ¿Sabes tú quién soy en mi patria y el sitio que ocupo en mi pueblo? ¿Y tú, qué y quién eres? Comparado conmigo, menos que una atrevida mosca que cree asustar con sus zumbidos a un león.

Eché mano a su cuchillo y con destemplada voz gritó:

—¡Perro! *Graur!* ¿Sabes tú el poder que ejerzo sobre todos los espíritus y fuerzas ocultas de la tierra y del infierno? Sólo necesito extender mi brazo para que caigas muerto de espanto.

—Hazlo, pues —contesté riendo—. A mí no me asustas, porque ya te conozco. Eres un charlatán que no tiene fuerza más que en la boca. Un impostor a quien no me dignaría dirigir la palabra si no estuvieras encargado por esos dignos ancianos de participarme su decisión.

Sin poderse contener, el viejo brujo se levantó de un salto, vociferando:

—¡Guerreros scherarats! ¿Habéis oído? ¡Fusilad en el acto a este inmundo chacal! ¡Ahora mismo!

Aunque ninguno levantó el fusil hacia mí, salté a mi vez hasta un peñasco, detrás del cual me parapeté, y, apuntando con mi carabina, exclamé:

—¿Quién se atreve a levantar un arma contra nosotros? Ya veis que vuestras balas no pueden alcanzarme a mí y, en cambio, mi carabina mágica dejará muerto al que mueva un dedo contra nosotros.

Fue un espectáculo curioso ver el terror con que los beduinos se apartaron a uno y otro lado huyendo del cañón de mi carabina. El mago parecía haber perdido el uso de la palabra, los ancianos conferenciaron en voz baja y, por último, el jeque me llamó diciendo:

—Tranquilízate, *Emir*. Aún estáis bajo mi protección y nada os sucederá hasta mañana por la mañana temprano.

—¡Tonterías! No somos nosotros los que hemos de tener, sino vosotros. Yo me quedo aquí con mi maravillosa arma en la mano y, al primero que nos ofenda con una palabra, le meto una bala en la cabeza. Ahora decidme claramente lo que haya resuelto el tribunal. No gusto de palabras ociosas.

Por la expresión de las miradas que de todas partes me dirigieron pude observar que mi conducta había causado la impresión que me propuse. Los miembros del tribunal volvieron a deliberar en voz baja y después el mago se dirigió a mí con tono muy distinto del empleado anteriormente.

—Se ha decidido lo siguiente, que antes me proponía explicarte, pero que te diré ahora con brevedad. Allá abajo hay unas ruinas que están habitadas por malos espíritus que se niegan a abandonar el valle. Si nos dais vuestra palabra de no huir, permaneceréis entre nosotros en calidad de huéspedes y, al cerrar la noche, emprenderéis el camino de las ruinas. Allí encenderéis una hoguera que no dejaréis de alimentar hasta el amanecer. Si volvéis sin haber sido despedazados por los espíritus, podéis consideraros libres.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Sí.

—Aceptamos vuestra proposición. Cuando termine el día, subiremos a las ruinas y encenderemos una hoguera que arderá hasta la aurora y alumbrará así nuestro combate con los espíritus del mal. Pero respecto a lo de que podemos considerarnos libres, si volvemos sanos y salvos, necesito que lo jure el tribunal.

El juramento exigido fue prestado solemne y unánimemente, quedando yo satisfecho de su sinceridad. Entonces bajé la carabina y fui a reunirme con mis compañeros. Para llegar hasta ellos tenía que pasar junto al mago, quien, no pudiendo contener su rabia, me dijo con cruel sonrisa:

—¡Estáis perdidos! Desde aquí oigo rugir al espíritu que se transformará en Scheba el Thar para devoraros.

—Ten cuidado no vaya a devorarte a ti —contesté.

—No devora más que a cristianos; no tengo más que extender la mano para que huya de mí.

—Afirmas que tu poder se extiende sobre todos los espíritus de la tierra y del infierno; ¿por qué no haces huir a los que pueblan las ruinas? ¿Por qué nos encomiendas a nosotros la misión de echarlos? Porque mientes, porque tu poder es nulo y tienes miedo de ir a las ruinas y encontrarte con los espíritus. Yo, como cristiano, no temo a ninguno. Mañana temprano regresaremos ilesos y satisfechos y os enseñaremos los vencidos espíritus.

—No nos enseñaréis nada, absolutamente nada —dijo el viejo lleno de furor—. Tú eres un *yaur* que pertenece al infierno, y tus compañeros tampoco valen más que tú, por lo que les alcanzará la misma suerte. Mi hijo os profetizó que Scheba el Thar os devoraría, y eso sucederá esta misma noche. Mañana, quien encuentre vuestros roídos huesos no creerá que pertenecieran a seres humanos, sino a perros sarnosos

que, por repugnancia, fueron arrojados de las tiendas.

Los puños me cosquilleaban, pero logré dominarme y callé. Halef no tuvo la misma sangre fría, sacó el látigo que llevaba en el cinturón y, encarándose con el brujo, le gritó en sus propias barbas:

—¿Con quién nos comparas? ¿Con perros sarnosos? ¿Quieres que te cruce la cara con mi látigo, como ya hice con la de tu hijo por un insulto semejante? Si todo tu poder consiste sólo en insultar a los prisioneros, es posible que, si antes no te mata la vergüenza, sean tus restos los que encontremos, en lugar de ver tú los nuestros. Dios te juzgará y Scheba el Thar te destrozará. No seremos nosotros, sino a ti a quien despedazarán sus zarpas. ¡Acuérdate de mis palabras! Yo siempre sé lo que digo, porque soy Hachi Halef Omar, jeque de la tribu de los Haddedihnes, y tú no serás el primer blasfemo a quien vea bajar al infierno arrastrado por sus pecados.

Ya empuñaba el viejo su cuchillo con ademán amenazador, cuando los más prudentes de los Scherarats le rodearon, y el jeque le dijo con mucha severidad que se abstuviera de proferir ningún nuevo insulto contra sus protegidos. Yo pude llevarme a Halef y, así, evitar que la escena tuviera el trágico desenlace que era de temer.

El pequeño y belicoso Halef había hablado dejándose arrastrar por la cólera, y sus ademanes frente al viejo mago fueron dignos de un profeta; pero nadie adivinó que su impetuosa arenga encerrara una profecía, ya que eso lo comprobaron después, sobrecogidos por un místico terror.

El programa de la noche estaba hábilmente dispuesto por el hechicero. Sabido es que los leones, cuando tienen pequeñuelos a quienes mantener, son doblemente peligrosos; sin embargo, hubiéramos podido escondernos y evitar su acometida, si tal fuera nuestro propósito, valiéndonos de la oscuridad de la noche. Pero se nos había impuesto la condición de tener encendido el fuego toda la noche, y como no podíamos abandonar las ruinas sin dejar de alimentar la hoguera, era inevitable el ser vistos y, por consiguiente, atacados por las fieras.

Diré, de paso, que la leona, mientras cría, rara vez abandona su guarida, quedando a cargo del macho el alimentarla a ella y a los pequeños, misión que desempeña a conciencia, arrastrando a veces el botín desde sitios muy lejanos. De modo que la leona no se mueve más que para ir a beber a la fuente más cercana. ¡Pobre de quien entonces la encuentre! En ese caso, es aún más peligrosa que *el señor de la cabeza gorda*.

CAPÍTULO 8

Noche de leones

El mago se guardó muy bien de volver a molestarnos, pero no puede decirse que su comportamiento fuera agresivo. Nos consideraba ya como muertos y sentía hacia nosotros cierta lástima y admiración, mezcladas con el inveterado odio de raza. Sólo el jeque se acercó algunas veces a nosotros, aunque por breve rato, para decirnos alguna frase amistosa.

Aproveché la tregua que se nos concedía para conferenciar con Halef y su hijo acerca de la próxima noche. Mientras tanto, observaba que varios Scherarats recogían ramas secas y formaban haces con ellas. Como el valle no carecía de agua, abundaba en él la vegetación.

Faltaría una hora para el crepúsculo cuando se acercó el jeque para indicarnos que debíamos partir. Él, rodeado de los suyos, pasaría la noche junto a una gran hoguera inmediata a la fuente, en donde se creía seguro por haber servido nosotros de pasto a los leones. Esto último, como ya se comprenderá, no nos lo dijo.

Quería acompañarnos en persona, seguido de algunos Scherarats cargados de leña seca, hasta las mismas minas, lo que no era ninguna temeridad, pues no hay beduino que ignore que los leones no salen más que de noche, y para sacarlos de su cubil durante el día, es preciso obligarlos a ello tirándoles piedras y promoviendo fuerte alboroto.

Seguimos por el valle, bastante largo por cierto, hasta llegar a la segunda fuente, en donde encontramos inconfundibles trazas de haber bebido leones, pero nada dijimos que demostrara nuestro descubrimiento. Desde allí subimos escarpadas cuestas entre los peñascos, sin que los Scherarats pudieran disimular su miedo. En la parte superior tropezamos con una antiquísima muralla, rota por varios lados, y en la que aún se veían los restos de una puerta monumental. Allí los beduinos depositaron en el suelo los haces de leña, y el jeque dijo:

—Dentro de estos muros está el patio que no debéis abandonar hasta la madrugada, y aquí tenéis leña para la hoguera. ¡Qué Alá os proteja!

Todos se retiraron menos uno, que adelantándose nos dijo:

—El Sahhar os saluda y os desea buenas noches y mejor día en la panza de los leones.

—Dile que se guarde él de esa panza, pues nosotros no pensamos visitarla —contestó Halef mientras el rezagado se apresuraba a reunirse con sus compañeros.

No sin cierta precaución, atravesé el umbral de la puerta y dirigí una mirada al patio. Éste era un extenso cuadrilátero en cuya parte trasera había otra puerta que daba acceso a las minas. Allí, y no en el patio, estaba la guarida de los leones. Esto

me lo dijo la primera mirada que eché sobre las huellas allí impresas.

En el lado derecho de la semiderruida muralla se había formado un montón de escombros que nos ofrecía un magnífico punto de observación. Si encendíamos la hoguera al pie del mismo y nos situábamos en la parte alta, no habría león que se atreviera a cruzar el fuego para llegar hasta nosotros.

Habíamos tardado bastante tiempo en recorrer aquel camino y la noche se nos venía encima. Así es que, sin perder tiempo, nos encaminamos al gigantesco montón de escombros, dejamos abajo un par de haces de leña dispuestos para ser encendidos, subimos todo el combustible restante y nos instalamos con toda la relativa comodidad que permitían las circunstancias. Ya se había puesto el sol, y pronto la oscuridad fue completa. Como los leones no acostumbran a salir temprano, esperamos aún un poco para encender el fuego, y serían cerca de las nueve cuando bajé, encendí la leña y volví a ocupar mi sitio.

Con las carabinas en la mano preparadas para disparar, esperamos los tres la aparición del rey de los animales, sin hacer más movimiento que el necesario, de vez en cuando, para añadir leña al fuego. Mi pulso latía con el ritmo de costumbre. Halef estaba algo inquieto, pero en modo alguno asustado, y Kara, el valiente muchacho, no daba la menor señal de temor.

Ambos sabían que no debían tirar hasta que yo diera la voz de fuego, y apuntando entre los ojos de la fiera. Los leones, en aquel momento, no me inspiraban ningún temor. Estoy completamente convencido de que tampoco se lo causaban a Halef ni a su hijo. Si algo experimentaban, era esa sensación que se conoce con el nombre de fiebre de caza. Que Halef manejaba bien la carabina era cosa que nadie ponía en duda y, por medio de una buena dirección y constante práctica, había logrado que su hijo, a pesar de sus pocos años, fuera un consumado tirador.

Si alguna preocupación tenía era a consecuencia de la baja temperatura. La noche estaba intensamente fría. Se tiene, por lo general, la falsa idea de que la Arabia interior es un país bañado invariablemente por los abrasadores rayos del sol, y eso no es verdad. Hasta en pleno verano es tan notable el cambio de temperatura entre el día y la noche, que suele proporcionar graves enfriamientos a los que no están aclimatados, y en invierno, e incluso en primavera, la temperatura desciende con frecuencia bastante más abajo de cero durante las noches, y los que las pasan a la intemperie tienen por la mañana que sacudir la escarcha que cubre sus ligeras vestiduras. Algunas veces incluso ha nevado.

Teniendo esto en cuenta, nos habíamos provisto de gruesas mantas al emprender la actual expedición, pero no las cogimos en el caso presente, pues, para luchar con los leones, necesitábamos libertad de movimientos y no podíamos envolvernos. El frío era tan penetrante que hacía muy posible que nos temblara el pulso al disparar, y si nos fallaba un tiro, no era difícil predecir las consecuencias.

Aconsejé a mis compañeros que se juntaran lo más posible y que tuvieran la fuerza de voluntad suficiente para no temblar en el momento crítico.

Ni un soplo de viento recorría el patio, y sólo el leve chisporroteo del fuego interrumpía el profundo silencio. Había transcurrido una hora y estaba a punto de pasar otra. Como experto cazador, yo no me fiaba sólo de los ojos y los oídos, sino también del olfato, y, de pronto, pude percibir ese olor acre y penetrante que es exclusivo de los grandes carnívoros.

—Ya viene ¡Atención! —dije en voz queda a mis compañeros, mientras me echaba a la cara mi «Mataosos» y fijaba la vista en la puerta de las ruinas.

Un bulto, o quizá sólo una sombra, salió por ella, permaneció un instante inmóvil, sin ofrecer blanco a nuestras armas, y desapareció detrás de la pared que estaba frente a nosotros. Un momento después oímos rodar varias piedras.

—¿Ha sido el león? —preguntó Halef a mi oído.



—Él o la hembra, no he podido distinguirlo —contesté—. No hemos tenido suerte. La bestia se ha asustado del fuego y, saltando la muralla, habrá bajado a la fuente. ¡Que estemos obligados a tener encendida esta estúpida hoguera! Sin ella, ya estaría tendida la fiera con una de mis balas en la cabeza.

—Ya volverá.

—Esa es mi esperanza. Agucemos los sentidos para que no se nos escape.

Pasó un buen rato. Súbitamente oímos ese estruendoso rugido, que partía de entre los peñascos y que con razón comparan los árabes al trueno. Diríase que la tierra temblaba bajo nuestros pies.

—No es la hembra, sino el macho —murmuré yo—. Lo reconozco en la voz. Está camino de la fuente... pero ¡escuchad!

Se oyó un grito, un penetrante alarido que resonó en el valle, después otro, y otro más. Parecía que decían: «¡Ghadab! ¡Ghadab!». ¿Acaso me engañaban mis propios sentidos? Así se llamaba el hijo del mago. Siguió un segundo y un tercer rugido de león, después todo quedó en silencio, es decir, por la parte del valle, pues cerca de donde estábamos nosotros oímos decir de improviso:

—*Maschallah!* ¿Qué fuego es ese y quién lo ha encendido? Responded, yo soy Abu el Ghadab, y si no...

Un horrible grito interrumpió la frase y fue contestado por otro no menos angustioso en el valle. Siguió el crujir de huesos acompañado de esos suspiros de satisfacción y castañeteos de lengua que tan bien conozco. La leona también había salido y hallado en seguida una presa, pero ¿los huesos que trituraban sus dientes eran los de un ser humano? ¿Los de Abu Ghadab, acaso? ¡Imposible! Éste se hallaba prisionero entre los Schammar.

Sea quien fuere, era preciso intervenir con rapidez. Los ronquidos sonaban muy cerca de la puerta de entrada. Dirigí la vista hacia aquel punto y divisé el bulto de la enorme bestia. Lancé unos cuantos gritos y levanté el cañón del arma.

Mi voz hizo que la leona levantara la cabeza en la dirección que yo estaba. Sus ojos brillaron en la oscuridad..., salió el tiro..., al que respondió un desesperado rugido... unos cuantos ronquidos... un estertor de agonía... y volvió a reinar el silencio.

—¡Oh, *Sidi!* Le has acertado. Está muerta.

—¡Atención, atención! —dije yo—. No tardará en presentarse el macho, pues, según parece, ha encontrado allá abajo otra presa. ¿No habéis oído los gritos?

—Sí.

—Temo que haya sucedido una doble desgracia. Ahora estemos preparados a tirar y no hablemos una palabra más.

Esperamos con indescriptible impaciencia, pero no fue muy larga nuestra espera. Pronto oímos por la parte posterior de la puerta el roce de unas poderosas zarpas al pasar sobre las piedras, acompañado del rechinar de unos dientes.

—¡Atención! —murmuré muy bajo—. Trae en la boca su presa.

En efecto, la majestuosa fiera apareció arrastrando un pesado bulto. Quise dejar a Kara el honor de tirar el primero sobre el león y le hice la seña convenida. El león traía el botín para alimentar a sus crías. Al ver muerta a la hembra en medio de un charco de sangre, dejó caer la presa y rugió con tan espantosa furia que nuestro ángel de la guarda debió de temblar por nosotros. Después, buscando a los autores del hecho, revolvió sus brillantes ojos, fijándolos por último en la hoguera.

—¡Fuego, Kara! —le dije—. Entre los ojos. Ahora.

Aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando salió el tiro. Siguió un breve rugido que hubiérase dicho que era el compendio de una tempestad y, dando grandes saltos, se dirigió la fiera hacia el fuego. La siguió el cañón de mi «Mataosos» y la bala que despidió fue a clavársele en el corazón, haciéndolo caer desplomado a corta distancia de la hoguera. Ya en tierra, dio varias vueltas de un lado a otro, un convulsivo estremecimiento agitó todo su cuerpo y estiró las patas, quedándose rígido. Estaba muerto.

Halef, aun cuando no llegó a disparar la carabina, celebró ruidosamente la victoria, siendo secundado por su valiente hijo. Siguiendo mi prudente consejo, esperamos poco menos de una hora antes de bajar de nuestro seguro lugar para examinar los cadáveres de los leones.

El tiro de Kara había penetrado entre los ojos del macho, es decir, que el animal le pertenecía, pues el tiro era mortal de necesidad, y mi bala en el corazón sólo sirvió para acelerar su muerte. ¡Qué inmensa alegría la del padre y el hijo, y con qué orgullo abrazó el primero al segundo!

La leona también estaba muerta. La bala había penetrado igualmente entre los ojos. Ésta me pertenecía a mí. Después, a la luz de la hoguera, seguimos examinando el patio. ¿Qué cuerpos eran aquellos que arrastraban las dos fieras? Seres humanos, según pudimos comprobar con el más profundo horror. Y ya pueden mis lectores hacerse cargo de nuestros sentimientos cuando un examen más detallado nos dio a conocer los restos del mago y de su hijo.

Quedamos petrificados, y con voz temblorosa, me dijo Halef, transcurridos unos instantes:

—¡Oh, mi profecía, *Sidi*, mi profecía! ¡Scheba el Thar los ha devorado!

No nos faltaron ganas de descender al valle, pero debíamos cumplir nuestro compromiso y permanecer allí hasta el amanecer. No describiré cómo pasó el resto de la noche. Con las primeras luces del alba registramos la guarida de nuestras fieras, encontrando un cachorro de unas dos semanas de edad, al que dimos muerte por ser demasiado joven para poder transportarlo.

Una vez que hubimos desollado a las fieras, bajamos al valle. Los Scherarats, que no habían dormido de pura agitación, se quedaron asombrados cuando nos vieron aparecer ilesos y arrastrando las pieles.

¡Con qué viva inquietud nos pidieron noticias del hechicero y de su hijo! Les dijimos lo que había pasado y obtuvimos de sus labios el complemento de lo

ocurrido. Abu el Ghadab y otros cuatro compañeros habían logrado evadirse, y precisamente la noche anterior alcanzaron el valle, no por su embocadura, sino por la parte sur del mismo, sin sospechar que hubiera por allí leones. Ghadab propuso pasar la noche en las ruinas, sin bajar a la fuente, que pudiera estar ocupada por enemigos, pero los otros cuatro, que tenían sed, no accedieron, surgió una disputa y se separaron enfadados. El uno remontó el camino hacia las ruinas y los otros al valle, donde encontraron a los hijos de su misma tribu.

Grande fue la alegría del viejo mago cuando supo que su hijo estaba libre, pero al oír que había tomado la dirección de las ruinas, le sobrecogió el espanto y, sin querer dar oídos a nadie, abandonó la fuente y echó a correr peñas arriba llamándolo a grandes voces para advertirlo del peligro, y por allí el león cayó sobre él casi al mismo instante en que la hembra despedazaba a Ghadab.

—¡Scheba el Thar! —exclamó Halef—. Han recibido el castigo que merecieron por sus crímenes y ha resultado cierto el fin que yo les había anunciado.

CAPÍTULO 7

Elección de caballo

No me atreveré a decir que los Scherarats sintieran mucha pena por la doble pérdida sufrida, más bien creo que al dolor causado por ésta sobrepujo la alegría de verse libres de los leones que devoraban los rebaños de la tribu. No acertaban a comprender que, teniendo nosotros conciencia de la especie de espíritus que nos aguardaban, nos hubiéramos encaminado a las ruinas con tanta tranquilidad.

Fuimos los héroes del día y, a pesar de la hostilidad reinante entre las dos tribus, desde aquel momento nos trataron con todas las consideraciones debidas a los más ilustres huéspedes. Cuando, un día después, nos separamos, el jeque nos despidió con las siguientes palabras:

—Sois los más valientes guerreros que yo conozco, y ya veis que he cumplido lealmente con mi palabra, pero si nos volvemos a encontrar, me veré obligado a reconocer en vosotros nada más que a los jefes de la enemiga tribu de los Haddedihnes. No lo olvidéis. En cuanto a ti, *Emir Kara Ben Nemsí Effendi* te confesaré que tu conducta ha hecho variar mi opinión sobre los cristianos: he comprobado que son hombres esforzados, amigos de la verdad y en quienes se puede tener confianza. Todo esto me hace creer que su religión es buena. ¡Alá os acompañe y acorte el camino que os conduzca a vuestro aduar!

Indescriptible fue la alegría con que fuimos recibidos en el campamento de los Haddedihnes. Halef galopó hasta la puerta de su tienda, hizo salir a su esposa y, señalando alternativamente a la piel del león y a su hijo, pronunció la siguiente alocución:

—¡Hanneh, esposa mía, la más hermosa perla entre todas las mujeres, mira esa piel y mira a ese joven guerrero que tú has traído al mundo para colmar mi felicidad! Él ha vencido al señor de los truenos y ha matado al rey de los animales. Por eso le corresponde el honor de ser abrazado por ti antes que yo. Estréchalo contra tu corazón y dale tu bendición, pues ya demuestra ser digno sucesor de su padre.

Toda la tribu participaba del legítimo orgullo de contar entre sus miembros a un guerrero que, a pesar de sus pocos años, ya había matado a un león. La piel de la leona se la regalé a la incomparable Hanneh y ambos despojos fueron el más preciado adorno de la tienda principal. Cuando, más tarde, algún huésped felicitó a su dueño por poseerlos, éste respondió siempre con suprema majestad:

—Estas pieles pertenecieron a uno de los más famosos señores de los truenos y a una de las más célebres señoras de la cabeza gorda. Ambos, por su ferocidad, recibieron el nombre de El León de la Sangrienta Venganza y su hembra.

Dejé a cargo de Halef el hacer a su Hanneh y a los demás individuos de la tribu

una ampulosa y con frecuencia repetida descripción de las estupendas hazañas recientemente realizadas, muy convencido de que el asunto quedaba en buenas manos.

Pasados dos o tres días, y habiendo ya agotado el tema, encontró lugar de hacerme algunas preguntas relativas a nuestro proyectado viaje a Persia. El valiente y cariñoso hombrecillo no me habría dejado por nada emprender la marcha sin su compañía, hasta se empeñaba en llevar consigo a su hijo, y sólo renunció a esta idea después de haberle hecho comprender que el valiente Kara era demasiado joven para soportar las fatigas de un largo viaje en el que su presencia más bien nos serviría de estorbo que de utilidad.

También Omar Ben Sadeh y otros varios Haddedihnes se brindaron a acompañarme. Mucho trabajo me costó hacerles comprender que, para un viaje semejante, dos hombres solos están más libres, y aun seguros, que un numeroso pelotón de jinetes que por todas partes llama la atención y cuyo entretenimiento cuesta más de lo que mis medios permitían.

En consecuencia, se decidió que Halef y yo viajaríamos solos. Yo debía montar «Assil Ben Rih», que tenía el mismo secreto que su padre, mi inolvidable «Rih», y Halef se proponía montar la famosa yegua de Mohammed Emin.

Yo lo disuadí de este propósito, porque un caballo blanco, tan llamativo por su color y proporciones, podía sernos perjudicial. Un caballo blanco puede ser visto desde larga distancia, y la experiencia me había demostrado la ventaja que reporta el ver al enemigo antes de ser descubierto por él.

Cuando yo aludí a la edad de aquel hermoso animal, Halef me dijo:

—¡Oh! La yegua está en el mismo estado que cuando la vimos por primera vez, pero tienes razón, *Sidi*, no nos conviene un caballo blanco. Yo sé, por nuestras anteriores aventuras, las ventajas que muchas veces nos proporciona el permanecer ocultos. Necesito un buen caballo oscuro y... ¡ya lo tengo!

Pronunció las tres últimas palabras con tal acento de convicción que tuve que preguntarle:

—¿A cuál te refieres, querido Halef?

—No lo has visto todavía, quería sorprenderte. Es un potro de legítima raza Nedjed, pero cuyo árbol genealógico, por desgracia, me es desconocido.

—¡Imposible! ¿Un ejemplar tan precioso y sin árbol genealógico...?

—Pues así es. Cuando los Abu Hanneh se levantaron en armas contra nosotros tuvieron que comprar la paz al precio de muchos caballos y camellos que me reservé el derecho de escoger yo mismo. Entre todos los caballos, el mejor, sin disputa, era el potro negro a que me refiero. Desde luego lo tomé para mí. Éste fue su mayor castigo, y estoy seguro de que, a pesar del tiempo transcurrido, no se han podido consolar aún de semejante pérdida. El potro en cuestión no pertenecía a su ganado, lo habían adquirido durante una algara que llevaron a cabo en territorio enemigo, y nadie podía dar razón de quién fue su anterior dueño. Así se explica el que posea yo

un potro de pura raza Nedjed sin conocer su árbol genealógico.

—Pero ¿al menos tendrá nombre?

—Naturalmente. Aun cuando ignoramos cómo se llamaría antes. Entre los Abu Hanneh era conocido por «Atme»^[21], a causa de su color. No me gustó el nombre, pues el noble animal merecía otro más significativo. Entonces me acordé del nombre que tú me dijiste llevaba aquel noble caballo que te regaló tu amigo y hermano Winnetou, el héroe de los pieles rojas. Dime, ¿cómo se llamaba aquel caballo?

—«Hatahtitlah».

—Que en nuestra lengua quiere decir *barkh*^[22], ¿no es cierto?

—Sí.

—Ya lo sabía. Tú me lo habías dicho y por eso puse el nombre de «Barkh» a mi soberbio potro, en recuerdo del caballo a quien tanto quisiste por ser regalo de tu fiel amigo. Ven a verlo.

Me condujo un largo trecho a través de la estepa hasta llegar al sitio en que los pastores de camellos apacentaban su rebaño. No había allí más que un solo caballo, el Nedjed que quería enseñarme. Al divisarnos, vino hacia nosotros y se acercó a Halef, haciendo algunas zalamerías.

—¿Y ahora, *Sidi*? ¿Qué te parece?

El potro tenía en su ancha frente una pequeña mancha blanca, y el cuello, fino y graciosamente curvado, sostenía una cabeza pequeña, cuyas puntiagudas orejas se enderezaban al menor ruido; la nariz tenía los ollares dilatados, los ojos a flor de cabeza y de ardiente mirada, el pecho ancho, el tronco corto, las patas nerviosas y los cascos redondos y duros. Su espléndida cola valía una fortuna, pero no tanto como sus pobladas y largas crines.

Sin contestar a la pregunta que desde el primer momento me hizo Halef, sometí al potro a un minucioso examen que empezó en las pupilas y terminó en los cascos. Después rogué a mi amigo que lo montara y le hiciera andar a todos los pasos. Cuando se apeó, después de haberme complacido, repitió la pregunta en estos términos:

—¿Qué tienes que decir de este animal? ¿Le has encontrado algún defecto?

—Dime, antes, si lo has examinado tú con la misma minuciosidad.

—Sí.

—¿Y le has encontrado alguno?

—No. En efecto.

—Mi querido Halef, ¿crees de buena fe que pueda existir algún caballo perfecto?

—Eso lo sabrás tú mejor que yo.

—Pues, en principio, siendo tu beduino, deberías saberlo mejor que yo, a quien mi profesión sólo obliga a gastar mucha tinta y papel.

—¡Por favor! Dime con franqueza si este potro tiene alguna falta.

—Sí.

—En tal caso, he debido estar ciego.

—No tal, se trata de pequeñeces que no disminuyen el valor del animal, al menos a mis ojos. Primero los cascos de los pies son desiguales, pero la diferencia es tan pequeña que no me sorprende que te haya pasado por alto. Después, los cuartos delanteros debieran bajar un poco más, y, por último, la frente, aunque ancha, es demasiado plana, debiera ser un poco más arqueada sobre los ojos.

—¡Oh, Alá! —exclamó él, suspirando—. ¿Tantas faltas pueden hallarse en un animal tan hermoso? Pero convendrás sin dificultad en que merece el nombre de *hoü*.

Hoü significa nobilísimo, y es título que se concede a los caballos cuyos padres fueron de pura sangre.

—No, querido Halef, no es *hoü*, sino *mekueref*.

Esta palabra designa al caballo cuya madre fue de pura raza, pero su padre no.

—Demuéstramelo —exclamó Halef.

—Las orejas están demasiado derechas, mientras que en los de pura raza casi se tocan las puntas. Esa misma opulencia de crines es síntoma de mezcla de razas. No quiero ocultarte mi verdadero juicio, pero ningún motivo tienes para desazonarte por ello. «Assil Ben Rih» es más puro que este Nedjed, pero, en cuanto a resultados, iguales los dará el uno que el otro. ¿Tiene «Barkh» también algún secreto?

—Si su anterior dueño le había enseñado alguno es cosa que, naturalmente, ignoro, pues nadie confía el secreto de un caballo al ladrón del mismo, pero yo le he acostumbrado a una seña particular. Ya comprenderás que soy el único que la conoce. Hasta mi hijo Kara y mi esposa Hanneh, que es la dicha de mi existencia y la existencia de mi dicha, lo ignoran. Pero a ti, *Sidi*, te la comunicaré porque estoy seguro de que no la repetirás a nadie. Cuando nos pongamos en camino los dos solos, pudiera fácilmente darse el caso de que, para salvarnos, necesitaras tú conocer el secreto. Consiste nada más que en ponerse de pie en los estribos y estornudar muy fuerte tres veces. ¿Lo recordarás, *Sidi*?

—No es difícil de conservar en la memoria —repuse riendo—. ¡Querido Halef, siempre serás el mismo!

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir y por qué te ríes?

—Al ver que hasta a las cosas más serias sabes darles un matiz cómico.

—¿Serias? ¿Cómico?

—Sí, el secreto de un caballo es una cosa muy seria, que sólo se emplea cuando se corre un grave riesgo o, mejor dicho, cuando se está en peligro de muerte. Entonces el animal despliega todas sus fuerzas y corre con vertiginosa rapidez hasta que cae reventado. Ahora, con el pensamiento, te veo rodeado de enemigos o bien perseguido por ellos; las balas silban, los sables chocan, los cuchillos se alzan empuñados por crispadas manos y, a todo esto, empiezas a estornudar y...

—No te burles, *Effendi* —me interrumpió—. Es igual lo que en un peligro se haga para salvarse, con tal que dé buen resultado. Si estornudando tres veces puedo evitar la muerte, es mucho mejor para mí que si, tosiendo diez veces, pierdo la vida. No comprendo qué hay de risible en esto.

—Pues ya me tienes completamente serio y en serio te lo pregunto. ¿No has acostumbrado a este Nedjed a recitarle al oído cada noche un sura?

—No.

—¿Por qué no?

—¡Oh, *Sidi*! No exijas demasiado de mí. Quien tiene que gobernar una tribu entera de beduinos, carece del tiempo material para recitar diariamente todo un sura del Corán. Además, te diré en confianza, que, en punto a aprender de memoria, mi cabeza es muy parecida a una vasija sin fondo. Echa en ella cuanta agua quieras, toda se escapa por el otro lado sin quedar ni una sola gota. Estas son las consecuencias de tener la cabeza agujereada.

—¡Qué lástima! Mi «Rih» estaba acostumbrado a que yo durmiera con él. Su cuello me servía de almohada y, mientras me dormía, murmuraba a su oído el salmo a que me he referido. Le tenía habituado a no obedecer hasta después de haberlo oído. Y «Assil Ben Rih» ¿no tiene sura?

—*Sidi*, ¿cómo puedes hacerme esa pregunta? El descendiente de tu nobilísimo «Rih» no puede carecer de él. ¿Conoces el sura Abu Laheb?

—Sí, es el ciento once.

—Recítalo.

—Dice así: «Perecerán las manos de Abu Laheb y perecerá él mismo. De nada te servirán las cuantiosas riquezas por el amasadas. Será quemado, juntamente con su esposa, en el fuego de una hoguera cuya leña tendrá que amontonar él mismo, llevando en el cuello una cuerda tejida con fibras de palmera».

—Sí, ese es el sura Abu Laheb que puedes murmurar cada noche en la oreja de tu caballo.

—¿Y por qué ha de ser precisamente ese sura?

—Porque es el más corto. Logré aprendérmelo de memoria para decírselo al potro negro. Si llega a ser más largo, se escapa por el agujero. Tu cabeza no es tan pesada y abierta como la mía, por eso te queda todo dentro. Esto no lo digo por afligirte, *Sidi*, sabido es que Alá no concede a todos el don con que me ha favorecido a mí. Desde hoy dormirás con «Assil Ben Rih», como lo hiciste con su padre. ¿Quieres que te comunique su secreto para arrojar la carga?

—¿Tiene uno? Me alegrará saberlo.

—Lo tienen «Assil» y «Barkh». Los he amaestrado con tanto secreto que nadie más que yo lo conoce.

—Dímelo, pues.

—Es el mismo para los dos caballos; así me he ahorrado trabajo. Cuando pronuncies por dos veces la palabra *Lithat* y entre ambas lances un penetrante silbido, será inmediatamente arrojado al suelo cualquier jinete a quien tú no permitas estar sobre la silla. No lo olvides, *Sidi*, es muy posible que algún día pueda proporcionarte ventajas sobre tus enemigos.

Desde luego aprecié estas ventajas como muy posibles, pues no sólo «Rih», sino

los dos caballos de Winnetou estaban amaestrados en arrojar de sus lomos cualquier jinete desconocido que intentará sentarse sobre ellos y más de una vez había tenido ocasión de felicitarme de este procedimiento.

Hasta que llegó el día señalado para la marcha, monté a «Assil» con asiduidad, éste se acostumbró a mí y hasta llegó a tomarme cariño. No me quedó la menor duda de que podía fiarme de él como antes me había fiado del antiguo «Rih».

CAPÍTULO 10

Conversación con una mujer

Nuestro itinerario nos llevaba a Bagdad y, a fin de no fatigar a nuestros caballos desde un principio, decidimos no ir por tierra hasta dicha ciudad, sino aprovechando el curso del Tigris. Nosotros y nuestros caballos utilizaríamos un *kellek* de regular tamaño.

Con esa palabra se designan una especie de balsas sostenidas por pellejos de cabra hinchados, que es el medio de navegación más usual para surcar dicho río. Los Haddedihnes se esforzaron por convencernos de que, tanto para manejar la balsa, como para repeler cualquier agresión de que fuéramos objeto por parte de cualquier tribu enemiga, sería muy conveniente llevar cierto número de guerreros, pero yo no me dejé seducir. La sección del Tigris que debíamos recorrer nos era conocida de tiempo atrás. Cuanto más gente lleváramos, tanto más grandes tendrían que ser las dimensiones de la balsa y, partiendo del principio de que un vehículo pequeño llama menos la atención que uno grande, estábamos más seguros los dos solos que bajo la problemática protección de unos hombres cuya sola presencia bastaba para atraer el peligro de que intentábamos huir.

Ya creo haber dicho antes que, una vez en Bagdad, teníamos intención de visitar las ruinas de Babilonia. Para nosotros era una especie de piadosa peregrinación recorrer los lugares en que estuvimos a dos dedos de la muerte y sólo a un verdadero milagro debimos nuestra salvación.

La noche que precedió a nuestra partida estuvimos, hasta muy tarde, deliberando con el tribunal de ancianos para escoger el sustituto que debía reemplazar a Halef durante su ausencia. Ya era muy pasada la medianoche cuando entré en mi tienda para entregarme al descanso.

A punto estaba de apagar mi lámpara de aceite, cuando el jeque introdujo la cabeza en mi tienda, diciéndome:

—¿Duermes ya, *Sidi*?

—No, como puedes ver, querido Halef.

—¿Permites que entre?

—Naturalmente.

Penetró por completo en la tienda y se acercó con aspecto sumamente misterioso y diciéndome en voz baja:

—¡Oh, *Sidi*! Tengo que comunicarte una cosa que te causará tal sorpresa que, en tres días, por lo menos, no podrás dominarla.

—Es posible que lo consiga en plazo más corto. ¿Qué quieres decirme?

—Apenas puedo mover los labios para dar salida a las palabras. Es algo tan

excesivamente extraordinario que, según temo, después de oírme, me arrojarás de tu lado.

—¿Qué dices? ¡Jamás haré eso con mi querido Halef!

—Pero es que mi pretensión va contra el Corán, contra todas las doctrinas del santo libro. Ataca por igual a nuestros usos y costumbres y es contrario a todas nuestras reglas y leyes. Cuando lo oí, me quedé asombrado, mejor dicho, petrificado. Pero, ahora, dime tú mismo si es posible que yo le niegue nada a mi Hanneh, que es el alma de mi vida y la vida de mi alma.

—No, nada puedes negar a tu esposa —afirmé yo con no poca curiosidad por saber en qué pararían tantos rodeos.

—Te doy mil gracias, *Sidi*. Tus palabras me dan el ánimo suficiente para decirte que mi esposa desea hablarte ahora mismo.

—¿Cómo? ¿Hanneh...?

—Sí, Hanneh, el compendio de cuantas perfecciones pueden reunir mil mujeres hermosas.

—¿Y te causa tal alteración? Durante la semana que llevo aquí, he hablado muy a menudo con tu esposa sin que tu alma haya perdido el equilibrio. Entre los beduinos no se condena a la mujer a tan dura esclavitud como en las ciudades musulmanas.

—Tienes razón, pero aún ignoras toda la extensión de su deseo, que es de tal magnitud que sacudirá tu entendimiento hasta sus más profundas raíces. Tú, como ya supones, sólo has hablado con ella de día y en presencia de otras personas, pero ahora pretende hablarte a solas... sin mí... y en medio de la noche.

Pronunció estas palabras como si hubieran sido su sentencia de muerte o la mía. Su tono no podía ser más lúgubre.

—*Maschallah!* —exclamé asombrado—. ¿Qué quiere hablarme a solas? ¿Sin estar tú presente?

—¡Ay! ¡Sí! ¡A solas, *Sidi*!

—¿Y tú lo permites?

—¡Claro está que lo permito! ¿Por qué no lo había de permitir? No se trata de ella, sino de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Seguramente que tomarás como grave ofensa el que una mujer tenga tal atrevimiento. Pero yo te suplico, *Effendi*, que, en atención a mi felicidad y cariño, reúnas cuanta bondad e indulgencia atesora tu corazón. Además, puedes estar convencido de que Hanneh no tiene ni la más leve idea de llamar tu atención ni de distraer uno solo de los pensamientos que debes consagrar a tu propio harén. ¡Te lo juro por el Profeta y sus barbas! Tranquilízate, puedes afrontar su presencia sin el menor temor. Eres un guerrero temerario, un héroe que mil veces ha jugado su vida, ¿te faltará valor en este momento?

Valor y no poco se necesitaba para conservar la serenidad. El buen Halef, tratando de darme ánimos, revestía de extraordinaria solemnidad mi entrevista con Hanneh, el

jefe secreto de los Haddedihnes.

—No te esfuerces innecesariamente —le dije—. Sin la menor dificultad estoy dispuesto a complacer el deseo de tu esposa.

—¿De veras? *Hamdulillah!* ¿No me arrojas de tu presencia?

—No. ¿Dónde está Hanneh? ¿En su tienda?

—No, podría alguien encontrarte por el camino o verte entrar y eso no puede ser. Hanneh, la rosada aurora que diariamente ilumina mi felicidad, ha salido del aduar por el lado izquierdo del mismo y tú debes salir por la derecha. Una vez fuera cambiáis ambos de dirección y forzosamente os encontraréis sin que note vuestra presencia ninguno de los que velan. Ya me cuidaré yo de no enviarlos por allí.

¿No era este un caso realmente inverosímil? ¡Allí, en pleno Oriente, un musulmán me suplicaba que concediese una entrevista secreta a su esposa y hasta prometía cuidarse de que no nos pudieran ver!

Sin añadir una palabra más, apagué la lámpara y, sorteando las tiendas, marché en la dirección indicada hasta que dejé atrás el campamento. Entonces cambié de rumbo. La luna no había salido aún, pero las estrellas alumbraban casi tanto como sus plateados rayos. No pasó largo rato sin que viera a la beduina avanzar hacia mí. Nadie había por los alrededores que pudiera observarnos. Al reunimos, permanecemos uno frente a otro. Ella me tendió la mano y, fijando en mí la mirada de sus hermosos ojos, que brillaban por encima de su velo, me dijo:

—Ya sabía que vendrías, *Effendi*, y te doy las gracias.

Estrechando suavemente su mano, contesté:

—Es un placer para mí poder llenar tus deseos.

—Eres cristiano y respetas a las mujeres. Preferiría morir a encontrarme aquí sola y a estas horas con un musulmán que no se llamara Hachi Halef. Bajo tu protección, sé que estoy tan segura como si me hallara en el interior de una mezquita. ¿Adivinas de lo que quiero hablarte?

—Lo supongo.

—¿Y por qué evito la presencia de mi esposo?

—También creo adivinarlo.

—Ya me lo figuraba yo, y por eso he hecho lo que ninguna otra mujer se habría atrevido a hacer. Aquí estoy delante de Alá y de ti. Alá me ve y me oye, pero, como yo no puedo oír su voz, respóndeme tú por él. En mi alma se remueve un mar profundo. Sus olas son los pensamientos que tan pronto quieren ahogarme como me empujan hacia la orilla de salvación. En mi corazón hay un cielo en el que brillan millares de estrellas, pero que, a veces, se ocultan tras negros nubarrones. Las estrellas significan la esperanza en Alá y las nubes la duda que me impide encontrar la verdadera senda. En mi seno resuena sin cesar la angustiosa voz del miedo, la oigo de día y de noche, dormida y despierta. Esta voz me pide constantemente la solución del espantoso misterio de si la mujer del hombre no es más que carne y polvo, una forma perecedera que carece de espíritu y de alma.

Suspiró profundamente, cruzó las manos y prosiguió:

—¡Oh, Alá! ¡Ten misericordia de mí! ¡Dame a entender que en este transformable cuerpo existe algo que merece tu amor y tu clemencia! ¿Por qué la eternidad ha de ser patrimonio exclusivo del hombre? ¿Qué ha hecho la mujer para que la muerte la destruya del todo? ¡Cuántas veces he hecho esta pregunta sin encontrar una sola palabra de consuelo! Contéstame tú, *Effendi*. Dime la verdad. No soy yo sola la que te pregunta, en nombre de todas las mujeres que están sujetas a los doctrinas del Islam, quiero saber si tenemos alma o no la tenemos.

Mi sorpresa era extraordinaria. No negaré que iba preparado a escuchar algunas preguntas referentes a este asunto, pero no esperé presenciar una explosión mística tan violenta. Mi situación era igual a la de un caminante que cruza la llanura y, de pronto, ve que la tierra se abre bajo sus pies y surge un fantasma. ¡Qué encontrados sentimientos debían haber agitado el alma de aquella mujer para hacer que la voz que ella decía sentir en su interior llegara hasta mis oídos!

Mi deseo hubiera sido responder de muy distinto modo, pero, casi contra mi voluntad, salió de mis labios la siguiente pregunta:

—¿Por qué me haces a mí esta confidencia y no a otro?

—Porque eres cristiano y no musulmán.

—Si es por eso, no necesito decirte nada, porque tú misma te has contestado.

—¡Gracias tengo que dar a Alá por haberme inspirado la idea de hablar contigo! Era preciso hablarte a solas, pues delante de alguien no me habría atrevido a decirte lo que te he dicho. Aún tengo otro favor que pedirte.

—¿Cuál? Pide lo que quieras.

Vaciló unos momentos; pero animada por mis palabras, dijo al fin:

—Halef, el esposo de mi corazón, se niega a reconocer que las mujeres tienen alma. ¿Adivinas por qué?

—Sí.

—Dilo, pues.

—Me parece que nuestro querido Halef tiene cierto temor a la tuya.

—*Maschallah!* ¡Has acertado! Es el mejor hombre que existe sobre la tierra. Su valor iguala a su inteligencia, pero a veces necesita un buen consejo y un carácter firme que le obligue a aceptarlo. Aconsejando y ayudando a mi marido es cuando he empezado a presentir que las mujeres debemos tener alma, pues si nos es dado inclinar la voluntad del hombre y dominar su espíritu, no es posible que seamos nada más que un montón de carne y huesos, sin contener algo divino. Lo que te ruego es que, con prudencia y dulzura, lo convenzas de que he encontrado mi alma, pero que no se asuste por eso. Cuando le manifestaba mis deseos, él trataba de disuadirme de mi idea y yo la defendía, admirada de que mi buen esposo se negara a reconocer sus excelencias. Él me quiere, pero no a mi alma. Pero ahora que sé la verdad y que mi convencimiento no deja lugar a dudas, ya no hay motivo para disputa. Me esforzaré para que llegue a conocerla y amarla y no dudo que lo conseguiré. ¿Quieres decírselo

tú?

—Con muchísimo gusto, Hanneh, hija predilecta de los Ataileh. Así te lo prometo y te declaro la más prudente e inteligente de las mujeres.

—Además, ya sabes que mi Halef es mucho más temerario de lo que le permite el sano juicio. ¡No lo tolere! ¡No lo consientas! Conténle, regáñale si es preciso. Yo te lo ruego. La esposa de un hombre animoso tiene razón de estar orgullosa de él, pero cuando el valor se convierte en loca temeridad, el orgullo se transforma fácilmente en luto. Yo quiero ser su esposa, pero no su viuda. ¿Estás seguro, *Sidi*, de que me lo volverás a traer?

—En cuanto de mí dependa, no tendrá ocasión de arriesgar en vano su vida.

—Te doy las gracias. También tengo que dártelas por haber rechazado la proposición de llevar a nuestro hijo Kara Ben Halef. Mi corazón no habría podido sufrir tan dolorosa separación. Halef se figura que habiéndoo acompañado el muchacho en la última expedición, y mucho más habiendo matado un león, tú le permitirías llevarle ahora.

—Esa expedición era mucho más corta que la que vamos a emprender. Probablemente tendremos que sufrir privaciones y fatigas mayores de las que puede soportar el joven cuerpo de tu hijo. Además, su presencia nos causaría más contratiempos que ventajas. Ya ves que he obrado por causas justificadas y nada tienes que agradecerme.

—¡Ah, *Sidi*! Siempre tratas de rehuir las demostraciones de mi gratitud. ¿Qué gente sois los cristianos tan distinta de los musulmanes? Dime: ¿son también las mujeres mejores que nosotras?

—¡Psé! En todas partes hay seres buenos y malos.

—¿También entre las mujeres?

—Sí.

—Haré cuanto pueda por merecer ser contada entre las buenas. Ahora quiero marcharme, porque Halef, el dueño de mi corazón, ya estará impaciente. De nuevo te doy las gracias. Tus palabras me han hecho abrir los ojos a una nueva y hermosa vida. No lo olvidaré nunca. Buenas noches.

—Alá te guarde y te acompañe. Buenas noches.

Se marchó. La vi desaparecer entre las tiendas y confesaré que me dio lástima pensar que había venido yo aquí para separarla de su Halef durante largo tiempo. ¡Qué profundidad de sentimientos y qué sensaciones tan infantiles las de aquella hija del desierto! ¡Qué mujercita tan inteligente era esta beduina! Estoy persuadido de que muchos europeos podrían darse por contentos de poseer una compañera semejante a Hanneh.

Estos o muy parecidos eran los pensamientos que me acompañaban cuando lentamente di la vuelta al aduar. Según lo esperaba sucedió. Halef me aguardaba a la entrada de mi tienda. Me cogió por un brazo, atrayéndome hacia él, y me dijo en voz baja:

—*Sidi*, el sol que alumbra mi vida ha regresado. Sus ojos brillaban más que nunca y su voz tenía el sonido del canto del ruiseñor cuando me llamó querido y buen Halef. Este tono dulcísimo ha llenado de gozo mi corazón, porque, en otras ocasiones, en este mismo aduar, he oído tonos muy distintos, no necesito decir en qué tienda. Creo que habéis hablado de mí, ¿me equivoco?

—No. Te hemos nombrado una vez.

—¿Una vez solamente?

—Querido Halef, date por satisfecho con saber que tu nombre ha sonado en nuestra conversación.

—Pero, *Effendi*, ¿si no habéis hablado de mí, de qué habéis podido hablar?

—¿Eres el único hombre que pueda servir de tema para una conversación?

—No, pero no quisiera que mi Hanneh, que es la suma de todos los encantos femeninos, hablara de otros hombres. Te digo, seriamente, que tengo el mayor interés en saber lo que habéis hablado.

—Pregúntaselo a ella.

—Ya lo he hecho.

—Y ¿qué te ha contestado?

—Que más tarde lo sabría de tus labios.

—¿Más tarde? Bueno, pues más tarde te lo diré.

—¿Por qué no ahora?

—Tú mismo has afirmado que Hanneh tiene razón. De modo que, por esta vez, también nos someteremos a su voluntad. Me limitaré a decirte que tienes motivo para estar muy orgulloso de la bondadosa madre de tu hijo. Y, ahora, vámonos a dormir, puesto que nos hemos de despertar con el alba.

—¡Oh, *Effendi*! ¿Por qué eres tan reservado? ¿Ignoras qué monstruo es la curiosidad no satisfecha? Se complace en martirizar a sus víctimas quitándoles el apetito de día y el sueño por la noche. ¿De veras tengo que resignarme a esperar el momento oportuno?

—Sí.

—Pues que el sueño cierre tus ojos. Yo no disfrutaré de ese consuelo y me retorceré en mi lecho como un gusano cogido por la garra de un pájaro. Buenas noches, querido *Sidi*.

—Buenas noches, querido Halef.

Se alejó y yo entré en la tienda para descansar. Poco tiempo después de aparecer la luz del día, me despertó el ruido que reinaba en el campamento. Querían acompañarnos hasta el río y se ocupaban de los preparativos necesarios.

Como deseaban dar a este acompañamiento un aspecto de solemnidad, todos los habitantes del aduar estuvieron agitadísimos, de tal forma que me fue imposible volver a conciliar el sueño, y me levanté cuando aún faltaban más de tres horas para nuestra partida.

El que nuestro viaje diera principio por la mañana era una cosa singular, una

excepción, en que sólo por atención a mí consintieron los Haddedihnes.

Entre los musulmanes de Oriente la hora fijada para emprender las expediciones es inmediatamente después de la oración Asr, es decir, a eso de las tres de la tarde.

Nadie dejará de reconocer lo poco práctica que es esa hora. Antes de que esté todo a punto, transcurre un buen rato después de la oración. Hay que contar el tiempo que ocupan las despedidas, otros mil requisitos que se dejan para última hora, los del campamento se empeñan en acompañar un trozo de camino, al separarse se repiten las despedidas y, por último, cuando anochece, se ha adelantado tan poco que más valiera haber aplazado la partida para el día siguiente.

Si se acampa para pasar la noche tan cerca del aduar, las idas y venidas entre uno y otro campo duran hasta muy entrada la noche, dando por resultado el que se despierten todos los viajeros y, al mediar el día, se encuentran éstos con que aún no han llegado al sitio que debieran haber alcanzado si el viaje, en vez del día anterior, lo hubiesen emprendido en la mañana del mismo día.

El no seguir en estos casos los consejos del Corán y las tradiciones consagradas por el uso me había acarreado no pocos conflictos con mis compañeros de viaje.

Asimismo también mí buen Halef manifestó antes y repetidas veces su oposición, pero, en el caso presente, no opuso ningún obstáculo, y en cuanto a sus Haddedihnes, era tanto el aprecio que me tenían, que ninguno osó contradecirme.

Seguramente tranquilizaron sus almas con la consideración de que yo, como cristiano, no conocía sus usos y costumbres, y como su jeque, al acompañarme, tenía que amoldarse a las mías, Mahoma no le tomaría en cuenta estas faltas.

Sabiendo que las mujeres y los niños no salen del campamento, me adelanté para despedirme de Hanneh. Al mismo tiempo que corrían las lágrimas por su rostro, me dijo:

—*Sidi*, ya sé que no te asustas de nada ni de nadie, pero también sé que eres el más prudente de todos los guerreros. Por el contrario, Halef, el mejor de cuantos esposos hay en la tierra, posee una ciega temeridad que puede exponerle a todos los peligros y aun arrojarle en brazos de la muerte. Prométeme de nuevo que redoblarás tu prudencia, cada vez que Halef esté a punto de dejarse llevar por su impetuosidad.

—Te lo prometo —le contesté—. En cuanto de mí dependa puedes estar completamente tranquila. Volveremos pronto sanos y salvos. Alá te guarde.

—Tu regreso será para nosotros como una visita del Profeta. ¡Alá te abra los corazones de los hombres!

Me despedí también del bravo Kara Ben Halef y de Omar Ben Sadeh. Dije adiós a los más ancianos que no podían acompañarnos y, de pronto, me vi rodeado de una turba de mujeres y chiquillos que, empujándose unos a otros, pugnaban por estrecharme la mano. Lo mismo le sucedió al jeque.

Cada uno de aquellos seres quería oír de nuestros labios una palabra afectuosa. Según la usanza oriental, cayó sobre nosotros un verdadero diluvio de bendiciones, consejos y advertencias, la mayoría de ellos muy fuera de lugar, y tanto nos

estrujaron y zarandearon y tal griterío se armó, que un pacífico ciudadano alemán, que, desde lejos, presenciara la escena, creería de buena fe que había estallado una revolución.

Con todo esto, el tiempo pasó volando y transcurrieron tres horas antes de lo que creíamos, hasta que, al fin, todos los hombres y mozos que podían montar a caballo se reunieron en las afueras del aduar.

Montamos a nuestra vez, nos pusimos a la cabeza y, como un torbellino, salimos hacia el río.

CAPÍTULO 11

El ideal femenino

íComo un torbellino! Esa es la comparación más justa, pues no crea el lector que en semejantes marchas se guarda ningún orden de formación. La masa de jinetes parece una bandada de moscas que el viento empuja de un lado para otro. Cada cual se esfuerza en demostrar su maestría en la equitación y sobrepujar a sus compañeros. Esto ocasiona frecuentes colisiones y choques, formando en conjunto una aparente confusión que da lugar a tales alardes de seguridad en el manejo del caballo, que, aun los menos aficionados a este deporte, no podrían verlo sin admiración.

Al mismo tiempo que se marcha, se grita hasta enloquecer y se disparan las armas de fuego, de modo que el estallido de la pólvora se une a las voces humanas. Y, a todo esto, el pelotón se separa, se vuelve a unir, se dirige hacia la izquierda, después a la derecha, ya sigue en línea recta, ya vuelve a echarse a un lado; tan pronto forma una línea larga, después un círculo que acaba transformándose en cuadrado o estrella.

La *fantasía* puede compararse a una composición musical en la que se hubieran amontonado las notas sin tener en cuenta para nada las leyes de la armonía, y que, al ser ejecutada por los instrumentos, produjera en nuestro oído estridencias desconocidas, quizá no exentas de grandeza.

El continuo espolear de los caballos desgarran los ijares de éstos hasta el punto de que algunos perecen. Ésta es la única falta que reprocho a los *juegos de pólvora*. Los mejores caballos se estropean y los repetidos saltos y corvetas lastiman sus patas y otras partes de su cuerpo.

La consecuencia de estos primores ecuestres fue que empleamos triple tiempo del necesario para llegar hasta el río, pero los beduinos, lo mismo que casi todos los orientales, ignoran el valor de la frase «el tiempo es oro».

En la orilla del río nos esperaban algunos Haddedihnes que nos habían precedido llevando las provisiones y las pieles de cabra sobre las cuales acomodaron la balsa. Hecho esto, la sometí a un minucioso estado y la encontré en perfecto estado para poder confiar sobre ella nuestra persona y caballos.

Y de nuevo empezaron las despedidas. Tuve que aceptar lo irremediable y dejar que me oprimieran y estrujaran hasta el punto de poner en peligro la intensidad física de mis huesos. Como no hay nada eterno en este mundo, también tuvieron su fin las demostraciones de afecto y sólo nos faltaba despedirnos de Kara Ben Halef.

Yo lo hice de un modo cariñoso y tranquilo. También su padre, mi buen Halef, hizo cuanto pudo para disimular la honda emoción que le conmovía, pero su voz temblaba y tenía los ojos húmedos. Dejo caer sobre el muchacho un chaparrón de

exhortaciones, le encargó mil veces que abrazara a Hanneh, la más excelsas de cuantas madres dan hijos a los beduinos.

Por último, estuvimos en disposición de subir a la balsa y empuñar los remos. No es necesario decir que los caballos habían sido previamente instalados y atados al fluvial vehículo.

Cuando nos separamos de la orilla y empezamos a seguir la corriente, con lentitud primero, y con más rapidez, a medida que avanzábamos, los Haddedihnes saltaron sobre sus caballos y nos siguieron un buen trecho, acompañando su infernal griterío con el estampido de las armas, hasta que una serie de colinas que partían desde la misma orilla del río nos ocultaron a sus ojos.

—¡Adiós, Hanneh, la más brillante de cuantas luces iluminan la felicidad de los hombres! —exclamó Halef extendiendo los brazos hacia el sitio que dejábamos atrás—. ¡Adiós, Kara Ben Nemsí Halef, el mejor hijo de cuantos han nacido entre los dos ríos! ¡Adiós, mis fieros Haddedihnes, los más valientes guerreros que existen en todo el desierto! ¡Oh, *Effendi*! Gustoso te acompaño, pero estas despedidas me ponen el corazón entre dos planchas de madera que se van juntando lentamente. El sufrimiento me agobia.

—Tu dolor se calmará pronto, querido Halef —le dije tratando de consolarle—. Eres un hombre.

—Tienes mucha razón, *Sidi*, soy un hombre, pero, justamente por eso, tengo esposa e hijo, y éstos son las dos planchas que me oprimen y me dan tanto dolor. Quisiera que nuestra balsa fuera ahora mismo atacada por un grupo de guerreros enemigos. Tendríamos que defendernos y mis pensamientos no podrían volar hacia aquellos de quienes me alejo. ¡Oh, *Effendi*! ¡Si tú hubieras podido presenciar el modo como me despidió Hanneh, la más fragante flor entre todas las que nacen de Oriente a Poniente, esta mañana apenas terminada la primera oración! No quiso que extraños ojos presenciaran nuestra despedida y a mí me pareció muy justo. Entonces me dijo cuanto tenía que decirme.

—¿Y tú?

—Yo le dije a todo que sí, pues bien sabes que siempre tiene razón. *Effendi*, puedes creerme, si llegas a estar allí, hubieras podido tomar ejemplo de cómo debes portarte más tarde, cuando tengas esposa y estés a punto de separarte de ella por largo tiempo. Pero tu corazón está repartido entre todos los países del mundo y no se lo entregarás entero a la que comparta tu tienda contigo.

Por lo visto me tenía por un galanteador empedernido. Dejé pasar esta opinión sin contradecirla, porque en aquel momento el río describía una curva muy pronunciada y la rápida corriente del mismo exigía toda nuestra atención.

Durante el transcurso de la primera jornada pude darme cuenta de que mi compañero sentía la nostalgia de su aduar. Contra su costumbre, estaba muy callado y pensativo. Una vez, al echar el pienso a los caballos, lo venció la emoción, y abrazando a «Assil», exclamó:

—¡Ay, negrito, negrito! Tú eras el predilecto de mi hijo y tú también lo querías y lo paseabas con gusto sobre tus lomos. ¡Si lo tuviéramos aquí!

Para distraerle, le hice observar que atravesábamos lugares que tuvieron gran importancia en nuestras anteriores aventuras. Siguió la conversación, pero no con la viveza natural en él. Mucho me hubiera alegrado de que algún pequeño acontecimiento hiciera cambiar el curso de sus pensamientos, pero no sucedió nada, absolutamente nada.

En el transcurso de aquel día no vimos alma viviente y, al anochecer, amarramos la balsa al sur y no lejos de las puertas de Imán. En aquella orilla encontramos un lugar cuyas condiciones nos brindaba la conveniente seguridad contra una sorpresa a mano armada.

Los caballos tenían hierba y agua en abundancia y nosotros echamos mano a las vituallas con que nos había obsequiado la preciosa Hanneh. Cuando digo nosotros, quiero decir yo, pues la inapetencia de Halef le impidió probar bocado. Cuando a la luz de la pequeña hoguera que encendimos, vio el gusto con que comía, me dijo:

—El hombre que tiene esposa es totalmente distinto del que no la tiene. Yo no podría tragar ni un bocado, aun cuando me muriera de hambre.

—¿Lo crees así? Si tuvieras hambre comerías.

—No lo creas, *Sidi*. Cuando se tiene el pensamiento fijo en los que se ha dejado, ni aun se sienten las necesidades del hambre. Yo lo sé porque lo experimento. Y cuando...

Se interrumpió en medio de la frase, su rostro tomó una expresión como si se le hubiera ocurrido de pronto una idea muy importante y continuó con más viveza:

—*Sidi*, la ocasión no puede ser más oportuna. Por fin ha llegado el momento.

—¿Qué momento?

—El de que me cuentes lo que te dijo mi Hanneh, la flor sin rival entre todas las flores.

—¡Hum! El caso es que yo me proponía esperar aún algún tiempo.

—¿Más tiempo? ¿Qué dices? ¿Quieres estirar mi alma hasta que se convierta en un hilo que alcance desde Mosul a Basora y aún más? ¿Serás tan cruel que quieras transformar mi ansiedad, que ahora tiene las pequeñas proporciones de una alondra, en un pesado rinoceronte que me despedace entre sus patas? Yo te lo suplico, deja que tu buen corazón suba a tus labios y que éstos pronuncien las palabras que tanto deseo oír.

—En realidad no quería decírtelo tan pronto, pero no soy inhumano. La interminable hebra de hilo en que amenaza convertirse tu alma me ha conmovido y el peso del futuro rinoceronte ha ablandado mi entereza. Así, pues, escucha. En primer lugar me dijo tu esposa que eres el hombre mejor de cuantos existen en la Tierra.

Saltó el beduino como si fuera una pelota de goma, exclamando:

—¿Eso dijo? ¿De veras? ¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—*Hamdulillah!* ¡Eso refresca mi alma como la hierba verde el vientre de un camello! ¿Con que soy el mejor hombre que existe sobre la Tierra? ¡Qué profundo conocimiento de todas mis buenas cualidades! Juicio tan exacto sólo puede provenir de una boca por la que habla la más profunda sabiduría. *Sidi*, quien así se expresa debería tener alma.

—Desde luego puedo asegurar que la tiene.

—¿Tú estás convencido de que las mujeres tienen alma?

—Sí.

—¿Y mi Hanneh también?

—Naturalmente. Y eso es lo que yo tenía que decirte. Tu esposa te ruega por mi conducto que no vuelvas a poner en duda la existencia de su alma.

—¡Oh, *Effendi!* Puesto que ella me juzga el mejor hombre del mundo, no puedo oponerme a que esté en posesión de un alma. Además... ¡hum! *Effendi*, ¿no es cierto que el alma es una cosa interior, que está dentro del cuerpo?

—Hasta ahora, todas las opiniones están conformes con eso.

—Pues que siga dentro. Pero también existen almas que salen al exterior y se dejan ver y oír. Ésas no me gustan.

—¿Cómo? ¿Estás seguro de que existen?

—Por desgracia sí, estoy convencidísimo.

—Hanneh, según parece, abriga el mismo convencimiento, pues me ha dado aún otro encargo.

—¿Cuál?

—Que si tú concedes que ella tiene alma, ésta permanecerá invisible en el interior de su cuerpo.

—¿Eso... eso ha... ha dicho?

—Sí.

—*Maschallah!* ¡Dios hace milagros! ¡Cuánto me alegro de que me hiciera la proposición de hablar contigo! Sabes, *Sidi*... pero no lo puedes saber, puesto que aún no tienes esposa en tu tienda. Así es que te diré que, cuando el alma de una mujer sale al exterior, el rostro se pone ceñudo, la voz toma un tono agrio y, entonces, hay que darle la razón. Pero, ahora, con las buenas nuevas que me traes, estoy seguro de que a mi regreso alguna vez tendré razón yo solo y no siempre los dos, como sucede ahora. ¿Te ha encargado algo más?

—Sí.

—Dímelo. Tus palabras son tan gratas para mis oídos como los rayos del sol para el cocodrilo que se adormece a su calor. Estoy dispuesto a escucharlo todo.

—¿Y a seguir todos los consejos?

—Sí, por lo menos en este momento.

—No me basta. Lo que me queda por decirte es tan ventajoso para ti que puedes darme tu palabra de obedecer mis indicaciones con toda tranquilidad.

—Escucha, *Effendi*: los sentimientos de mi corazón en este instante son de

inmensa gratitud hacia ti; por consiguiente, no te negaré la palabra que me pides.

—Muy bien, acepto tu palabra Hanneh quiere que obres con prudencia y reflexión.

—Siempre lo hago así, ¿no es verdad?

—No.

—¿Qué es lo que escuchan mis oídos? ¿No ha sido una prueba de inteligencia y habilidad por mi parte haber hecho que tú me escojas por amigo y protector? ¿Puedo yo tener un *Effendi* mejor que tú? ¿Y no es otro rasgo de entendimiento y madura reflexión el haber escogido por esposa a la que es el más perfumado capullo de cuantos embellecen el florido vergel de las mujeres? ¿Acaso hubiera podido hallar mejor esposa que esta incomparable madre entre cuantas han dado hijos al mundo?

—No. Y ya que en ambos casos has obrado tan cuerdamente, espero que en otras ocasiones demostrarás la misma prudencia Si no lo haces así, me veré obligado a recordarte la palabra que me acabas de dar. Con frecuencia eres más vivo y arrebatado de lo que debieras.

—¿Yo? Mal me conoces, *Sidi*. Muy al contrario, me tengo por frío y calmoso.

—Recuerda los muchos casos en que he tenido que acudir en tu socorro.

—Eso no quiere decir nada. ¿Pretendes conseguir que ante un peligro vuelva la espalda como un cobarde? Si escucho un insulto, ¿no es natural que lleve la mano al cinto...? Y... ahora que me acuerdo, aquí lo tengo.

—¿Qué tienes?

—Lo que siempre llevaba en la faja durante nuestros anteriores viajes. Voy a enseñártelo.

Ya comprendía lo que quería decir, aludía al látigo que con tanta rapidez empuñaba, a veces para sacarnos de un apuro, pero otras muchas para perjudicarnos. Desarrolló su larga cuerda y, haciéndola restallar en el aire, prosiguió:

—Este es el que atrae el respeto, el padre de la obediencia y el infatigable repartidor de golpes. Era imposible que lo dejara en mi tienda, su compañía es indispensable. Es el mismo que paseé por las comarcas de Egipto. Cuando no sirven las palabras ni los gestos, es el intermediario entre la benevolencia y las espaldas de los que se niegan a reconocerla. Lo que no consigan ruegos y promesas, lo obtendrá en pocos minutos este juguete. No hay piel que no se rompa ante las caricias de mi *kurbadsch*.

—Arrolla tu látigo, Halef. En lo sucesiva solamente lo usarás cuando yo te dé permiso para ello.

—*Sidi*, aún tenemos mucho que hablar sobre eso.

—No. Hanneh opina lo mismo que yo.

—¿De veras? ¿También te dijo eso cuando habló contigo? Mira, *Sidi*, puesto que las mujeres no tienen alma...

—¡Silencio! Habíamos quedado en que la tienen.

—Pero tú ¿cómo puedes saberlo? Sólo después de que entregues tu corazón a una

mujer te permitiré...

—Querido Halef, ya lo he entregado.

Retrocedió dos pasos, e inclinándose para verme el rostro a la escasa luz de la hoguera, exclamó con la mayor sorpresa retratada en su semblante:

—¿Que... que ya... lo has entregado?

—Sí.

—Así, pues, ¿tu corazón tiene dueña?

—Sí.

—¡Vaya una broma!

—No es ninguna broma, Halef.

La sorpresa hizo caer el látigo de su mano y preguntó:

—¿No es broma? ¿Luego, posees quien gobierne tu vida?

—¿Por qué no?

—*Sidi*, permite que me siente. Esa inesperada noticia me ha aflojado las coyunturas y siento que me tiemblan las piernas.

Se dejó caer en el suelo, me contempló de pies a cabeza con la mayor gravedad. De pronto se iluminó su rostro, soltó una carcajada, y batiendo palmas, exclamó:

—¡Alá me guarde! Tú estás bromeando conmigo.

—Querido Halef, te estoy hablando en serio —contesté yo en tono convencido, aun cuando las frases dueño de mi corazón y gobernador de mi vida tenían para mí muy distinto significado.

—Pero ¿es cierto, absolutamente cierto, que tienes una mujer?

—Sí.

—¿Qué ocupa tu tienda?

—Sí.

—*Sidi*, déjame respirar. Dime si duermo o si estoy soñando. Quisiera llorar, llorar amargamente.

—¿Por qué? Yo esperaba que te alegrarías.

—¿Alegrarme? Dime, ¿la quieres mucho?

—Mi corazón le pertenece por entero.

—¿Cómo es posible que si tu corazón pertenece por entero a esa mujer sigas queriéndome a mí, a tu Halef, a tu mejor y más fiel amigo y compañero?

—Te quiero exactamente lo mismo que antes.

—Eso es imposible, eso no es verdad. Tú mismo lo has dicho. Tu corazón está lleno y me has arrojado de él, pertenece por completo a esa mujer. ¡No la quiero ver! ¡No le quiero hablar! ¡No quiero oír nada de ella! Me ha suplantado en tu corazón y me ha robado tu amistad. Escucha, pues, lo que voy a decirte: tampoco quiero tener nada que ver contigo.

Se levantó y echó a andar hacia el río. Llegado a la orilla, se puso a contemplar el agua con expresión entre colérica y triste. El buen Halef estaba celoso. Yo, conociéndolo a fondo, me guardé de decir una sola palabra. Hice bien, pues

transcurridos breves instantes, volvió lentamente sobre sus pasos y, sentándose frente a mí, lanzó un profundo suspiro y dijo con quejumbroso tono:

—¿Es decir que con tanta ingratitud me ha abandonado aquel ser por quien hubiese dado yo sin vacilar mi vida? Esa desconocida ha dado un golpe mortal a nuestra sincera amistad. Tenía intención de acompañarte a Persia, pero me veo obligado a regresar ahora mismo a mi aduar.

Tenía ganas de reír y, al mismo tiempo, estaba profundamente conmovido.

—Querido Halef —le dije—, ¿no eras ya amigo mío cuando obtuviste a Hanneh por esposa?

—Sí.

—¿Me has olvidado por eso?

—No.

—¿Has seguido siendo amigo mío?

—Sí.

—Pues lo mismo hago yo.

—La cosa es muy diferente, *Sidi*, totalmente distinta. Tú ya conocías a Hanneh, la más deslumbradora de las criaturas, cuando la hice mi esposa, pero ¿qué sé yo de la compañera de tu vida? ¿La he visto alguna vez? ¿Han desfilado ante mí sus rebaños? ¿He sido yo su huésped y he comido *kurkusse* preparado por sus manos? ¿Ha dado de beber a mi caballo o ha sujetado el estribo a la altura conveniente? ¿Cuándo he visto su silueta, oído el ruido de sus pasos o conducido del ramal el camello que la llevaba? Estaba tan desprevenido que, al oír tu revelación, me ha sobrecogido un pánico como si, en lugar de tu esposa, se hubiera convertido en la mía.

—¿Tan fea o mala la juzgas?

—No puede ser mejor ni más bella que mi Hanneh.

—No, pero sí parecida.

—Mucho lo desearía por ti.

—¿Esperabas que yo te enviara a mi patria para buscarme esposa entre las hijas del país?

—No, no podía exigir eso. Dame de comer y reflexionare mientras tanto. La nostalgia que me privaba del apetito ha desaparecido por completo. Tomaré un trozo de carne asada, preparada por mi incomparable Hanneh, que se sorprenderá no poco al saber que has perdido hasta ese punto el dominio sobre ti mismo.

Comía con la distracción propia del hombre cuyos pensamientos están muy ocupados en otro asunto. Pasados algunos instantes de silencio, reanudó la conversación diciendo:

—Confiesa que por culpa de esa mujer no tienes la conciencia tranquila.

—Ningún peso siento en ella.

—Y yo te digo que sí. ¿Por qué no has dicho nada mientras estabas en el aduar? ¿Por qué hablas ahora cuando estamos solos? El misterio en que envuelves tu matrimonio demuestra la inquietud de tu conciencia.

—¿Se ha de dar el nombre de misterio a cuanto no llega a los oídos de tus Haddedihnes? Un hombre no debe hablar públicamente de su harén ni del de nadie. Eso lo debes saber tú, querido Halef.

—Lo sé y te pido perdón, *Sidi*, tienes razón.

Siguió comiendo y, después de unos instantes, dijo:

—¿Estás satisfecho de ella?

—Mucho —le contesté con un ademán afirmativo.

Ésta y las siguientes preguntas las hizo entre dientes:

—¿Es joven?

—Sí, y lo será eternamente.

—*Hamdulillah!* Esto me tranquiliza. Todos, con el tiempo, tienen que soportar a una mujer fea y vieja. Sólo tú y yo estamos exceptuados de esa regla. ¿Es rico su padre?

—El más rico que existe.

—¿Principal?

—No hay quien le supere.

—Por Alá que todo eso me complace mucho. ¿Es baja de estatura?

—No.

—¿Tiene los pies grandes y las muñecas gruesas?

—Halef: ¿por qué crees que yo he de tener tan mal gusto?

—El que yo lo pregunte no quiere decir que tenga tales imperfecciones. ¿Y los ojos?

—Más bellos que todos los descritos en los cuentos de hadas.

—¿Te ama, *Sidi*?

—No menos que yo a ella.

—Me alegro de oírlo. De lo contrario le hubiera impedido la entrada en mi aduar. Y, dime, *Effendi*, ¿tiene también alma?

—No sólo tiene alma, sino que toda ella es alma, nada más que alma.

—¡Qué horror! ¡Pobre *Sidi*! ¡Entonces tendrá también... opinión!

—Naturalmente. ¿Cómo puede ser de otro modo?

—Entonces... entonces..., tú también tendrás siempre razón cuando opinas como ella.

—No, casi nunca tengo razón.

—Eso no me sucede a mí. ¿Y tú lo permites?

—Con mucho gusto, porque ella es muchísimo más lista y prudente que yo.

—¡Eso es imposible, *Sidi*! Está visto que desde que las mujeres tienen alma, pretenden...

—Deja eso, Halef —le dije, interrumpiéndolo—. Si fuese posible que existiera una mujer sin alma, más le valdría al marido no hacerla conocida. Puedes creerme.

—¡Pero si el alma de las mujeres es tan inquieta que...!

—Entonces corresponde al hombre tener calma para los dos. Así se conquista el

respeto y la admiración de las mujeres.

Él respondió con viveza:

—En eso tienes razón, muchísima razón, *Effendi*. Por consiguiente, ya habrás observado la consideración y profundo respeto que consagra Hanneh, la perla de las mujeres, a su señor y dueño. ¿Cómo se llama el manantial de tu eterna dicha?

—Dschanneh.

—Su nombre también es muy semejante al de la mía. Dschanneh y Hanneh.

—En efecto, se parecen.

—El nombre de Dschanneh es simbólico, pues significa alma.

—La dueña de mi corazón merece el nombre que lleva.

—Me alegro extraordinariamente, *Sidi*, extraordinariamente. Con una mujer así aumentará el bienestar en tu tienda, aun cuando estés lejos de tu tribu. Tu Dschanneh hará manteca con la leche de tus camellos y retorcerá la fibra de la palma para convertirla en cuerdas y tejer mantas. Compondrá emplastos para los enfermos y molerá el grano entre dos piedras. También desearía saber si sólo habla el árabe o también entiende el turco.

—Habla todos los idiomas que existen en el mundo.

—¡Por Alá! ¿Todos?

—Todos.

—¿No hay ni uno solo que no entienda?

—No.

—En ese caso, tu Dschanneh es una verdadera e insuperable maravilla. Hasta ahí no ha llegado aún mi Hanneh, pero, el día que le dé por los idiomas, seguramente nos dejará asombrados. La verdad es que a ti te correspondía ser dueño de tal portento. Pero ¿me creerás si te digo una cosa?

—Sí.

—Pues no digas delante de nadie eso de los idiomas.

—¿Por qué no?

—Dirán que exageras.

—Quien conozca no sólo el nombre, sino la capacidad de mi Dschanneh, comprenderá que no miento. Me atreveré incluso a decir que no podría existir idioma sin que Dschanneh lo conociera.

—Haré aún rápidamente otras dos preguntas. ¿Sabe curtir pieles y afilar cuchillos?

—Sabe hacer cuanto pueda salir de manos humanas.

—*Maschallah!* ¿Sabe enfadarse?

—No.

—¿Ni regañar?

—No.

—Ante esa afirmación debería exclamar diez veces *Maschallah!* ¿Le pediste su venia para venir aquí?

—Ha sido ella precisamente la que me ordenó el viaje, y yo la he obedecido.

—¿Lo ves? Con eso se demuestra un respeto y atención muy parecidos a los que me profesa Hanneh, la sin rival entre todas las mujeres y la más juiciosa. *Sidi*, el que tu Dschanneh te haya permitido venir a visitarme me reconcilia con tu harén, y aprovecharé la ocasión para participarte que si cuando llegue la ocasión de que se case mi hijo, tienes alguna hija de edad proporcionada, desde luego te la pido por esposa suya. Tendrá por marido un legítimo Haddedihi de la famosa tribu de Schammar y entre nosotros vivirá más libre y feliz que entre vuestras enormes tiendas fabricadas con piedras. Ya ves que no estoy enfadado contigo. Dame la mano y sigamos siendo tan amigos como antes.

CAPÍTULO 12

Conspiración

El pequeño y valiente Halef quedó seriamente convencido de que aquel proyecto de matrimonio era una brillante demostración de su afecto hacia mí. Me guardé muy bien de comunicarle las impresiones que me produjo su proposición, pues conocía muy bien el carácter del leal beduino y sabía lo puntilloso que era en estas ocasiones. Me había dado su implícita autorización para mi matrimonio. No podía yo esperar más, un modesto narrador de viajes, de él, un principal jeque de los famosos Haddedihnes.

Su nueva jerarquía había modificado algo nuestras relaciones. Ya no podía tratarlo como a un criado, según hacía antes. Estoy convencido de que, naturalmente, sin decírmelo, él ahora se consideraba igual a mí. Por eso tenía que aguantar sin chistar muchas cosas que antes no le habría consentido sin hacerle alguna reprensión.

En las primeras horas de la mañana siguiente pusimos la balsa a flote para proseguir nuestro viaje. La jornada pasó sin incidentes. Sin duda, las tribus enemigas de los Haddedihnes, en aquella época del año, se habían refugiado en el Deschiren^[23]. Esta fue la razón por la cual, sin ningún incidente digno de mención, llegamos a la comarca bañada por las aguas del manantial que nace en Kerkuk y viene a desembocar en el Tigris.

La principal corriente frente a la desembocadura de dicho confluente formaba una larga y cada vez más angosta ensenada, cuyas orillas estaban profundamente cubiertas de vegetación. Esta circunstancia nos indujo, a pesar de que aún estaba oscuro, a meter la balsa en la pequeña ensenada y pasar allí la noche.

Condujimos a fuerza de remo la almadía hasta lo más profundo de la ensenada, la sujetamos a su orilla y pasamos a tierra los caballos y cuanto se hallaba en la fluvial embarcación. Como vimos que por aquellas cercanías no había alma viviente, saltamos sobre las sillas y dimos un buen galope, muy conveniente para los animales, que se hallaban faltos de ejercicio.

De vuelta, junto al río, los dejamos pastar a su sabor y reunimos leña seca para encender fuego. Encontramos más de la necesaria y dispusimos nuestra cena.

Faltaría menos de un cuarto de hora para cerrar la noche, pues ya se había puesto el sol y en aquellas comarcas los crepúsculos son muy rápidos, cuando vimos aparecer una balsa que, arrastrada por la corriente del afluente, venía hacia el río. El *kellek* era algo más pequeño que el nuestro, pero de igual factura, y en él venían tres hombres, dos de los cuales manejaban los remos, y el tercero, sin hacer nada, estaba sentado en el centro de la balsa. Los gorros de piel de cordero que cubrían sus cabezas daban a entender que eran persas.

—Mira, *Sidi* —me dijo Halef—, no me cabe duda de que son Sehitas^[24] que han bajado de las montañas y en Ta'uk o en Tuss Khurmaly han construido esa balsa. ¿Adónde querrán ir?

—Indudablemente se proponen seguir el curso del río. De lo contrario tendrían caballos en lugar de un *kellek*.

—Sí, quieren bajar el río, pero no hoy precisamente. ¿Ves como se detienen frente a nosotros?

—Por desgracia, han tenido la misma idea que nosotros. Es decir, que esta pequeña bahía les parece muy a propósito para pasar la noche.

—¿Hemos de tolerar que esos pajarracos hagan su nido junto al nuestro?

—Nada podemos hacer para impedirlo.

—¿No? A mí me parece todo lo contrario.

—No. ¿Es este sitio exclusiva propiedad nuestra?

—De ninguna manera, pero hemos llegado los primeros, y el primero que entra en una tienda es el primero que come, según dice el refrán.

—Ese refrán no tiene aplicación en el caso presente. Estamos al aire libre y, si se acercan, tenemos el deber de ser hospitalarios.

—Eso no me gusta, porque no me inspiran confianza.

—¿Por qué?

—Porque han tomado una ruta muy singular para venir de Persia. ¿Por qué no han seguido el usual camino de las caravanas? ¿Por qué han dado un rodeo que les obliga a viajar a caballo primero, después en balsa, y, por último, otra vez a caballo? ¿Dónde están las bestias sobre las que han bajado de las montañas? Deben haberlas dejado allá arriba, junto al río, y tendrán que comprar otras después. Eso cuesta dinero, son pérdidas que sólo pueden admitirse cuando hay poderosos motivos para ello, y éstos son, precisamente, los que despiertan mis sospechas. Cuando un persa escoge el Adhem para venir al Desierto, es que trae algo entre manos que no todos pueden saber, o que algo ha hecho en su patria que lo obliga a tomar un camino extraviado para fugarse. ¿No digo bien?

—Opino igual que tú, pero, a pesar de todo eso, no bastan esas razones para demostrarles hostilidad si se acercan a nosotros. Además, está ya casi oscuro y, aun cuando se detengan en esta orilla, falta saber si descubrirán nuestra presencia.

Los persas, a la sazón, se hallaban en el centro de la corriente, y los esfuerzos que hacían para atravesarla demostraban su propósito de detenerse en nuestra orilla.

El sitio en que estábamos quedaba oculto a sus ojos por los matorrales y no podían vernos. La pequeña ensenada tenía unos doscientos pasos de largo, y como las sombras de la noche empezaban a envolver la tierra, tuve por muy probable que los recién llegados se detendrían a la entrada de la bahía, sin llegar hasta el fondo, que es donde estábamos nosotros.

El penetrar en ella tendría forzosamente que serles más difícil que lo fue para nosotros, primero, porque tenían que atravesar la corriente y, segundo, porque, al

llegar a las aguas tranquilas, estaría ya tan oscuro que resultaría muy difícil reconocer el terreno. Escuchamos, pero nada pudimos oír.

Pasado un cuarto de hora nos convencimos de que mis suposiciones resultaron ciertas; los persas habían tomado tierra mucho más a la entrada que nosotros y no sospechaban nuestra presencia. Se trataba ahora de averiguar a qué distancia estaban de nosotros. Era preciso saberlo.

—*Sidi* —me dijo Halef—, ¿quién hubiera pensado que hoy mismo empezara para nosotros la vida de aventuras? Quiero demostrarte que aún no he olvidado lo que de ti he aprendido.

—¿A qué te refieres?

—Al espionaje. Suavemente me deslizaré hasta ellos y así veré dónde están y qué hacen.

—Déjame que sea yo el que lleve a cabo esta empresa. Tengo mucha más práctica que tú.

—*Effendi*, ¿quieres cubrirme de vergüenza?

—Basta. Piensa en lo que tu Hanneh ha dicho: no debes precipitarte. Antes de que emprendas nada es indispensable que practiques un poco. No lograrás atravesar los matorrales sin hacer ruido. Creo que serías lo bastante imprudente como para ponerte en seguida a buscarlos.

—Naturalmente, ahora mismo, pero ¿por qué calificas de imprudente este deseo?

—Ya conoces las dimensiones de esta bahía. ¿Cuánto tiempo se necesita para registrarla por completo desde la frondosidad de sus malezas? Hasta mañana temprano. Por eso es preciso, antes de empezar las pesquisas, saber, poco más o menos, dónde están.

—Y ¿cómo se puede saber eso de antemano?

—Ya nos lo dirán ellos.

—¿A nosotros? ¿Ellos mismos? *Effendi*, se guardarán muy bien de hacerlo.

—Querido Halef, con eso demuestras cómo se sobrepone en ti la impetuosidad al raciocinio. Esos persas, ¿no son mahometanos?

—Sí, aun cuando de la secta Sehita, su hijo Alí está casi más alto que nuestro Mahoma.

—Pues aún tienen que rezar hoy dos oraciones, la del Moghreb o crepúsculo y la del Aschija al cerrar la noche. Creyéndose solos, no rezarán en voz baja, sino alta, según tienen por costumbre, y nosotros los oiremos.

—Tienes razón, *Sidi*, no se me había ocurrido tal cosa.

—Pues ten presente que, en la vida de aventuras, como tú dices, es preciso pensar en todo y no descuidar nada. El no prestar atención a un detalle, al parecer insignificante, puede acarrear las más funestas consecuencias. Eso debes recordarlo si traes a la memoria nuestros viajes anteriores.

—¡Oh, *Sidi*! Tus palabras me ofenden.

—No lo creas. Sólo quiero tu bien. ¿Oyes?

—Rezan. Han empezado el Moghreb.

—Y, antes de que lo acaben, estaré ya a su espalda. Tú quédate aquí y vigila los caballos. No te alejes por ningún motivo.

Me separé de mi compañero. Los matorrales formaban una ancha franja a todo lo largo del borde del agua. Fácil es de comprender que, mientras pude mantenerme por la parte de afuera de dicha franja, avancé con más rapidez que si hubiera tenido que deslizarme entre los mismos matorrales.

El caso es que me acerqué con la suficiente premura para hallarme a espaldas de los desconocidos cuando éstos pronunciaban las últimas frases del rezo.

—¡Alabemos a Alá! ¡Merece todas las alabanzas! ¡Alá es grande! ¡La grandeza de Alá es infinita, e infinitas deben ser también nuestras alabanzas!

La verdadera hora de rezar el Moghreb es al ponerse el sol, pero los persas se habían retrasado por tener que aprovechar los últimos rayos de luz para recoger leña seca. Tal cosa está permitida. Mientras que el Islam no permite adelantar la hora de ningún rezo, no prohíbe retrasar un poco la oración, siempre que existan para ello justificados motivos.

Tan pronto como terminó la oración, oí una sola voz que decía:

—Puesto que ya hemos rezado, encendamos el fuego, tenemos bastante leña. Después rezaremos el Aschija y, terminado que sea, cenaremos.

Por entre las ramas detrás de las que estaba escondido, vi que encendían fuego a la orilla misma del agua y, pocos minutos después, rezaron la oración de la noche. Esto me proporcionó la ocasión de echarme al suelo y separar un poco las ramas. El leve ruido que pude hacer con ello fue cubierto por las tres voces que rezaban. Avancé hasta donde lo permitía la sombra y allí permanecí quieto, pues hubiera sido imprudente dar un paso más.

Distinguí la balsa sujeta a la orilla. Nada había en ella. Los persas, que ahora estaban sentados junto al fuego, viajaban sin ninguna impedimenta. Dos de ellos eran de aspecto vulgar y nada interesante ofrecían a mis ojos; en cambio el tercero llamó poderosamente mi atención. No era que su ropaje se diferenciase de los otros, pues la única ventaja que les llevaba consistía en que, mientras los otros dos ceñían sus talles con cinturones de cuero, el tercero llevaba arrollado un rico chal de Cachemira. Pero su persona no podía pasar inadvertida para los ojos de un observador.

Aquel rostro de piel atezada, frente baja, provisto de una fina y larga nariz cuyas ventanillas se movían constantemente, de gruesos labios, poderoso mentón y penetrantes ojos estriados de rojo, me hizo la impresión de que era ajeno a toda clemencia y que poseía una gran dosis de astucia, unida a una completa falta de escrúpulos.

Esta impresión la robustecía el oscuro y poblado bigote cuyas largas guías, semejantes a dos carámbanos de hielo pintados de negro, caían hacia abajo. Sus facciones sólo demostraban instintos bestiales, sin un solo rasgo que delatara al hombre valiente. Así es que, si las circunstancias lo exigían, no dudaba yo de que

aquel persa se portaría como un cobarde.

«Peligroso individuo —pensé yo—, sin escrúpulos y cobarde».

Y, al caer mi mirada sobre su larga y huesuda mano, semejante a la garra de una fiera y cuyo índice casi sobresalía del dedo del corazón, acabé de convencerme de que mi anterior juicio no era aventurado.

El rostro, la voz, el modo de andar, la postura y hasta el comportamiento de un hombre puede engañar, pero la mano es infalible. Para hacer esta afirmación me apoyo en numerosos ejemplos, y todos estos experimentos forman una teoría que no me ha fallado jamás y en la que me confío en todos los casos.

La mano de un ser humano es la más exacta imagen de su carácter, es imposible que disimule ninguno de sus pensamientos o sensaciones. Es el instrumento de la inteligencia y del alma y, por cada instrumento, se puede juzgar sin error el maestro que lo emplea.

Los tres hombres vestían largas y amplias túnicas orientales y estaban armados con pistolas y puñales. A juzgar por las más que medianamente provistas cartucheras, debían de estar dispuestos a atacar o a repeler alguna agresión. Este último caso me pareció más posible que el primero.

Cenaban. Su frugal alimento consistía en un *dugh*^[25] prensado y pan pegado, que debe su nombre a que se da a la masa la forma de una especie de bollos que se pegan en las paredes de unos hornos especiales de reducido tamaño. Ciérrase éste y, cuando se desprende el pan, se toma esto como señal de que la cocción es suficiente.

Mientras comían no cambiaban ni una palabra. Terminada la cena, el del mostacho negro sacó un pergamino del bolsillo, lo expuso a la luz para leerlo y se lo volvió a guardar diciendo:

—Si llegamos a tiempo, vuestra parte no bajará de cien *tuman*^[26]. Lo he calculado mientras bajábamos por el río. ¿Os parece bastante?

La mirada aviesa de sus penetrantes ojos se clavó sobre sus compañeros al hacer esta pregunta. Ambos callaron durante algunos instantes hasta que uno de ellos, devolviendo una mirada semejante, dijo:

—¡Por Hussein, que fue asesinado por los perros sunitas en las cercanías de Kuja, nos daríamos por contentos si no fuera tan poco! Desde que eres *Padar i Baharat*^[27] no negaré que ganamos diez veces más que antes, pero tú mismo nos has dicho que otros ganan mil veces más.

—¿Dicho? ¿No he hecho más que decirlo?

—No, hasta lo has calculado.

—Sí, lo he calculado, y los cálculos que yo hago son siempre exactos. Dices tú, Aftak, que ahora que soy *Padar i Baharat*. Sí, me han dado el título, pero aún no tengo la plaza. Por el momento, en realidad, no soy más que *Sill-i-Safaran*^[28] y, aunque sea esto sólo, podréis reunir riquezas a mi lado, mientras que antes apenas ganabais lo suficiente para matar el hambre. Yo fui quien tuvo la idea de añadir el *osfur* al azafrán, y eso nos ha proporcionado, hasta la fecha, muchos miles de *tumans*

y nos proporcionará aún muchos más. ¿Por qué, habiendo sido elegido para todas las especias, sólo se me concede el azafrán? ¿Debo sufrirlo? ¿Y habéis de aguantarlo vosotros que sois mis subalternos y cuya ganancia está en relación con la mía? ¿Y sabéis para quién trabajamos y exponemos la vida, quién es el que no hace nada, absolutamente nada, y vive rodeado de lujo como el *Gibla-i-Aalam*^[29]?

—Ya lo sabemos —respondo el llamado Aftak.

—¿Lo has visto alguna vez?

—No.

—¿Por qué arriesgamos la vida diariamente por él? ¿Procede del cielo, que tiene a menos presentarse ante nuestros ojos? ¿No comparto yo todos los peligros con mis subordinados? ¿A quién debéis, por lo tanto, más cariño y consideración, a él o a mí? ¿Cuál de los dos debe inspiraros mayor confianza? Os lo digo sin rebozo. Os embolsaríais cada año más miles de *tumans* que ahora cientos si yo ocupara el puesto de vuestro *Emir-i-Sillan*^[30].

—Nos lo has dicho a menudo y te creemos.

—Os he dicho otras muchas cosas que espero creeréis igualmente. Añadiré ahora que ha llegado el momento. El sable pende sobre su cabeza. Yo he hablado con otros *Padarahn*^[31] y estoy seguro que no retrocederán cuando llegue el instante. Ya sabemos que bajo su túnica lleva una *sird*^[32]; pero mis balas sabrán atravesarla.

Siguió una pausa. El *Padar i Baharat* clavaba en el horizonte su siniestra mirada, reflexionando al parecer, y los otros dos permanecían también pensativos mirando al suelo. Muchas, muchísimas veces había espiado a mis enemigos, pero muy pocas había oído un lenguaje tan singular y lleno de misterio.

Padar i Baharat, Padre de las especias; *Sill-i-Safaran*, Sombra del azafrán; *Emir-i-Sillan*, Príncipe de las sombras. Todos estos eran nombres que debían tener una significación. Pero ¿cuál?

CAPÍTULO 13

Entrevista con un persa

iPríncipe de las Sombras! ¿Quiénes eran las Sombras? Seguramente hombres. Esta consecuencia la saqué de los plurales *an* que sólo se usan para personas. Pero ¿qué personas eran éstas y por qué se llamaban Sombras? La frase: «Príncipe de las Sombras» ¿significaba un rango? Si así fuera, Padre de las especias y Sombra del azafrán debían ser, igualmente, cargos.

Al parecer, se trataba de superiores y subalternos, y como todo esto era un misterio para mí, probablemente se trataba de una sociedad secreta, de las que temen presentarse a la luz del día.

El mismo río a cuyas márgenes nos encontrábamos fue en la antigüedad dominado por los babilonios y los asidos, hasta que los medas y los persas pusieron término a su dominación. Si el viejo y poderoso Hammurabi, el valiente Tukulti-Adar y el famoso Kiawares salieran de sus tumbas y, sentándose delante de mí, se pusieran a debatir los más ocultos misterios de sus respectivas diplomacias, es, probable que su discusión no hubiera sido tan incomprensible para mí como lo que hablaron aquellos modernos persas. Pero aún debía ser mayor mi confusión, pues el jefe añadió:

—¿En qué estáis pensando? Seguramente en lo que os he dicho.

—Sí —respondió Aftak—. Estamos dispuestos a obedecerte. Los soldados no pueden ganar ninguna batalla sin ver ni conocer a los oficiales que los dirigen. El jefe que nos manda no puede seguir siendo un ser invisible, a quien pertenece nuestra vida sin que nunca se muestre a nuestros ojos. Hemos hablado con otras Sombras y todos son de la misma opinión. Dinos, pues, qué hemos de hacer y serán obedecido.

—¿Puedo tener completa confianza en vosotros?

—Sí, decías que el sable está suspendido sobre la cabeza de *Emir i Sillan*. ¿Conoces el momento escogido?

—Sí.

—¿Y el sitio?

—También.

—Os lo diré, porque sé que sois hombres discretos y en los que se puede confiar. Ya sabéis que cada lunes de pago se reúnen todos los *Padarahn* en las ruinas de la antigua Sinagoga para recibir sus órdenes y entregarle las cuentas. Esta misma noche, si consigo que los otros...

No terminó la frase porque sonó un tiro, precisamente en la dirección en que dejé a Halef. No ocultaré que me estremecí, pues debía de haber estado o estar todavía en peligro. De lo contrario, no habría disparado. Comprendía que mi deber era volar en

su auxilio, pero no podía alejarme rápidamente sin hacer ruido. Por fortuna el pánico de los persas vino en mi ayuda.

Al oír el disparo, saltaron sobre sus armas y se apresuraron a ocultarse en el cercano matorral, como si temieran ser sorprendidos por el enemigo. El inevitable crujido de las ramas me ofreció la oportunidad de alejarme sin que mi presencia fuera advertida. Pero detrás de las malezas corrí a nuestro campamento provisional. Llegado allí encontré a Halef con la carabina en la mano y se dirigió hacia mí, tan pronto como oyó mis pasos.

—No tires, Halef —le advertí a media voz—. Soy yo. ¿Has sido tú quien ha disparado?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Contra quién?

—Contra un león, *Sidi*, que quería devorar a tu «Assil Ben Rih».

—¡Imposible!

—No es imposible. Lo he visto perfectamente.

—¿De veras, Halef? ¿Estás seguro?

—Sí, era un león, un verdadero león, un padre de la cabeza gorda que, por fortuna, no me ha despedazado.

No era completamente imposible que tuviera razón. Por experiencia propia sabía que los leones persas se extravía algunas veces y llegan hasta el mismo desierto. Así es que me apresuré a encender un buen montón de hierba seca que ya estaba preparado. El fuego tenía por objeto ahuyentar al león, si es que verdaderamente estaba por allí, y quitarle las ganas de volver a visitarnos. El que por este medio pudiéramos llamar la atención de los persas era para nosotros cosa muy secundaria, por no decir indiferente.

Cuando las llamas alcanzaron bastante altura para iluminar un buen espacio de terreno pregunté a mi compañero dónde había visto a la fiera. Me señaló hacia un punto extendiendo un brazo, y me dijo:

—Por allí venía a paso lento y, al verme, se detuvo. Era un enorme y magnífico *Abu er Rad*^[33]. Le envié una bala y desapareció. Le he acertado, estoy seguro. El miedo le obligó a retroceder, pues donde está Hachi Halef Omar, jeque de los Haddedihnes, no se atreve a hacerle frente ni aun el león más feroz.

Empuñé mi «Mataosos» y, poniéndolo a punto de disparar, me alejé con muchas precauciones por el camino indicado. No habría avanzado más de unos cuarenta pasos, cuando adquirí la prueba de que Halef no se había equivocado; su bala fue certera y mató, pero...

Le llamé y se apresuró a venir diciéndome desde lejos:

—¿Qué quieres, *Effendi*? ¿Has encontrado algo?

—Sí, aquí yace la bestia.

—¿Luego lo he acertado?

—Sí.

—¿Muerto?

—Completamente.

—*Hamdulillah!* ¡He vencido al destructor de nuestros rebaños! ¡En todas las tiendas resonará mi fama y en todos los campamentos resonará mi nombre!

—No te regocijes tan pronto; no se trata de él, sino de ella.

—¡Ah! ¿No era león? ¿Se trataba de una leona?

—No era ni una cosa ni otra, sino una *onma es ssanne*^[34] lo que tú has matado. Tenía hambre y salió a mendigar; tu falta de caridad, en vez de carne, le envió una bala.

Mientras yo decía estas palabras, Halef llegó hasta mí y vio el animal muerto.

—¡Una hiena! —exclamó con cierta confusión—. ¡Alá olvide este día! ¿Cómo puede esta bestia pretender que se la tuviera por un león? ¿Cómo pudo conseguir que su aspecto fuera el del señor del trueno? Mahoma, el profeta de los profetas, condene el alma de esta hiena y la recluya en el rincón del infierno donde más repugnante sea la fetidez; bien lo merece, por embustera.

—No es ella la que te ha engañado, sino tus propios ojos. De noche todo parece más grande; debiste tener esto en cuenta antes de disparar.

—¡Qué lástima! Las voces que debían celebrarme en todas las tiendas y campamentos permanecerán silenciosas.

—No permanecerán silenciosas, sino que aclamarán al invicto héroe que mata una hiena tomándola por un león.

—¿Te burlas de mí, *Sidi*? Eso aumenta la profundidad de mi dolor y redobra mil veces mi pena. Yo pensaba ser un héroe y me he convertido en el potro sobre el que paseas tus burlas. Mis hijos se quejarán de mí y mis hijas se lamentarán. Mis nietos sacudirán la cabeza y los descendientes de mis biznietos ocultarán el rostro entre las manos. Quisiera morir, si no necesitara seguir viviendo, y de buena gana me pegaría un tiro si esto no fuera un suicidio. En cuanto a ti, deja en silencio las pullas y piensa en que también puede suceder que mates un león que, para hacerte rabiar, se hubiera disfrazado de hiena.

—No, no puedo pensar en eso, querido Halef, porque yo sé lo que, al parecer, tú ignoras, y es que las sombras de la noche agrandan todos los objetos. Si descuidas tomar esto en consideración, acabarás por confundir una diminuta lagartija con un cocodrilo.

—¿Tan grandes tu enfado hacia mí, que sólo puedes satisfacerlo arrojándome cocodrilos a la cabeza? ¿Tanto te ha ofendido el error de mis ojos que tu corazón no acierta a perdonarme?

—No hay para qué hablar de ofensas, pero en cuanto al perdón, ya es otra cosa. Has cometido una falta que me ha obligado a dejar mi puesto, precisamente en el momento en que la observación de los persas llegaba al punto culminante.

—Lo siento en el alma. ¿Lograste acercarte sin que te oyeran?

—Sí.

—¿Y pudiste escuchar lo que hablaban?

—Desde luego.

—¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿Qué quieren? ¿De qué hablaban?

—Para saber todo eso, no debiste interrumpir su conversación con tu intempestivo disparo. Ni siquiera tomaré en consideración la circunstancia de que ese tiro denunciaba nuestra presencia, pero tu ligereza y falta de reflexión, que tanto reprueba tu Hanneh, me han impedido descubrir un misterio que, probablemente, sería muy importante para nosotros durante nuestro viaje a Persia. No puedo apoyarme en pruebas, pero tengo la sensación de que no me equivoco.

—Dime, *Sidi*, ¿qué misterio es ese?

—Eso es, justamente, lo que no te puedo decir, porque no he tenido tiempo de averiguarlo. Pero acerquémonos a nuestra hoguera; hay que echarle combustible o se apagará.

—¿No sería esto preferible, para que no nos encontraran los persas?

—No, puesto que ya están enterados de que hay alguien en las cercanías, conviene que sepan que somos gente de la que nada tiene que temer. Nos daremos a conocer.

—Pero ¿se portarán de un modo amistoso con nosotros?

—No les aconsejaría yo lo contrario.

—¿Crees que vendrán a nuestro encuentro?

—Seguramente. Sin duda tomarán las mayores precauciones, y primero se acercarán con sigilo y nos observarán; después, cuando se convenzan de que sólo somos dos hombres, se mostrarán sin rebozo. Entonces ajustaremos nuestra conducta a la suya. Ahora no hablemos más de ellos, sino de cualquier cosa indiferente, pues es posible que ya estén cerca. Cuando note su presencia, te haré una seña que será juntar las manos.

—Si hablamos, no podrás escuchar.

—Sí, tú seguramente no oirás, porque tienes que ejercitarte de nuevo, pero yo, a pesar de nuestra conversación, los oiré por poco ruido que hagan. Pronto tendrás la prueba.

Nos sentamos junto al fuego, yo con la espalda hacia los matorrales, y Halef frente a mí. Sucedió lo que yo esperaba. No pasó mucho tiempo antes de que pudiera hacer la seña convenida; estaba seguro de que alguien estaba entre las matas.

No había visto ni oído nada. Experimentaba esta indefinible sensación que pudiera llamar sexto sentido, que, con el tiempo, se desarrolla entre los *westmen* y que llega a un grado en el que iguala a la vista y al oído. Es más bien un presentimiento que una sensación y, sin embargo, es algo así como si el fluido de la persona oculta llegara hasta mí semejante a la columna de átomos que se desprende de un objeto oloroso y es absorbida por el órgano humano del olfato.

Conversábamos tranquilamente, como si estuviéramos a mil leguas de pensar que éramos espiados, pero habíamos cuidado de escoger un tema que no dejase traslucir

nada acerca de nuestras personas y propósitos.

Consecuencia de esta precaución fue que el hombre escuchó un buen rato sin enterarse de nada de lo que le interesaba saber. Esto le hizo perder la paciencia y abandonar su escondite. Salió de entre las ramas, se plantó delante de nosotros y con voz y ademanes como si él fuera el dueño del territorio, nos preguntó:

—¿Quién sois y qué hacéis aquí?

Esperando que la sorpresa o el terror nos anonadarían, se irguió altanero, retorciendo las puntas de su negro bigote y mirándonos alternativamente con sus perversos ojos. Pero como nosotros ni nos alteramos ni respondimos, prosiguió:

—¿Por qué no contestáis? ¿Sois ciegos o sordos que no veis ni oís?

Entonces yo contesté:

—Sí, somos ciegos y sordos, pero únicamente cuando se trata de gente que no merece ninguna consideración.

—¿Me aludes a mí con esas palabras?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tu comportamiento no es el de un hombre digno de consideración.

Soltó una irónica carcajada, exclamando:

—¡Qué lástima! ¿Es decir, que tengo el aspecto de ser un hombre que ni siquiera existe para vosotros?

—Que quizá no debiera existir —añadí yo corrigiendo la frase—. Sin embargo, puesto que me digno hablarte, te doy la prueba de que reconozco tu existencia.

—¡Reconoces mi existencia! ¡Qué bondad y qué condescendencia! ¿Debo quedar agradecido con que te dignes a ello? ¿Con que, según tú, yo no debería existir para vosotros? Pues, mira, hasta ahora me he tenido por un hombre que no sólo existe, sino que está acostumbrado a ser tratado con la mayor amabilidad aún por los personajes más elevados.

—En eso me parece que cometes un gran error, pues quien aspira a ser tratado con cortesía, debe empezar por ser cortés.

—¿Debo tomar esas palabras como un reproche?

—No, a mí me es indiferente quién y qué seas, pero has hablado de amabilidad y esto me ha hecho caer en la cuenta de que, al parecer, no posees esa buena cualidad.

Lanzó de nuevo una carcajada y preguntó:

—¿Quieres decir que debiera haber empezado por saludaros?

Me encogí de hombros, diciendo:

—Quien pretende enterarse por medio de preguntas, demuestra que poco sabe o conoce. Al preguntar si debieras habernos saludado, demuestras desconocer las más elementales reglas de la cortesía.

El persa cruzó los brazos sobre el pecho y me hizo un profundo saludo a la usanza oriental, diciendo con tono irónico:

—Puesto que eres un magnate tan poderoso, me apresuraré a reparar mi

inadvertencia. *Aessolam aleikum!*

No respondí y me limité a inclinar levemente la cabeza, como si no me hubiera enterado de la ironía. Él prosiguió:

—Según parece, aún no es bastante. Te suplico humildemente que me permitas sentarme. ¿Cómo se encuentra tu respetable persona?

Tomé yo el tono de un maestro de escuela cuando quiere elogiar a un discípulo y dije:

—Vaya, eso empieza a estar relativamente bien. Si desde ahora en adelante tienes la suerte de alternar con personas mejor educadas de las que hasta ahora has tratado, no será imposible que aprendas a portarte por lo menos medianamente respecto a las personas vulgares. Pero nunca comprenderás cómo se ha de tratar a los personajes elevados.

—¡Por mi alma! ¡Eso no me lo ha dicho nadie! —exclamó.

—Pues alégrate de que te lo diga yo. El hombre que reconoce una falta, ya ha dado el primer paso para enmendarla, y a ti, respecto a las relaciones con sus semejantes, me parece que te falta mucho por aprender.

—¿Te tienes por el hombre que ha de enseñarme lo que, según tú, me falta por saber?

—Sí.

—*Maschallah!* Entonces debo atribuir a un milagro el haber venido por este camino desde Persia y haber tenido la suerte de tropezar contigo, hallando así oportunidad de reparar con tu ayuda las deficiencias de mi incompleta educación. Como es natural, me apresuro a aprovechar gustoso la ocasión que se me presenta y me sentaré a tu lado.

Ya doblaba las rodillas para sentarse junto a nosotros, según la costumbre oriental, cuando yo lo detuve diciendo:

—¡Alto! Eso sería un atentado contra las reglas de la urbanidad. ¿Te he invitado yo a que nos hagas compañía?

—No, pero espero que no te opondrás a que me quede, pues si no fuera así, faltarías tú a esa misma cortesía que yo debo aprender de ti.

—No te falta razón, pero no se suele invitar a las personas desconocidas. Nosotros estábamos aquí antes que tú. Luego, si quieres ser admitido entre nosotros, te corresponde decir quién y qué eres.

—¿Es decir que de ti sólo depende el que me quede o no?

—Naturalmente.

—Debes ser un poderoso prócer que sólo está acostumbrado a dictar órdenes. Pongo mi vida a tus pies y suplico que tengas la magnanimidad de permitirme estar aquí sin que me haga volar el potente hálito de tu boca. ¿Has oído alguna vez el nombre de Kassim Mirza?

—No.

—Entonces desconoces por completo los acontecimientos y situación de mi

patria. Yo soy ese famoso Kassim Mirza y me hallo en camino hacia Bagdad.

—¿Es decir, que eres un Sehahzahda?

—Sí.

La palabra Sehahzahda es un título que se concede a los hijos o parientes del *Sha* de Persia. Aquel hombre mentía, sin duda alguna. Ni era pariente del *Sha* ni siquiera enviado suyo. Me reservé esta opinión para mí solo, limitándome a hacer la siguiente observación:

—En este caso viajarás acompañado de numerosa escolta. ¿Dónde has dejado tus guerreros y servidores? ¿Dónde la comitiva que ha de defenderte?

—Yo también soy guerrero y hombre capaz de defenderse a sí mismo. Mi viaje debe quedar envuelto en el manto del misterio, pues se me han confiado asuntos de la más alta importancia y de los que nadie debe tener noticia. Por eso no más llevo dos acompañantes y he tomado un camino en el que no corro riesgo de ser reconocido.

—Mi alma, llena de la mayor y profunda veneración, se inclina hacia ti.

—¿Ahora lo comprendes? Pero me gusta la llaneza y no necesitas intimidarte ante la alteza de mi jerarquía.

—No pienso intimidarme. Bien seas el hijo de un monarca o un mendigo, me es completamente igual. Cuando hablé de veneración, no era esto debido a tu esclarecido nacimiento, sino a la gratitud por la confianza con que me honras.

—¿Confianza?

—Eres un príncipe y, al propio tiempo, un emisario del soberano de Persia. Esto no debe saberlo nadie y tu viaje debe permanecer rodeado del más impenetrable misterio. Sin necesidad, tú mismo acabas de descubrirme este misterio. La causa sólo puede ser el que tú seas un imprudente charlatán o que mi persona te ha inspirado tan viva simpatía que no has vacilado en abrirme tu corazón. Y como es de suponer que aquel a quien se confía misión tan importante, será hombre de discreción reconocida, no es de creer que sea la imprudencia, sino la simpatía lo que te ha hecho hablar, y de ahí mi gratitud.

A pesar del acento bonachón con que pronuncié estas palabras, el persa comprendió que había cometido una enorme falta y bien vi que hacía esfuerzos para dominar su turbación. Lo consiguió por fin, y, con tono ampuloso, dijo:

—Sí, declaro que me has gustado desde que te he visto, y sólo a esta repentina simpatía debes el saber lo que para todos debía quedar oculto. Ahora espero que estarás dispuesto a reconocer el inmenso honor que os dispenso con mi presencia. Conformes en esto, creo que podré sentarme.

—No tengo inconveniente, pero ¿dónde tienes tus servidores?

—No están lejos de aquí y pronto aparecerán. Oímos vuestro disparo y nos apresuramos a venir en vuestra ayuda, pues fácil es de comprender que quien dispara un tiro es que está en peligro.

Dio varias palmadas y momentos después aparecieron sus dos compañeros, a los que invitó a sentarse con las siguientes frases:

—Estos dos extranjeros me han rogado a mí, Kassim Mirza, que les permita pasar la noche en nuestra compañía, y yo no quiero afligirlos rechazando su petición. Sentaos a mis dos lados.

Los recién llegados obedecieron. El que repitiera su nombre y título era una nueva imprudencia que habría bastado para despertar mis sospechas, si de antemano no hubiera sabido a qué atenerme. Fue un medio para darles a entender por quién pretendía hacerse pasar, a fin de que no lo llamaran por su verdadero nombre.

CAPÍTULO 14

Reyerta

Mi pequeño Halef no había pronunciado aún ni una sola palabra. Lo conocía bastante, para saber que estaba disgustadísimo y dispuesto a aprovechar la primera ocasión para evidenciar su mal humor.

No tuvo que esperar mucho. El pretendido príncipe le dirigió la siguiente observación:

—Ya estáis enterados de quiénes somos y podéis suponer que también deseamos conocer vuestros nombres.

Sin darme tiempo para despegar los labios, se apresuró a decir Hachi:

—Puesto que eres un hijo del famoso monarca de Persia, conocerás todos los reinos y países del mundo.

—Los conozco —comentó el interpelado.

—¿También Australia?

—Sí.

—¿Y América?

—También.

—Pues sabe que soy el *Sha* de Ustrali; y este esclarecido personaje que nos escucha es nada menos que el gran sultán de Yangidunga.

El hombrecillo había tomado una actitud de suprema majestad. El persa abrió desmesuradamente los ojos y lo contempló de arriba abajo sin proferir una palabra. Francamente demostraba que no sabía qué pensar del buen Halef. Éste prosiguió con el mismo tono de suficiencia:

—También nosotros tenemos asuntos secretos que ventilar en Bagdad, y de tal importancia, que no hemos podido confiarlos a ningún emisario, embajador ni aun príncipe. Por eso hemos bajado temporalmente de nuestros áureos tronos y, tomando el ferrocarril, hemos cruzado el mar para llevar en persona nuestras cartas.

—¿Ferrocarril? —repitió el persa, que seguía sin saber a qué atenerse respecto a Halef—. No existe sobre el mar.

—¿Cómo que no? Nuestro poder es tan grande que no necesitamos preocuparnos de lo que exista o no. La estación que de vez en cuando necesitábamos, dispusimos que la cargaran sobre un coche de vapor y la llevábamos con nosotros. En cuanto queríamos detenernos y bajarnos, la armaban en un momento.

—¿Sobre las aguas del mar?

—Sí.

Se volvió hacia mí el persa y, con tono de compasión, me dijo:

—Permite que te diga que no te comprendo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No es prudente emprender un viaje en compañía de un hombre cuyo cerebro está habitado por la locura.

—¿Locura? ¿Qué te induce a tal pensamiento?

—Quien afirma que ha cruzado el mar en ferrocarril y llevando consigo la estación, no puede por menos de tener el juicio enfermo.

—Te equivocas. El juicio de mi amigo está quizá más sano que el tuyo.

—¿Pretendes afirmar que ha dicho la verdad?

—Afirmo que sabe perfectamente lo que se dice.

—¡Alá se compadezca de vosotros! No es él sólo quien está enfermo, sino que ambos estáis locos.

Sus ojos, inquietos, lanzaban miradas que iban de Halef a mí, queriendo descubrir lo que hubiera de cierto en nuestras palabras, pero esto duró poco, porque su atención fue atraída hacia otra parte. Nuestros caballos, que iban de mata en mata comiendo las hojas más tiernas, entraron por casualidad en la zona alumbrada por la hoguera. El persa los vio y, por lo visto, era un experto conocedor, porque se levantó de un salto y fue a examinarlos más de cerca.

—¿Qué es lo que veo? —exclamó—. ¿Dos insensatos pueden tener caballos como estos? Estos animales son inapreciables, no hay dinero con qué pagarlos. ¡Venid! Mirad esto, ni aún en las cuadras del *Sha* in Sehah pueden encontrarse mejores ejemplares.

La llamada fue dirigida a sus compañeros; éstos obedecieron. Los caballos fueron examinados por todos lados, mientras que los tres desconocidos conferenciaban en voz cada vez más baja. Simulamos no fijar la atención en esto ni en las singulares miradas que, de vez en cuando, nos lanzaban. Por fin volvieron a ocupar sus respectivos sitios; y el de los bigotes preguntó:

—¿Son propiedad vuestra esos caballos?

—Claro está —respondió Halef—. ¿Crees que los reyes viajan en caballos ajenos?

—¿De dónde proceden?

—De nuestras propias yeguas. En ellas abundan los ejemplares tan puros como éstos.

—Veo una balsa atada junto a la orilla, ¿es vuestra?

—Sí.

—¿No habéis venido a caballo?

—Sí.

—Pero, cuando se utiliza una balsa, no se monta a caballo.

—Eso te parece a ti, pero los soberanos de Australia y de América obran de otro modo. Hemos enganchado los caballos a la balsa, nos hemos puesto sobre la quilla y así hemos venido por el Tigris.

—¡Estás loco, loco de remate!

—Tú sí que lo estás. ¿Cómo podría yo gobernar Australia si careciera de razón?

—Esa es, precisamente, tu locura: que te figuras ser el *Sha* de Ustrali.

—Entonces repito que no estás menos loco que yo.

—¿Por qué?

—Porque también te figuras ser Kassim Mirza.

—Eso no es ilusión, sino realidad.

Halef se volvió hacia mí y, sacudiendo la cabeza, dijo:

—*Effendi*, ¿has creído posible que pasaran cosas semejantes? Este hombre nos trata de dementes cuando él debe estar en el último grado de la locura. Si no fuera así, ya habría comprendido por qué he dicho yo que no éramos reyes. Si él fuera príncipe, deberíamos ser nosotros, por lo menos, soberanos de toda una parte del mundo.

Sólo entonces, empezó a comprender el persa que había tomado en serio lo que no pasaba de ser una broma. Lanzó a Halef una furibunda mirada y le dijo:

—¿Es decir que tenías intención de burlarte de mí?

—Sí —fue la valiente respuesta.

La mano del Padre de las especias se dirigió a su cinturón, pero volvió a retirarla, diciendo en tono más sosegado:

—En realidad, debiera castigarte, pero me lo impide la idea de que quizás ignoras con quién tratas. ¿Sabes la diferencia que existe entre Kassim Mirza y Mirza Kassim?

Haré observar que la palabra Mirza, cuando va después del nombre, quiere decir príncipe; pero si precede al nombre, es un título honorífico que se concede a todo hombre ilustrado, como, por ejemplo, Mirza Sehaffz.

—La conozco —respondió Halef.

—No me llamo Mirza Kassim, sino Kassim Mirza. Por consiguiente, tenéis a un príncipe ante vosotros.

—Tú no te llamas Kassim Mirza, ni tampoco Mirza Kassim, y no tengo delante a un príncipe, ni siquiera a un hombre que tenga derecho a anteponer a su nombre el título de Mirza.

—¡Por Alá, que esto es una terrible ofensa! ¿Debo contestarla con la afilada hoja de mi puñal?

Y, en efecto, lo sacó de su faja. Halef contestó con mucha calma:

—Déjalo envainado, pues antes de que me rozaras con él, ya serías cadáver.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—¿No ves lo que mi compañero tiene en la mano? No habrías acabado de sacar tu puñal cuando ya tendrías una bala en tu cabeza.

Efectivamente, en cuanto el persa indicó por su ademán que se proponía desnudar el acero, empuñé yo mi revólver. El persa apartóse vivamente a un lado y dijo con tono de suficiencia:

—Ya veremos quién es más listo, si él o yo. Pero estoy dispuesto a perdonarte si me lo ruegas.

—¿Rogártelo yo? —exclamó Halef riendo—. ¿Has oído, *Effendi*? ¿Rogar yo,

Hachi Halef Ornar? ¿Ha existido jamás un hombre que no haya sido castigado después de haberme hecho semejante proposición?

—¿Que no haya sido castigado? —dijo el persa riendo a su vez—. ¿Quién eres tú, pues, para hablar de esa manera?

—¿Quién soy? Vas a oírlo y tu asombro no tendrá límites. Yo soy Hachi Halef Omar Abul Abbas Hachi Danmud al Gosarah.

—Tu nombre es tan largo como una serpiente que se mata con los pies. ¿No eres nada más?

—¿Pretendes ser un persa ilustrado y no sabes que quién lleva el nombre de Hachi Halef Omar es el jeque principal de los famosos Haddedihs?

—¡Ah! ¿Con que eres un Haddedihs, según tú, el jefe de esa tribu? Bueno, por mi parte, nada tengo que decir en contra. ¿Y tu compañero?

—Ese es mil veces más famoso que yo, es el valiente e invencible *Emir Kara Ben Nemsí Effendi*, terror de todos sus enemigos.

—¿Terror de sus enemigos? —preguntó el *Padar i Baharat* examinándome con mirada de desconfianza—. ¿Te llamas Ben Nemsí?

—Sí.

—¿Entonces procederás del país que lleva por nombre Alemania?

—Sí.

—¿Eres cristiano?

—Sí.

Se levantó de un salto y, escupiendo delante de mí, exclamó:

—¡Dios Poderoso! ¿Qué es lo que hemos hecho? Nos hemos sentado junto a una piltrafa infecta. ¡Alá os maldiga! Habéis emponzoñado el aire y nosotros...

No pudo terminar. Yo permanecí muy tranquilo, seguro de que Halef respondería por mí y no quería privarlo de este placer. No me equivoqué. Halef saltó como si le hubiera picado una víbora, llevó las manos a la cintura para desarrollar su látigo e interrumpió al insolente con tal violencia que no le permitió terminar la frase.

—¡Calla, sinvergüenza! ¿Sabes lo que dices? La procacidad de tus palabras puede costarte la vida. Si mi *Effendi* te empuja solamente con un dedo, ya puedes contarte con los muertos. Pero no es necesario que se moleste por tu causa, pues si persistes en tus insolencias, tendrás que habértelas...

Oyendo esto, el Padre de las especias retrocedió un paso, midió a su interlocutor con despreciativa mirada y, lanzando una carcajada, respondió:

—¿Qué dices? ¿Tú pretendes hacerme callar? ¿Realmente, crees que tu *Effendi* podría vencerme? Has de saber que no temo ni aun a veinte enemigos como vosotros. El que un enano como tú se atreva a proferir tales amenazas no pasa de ser una ridiculez que...

Tampoco pudo terminar la frase, pero esta vez fue por una razón mucho más contundente. Halef, que, por lo general, no dejaba impune ninguna ofensa, se ponía hecho una fiera cuando su exigua talla era objeto de alguna burla.

En estos casos, el castigo solía seguir al hecho con la rapidez del relámpago y así sucedió. Apenas salió de los labios del persa la palabra enano, el aludido hizo restallar el látigo de piel de hipopótamo y cruzó la cara de su enemigo con fuerza tal que éste retrocedió lanzando un aullido de dolor y a duras penas pudo conservar el equilibrio.

Con el rostro cubierto por las manos, vaciló de un lado a otro sin conciencia de lo que hacía. Sus dos compañeros se levantaron con rapidez y sacaron los cuchillos. Halef permanecía con el látigo en el aire y los ojos echando chispas y, por último, yo también me había levantado para ayudar, como es natural, a mi valiente compañero.

Así permanecimos unos momentos, los unos frente a los otros, sin pronunciar una palabra, hasta que el jefe de los contrarios dejó caer las manos. Sobre la hinchazón producida por el latigazo que le cruzaba la cara brillaban dos fosforescentes ojos que, con indecible expresión de cólera fueron a posarse sobre Halef.

Levantó los brazos, agitáronse convulsivamente sus manos, e incapaz de contener su rabias por más tiempo, dio un salto para lanzarse sobre Halef. Éste, ágil como un felino, evitó la acometida y, sin dejarle tiempo para reponerse, le aplicó un fuerte golpe en la mano con el mango del látigo que lo derribó al suelo. Apenas cayó, el intrépido jeque saltó sobre él y le oprimió la garganta entre sus manos.

Todo sucedió en mucho menos tiempo del que se emplea para contarlo, tan rápida fue la acción que los dos persas no encontraron ocasión para prestar ayuda a su jefe. Por fin se determinaron a hacerlo e intentaron coger a Halef por detrás, pero yo dejé tendido a uno con mi acostumbrado puñetazo en la sien y al otro lo cogí por la garganta de modo que, aun cuando intentó gritar, sólo dejó oír un ronco gruñido.

Sujetándolo con una mano, con la otra le saqué las pistolas y el cuchillo, que tiré al agua, después lo arrojé al suelo, donde quedó inmóvil. Oí la voz de Halef que me llamaba diciendo:

—¡*Sidi*, ven aquí! Tú ya estás listo con ese tunante, pero éste me da mucho que hacer. Se empeña en levantarse.

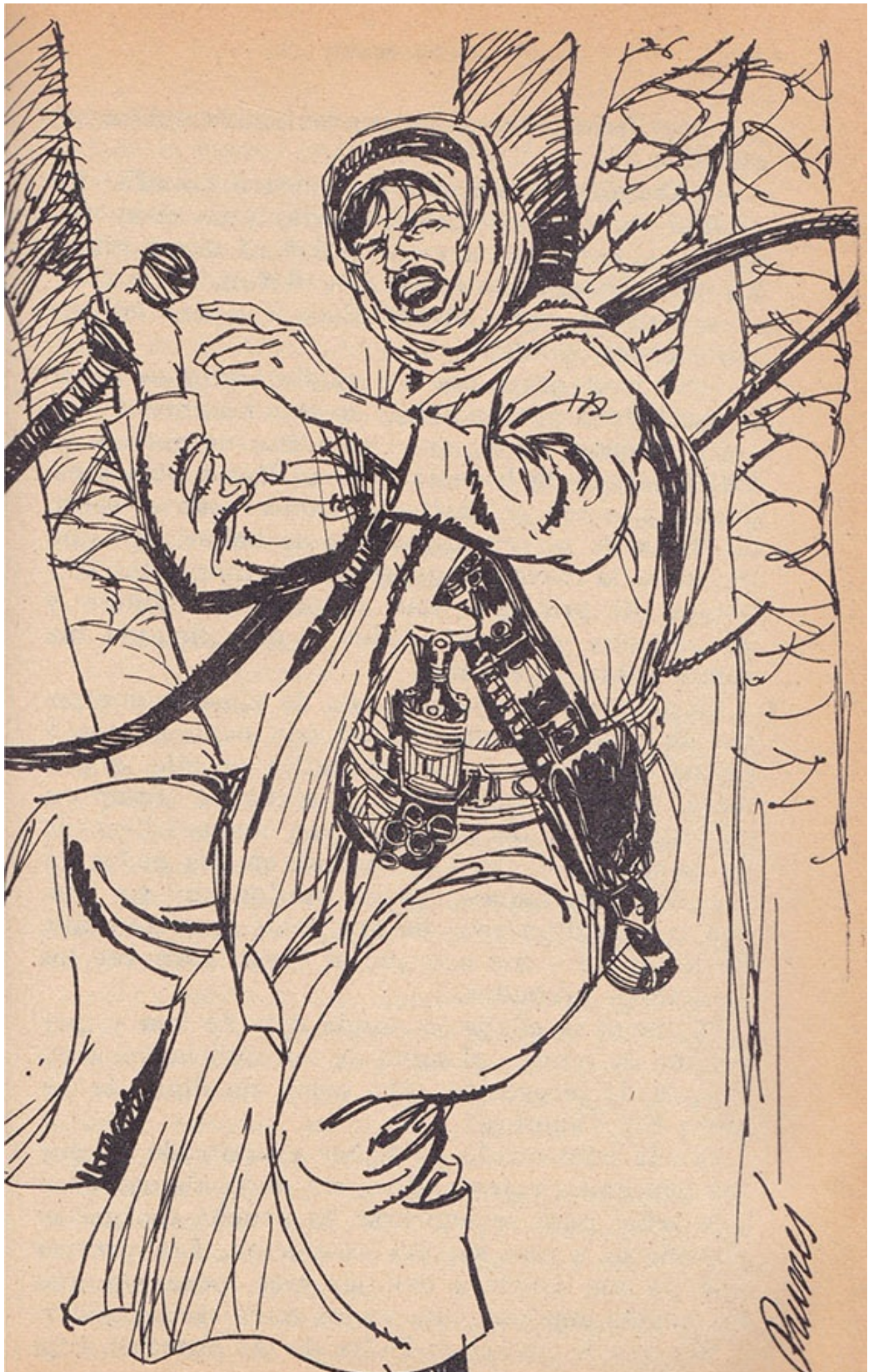
—Ve a buscar cuerdas a la balsa, los ataremos.

Mientras yo sujetaba al vencido, Halef siguió mi indicación y poco después los teníamos a todos atados de pies y manos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Halef—. ¿Era indispensable atar a esta gente?

—Sí.

—¿No habría sido más conveniente cambiar de sitio?



—¿Abandonar el teatro de nuestro triunfo? De ningún modo. Necesitamos dormir y no estoy dispuesto a conceder a estos pillos ni cinco minutos más. Veamos antes lo que llevan.

—¿Quieres coger botín? Eso no entra en tus costumbres, *Sidi*.

—No, pero quizá por ese medio logremos saber la verdadera personalidad de ese hombre.

Otra razón tenía, que no quise comunicar a Halef porque la hubiera oído el Padre de las especias, que era el único que conservaba el sentido. Tenía la secreta esperanza de hallar algo que me diera la clave del misterio que unía a los tres persas. Al principio sólo encontramos dinero y los cálculos ya mencionados y que ninguna luz daban sobre el asunto.

Llevaba varias sortijas, una de ellas se componía de una planchita de oro con ocho puntas y varios caracteres árabes grabados en ella. A primera vista no me llamó la atención. Tampoco encontré nada de particular en los bolsillos de los subalternos; pero al fijarme en sus dedos, vi que llevaban ambos iguales anillos que su jefe, con la sola diferencia de que éstos eran de plata. Se los quité y me acerqué al fuego para ver los caracteres grabados.

Distinguí la sílaba *sa*, unida a la de *lam* y, por encima de ambas, el signo de multiplicación. Esta especie de jeroglífico daba como resultado la palabra *Sill*^[35].

Quedé convencido de haber encontrado lo que iba buscando; estos anillos, sin duda alguna, eran una señal para reconocerse, la prueba de que se pertenecía a una secreta asociación. Era preciso que yo me quedara con las tres, pero sin que los persas supieran que yo las tenía en mi poder.

Sin que lo notara el Padre de las especias, cogí tres piedrecitas del suelo y me las puse en el hueco de la mano, diciendo a Halef en voz alta:

—He aquí dos sortijas muy singulares, voy a ver si la tercera es parecida.

Mientras decía esto, quité el anillo de oro de la mano del *Padar i Baharat*, que inútilmente trató de evitarlo. La contemplé brevemente como si fuera mi intención leer la palabra grabada y dije a mi compañero por vía de explicación:

—Mi querido Halef, éstos deben ser anillos mágicos que proceden de la época de Harun al Raschid. Nuestras doctrinas cristianas condenan la magia y haré una acción meritoria arrojando al agua estas sortijas de pecado.

El persa exclamó furioso:

—¡Estas sortijas nos pertenecen a nosotros y no a ti! ¡Dámelas!

—Tu reclamación es inútil —exclamé—. Considero un deber el alejarnos de la magia que os conduciría a la perdición. Las sortijas caerán al fondo de ese río, de donde ningún poder humano podrá sacarlas. Atención, uno... dos... tres...

Al pronunciar cada uno de estos números arrojé al agua una de las piedrecitas. El persa las oyó caer y, seguro de que habían sido las sortijas, me dijo con tono de burla,

después de caer la última:

—No creas que has obtenido un triunfo al cometer ese robo. Existen más sortijas de éstas de lo que tú crees y muy pronto tendremos otras en nuestro poder. En cuanto a vosotros, ya ajustaremos cuentas, os lo juro por Alí, que es el más grande de los Profetas.

Mientras que yo me guardaba los anillos sin ser observado, Halef, que había pertenecido antes a la secta sunita y apreciaba muy poco a Alí, se apresuró a contestar:

—Calla tú y no nombres a ese Califa. Su cabeza era calva, su barba parecía una maraña de algodón blanco y el vientre le alcanzaba hasta las rodillas, pues era el mayor tragón que ha existido desde que el mundo es mundo, y si vosotros, los sehitas, pretendéis que su carácter sagrado proviene de su amor y fidelidad a Fátima, la hija del gran Profeta, te diré que los sunitas estamos mejor informados y que su adorada Fátima hubiera vivido mucho más si no hubiese muerto de los disgustos que le dio él por sus amoríos con otras ocho esposas y veinte esclavas...

—¡Alá maldiga tu mala lengua! ¡Cómo llegues a caer en mis manos te la arrancaré de la boca!

Durante este tiempo, los dos subalternos habían recobrado el conocimiento, pero se mantenían inmóviles. Para poder dormir tranquilos era menester que estuviéramos bien seguros respecto a los prisioneros. Por consiguiente, los atamos cada uno a un matorral, lo bastante separados uno de otro para que no pudieran prestarse ayuda.

Nosotros y nuestros caballos nos apartamos un buen trecho del agua para que si, por una circunstancia imprevista, lograban desatarse, tuvieran que buscar largo rato antes de dar con nosotros. Sus armas, excepto las que arrojé al agua, como es natural, las llevé conmigo.

CAPÍTULO 15

Continuamos la marcha

Una vez nos hubimos alejado de los prisioneros y encontramos un lugar a propósito, nos echamos en el suelo y nuestros caballos nos imitaron. Apenas había yo terminado de murmurar el sura a la oreja del mío, me preguntó Halef:

—*Sidi*, tú guardas un secreto. ¿No quieres comunicármelo?

—¿A qué secreto te refieres?

—Después de tirar los tres anillos, te guardaste algo ocultamente. ¿Qué era?

—Eran las tres sortijas.

—Mal puedes guardártelas después de haberlas arrojado al agua.

—Es que no las he arrojado.

—¿Cómo que no? Yo mismo las oí caer.

—Eran piedrecillas.

—¿Cómo? ¿Y a qué conduce ese engaño?

—El engaño no va contigo, sino con los persas. Ese hombre y sus dos compañeros pertenecen a alguna sociedad secreta y los anillos son la contraseña de la asociación. ¿Quién sabe la extensión que tendrá ésta? Puede ser que sus ramificaciones se extiendan por toda Persia. ¿Comprendes ahora?

—Creo penetrar tu intención. Estás en todo y sabes como nadie aprovechar las ocasiones y dar a éstas un giro favorable para nosotros. Conocemos la contraseña de la sociedad y eso podrá servirnos de mucho en Persia.

—No es tan importante conocer la contraseña como tenerla en nuestro poder. Con ayuda de estos anillos, si la ocasión lo exige, podremos hacernos pasar por *Sillan*.

—¿*Sillan*? ¿Qué quiere decir eso?

—El nombre que llevan los miembros de la sociedad. En singular es *Sill*. Esa palabra, sombra, indica los adeptos de una sociedad secreta que, seguramente, será ilegal, puesto que teme la luz del sol. Los miembros vulgares llevan sortijas de plata y los jefes de oro. Si no me equivoco, el jefe supremo de la sociedad llevará el título de *Emir-i-Sillan*^[36].

—*Sidi*, se me ocurre una idea. ¿Se tratará acaso de la secta de los *badis*?

—Es posible. No quiero decir que los *badis* y los *sillan* signifiquen lo mismo, pero no me parece improbable que los últimos pertenezcan a los primeros. ¿Estás bien enterado de lo que son los *badis* y de lo que quieren?

—Muy imperfectamente; sólo he oído decir que son los más temibles enemigos del *Sha* y que éste los persigue sin piedad, pero desconozco los motivos. ¿Puedes explicármelos, *Effendi*?

—Sí, el fundador de esta secta fue el joven Alí Mohammed de Schiras, quien

tomó el nombre de *Bab*^[37], pues enseña que sólo pasando por él se puede llegar hasta Dios. Sus adeptos creen que el *Bab* está situado más alto que el mismo Mahoma, que en el mundo no existe la maldad ni los pecados y, por consiguiente, la oración no es necesaria. Prohíbe a las mujeres cubrirse con los tradicionales velos y a los hombres no les tolera más que una esposa. Estas teorías producen una verdadera revolución en las doctrinas de los sehtas y sunitas. El gobierno occidental lo consideró como enemigo, pues pretendió establecer un consejo de grandes sacerdotes a cuyo poder tuviera que sujetarse el mismo soberano.

—¡Eso nunca lo aceptará el *Sha*!

—Justamente. Nassr-eddin dictó órdenes muy severas contra ellos que se transformaron en implacable persecución, después que unos cuantos *babs* cometieron un atentado contra la vida del monarca. Todos los adeptos de la secta que fueron cogidos y reconocidos como tales, expiraron entre las más atroces torturas. Algunos renegaron de sus creencias, otros tuvieron que expatriarse. Pero, en secreto, esta secta cuenta miles y miles de creyentes que están constantemente en contacto y se protegen unos a otros. Esos fanáticos están dispuestos a todos los sacrificios cuando se trata de su fe y tampoco retroceden en cometer por ella cualquier delito, por terrible o repugnante que sea. Desde luego, hombres que niegan la existencia del pecado no pueden apreciar el sentido que damos a la palabra delito.

—Precisamente ese aspecto tiene el condenado persa a quien he cruzado la cara con mi látigo.

—Soy de la misma opinión. Estoy tan seguro de que los *babs* han de dar aún mucho que hacer al gobierno persa, como de que también será muy peligroso para nosotros este individuo a quien has castigado, si llega el caso de que vuelva a cruzarse en nuestro camino.

—¿Quieres dar a entender que hubiera sido mucho mejor que no lo hubiera castigado?

—No vale la pena de que nos rompamos la cabeza sobre eso. Está hecho y no se puede remediar. Sólo he de rogarte que, en lo sucesivo, me consultes antes de usar el látigo.

—¡*Sidi*! Eso no es posible. ¿Qué pensarán de mí aquellos mismos a quienes quiera golpear si vieran que, antes de hacerlo, tengo que solicitar tu permiso? Sería dar un golpe mortal a la consideración y respeto que todo el mundo debe tributar al famoso Hachi Halef Omar.

—No necesitas preguntármelo de modo que todos lo oigan. Basta que me interrogues con una mirada. Yo te contestaré con otra.

—Pero ¿comprenderás esa mirada? Yo no estoy seguro de poder diferenciar la mirada de la paliza de las otras miradas.

—Yo sí, puedes contar con ello.

—Y dime ¿conservarás en tu poder los tres anillos?

—No, te daré uno de ellos, pero no te lo pongas antes de que nos separemos de

los persas. Éstos deben ignorar que tenemos sus sortijas.

—Ya estoy contento. ¡Gracias sean dadas a Alá de que hayas venido a buscarme! En el último tiempo mi vida se deslizaba como un nido lleno de huevos.

—¡Vaya una comparación!

—No tiene nada de particular. Del mismo modo que en un nido un huevo es igual a otro, así los días de mi existencia corrían sin diferenciarse en lo más mínimo. Yo estaba sediento de aventuras, pero no encontraba ocasión propicia y, si se presentaba por casualidad alguna oportunidad, me negaban el permiso.

—¡Vaya! ¿Necesitabas pedir permiso?

—No estaba obligado a ello, pero lo hacía, sin embargo, convencido de que la paz en el interior de las tiendas es tan necesaria como la paz entre los pueblos. ¿Acaso no solicitas tú el permiso de tu Dschanneh cuando alguna aventura te aleja temporalmente de su grata compañía?

—En mi patria no existen las aventuras tal y como tú las entiendes.

—Entonces compadezco a los habitantes de tu oasis. Comprendo así tu afición a recorrer países remotos y yo soy el primero en felicitarme por ello, pues, apenas emprendido nuestro viaje, ya hemos capturado a tres sehitas, conquistado tres misteriosos anillos y aplicado dos soberbios latigazos. Siento que renace en mí la fuerza de la virilidad, en mi corazón despierta el valor y en sueños entreveo la victoria final que nos espera.

—Te concedo todo eso, querido Halef, y, puesto que para soñar se necesita dormir y tú disfrutas tanto con las perspectivas de nuestro futuro triunfo, nada puedes hacer mejor que entregarte al descanso. Buenas noches.

—¿Ya? ¡Oh, *Sidi*! De buena gana seguiría departiendo contigo. Mi Hanneh...

—Es la mejor de todas las mujeres y deseo que sueñes con ella. Así, pues, duerme —le dije yo completando su frase.

—... y Kara Ben Halef...

—Es el mejor de los hijos. Puede que su imagen acompañe tus sueños. ¡Ea! A dormir.

—Bien está. Te obedezco. Te has convertido en un verdadero tirano. ¿Es que tu Dschanneh...?

—Desea que yo duerma lo necesario cada día. Repito que buenas noches.

—*Sidi*, no estoy conforme con esta orden. Sin embargo, la obedeceré. Muchas, muchísimas cosas tendría que contarte, pero ya que no quieres, me limitaré a decirte buenas noches.

Dio media vuelta y sus esfuerzos para dormirse no fueron vanos, pues poco después su ruidosa y regular respiración me indicó que había caído en brazos de ese benéfico dios que nosotros llamamos Morfeo y que los beduinos designan con el nombre de Nohm.

Pronto me acogió en su seno la misma divinidad y, al despertarme por la mañana, ya estaba completamente claro. Desperté a Halef, que dormía aún, dimos de beber a

los caballos y después visitamos a los prisioneros.

Éstos habían hecho todo lo posible para soltarse, pero sin conseguirlo. ¡Qué aspecto tenía el Padre de las especias! Los surcos de los latigazos, después de hincharse, se habían reventado. Las heridas debían causarle violentos dolores y diré con franqueza que lo compadecí. Más tarde, cuando tuve ocasión de conocerlo mejor, comprendí que mi compasión había sido superflua.

Sus ojos estaban inyectados de sangre y, con voz enronquecida, me dijo en cuanto me vio:

—¡Perro! ¡Desátame! Tenemos que marcharnos.

Yo dejé pasar el insulto en silencio, pero Halef respondió por mí:

—Si tratas de ese modo a mi *Effendi*, os dejaremos aquí a todos hasta que os pudráis.

—¡Nada os hemos hecho!

—Alá no debe serte propicio, puesto que te ha concedido tan mala memoria.

—La causa de todo lo que dije es que vosotros me irritasteis. Si no os hubierais burlado de mí, pretendiendo ser el sultán de Yangi y el *Sha* de Ustrali...

—Era la única respuesta que merecía tu pretensión de pasar por Kassim Mirza.

—Así me llamo, en efecto.

—¡Bah!

—Demostradme que es otro mi nombre.

—No te pongas en ridículo.

—Cuando nos volvamos a encontrar, no me encontrarás ridículo.

—¿Nos amenazas? Bueno, pues no te soltamos.

Halef se sentó junto a mí, disponiéndose a almorzar. Entonces el persa cambió de tono. Dijo que estaba dispuesto a considerar todo lo sucedido como si no hubiera pasado, pero que le soltáramos, porque tenía necesidad de marchar sin pérdida de momento. Su cólera, indudablemente, había llegado a su grado máximo y cuando, a pesar de ello, lograba dominarla, muy urgentes debían ser los motivos que lo impelían a continuar el viaje.

Dejé a cargo de Halef el parlamentar con él y éste le dio cuenta de su ultimátum en los siguientes términos:

—Nos has mentido, insultado y ofendido y nosotros te hemos demostrado que no somos hombres que dejan pasar impunes tales afrentas. Os hemos atado y sólo os quitaremos las ligaduras cuando retires todas las palabras ofensivas que has pronunciado.

—Quedan retiradas.

—Y nos pidas perdón.

—Os pido que nos perdonéis.

—Y te comprometas a no volverlo a hacer más.

—¡Alá te abraze vivo! ¡No exijas demasiado de mí!

—Como quieras. Entonces no te soltaré.

—¡Por las barbas de mis antepasados! ¡Eres el hombre más cruel que he conocido!

—Mi corazón es suave y blando como manteca derretida, siempre que se haga lo que yo quiero.

—¡Alá me fortalezca! Haré lo que tú quieras, lo que me pidas.

—¿El qué?

—Prometo no volver a ofenderos.

—Perfectamente. En ese caso os soltaremos.

—Pero en seguida.

—Cuándo y cómo tendrá eso lugar, depende en absoluto del famoso *Emir Kara Ben Nemsi Effendi*, aquí presente...

—Tú has dicho que eres jeque; a ti te corresponde decidir.

—Este *Effendi* es un jeque mucho más poderoso que yo. Sus caballos se cuentan por cientos, sus camellos por miles, y su harén está henchido de bellezas que se disputan el honor de prepararle el *pillav* y el asado de cordero. Dirígete, pues, a él.

Esto era demasiado para el persa. Permaneció callado. Yo, terminado el desayuno, me ocupé en descargar las armas de fuego de los enemigos, los fusiles tuvo que ir a buscarlos Halef al sitio que antes estuvieron los persas. Las bolsas de municiones las arrojé al agua.

—¡Qué lástima! —exclamó el jefe al verlo—. ¿Por qué inutilizáis la única pólvora que nos queda?

Tampoco le contesté. Ya podía comprender que lo hacía así por prudencia. Debía quitar a aquella gente la posibilidad de disparar sobre nosotros cuando se les presentara ocasión propicia. De lo contrario estaríamos nosotros en peligro tan pronto como ellos se vieran en libertad.

Terminada de ejecutar esta medida de seguridad, trasladamos los caballos a la balsa, a la que subí después de dar orden a Halef de soltar al prisionero que llevaba el nombre de Aftak. Éste era el mismo cuyo cuchillo y pistolas había arrojado yo al agua. El pequeño Halef se dirigió a él diciendo:

—Ya has visto que tengo orden de desatarte. En realidad no lo mereces, pero somos misericordiosos y os dejaremos en libertad. Entonces podrás tú, a tu vez, soltar a tus dignos compañeros, pero no lo intentes mientras estemos a la vista. Si lo hicieres te meteré una bala en los sesos; ¿has oído?

—Sí —respondió el persa haciendo un signo de afirmación.

—Y si tu amo se queja de que el delicado cutis de su rostro le pica más que de ordinario, frótale con sal y pimienta las dos carreteras que he abierto a través de su noble semblante, para que aumente su bienestar y una deliciosa sensación embargue su cuerpo y alma.

El *Padar i Baharat*, que oyó estas frases, esperó hasta que Halef se reunió conmigo en la balsa y, entonces, desahogó su furia con estas palabras pronunciadas en tono iracundo:

—¡Id al infierno, criminales adeptos de la magia! ¡Ladrones que nos habéis robado nuestras sortijas! Guardaos de volver a tropezar conmigo. El día que mis ojos os vean por segunda vez, será el último de vuestra existencia. Mis balas os abrirán la puerta que conduce al infierno y allí pagaréis los latigazos con eternas torturas.

No me digné contestar ni una sola palabra, pero Halef, cuya verbosidad y elocuencia son de todos conocidas, le replicó:

—Nos amenazas con volvernos a encontrar, pero yo me alegraré mucho de ello, pues desde que te medí el rostro, me quedé con la pena de no haber abierto en él otro par de sendas para camellos, ya que sitio no falta. En cuanto Alá cruce tu camino con el nuestro, no dejaré de hacerlo, aumentando con otro par de latigazos el grato recuerdo que me ha dejado esta noche. Hasta entonces piensa con frecuencia en nosotros, que somos los más fieles amigos y sinceros admiradores del ilustre príncipe Kassim Mirza.

CAPÍTULO 16

Dos pasajeros

Durante esta arenga, la balsa, libre de sus ligaduras, se había separado de la orilla y, ayudada por los remos, bajaba la corriente del Tigris. Hasta que nos alejamos de aquellos parajes, tuvimos que oír los denuestos del persa. Por el momento, su furia era impotente, más tarde podría ser muy peligroso un nuevo encuentro con tan temible sujeto. Al hacer a Halef una observación relativa a esto, respondió:

—¿Crees posible que lo volvamos a encontrar?

—No sólo posible, sino muy probable.

—¿Por qué?

—Porque también él va a Bagdad.

—Llegarán después que nosotros.

—No lo creo. Su balsa es más pequeña que la nuestra y tienen seis brazos para remar, es decir, dos más que nosotros. Es de presumir que hoy mismo nos alcanzarán.

—En verdad que eso no es muy satisfactorio para nosotros, porque si nos pasan, podrán esperarnos en Bagdad y vigilar nuestra llegada sin que nos demos cuenta de ello. Si nos siguen, caeremos en sus manos.

—Ya ves lo muy prudentes que tenemos que ser, pero no sólo en Bagdad, sino antes de llegar allí, pues estoy seguro de que hoy mismo ya nos espían. No se trata de nosotros solos, sino de nuestros caballos.

—¿Quieres decir que intentarán robarlos?

—¿No es muy posible? Ya viste lo muchísimo que le gustaron al pretendido Kassim Mirza. Si sus deseos de venganza lo impulsan a destruirnos, no dejará de satisfacer al propio tiempo su avaricia quedándose con tan hermosos animales. Si se vengan de nosotros y se apropian los caballos, habrán conseguido ganar el juego por partida doble. Desde luego, se comprende que un plan semejante puede ponerse en práctica más fácilmente por el camino que en la misma ciudad, y por eso tenemos fundados motivos para obrar aún con más cautela hoy que mañana.

—Según eso, ¿supones que mañana llegaremos a Bagdad?

—Mañana al mediodía, a menos que nos detenga algún accidente imprevisto. Hoy pasaremos por sitios más frecuentados que ayer, y eso es síntoma de que nos aproximamos a la ciudad de los Califas.

Cuanto había supuesto se realizó. Poco después del mediodía, casi habíamos alcanzado la aldea de Syndijeh, cuando nos dimos cuenta de que los persas venían detrás de nosotros.

Su balsa avanzaba con más velocidad que a nuestra. El Padre de las especias estaba sentado al borde de la fluvial embarcación y con frecuencia metía las manos

en el agua para calmar con ella el ardor de su macerado rostro. Un cuarto de hora después pasaron por nuestro lado.

El jefe nos enseñó los puños, gritando:

—Si no nos hubierais robado la pólvora, ya estaríais muertos. Pero aun cuando hoy os escapéis, juro por Hassan y Hussein que queda abierta para vosotros la puerta de la perdición.

Halef no pudo tolerar que esta amenaza quedara sin réplica y respondió:

—Tus frases nos causan risa. Aunque tuvierais cien toneladas de pólvora, no os temeríamos. ¿Acaso te haces la ilusión de que eres el único que sabe tirar? También llevamos armas.

—¿Ha existido jamás un *yaur* o un hijo maldito de perro que sepa tirar? —contestó el persa burlándose—. Dentro de poco tiempo vuestros hijos serán huérfanos y vuestras esposas viudas. ¡Alá maldiga a ellos y a vosotros!

¿Hanneh viuda, Kara Ben Halef huérfano y ambos maldecidos por Alá? Esto causó al pequeño Halef tan violenta agitación que su voz desarrolló toda su potencia para sobreponerse a las amenazas del enemigo.

—¡Silencio! ¡Por tu boca habla la insensatez y la ignorancia mueve tu lengua! Si dejáramos hablar a nuestras carabinas, vuestros padres, abuelos y todos vuestros antepasados quedarían huérfanos, mientras que vuestros hijos, nietos y descendientes quedarían viudos, vuestros parientes morirían y todos vuestros nietos y conocidos serían reducidos a polvo, vuestras ciudades y aldeas serían desiertas, toda Persia se convertiría en un campo de batalla en que las viudas y los huérfanos llorarían por sus vencidos y gemirían por los que habríamos matado. Por el cauce de los ríos correrían los torrentes de vuestra sangre hacia el mar y por el aire revolotearían vuestras almas tan numerosas como los átomos que...

Se interrumpió bruscamente y, volviéndose hacia mí, dijo en voz natural:

—¡Qué lástima, *Effendi*! Verdaderamente es una lástima.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya no pueden oírme; por desgracia están demasiado lejos.

—Entonces haz guardar silencio a tu boca.

—¿Silencio? ¿Crees que no tengo nada que decirte? Piensa que quieren hacer de mí el difunto esposo de mi viuda y el desaparecido padre de mi hijo. Esto no puedo ni debo tolerarlo. Bien sabes que no temo a la muerte ni jamás me he asustado de ella, pero no puedo aceptar el reproche de que, al morir, voy a transformar a Hanneh, a la mujer que no admite comparación con las demás mujeres, exceptuando a tu Dschanneh, en una triste viuda. Esto debes comprenderlo sin necesidad de que yo te lo diga.

El irascible e impulsivo Halef debía avergonzarse de las barbaridades y absurdos que la cólera le había hecho decir. En tales momentos sus ideas se convertían en un intrincado laberinto. Después de coger el remo aún gruñó largo rato para sí; decididamente, la tempestad que levantaron los huérfanos y las viudas era difícil de

calmar.

Pasamos frente a la aldea de Syndijeh y vimos que los persas no se habían detenido en ella, ni tampoco en Saadijeh. Por la tarde, cuando alcanzamos Mansurijeh, vimos que en la orilla estaban un hombre y una mujer que, ya desde lejos, nos hacían señas para que nos detuviéramos.

—*Sidi*, éstos quieren ir con nosotros —me dijo Halef—. ¿Tienen derecho para exigir que aceptemos semejante carga?

—No trates de engañarte a ti mismo —le respondí—, tu buen corazón ya les ha concedido el pasaje gratis. Te conozco a fondo.

—Sí, *Effendi*, ya veo que conoces bien a tu fiel Halef. No puede rechazarse el ruego de gente que es tan pobre que ni siquiera posee unas pieles de cabra para hacer una balsa. Seguramente querrán ir a Bagdad. Un hombre puede ir de cualquier modo, pero no puede imponerse esa fatiga a los delicados pies de una mujer. ¿Nos acercamos a la orilla?

—Sí —contesté, aun cuando mi opinión era muy distinta respecto a la delicadeza de los pies de las mujeres en aquella localidad.

Al remar lentamente con dirección a la orilla pudimos convencernos de que habíamos supuesto la verdad. El hombre nos suplicaba que lo dejáramos subir con su esposa. Nada podía darnos, pero su gratitud se traduciría en oraciones por nosotros.

—Hace poco más de una hora pasó por aquí una balsa con tres hombres —añadió—. Le hicimos el mismo ruego, pero siguieron adelante llamándonos malditos sunitas. ¡Alá destruya a los adeptos de falsas doctrinas!

Al tocar nuestra balsa en la orilla subió a ella la pareja y volvimos al centro de la corriente. Los delicados pies de la mujer eran mayores que los del hombre, circunstancia que se observa con frecuencia entre las tribus beduinas, donde el hombre casi siempre monta a caballo.

El matrimonio no llevaba más equipaje que unas escasas provisiones envueltas en un trapo. El hombre no tenía armas. A primera vista no causaba mala impresión, y fueron a sentarse humildemente en la parte trasera de la balsa. Como yo remaba muy cerca de ellos, pude observarlos sin llamar la atención.

Con no poca sorpresa por mi parte descubrí en los dedos del hombre una sortija igual a las tres que tenía en mi poder y, naturalmente, en seguida ya supe a qué atenerme.

—¿Qué opinas de esta gente?

Para que mis palabras no fueran entendidas si acaso llegaban a oídos de los desconocidos, me serví del árabe del Moghreb, que Halef, como originario de aquella comarca, hablaba perfectamente. Me respondió en el mismo dialecto.

—Son unos infelices que, aparte del favor que les hemos hecho, no merecen fijar nuestra atención; pero, ¿por qué me hablas en mi dialecto natal?

—Para que no nos entiendan. Estas dos personas no deben sernos tan indiferentes como tú te figuras. Llevan malas intenciones contra nosotros.

—¿De veras? ¿Malas intenciones?

—No te vuelvas ni los mires. Domina tu sorpresa. No convienen que sepan de lo que estamos hablando. Se proponen nada menos que entregarnos a los persas.

—*Maschallah!* ¿Tienes alguna razón en que fundar tus suposiciones?

—No sólo supongo, sino que afirmo que tienen esas intenciones. El hombre lleva en el dedo una sortija igual a la de los otros.

—¿No será diferente?

—No. Suerte que aún llevo las tres en el bolsillo y no te he dado ninguna. Si te la llevo a entregar estoy seguro de que te la habrías puesto.

—Sí, no hubiera dejado de hacerlo, *Sidi*.

—Probablemente la habría visto esa gente y se hubiese descubierto que no las tiramos al agua. Desde ahora te digo que no nos las pondremos.

—Pero ¿tú opinas que han hablado con los persas?

—Sí.

—Entonces deben conocerlos.

—Sin duda. El Padre de las especias debe desempeñar un elevado cargo dentro de la tenebrosa asociación, y, probablemente, conoce a todos los miembros de la comarca en que tiene que operar.

—Yo creí que no existían *Sillan* más que en Persia.

—Yo no. Recuerdo que entre las suposiciones que hicimos ayer aludimos a una probable inteligencia entre los *Babs* y los *Sillan*. Como estos últimos, a consecuencia del atentado, fueron tan activamente perseguidos, miles de ellos, bajo Mirza Yahja, emigraron y trasladaron a Bagdad su principal centro de acción. Desde aquella época pueden encontrarse numerosos adeptos por estas comarcas, aun cuando no lo declaren públicamente. Y si es cierto que existe algún lazo de unión entre éstos y los *Sillan*, no debemos sorprendernos de haber tropezado aquí con un *Sill*. El persa lo conoce y lo habrá buscado en la aldea para darle sus instrucciones contra nosotros.

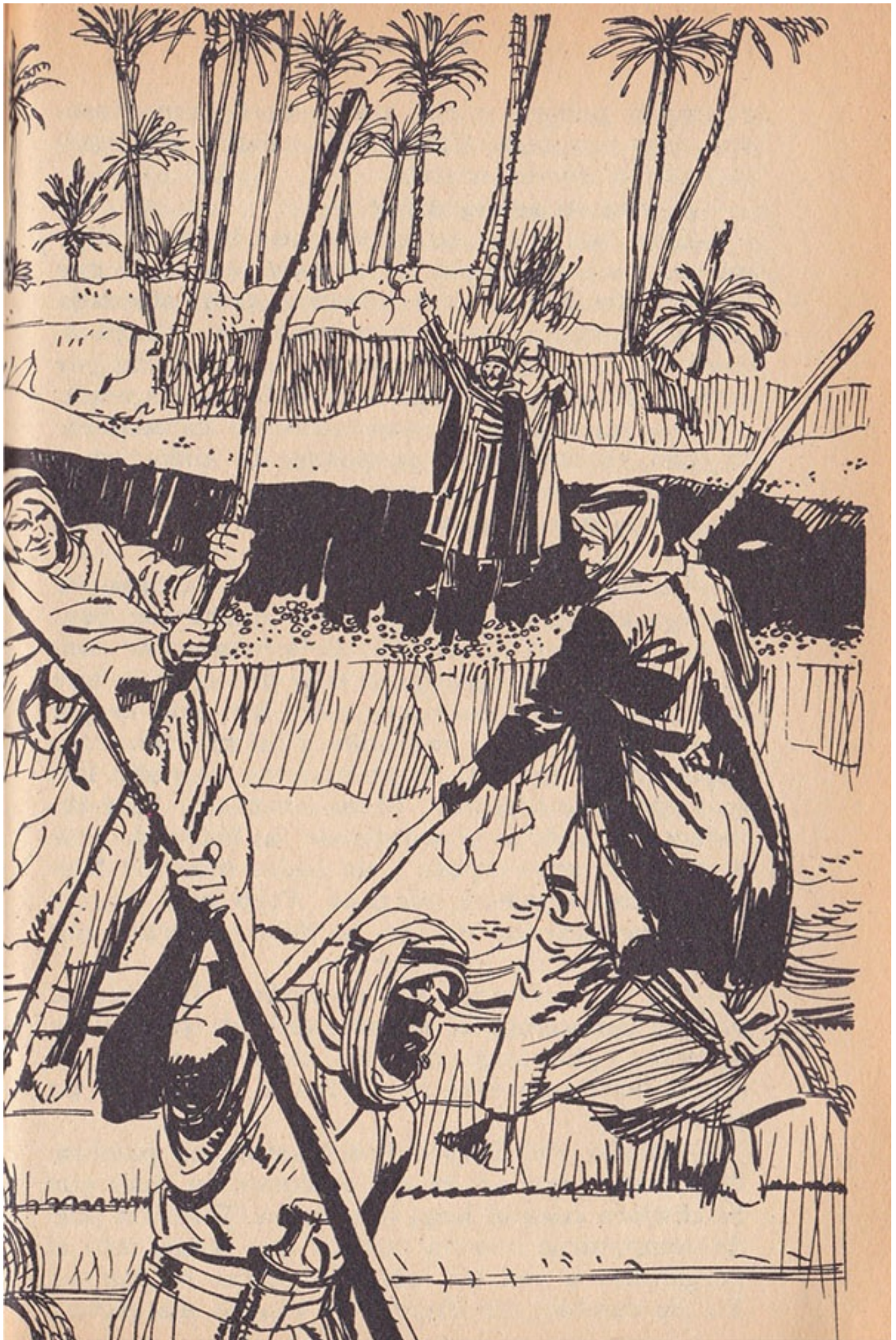
—¿Cuáles podrán ser éstas?

—Ya las averiguaremos. Debemos, ante todo, felicitarnos de que el Padre de las especias haya cometido un descuido, sin el que seguramente hubiéramos caído en la trampa que se nos prepara. Debió advertir a ese hombre que se quitara la sortija, pues nosotros las conocíamos y los teníamos por mágicos amuletos.

—Tienes razón, *Sidi*, mucha razón. Ese olvido nos pone sobre aviso y nos guardaremos bien de ir adonde nos quieran llevar.

—En ese caso no estamos conformes, yo creo que deberíamos ir.

—¿Qué dices, *Effendi*? Hasta ahora te había creído incapaz de cometer una imprudencia.



—Me alegra oírte decir eso, querido Halef, y esas palabras son un timbre de honor para tu previsión. Pero justamente es la prudencia la que me aconseja que simule caer en el engaño. Cuando se sabe dónde se oculta el enemigo y dónde se va a efectuar la agresión, se tiene conseguida la mitad del triunfo. Si nos escapamos y corremos a Bagdad, no estaremos enterados de dónde nos espera el peligro y éste podrá caer sobre nosotros por sorpresa. En cambio, ahora sabremos fácilmente dónde estamos.

—¿Cómo lo averiguarás?

—Este hombre y su esposa me lo dirán hoy mismo y sin advertirlo, pues estoy seguro de que la agresión que contra nosotros está planeada será ejecutada antes de que lleguemos a Bagdad. Presumo que esta gente que hemos admitido por compasión en la balsa no dejará de darnos algún consejo relativo a nuestro nocturno campamento, con el deliberado propósito de entregarnos en manos de nuestros enemigos.

—¿Y piensas seguir el consejo?

—Sí.

—Escucha, *Sidi*, estoy dispuesto a compartir contigo cualquier peligro, pero comprende bien lo que te quiero decir: He dicho compartir contigo cualquier peligro, pero esto no significa que esté pronto a sucumbir en él. Ya has oído lo que antes dije relativo a mi viuda y mi huérfano. No puedo morir todavía, es preciso que viva aun largo tiempo para ambos. De lo contrario, ¿qué satisfacción podría proporcionar a Hanneh y a Kara un difunto esposo y un padre muerto? Ninguna, absolutamente ninguna. Creo que estarás conforme conmigo en que no debo ponerme aún a disposición de los espíritus.

—No te preocupes sin necesidad. Justamente porque conocemos el peligro, deja de serlo para nosotros. ¿Supongo que no tendrás miedo de quien lleva impresos en el rostro las trazas de tu látigo?

—¿Miedo yo? Jamás. Desconozco esa palabra. Un hombre que se asusta es como un fusil que no dispara cuando llega la ocasión. También puede compararse con un tambor que tenga roto el pergamino o con un león sin garras ni dientes. Yo, en cambio, me disparo en cuanto me excitan un poco, no tengo nada roto y poseo intacta la dentadura. Vengan, pues, los persas. Aquí los espera mi látigo.

—Bueno, esperemos tranquilamente hasta ver qué plan tienen tramado contra nosotros. Con seguridad lo sabremos en cuanto llegue la noche y tratemos de acercarnos a la orilla. No demostraremos desconfianza hacia ese hombre ni a su mujer. Por el contrario, conviene que nos vean tranquilos y contentos para que no sospechen que hemos descubierto sus intenciones.

Me dirigí hacia la parte de atrás de la balsa y entablé una conversación con la desconocida pareja, procurando mostrarme como un ser inofensivo. Logré engañarlos y sorprendí una mirada de inteligencia que cambiaron entre sí, dándose mutuamente

cuenta del buen camino que llevaban sus planes.

Pasamos ante Dokhala y algunas otras aldeas, hasta que alcanzamos las ruinas que se alzan tras de Jehultijeh. Entonces grité a Halef:

—Observa a ver si encuentras un sitio apropiado para pasar la noche. Dentro de media hora se pondrá el sol.

CAPÍTULO 17

Emboscada

Sucedió lo que ya esperábamos. Apenas me había dirigido a Halef cuando el hombre de Mansurijeh me dijo:

—Según indican tus palabras, buscáis un buen sitio para pasar la noche. *Effendi*, yo conozco uno muy a propósito, pues voy a Bagdad con frecuencia y siempre pernocto allí.

—¿Dónde es? —pregunté.

—En la orilla derecha, no lejos de aquí.

—¿Qué sitio es?

—Es una cabaña de juncos que tiene cabida lo menos para diez personas. Las paredes son bastante sólidas para protegernos de la lluvia y de la maléfica niebla. El interior está limpio de insectos. Bajo su techo se está tan seguro como bajo el manto de Alá y dulces sueños aguardan a los que pasan por su hospitalaria y siempre abierta puerta.

¡Qué seductor parecía todo esto! En su afán de lograr sus fines, el hombre hasta se ponía poético. Simulé no haberme dado cuenta de ello y pregunte:

—¿Hay vegetación por allí cerca?

—Toda cuanta quieras. Podemos mantener el fuego toda la noche, pues existe la costumbre de que, cada viajero que pase allí la noche, deje un haz de leña y otro de juncos para el uso de su sucesor. El agua para beber nos la ofrece el río. Conque nada falta de cuanto se necesita para hacer grata la estancia.

—Está bien, pasaremos la noche en esa cabaña. Dinos cuándo deberemos acercarnos a la orilla.

El beduino dirigió a su mujer una mirada de satisfacción. ¿Conque también tendríamos provisión de combustible? Claro está que no creí en la tradicional costumbre de que cada viajero se preocupara de proveer las necesidades de su sucesor.

Los persas habían llegado mucho antes que nosotros a la choza y, como les convenía que encendiéramos lumbre para poder vernos y observarnos a su gusto, se habían tomado la molestia de reunir el material necesario. Era posible que llegáramos a la cabaña cuando ya estuviera oscuro; y como entonces sería demasiado tarde para que nos pusiéramos a buscar leña, la habían reunido previamente para que nuestras personas, por medio del fuego, estuvieran visibles.

Poco después, la Sombra nos indicó la conveniencia de atracar a la orilla y, un poco más lejos, pudimos distinguir la cabaña. Yo no seguí con exactitud sus indicaciones y atraqué en otro sitio, donde el borde estaba limpio de matorrales y, por

consiguiente, se podía ver más terreno.

Si los persas que nos habían precedido estaban ocultos en aquellas malezas, podrían enviarnos un par de balas con toda tranquilidad. Ciertamente es que yo les había quitado la pólvora, pero seguramente en Mansurijeh habrían reparado esta pérdida.

—¿Por qué atracas aquí y no allí, frente a la cabaña? —me preguntó la Sombra—. Te he indicado un sitio mucho más cómodo para echar pie a tierra.

—A causa de los caballos —le contesté—. Desde esta mañana han permanecido quietos y necesitan un poco de movimiento. Vamos a darles un trote. Marcha con tu esposa a la cabaña, nos reuniremos antes de que anochezca.

Pasamos los caballos a la orilla y montamos sobre ellos. Por detrás de los juncos y matorrales que bordeaban el agua nos encaminamos al galope a la cabaña, que distaba unos cincuenta pasos del río.

—¿Por qué has preferido venir a caballo en lugar de usar la lancha, *Sidi*? —preguntó Halef.

—Para llegar antes que esa gente —contesté—. Quiero ver si encuentro trazas de los persas.

Me bastó dar la vuelta a la cabaña para hallar las huellas que buscaba. Los tres enemigos habían desembarcado allí y, después de reunir seis haces de leña y juncos, se habían vuelto a marchar en su balsa. Ésta sólo podía bajar la corriente. Así es que ahora yo sabía con exactitud en qué dirección estaban.

Lo más probable era que no se hubieran alejado mucho, y también era de suponer que hubieran escogido un escondite desde el cual pudieran observar nuestra llegada. Este escondite no podía estar más que a la orilla del agua y, si se calcula el alcance de la vista humana, no era difícil precisar al menos aproximadamente, el sitio que ocupaban. Su atención estaba seguramente dirigida río arriba. Así es que, si quería verlos, sin ser visto, debía dar un rodeo y acercarme por a parte opuesta.

Así se lo comuniqué a mi compañero y, sin apearnos, describimos un semicírculo que nos condujo al borde del agua. Allí dejamos los caballos y, deslizándonos, avanzamos entre los juncos y matorrales. No tardamos en descubrir, aguas arriba, una lengua de tierra formada por una irregularidad del terreno, y allí, en un punto que no se alcanzaba a ver desde la cabaña, pero que nosotros teníamos ante los ojos, vimos atada la balsa de los persas y, ellos tres, no lejos de ella, estaban echados al borde de los juncos y, a juzgar por sus gesticulaciones, debían de sostener una animada conversación.

—*Sidi*, la extraordinaria perspicacia que tantas veces te ha servido, tampoco te ha engañado en esta ocasión —dijo Halef—. Los pillos están justamente donde tú suponías. De buena gana iría para saludarlos con mi látigo.

—Por ahora no tienes ningún motivo —contesté—. Para tratarlos de ese modo, necesitamos la prueba de que intentan agredirnos, y esa prueba nos falta aún.

—No nos falta. Sabemos que están de acuerdo con esa pareja para atraernos a una emboscada. ¿No es eso bastante?

—No, porque lo negarían.

—El negarlo no es tampoco ninguna prueba.

—Tolo lo que sabemos o nos figuramos saber no pasa de ser suposiciones. Todo esto necesita confirmación, y ésta no tardaré en encontrarla.

—¿Dónde?

—Allí, junto a ellos.

—¿Te quieres acercar?

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—No, cuando la noche haya cerrado por completo.

—¿Te propones espiarlos como ayer?

—Sí.

—¿No despertará las sospechas de la Sombra o de su mujer el que te alejes sin ningún motivo importante?

—Claro está que inspiraría desconfianza, y para eso, tenemos que inventar algún pretexto. El hombre rezará el Moghreb y luego la oración del Aschija. Cuando rece esta última, saldré. Si el hombre, al terminar la oración, te pregunta dónde estoy, dile que, como cristiano que soy, no puedo rezar en compañía de gentes que imploran a Mahoma. Es una razón que admitirá sin dificultad.

—No lo dudo. Pero hay una circunstancia de la que quiero hablarte, *Sidi*.

—¿Cuál?

—Si los persas atacan la cabaña durante tu ausencia, ¿qué debo hacer?

—Eso no sucederá. No creo equivocarme al admitir que el enemigo no saldrá de su escondite antes de que vayan a buscarlos sus aliados y les den los correspondientes informes. Es decir, que, mientras el hombre no haya hablado con ellos, estamos completamente seguros. Ahora debemos volver o caerá la noche antes de que lleguemos a la cabaña.

Volvimos a donde estaban los caballos y, después de montar, hicimos el camino que antes recorrimos. Dado que nosotros llegamos por distinta dirección, no se le ocurrió a la Sombra pensar siquiera que hubiésemos estado junto al río.

Las paredes de la cabaña estaban hechas de junco y arcilla, tendrían más de un pie de espesor y observe que en ellas había una pequeña abertura, a través de la cual, desde fuera, se podía ver el interior. La entrada estaba cubierta por una vieja esterilla de junco. Un agujero que había en el techo daba salida al humo. El interior de la cabaña tenía las dimensiones que dijo la Sombra, pero estaba sucia en alto grado.

Desde luego renuncié a los dulces sueños que, según la Sombra, nos esperaban bajo tan hospitalario techo, pues desde el primer momento decidí no dormir en aquella inmunda ratonera, sino al aire libre. Claro está que no hice pública esta decisión; fingí, por el contrario, aceptar todas las proposiciones de aquel falso amigo que se mostraba muy solícito para proporcionarnos comodidades.

Reunió leña en un rincón para encenderla, luego quitó de en medio la principal

porquería para que pudiéramos disfrutar de relativa limpieza y, en una palabra, hizo todo cuanto le permitían las circunstancias para ganar nuestra confianza y gratitud.

Cuando el sol se ocultó en el horizonte, se arrodilló a la entrada de la choza y, con el rostro vuelto hacia La Meca, se dispuso a rezar el Moghreb.

Cuando terminó, con palabras amistosas, invitamos a él y a su esposa a compartir los restos de nuestras provisiones. Concluida la frugal cena, era ya la hora del Aschija y de nuevo salió para rezar. Entonces salí yo y, pasando por delante de él, tomé la dirección opuesta al río, pero, en cuanto no pudieron oír el ruido de mis pasos, cambié de dirección y volví hacia el agua, pero sin llegar a ella, por si acaso los persas, impacientes, habían abandonado su escondite, acercándose a la cabaña.

Por un esfuerzo de imaginación, había conseguido grabar en ella la distancia y la configuración del terreno. De otro modo no era fácil volver a encontrar el sitio donde estaba la ya mencionada lengua de tierra. La encontré, por fin, pero no sin dar muchas vueltas y perder bastante tiempo.

Al principio me incomodé conmigo mismo por el retraso, pero muy pronto tuve ocasión de ver que éste, lejos de perjudicarme, me había sido favorable.

Justamente acababa de agacharme para avanzar entre los juncos y matorrales, cuando oí pasos precipitados detrás de mí. Con rapidez me oculté entre las matas y, momentos después, vi a la Sombra que, deteniéndose a poca distancia, dio varias palmadas. Después de repetir la seña se oyó una voz que desde el río preguntaba:

—¿Quién está ahí?

—Safi, la Sombra —respondió el hombre.

—Avanza en línea recta.

Entró entre los matorrales produciendo tanto ruido que pude seguirle sin ser observado. Los persas se habían levantado. El recién llegado se reunió con ellos y yo permanecí echado a muy corta distancia.

—Te esperábamos más tarde —dijo el *Padar i Baharat*—. ¿Ha sucedido algo imprevisto que te obliga a venir tan pronto?

—No —repuso el hombre—, he venido ahora aprovechando una ocasión favorable. El *yaur*, que Alá maldiga, ha salido de la cabaña para hacer sus devociones entre las sombras de la noche. No se ha atrevido a rezar sus falsas preces ante un verdadero creyente.

—¿Entre las sombras de la noche? ¿Dónde ha ido? ¿No lo traerá la casualidad por aquí?

—¡Oh, no! Ha tomado justamente la dirección opuesta. Ese perro cristiano es el ser más estúpido de cuantos he visto en mi vida. Su confianza en mí es tan grande, que sería imposible aumentarla.

—¿Se manifestó propicio a embarcaros?

—Sin vacilar.

—Eso se lo debemos al rasgo de ingenio que tuve al ordenarte que llevaras contigo a tu esposa. No es tan tonto como te figuras; pero la presencia de una mujer

ha adormecido sus sospechas, pues para empresas como la nuestra se acostumbra dejar las mujeres en casa. ¿Te ha costado mucho trabajo atraerlo a la cabaña?

—Ninguno. Aceptó mis proposiciones en cuanto las hice. Mejor sitio no podías haber elegido, y admiro la perspicacia con que calculaste que alcanzaríamos este lugar justamente al anochecer.

—No necesitas admirarme por eso, ya que uno de los jefes *Sillan* no puede carecer de talento ni de habilidad. ¿Dónde están los caballos?

—Pastan en las inmediaciones de la cabaña. ¿Queréis asegurarlos ante todo?

—No; teniendo los hombres, los caballos pasarán a nuestro poder sin dificultad. Si quisiera acabar pronto con ese par de perros, lo mejor sería destrozales la cabeza con un par de balas, pero eso no es bastante castigo para los dolores que me causaron los latigazos. Los he de golpear con su propio látigo hasta que en todo su cuerpo no quede ningún sitio que no estalle, como estas dos heridas que me arden cual si tuviese en ellas el fuego del infierno. Por eso quiero cogerlos vivos y, después de golpearlos hasta que estén medio muertos, los remataremos de un tiro. ¿Cómo será la mejor manera de cogerlos?

—Sin duda alguna, cuando estén dormidos.

—Desde luego, pero ¿cómo sabremos que duermen?

—Vendré a buscaros.

—No, eso no debes hacerlo. Podrían despertarse y, al notar tu ausencia, concebirían sospechas.

—Entonces enviaré a mi esposa.

—Tampoco. Si duerme en la cabaña no debe salir de ella, y si se queda a la intemperie, no puede saber si duermen o no. Debemos convenir una señal en la que nos podamos fiar.

—No hay nada más seguro que el fuego. Mientras arda, es que están despiertos, si se apaga, duermen.

—Tienes razón. Escojamos, pues, esta señal. Así tendremos que atacar a oscuras y, para eso, hay que saber con exactitud cómo están echados.

—Eso puedo decírtelo ahora mismo. En el fondo, a la derecha, arde el fuego, e inmediato a éste les he dispuesto las mantas; frente a la entrada os esperaré yo, que estaré despierto hasta que vengáis. No entrés erguidos, sino agachados, y uno detrás de otro. Yo os cogeré por las manos y os conduciré hasta donde están los dormidos. Lo que hagáis después no me importa.

—¿Y tu esposa?

—Dormirá fuera. No necesita saber lo que ocurra y un musulmán no tolera que su esposa duerma en la misma habitación que otros hombres.

—Esa preocupación sólo existe entre los sunitas y sehtas; nosotros no lo consideramos prohibido. En cuanto a tus proposiciones, me gustan y las acepto. Esperaremos dos horas y después nos acercaremos a la cabaña. Tan pronto como esté oscuro su interior, entraremos casi a gatas. ¿Tienes algo más que decirnos?

—Nada más.

—Pues vuélvete, que una prolongada ausencia podría infundir sospechas. La recompensa que te he prometido...

No quise oír más, porque juzgué conveniente aprovechar los movimientos que hizo la Sombra para deslizarme inadvertido entré las matas.

CAPÍTULO 18

Fracaso de nuestros enemigos

Como el traidor aún se detuvo unos momentos para responder a varias preguntas, gané ese tiempo para salir de la espesura y, una vez en sitio donde ya no podían oírme, me encaminé con toda la velocidad posible a la cabaña, naturalmente dando el consabido rodeo para llegar por la parte opuesta.

La precaución no estuvo de sobra, pues me esperaba la mujer, a quien, seguramente, había encargado su marido que observara por qué camino volvía.

Dentro ardía el fuego, junto al que estaba sentado Halef. Entré y la mujer me siguió. Fingiendo no reparar en la ausencia de su marido, me senté junto al jeque y entablamos conversación. Llegó la Sombra y se sentó con su esposa a cierta distancia de nosotros. Una vez transcurrida una media hora, se levantaron los dos y dijo el hombre:

—*Effendi*, ¿quieres permitir que duerma con vosotros dentro de la cabaña? Mis miembros sufren muy a menudo del reuma y la niebla del río me es muy perjudicial.

—Podéis quedaros los dos —contesté.

—¡Oh, no! Debes saber que entre nosotros no puede dormir una mujer donde hay otros hombres además de su esposo. Le prepararé un lecho entre las matas, donde podrá descansar hasta mañana.

—Como quieras. Yo os enseñaré un puesto que se presta admirablemente para ese objeto. Venid. Vamos, Hachi Halef.

El hombre me miró muy sorprendido, pero nos siguió sin decir nada. También mi amigo estaba silencioso, pero una rápida mirada de sus expresivos ojos me demostró que comprendía los móviles de mi conducta.

Al pasar junto a los caballos cogí la cuerda del lazo que lleva mi «Assil» al cuello. Halef adivinó mi intención y, sin darme a entender, se colocó detrás de la pareja para vigilarla, mientras yo la precedía. Al ver que nos alejábamos sin cesar de la cabaña, preguntó el hombre:

—¿Adónde nos llevas, *Effendi*? Mi esposa no puede dormir tan lejos de la cabaña.

—Estará mucho más cerca de lo que tú te figuras —respondí—. Vamos a nuestra balsa.

—Eso es muy lejos, demasiado lejos, *Effendi*.

—Déjame hacer. Quedaréis muy contentos de mí. Todo cuanto hago es por vuestro bien.

—Pero ¿qué intentas hacer?

—Os halláis en un grave, gravísimo peligro, del que me propongo libraros.

—¿A qué peligro te refieres? No tengo la menor idea de que nos pueda suceder

una desgracia en una comarca tan tranquila como ésta.

—Eso es, justamente, lo que aumenta el peligro para vosotros, el que no lo presentís.

—Dinos en qué consiste. Volvamos a la cabaña.

—Ya volveremos, pero no tan pronto como tú pretendes. ¡Adelante y sígueme!

El hombre hizo ademán de detenerse, pero Halef le pisó de tal modo los talones que lo obligó a seguir andando. Así llegamos a la balsa, salté a ella e invité a los demás a que me siguieran.

De buena gana se hubieran negado, pero no se atrevieron. Cuando todos estuvieron en la balsa, dije:

—Sentaos. Tengo una comunicación importante que haceros. —Obedecieron mi indicación y proseguí—: Os he traído aquí para salvaros la vida. Si hubierais permanecido en la cabaña o en sus cercanías, os habríais visto obligados a pasar el puente de la muerte.

—*Maschallah!* ¿Cómo puedes dirigirnos semejantes palabras? ¿Quién nos amenaza con la muerte?

—Tres miserables persas que no lejos de la cabaña estaban emboscados y que, dentro de una hora, se proponían atacarnos.

—¡Alá! ¡A... lá...!

Tal fue su sorpresa que sus labios sólo balbucearon esta exclamación. Yo proseguí:

—¿Comprendes el peligro que corríamos? Sus intenciones eran cogernos, golpearnos hasta que estuviéramos medio muertos y después rematarnos de un tiro. ¿Hubieras podido imaginarte semejante atropello?

—No... no... —tartamudeó el cobarde—. ¡Me... pa... re... ce... impo... sible...!

—Dices eso porque ignoras hasta dónde llega la maldad y falta de conciencia de ciertos hombres. Pero puedes estar cierto de que no digo nada más que la verdad. Estos tres persas estaban dispuestos a caer sobre nosotros tan pronto como el fuego se apagara, y asesinarlos.

—Repito que me parece imposible, *Effendi*.

—Te lo explicaré con más detención para que te convenzas. Los asesinos contaban con un cómplice que debía conducirlos a la cabaña.

Por esta vez el hombre quedó petrificado. Yo proseguí:

—Este infame, traidor me tenía por el perro cristiano más estúpido que había visto en su vida. ¿Es ésta quizá tu misma opinión?

—¿Yo? ¡Oh, *Effendi!* ¡Qué pregunta! Yo sé verdaderamente qué contestar. Quien a ti... te ponga por... tonto... demuestra ser...

—Demuestra ser un tonto incurable y de remate; ¿no es así? ¿Pues no se había hecho ese majadero la ilusión de que me había yo dejado engañar por él? Se había instalado en nuestra balsa con su esposa para inducirnos a pasar la noche en la

cabaña. Aun cuando yo comprendí en seguida de lo que se trataba, se figuró haber conquistado mi confianza. Él me indicó el sitio del desembarque, pero yo, con un pretexto, traje la balsa hasta este lugar. Espero que ahora podrá comprender que en cuanto a mi confianza estaba muy equivocado; ¿no es verdad?

—¡Sí, *Effendi*, sí!

—Pero él no lo reconoció. Era demasiado imbécil para ello. Esta imbecilidad lo impulsó a ir en busca de los persas, apenas terminó la oración de la noche, para ponerse de acuerdo sobre lo que se tenía que hacer. ¿No te sorprende el que esté tan bien informado?

—¡*Effendi*, estoy... tan... tan asustado que... casi me falta el habla!

—¿De qué estás tan asustado? ¿Del proyectado asesinato?

—Sí.

—¿O de que yo lo haya descubierto todo?

—Sí... también, o, mejor dicho, no... de eso no.

—¿Puedes figurarte por qué he atracado la balsa a la orilla tan lejos de la cabaña?

—No.

—Te lo diré. La balsa está destinada a soportar al traidor y a su compañera hasta que yo termine con los asesinos. Los ataré aquí a los dos, pero de tal modo que, a la menor tentativa de fuga, caigan al agua y se ahoguen.

—¡Oh, Alá, Alá! Hablas de asesinos y de un traidor, si yo supiera... quién... quién...

—¿Quién es el traidor? ¿Esperas realmente que yo te lo diga? No es necesario. ¿Te atreverás a decirme, cara a cara, que no lo conoces?

—¿Qué... qué... dices, *Effendi*? ¡Yo no... no sé... nada! Te juro...

—¡Calla! Tu juramento sólo puede tener el valor que se da a la mentira. Desde el primer momento has comprendido que no me refiero a nadie más que a ti. Y ahora escucha atentamente lo que tengo que decirte. ¿Ves este cuchillo en mi mano? Observa que el jeque también empuña el suyo. ¡Vida por vida y sangre por sangre! Tal es la ley del Desierto, pero quiero ser misericordioso con vosotros. Veo que eres un cobarde y, en estos casos, no cuento con las mujeres. Si me obedecéis no os pasará nada y mañana recobraréis la libertad; si tratáis de resistiros os clavaremos esta hoja de acero hasta la empuñadura. ¡Levantaos!

El tono con que formulé esta orden fue tan perentorio que el hombre se incorporó como movido por un resorte y la mujer siguió su ejemplo. Ésta no había pronunciado ni una palabra, y tampoco en esta ocasión dijo una sola sílaba.

—¡Colocaos espalda contra espalda y los brazos hacia atrás!

También obedecieron, aunque no tan de prisa como deseara Halef. Éste los unió bruscamente diciendo:

—¡Menos calma, que no tenemos tiempo que perder! ¡Estaos quietos: al primero que se mueva le clavo este cuchillo en el corazón! Soy Hachi Halef Omar, el más importante jeque de los Haddedihnes, y no tengo ganas de andar con contemplaciones

cuando se trata de obediencia.

Y, mientras hablaba, puso la punta de su cuchillo sobre el pecho del hombre. Éste gimió:

—¡No me mates! ¡Ya obedeceremos!

—¡Cobarde! La falsía y traición siempre van unidas a la cobardía. Esto es lo único que mereces, nada más.

Y le escupió. Yo desarrollé la cuerda del lazo y con ella atamos al matrimonio de modo que no pudieran mover pies ni manos. El informe bulto que formaban los dos cuerpos fue nuevamente sujetado al borde de la fluvial embarcación y cualquier movimiento que hubieran querido hacer los prisioneros los habría precipitado al agua, en la que, estando atados, forzosamente habrían perecido.

—Ahora ya os tenemos seguros —dije yo—. Estaos quietos y callados. Si lo hacéis así, recobraréis pronto la libertad. En cambio, si pedís auxilio o de un modo u otro llamáis la atención de los persas, os echaremos al agua.

—Sí, así lo haremos sin falta —confirmó el pequeño Halef—. Seres tan despreciables como vosotros necesariamente han de morir ahogados y comidos por los cangrejos, para que, al cocerlos, sus almas enrojecan de vergüenza dentro del caparazón. Conque cuidado de que no se os oiga si queréis escapar con vida.

—¡Seremos mudos, absolutamente mudos...! —afirmó el hombre.

—Os aconsejo que así lo hagáis, si no, no esperéis compasión de nosotros. Da gracias a Alá que te permito disfrutar de la compañía de la que comparte contigo tus días y tus malas acciones en este delicadísimo sitio; y saboread los alicientes de vuestro mutuo domicilio hasta que volvamos. Aveníós bien y no regañéis, que las disputas entre marido y mujer fatigan la lengua y aumentan el número de las enfermedades del estómago. Me separo de vosotros con pena y me regocijo con la idea de volveros a ver pronto.

Saltamos a tierra y volvimos a la cabaña, a la que llegamos oportunamente para reanimar el casi extinguido fuego. Lo primero que hicimos fue cubrir la abertura de la pared con el jaique de Halef para impedir que desde fuera se pudiera ver lo que pasaba y, después, referí a mi amigo cuanto escuché junto al río.

—¿Es decir, que se proponen entrar —preguntó Halef— para sorprendernos durante el sueño? ¿Nos hemos de echar a dormir, *Effendi*?

—No; podría ser peligroso para nosotros. No entrarán todos juntos, sino uno detrás del otro. Conforme vayan entrando, los iremos recibiendo.

—Con el consabido y amistoso bien venido que llevas en el puño derecho, ¿no es verdad, *Sidi*?

—Sí.

—Tú les das el golpe y yo los ato. Pensando en un posible desperfecto de la balsa, he cogido muchas cuerdas. Así es que tenemos lo necesario para rodear con cariño los miembros de nuestros amigos los persas. ¡Oh, *Effendi*! ¡Qué razón tenías al decir que era mejor afrontar el peligro que tratar de evitarlo! Espero con la mayor

impaciencia el momento en que aparezcan las cabezas de los asesinos y, uno detrás de otro, reciban su correspondiente puñetazo. ¿Cuánto puede faltar aún?

—Dentro de media hora dejaremos apagar el fuego y entonces podremos esperarlos a cada instante.

—¿Tanto tiempo aún? Voy a disponer las cuerdas.

—No hay tanta prisa. Tú te pones ahí, junto a la pared, y yo ocuparé el sitio de la Sombra y recibiré a los persas y les daré la mano según está convenido. Los conduciré adonde tú estés y cuida tú de que el fuego vuelva a encenderse en seguida. Y, ahora, callémonos. No es imposible que el aburrimiento haya sacado a los asesinos de su guarida antes de lo que se habían propuesto. En ese caso tenemos que contar con la posibilidad de que escucharan desde fuera.

—Más tendrán que escuchar cuando mi látigo reanude con ellos la interrumpida conversación.

—¿Piensas pegarles de nuevo?

—¿Y qué he de hacer, *Sidi*? Ya te conozco. Ellos nos querían matar, después de destrozarnos a latigazos, y, en realidad, deberíamos pegarles un tiro, tenemos perfecto derecho a ello. Los hombres que como fieras van olfateando a sangre, deben morir como fieras. Pero yo sé que tú no obrarás según las leyes del Desierto, sino que los indultarás. Te advierto, sin embargo, que no es posible dejar sin castigo a esos asesinos. Ellos querían golpearnos y después asesinarlos. Bueno, pues yo me contento con la primera parte, los condeno al látigo y les perdono la vida. ¿Estás conforme?

—Nada puedo decirte todavía. Lo que hagamos después dependerá de su conducta. Tú hablas con tanta seguridad como si ya los tuviéramos cogidos. Aún puede fallar el golpe.

—¿Fallar? ¿A nosotros? ¡Imposible! Nosotros estamos aquí como dos leones en su cueva. Aquel que se acerque será devorado, esto es tan seguro que no puede suceder de otra manera.

No me desagradaba la seguridad del pequeño héroe. Quien desconfía de sí mismo no puede estar seguro del buen éxito de su empresa y, precisamente, en situaciones como la nuestra, la propia confianza tiene un valor inapreciable.

Permanecimos callados y al acecho. Nada se oía más que el murmullo del agua, cuyas leves ondulaciones morían en la orilla. Así pasó la media hora y, según lo convenido, dejamos extinguir el fuego, no sin antes preparar leña seca y fósforos para poder encenderlo de nuevo con rapidez.

Me senté junto a la puerta y Halef se situó en el sitio que le indiqué. Ningún cuidado tenía por nosotros dos, mi única preocupación era a causa de la Sombra y de su mujer. Un grito de ellos podía echar a perder todo el plan. Nuestros oídos estaban tan excitados que percibí distintamente un levísimo rumor de pasos, aun cuando los que se acercaban se hallaban a considerable distancia de la cabaña.

—Halef, ya vienen.

—Muy bien. Hace rato que tengo las cuerdas preparadas.

Los pasos siguieron acercándose y se detuvieron junto a la entrada. Me incorporé clavando los ojos en la esterilla que hacía las veces de puerta. Un momento después aquélla se levantó dejando una abertura que me permitía ver el cielo. Alguien penetró por ella, muy agachado; yo me levanté del todo y cogí la mano del recién llegado.

—Sombra —exclamé. Y, dando algunos pasos, lo alejé de la puerta encaminándolo hacia Halef. De pronto, le apreté la garganta con la mano izquierda y con la derecha le apliqué dos formidables puñetazos en la sien. Sólo se oyó un ruido ahogado y el hombre se desplomó al suelo.

—Halef, ahí queda el primero, átaló.

Entró el segundo, no preguntó nada e igualmente fue alejado de la entrada y recibió sus correspondientes puñetazos con el mismo resultado. Con el tercero no se necesitaban tantas precauciones. Cuando entró en la cabaña y se enderezó, lo derribé, y, arrodillándome sobre él, lo obligué a poner los brazos a la espalda. Tal era el estupor de aquel hombre que no trató de defenderse.

—Halef, enciende.

—Al punto, jeque. ¿Lo tienes bien cogido?

—Sí.

—Espera un instante, voy en seguida.

Brilló una pequeña llama que encendió los juncos y la leña y pronto la nueva hoguera iluminó cumplidamente la estancia. El Padre de las especias yacía bien atado, el otro sólo lo estaba a medias y el que yo sujetaba era Aftak. Cuando se dio cuenta de quién era yo, masculló una maldición y quiso desprenderse de mí. Halef lo notó y corrió en mi ayuda diciendo:

—Atemos primero a éste que está más vivo, los otros están sin sentido a menos que no los hayas matado. *Sidi*, esto ha ido tan bien y tan fácilmente que dan ganas de volver a empezar. ¡Qué lástima no haber tenido testigos que pudieran referir la hazaña a mi Hanneh, que es el conjunto de todas las perfecciones, y a tu Dschanneh, que sobrepuja a cuantas bellezas encierra el harén del sultán! Ellas envían sus dulces voces al coro general que entonará himnos en honor de nuestra temeraria valentía.

—Déjalas cantar en casa, aquí no necesitamos himnos. Echa a esos pillos en aquel rincón y alternaremos dos horas de guardia con otras tantas de descanso.

—Pero ¿y la paliza que van a recibir?

—Mañana temprano hablaremos.

—¿Y la Sombra y su mujer?

—Permanecerán atados a la balsa toda la noche; ese será su castigo. Necesitamos dormir, y como sólo podemos hacerlo por turnos, conviene no perder tiempo. Ocasión habrá de ocuparnos de los prisioneros cuando sea de día. ¿Quién hace la primera guardia?

—Yo, *Sidi*, yo. Quiero tener el gusto de ver la cara que ponen los dos desmayados cuando recobren el sentido y vean que ni nos han podido atrapar ni nos han muerto.

La vergüenza enrojecerá sus mejillas y la rabia los volverá a poner pálidos. La cólera devorará su corazón y el furor despedazará sus entrañas, la desesperación hará que estallen todos sus intestinos... pero ¿dónde vas?

—Afuera, prefiero dormir al aire libre. Puedes continuar tu arenga.

—¡Oh, *Sidi*! ¡Qué hombre tan singular eres! Quien, después de alcanzar una victoria como ésta, piensa en dormir, no debiera haber obtenido semejante triunfo. El sueño es el asesino de la fama y el término de la conciencia humana. Durante el sueño, el hombre más valiente permanece inactivo.

No oí más porque dejé caer la esterilla y me encaminé hacia mi caballo, que estaba cerca de la cabaña y me esperaba. Me saludó con un ligero y alegre relincho y, como de costumbre, recité a su oído el acostumbrado sura.

No tardé en dormirme, sin despertar hasta que la voz de Halef vino a sacarme de mi sueño, diciendo:

—Despierta, *Effendi*. Ha llegado mi hora y quiero saber si mis sueños son capaces de reconstruir la hazaña que hemos llevado a cabo despiertos.

—¿Qué tal siguen los persas? —pregunté levantándome.

—Han vuelto a recobrar el conocimiento, pero no dan pruebas de buen juicio.

—¿Por qué?

—Se niegan a reconocer que somos los más famosos héroes que existen sobre la Tierra y que nuestra inteligencia y valor excede los límites de lo humano.

—¡Ah! ¿Según parece les has espetado un largo discurso?

—Sí, así lo he hecho. ¿Acaso no lo apruebas?

—No, de ningún modo, hubieras hecho mejor en callar.

—¡Callar! ¡Oh, *Effendi*! Tú no tienes idea de la importancia que tiene el don de la palabra que nos fue concedido por el mismo Alá. ¿Puedo callar cuando este don divino pugna por salir de mis labios? ¿Puedo tragarme las palabras que, como leoncillos, quieren saltar desde mi lengua, exponiéndome con eso a echarme a perder el estómago? Si esos tres hombres se creen más valientes y talentados que nosotros, no es posible que yo me ahogue en el mar sin fondo del silencio, sino que, por el contrario, estoy obligado a demostrarles que esa favorable opinión sobre sí mismos puede compararse a un caminante cuyos zapatos están llenos de arena o a una abuela que atraviesa la vida sin tener ningún nieto. Desengáñate, *Sidi*; yo sé mucho, muchísimo de cuanto se relaciona con el uso de la palabra, quizá más que tú, y confío en que no lo negarás ni me condenarás a guardar silencio cuando experimente la necesidad de hablar.

Mientras el bueno de Halef hablaba, pensé en las enormidades que habría dicho a los persas. Eché un jarro de agua fría a su entusiasmo con las siguientes breves palabras:

—El silencio es oro y la palabra plata, y, a veces, sólo hojalata. Échate y duerme, te llamaré dentro de dos horas.

Se encaminó hacia su caballo y, mientras yo me acercaba a la cabaña, oí que se

lamentaba diciendo:

—¿Por qué los hombres de talento han de tener manías que no las entiende ni la más privilegiada inteligencia? Sólo Alá sabe por qué las cosas son así y no de otro modo.

Al aproximarme a los persas vi que sus miradas se fijaban en mí con expresión de odio. El Padre de las especias tuvo el descaro de interpelarme en estos términos:

—¿Por fin te dejas ver? ¿Dónde estabas escondido? Espero que nos soltarás inmediatamente. Yo, sin contestarle, eché nueva leña al fuego y salí para sentarme en la parte de afuera de la cabaña, justamente donde la abertura del muro permitía ver el interior y vigilar las acciones y palabras de los prisioneros.

CAPÍTULO 19

Se prepara una azotaina

Una vez los persas se hubieron quedado solos, estuvieron silenciosos por espacio de un cuarto de hora, hasta que el Padre de las especias oí que decía a sus compañeros:

—Ese perro hace oídos sordos a mis palabras. Tenían conocimiento de nuestras acciones. Sufi no nos ha delatado, bien lo sé. ¿Dónde pueden estar metidos él y su esposa? Lo más probable es que estén por ahí, poco más o menos en la misma situación que yo. No sé cuánto daría por conocer el medio de que se ha valido ese *yaur* para averiguar nuestros planes.

Después se pusieron a hablar entre sí, con voz tan baja que no podía distinguir las palabras. Cada vez que entré para alimentar el fuego, me dirigieron insultos, a los que no contesté ni una sola palabra. Cuando terminó mi guardia, Halef dormía tan profundamente que no tuve valor para despertarlo, y continué vigilando hasta que amaneció. Entonces se despertó por sí solo y me hizo varios reproches por haberle dejado dormir.

—Habrás creído, sin duda —me dijo—, que trataría de dar nuevas pruebas de mi elocuencia a esos hombres; pues bien, te advierto que no estaba dispuesto a hacerlo. La comparación de la hojalata me ha quitado las ganas de ilustrar a estos asesinos con las luces de mi entendimiento. En cambio, tengo la esperanza de convencerlos, ya que no con palabras, por medio de hechos, que en el manejo del látigo no hay quien me iguale. Creo, *Effendi*, que nada tendrás que oponer a eso.

—En el caso presente, nada. Bien sabes que por regla general soy opuesto a que se atormente a los enemigos, por peligrosos que éstos sean. Pero ahora las leyes del Desierto nos conceden la vida de esos hombres, y, si se la perdonamos, su crimen no puede quedar completamente impune.

—¡Alabado sea Alá, que ha permitido a tu cerebro concebir tan admirable idea! Sí, deben ser castigados, y me causa verdadera alegría que permitas a mi látigo averiguar qué grado de espesor tiene la piel de un sehitá.

El buen jeque tenía decidida afición a manejar el látigo. A mí me repugnaban sobremanera semejantes ejecuciones y, según mi opinión, se avenía mal la dignidad del jefe de los Haddedihnes con el dar con sus propios manos tan duro pero merecido castigo. En consecuencia contesté:

—No niego que deben recibir unos cuantos latigazos, pero supongo que no tendrás el propósito de desempeñar tú mismo las funciones de verdugo.

—¿Por qué no, *Sidi*?

—Porque no tiene nada de honroso golpear a un hombre que no puede

defenderse, aunque el castigo sea muy justo.

—¡Hum! —dijo con tono meditabundo—. No digo que sea ningún timbre de gloria, pero tampoco puede considerarse como una vergüenza.

—En cuanto a eso, puedo afirmarte que existen pueblos donde el verdugo esta tan despreciado que ninguna persona decente quiere tratar con él, y en otros países, donde el curso del tiempo ha disipado ciertos prejuicios, prevalece, sin embargo, siempre la opinión de que el juez nunca ejecuta la sentencia por sus propias manos.

—Eso no me importa lo más mínimo. En ese caso tú eres el juez, y en cuanto a mí, bien sabes que el manejo del látigo, cuando está tan indicado como en la presente ocasión, aumenta mi felicidad. Claro está que, si yo fuera el juez, no obraría de igual modo.

—Pues eres más, mucho más que el juez. Estás mucho más elevado que yo.

—¿Yo? ¿Qué dices? —preguntó admirado—. Temo que con una de tus habituales sutilezas trates de impedirme el disfrute de un placer cuya perspectiva llena mi alma de regocijo.

—No es ninguna sutileza, sino una observación muy seria, hija de la consideración y entrañable amistad que me inspiras, querido Halef.

Su rostro se había puesto sombrío y su voz tenía un tono duro al decir:

—Esa consideración y amistad puedes demostrármelas ahora mismo permitiéndome poner en juego la tira de piel de hipopótamo.

—Escúchame un solo instante. Si después sigues opinando lo mismo, no me opondré más a tus deseos. El juez tiene que ajustar su sentencia a las leyes dadas por el soberano. Si es contrario al honor del juez el administrar personalmente los azotes, mucho menos digno del soberano es tomar sobre sí el cargo de verdugo. Espero que lo comprenderás así.

—Convengo en que es tal y como lo dices —respondió Halef con un ademán afirmativo, sin comprender que aquella afirmación le hacía caer en la trampa por mí preparada.

—Y, a pesar de ello, ¿quieres azotar a los persas por tus propias manos?

—Naturalmente. Tú no lo has de hacer, puesto que eres el juez que ha de fijar el número de azotes que han de recibir.

—Sí, en efecto, yo soy el juez, pero nada más que el juez, mientras que tu puesto está mucho más elevado.

—¿Yo? ¿Elevado? ¿Yo? ¿Más que tú? —preguntó con la más viva curiosidad reflejada en el semblante.

—Sin duda, puesto que eres el soberano.

—¿Yo? ¿Yo, soberano?

—Claro está. ¿No riges y gobiernas la famosa tribu de los Haddedihnes de la raza de Schammar?

Mi argumento cayó sobre él tan de improviso que, en el primer instante, nada pudo afirmar y se limitó a repetir:

—¿Haddediynes? ¿Schammar? ¿Rijo y gobierno...?

—Eso mismo quiero decir. Los emperadores y reyes de occidente gobiernan a sus vasallos. Abdul Hamid reina sobre todos los pueblos turcos, Nasr-ed-Din manda a los persas; y a ti te prestan obediencia todos los fieles guerreros y cuantos pertenecen a la tribu Haddediyn. Nada supone que un soberano se llame emperador, rey, sultán, *sha* o jeque. Todos son títulos que tienen el mismo significado y valor.

No dejaba de ser interesante observar el cambio que se retrató sobre las facciones del pequeño Halef. Se borró la expresión sombría y su semblante se fue aclarando más y más hasta que su rostro resplandeció de satisfacción.

—¡Emperador! ¡Rey! ¡Sultán! ¡*Sha*! ¡Jeque! —exclamó—. ¿Estás seguro de que estas palabras significan lo mismo? Tú debes saberlo, *Sidi*, pues conoces al dedillo todas esas cosas. Sí, tienes razón, muchísima razón. Yo guardo y protejo a mis fieles Haddediynes lo mismo que el sultán a los turcos, el *sha* a los persas. A ellos los obedecen sus súbditos y a mí me pertenecen en cuerpo y alma los libres beduinos que se agrupan en torno a mi trono. *Sidi*, me causa la más viva satisfacción el ver que has sabido apreciar toda la extensión de mi importancia y que alcanzas a comprender el altísimo lugar que ocupo.

—Así es, querido Halef. Y ahora digo yo, ¿estando colocado en un sitio tan alto, vas a rebajarte hasta convertirte en verdugo y azotarlos con tus propias manos, cuyos menores ademanes son obedecidos por toda una tribu de valientes?

—*Maschallah*! No, no puedo hacerlo sin exponerme al desprecio de todos mis abuelos, bisabuelos y antepasados de todas las épocas. Nadie duda de que cuadra a mi dignidad cruzar la cara de un latigazo a un enemigo que está libre y que me insulta. Pero a un prisionero que acabas de juzgar según las propias leyes dadas por mí a mi pueblo, no puede ser que yo ponga en ejecución la sentencia sin comprometer el lustre de mi reinado, y mi principal deber es aumentar constantemente el brillo de su gloria. Te ruego que, al regreso de nuestro viaje, no dejes de repetir eso de los emperadores, reyes y sultanes que acabas de decirme, para que mi Hanneh, el resumen de todas las gracias femeninas, comprenda, así como todos los demás, la inmensa importancia que tiene el señor de su tienda.

—No dejaré de hacerlo. Así, pues, ¿renuncias a castigar a los persas por tu propia mano?

—Sí, pero como es absolutamente necesario que reciban una paliza, pues antes no dormiré tranquilo, a mi vez te pregunto: ¿quién ha de cumplir estas bajas pero imprescindibles acciones?

—Safi, su cómplice.

—¿Él? ¡Oh *Sidi*! Esa elección turba la felicidad de mi alma y la llena de desconsuelo. Precisamente porque es su cómplice sacudirá el látigo con tanta suavidad, que cada golpe será más bien una caricia para el sitio en que caiga, y eso subleva los sentimientos de justicia que residen en cuanto abarca mi corazón.

—Esa circunstancia no debe preocuparte en lo más mínimo. Existe un medio de

dar a su brazo el grado de fortaleza suficiente para contentarte. Ven. Vamos a buscarle a él y a su esposa.

—Vamos. Es de esperar que sabrá dar golpes que atraviesen la piel y resuenen hasta el interior de los huesos. Si no es así, no tendremos más remedio que molestarnos en enseñarle prácticamente lo bastante para completar sus conocimientos sobre esta materia.

Volvimos a la balsa y encontramos a la Sombra y a su mujer en la misma posición en que los habíamos dejado. Mucho debieron sufrir estando tanto rato sin cambiar de postura, y tampoco serían menores los tormentos morales por la incertidumbre de no saber cómo terminaría aquella aventura.

Cuando los libertamos de la cuerda del lazo, ambos apenas podían tenerse en pie. La mujer siguió tan silenciosa como el día anterior, pero el hombre no esperó a que le interrogara más, sino que, apenas se vio libre de sus ligaduras, preguntó:

—Nos prometisteis la libertad si nos estábamos quietos; por nuestra parte hemos cumplido; ¿podemos marcharnos?

—Aún no —respondí.

—¿Por qué no, si nos lo habías ofrecido? Quien falta a su palabra, sólo merece desprecio y...

—Basta —dije interrumpiéndolo—. Nadie merece más desprecio que un embustero y traidor. Y si te figuras que nos puedes hablar en ese tono, estás muy equivocado. Os mandamos que estuvierais quietos y callados, y si ahora empiezas a insultarnos, te advierto que recojo mi palabra y dejo que caiga sobre ti el castigo que merece tu traición.

En tono muy distinto del anterior, dijo:

—No fue mi intento ofenderos, sino saber cuándo podríamos marcharnos.

—Si podréis hacerlo pronto o si vuestros cadáveres flotarán sobre las aguas del río, dependerá en todo de vosotros.

—¡Nuestros cadáveres! —repitió horrorizado, mientras la mujer nos dirigía miradas de espanto—. ¿Acaso tenéis intención de asesinarlos?

—No asesinaros, sino condenaros a muerte por el atentado que contra nosotros preparasteis. Yo soy cristiano y perdono la vida hasta al ser más despreciable, porque, según mis creencias, sólo Dios tiene el derecho de disponer de las vidas humanas. Además, eres una criatura tan falta de fuerzas, que me repugnaría ponerte la mano encima. Por estas dos razones te dejaré marchar libremente, siempre que antes cumplas la orden que voy a darte.

—Ya te escucho. ¿Es ello muy difícil de hacer?

—No. Los tres persas a quienes queríais entregarnos han merecido la muerte, lo mismo que tú. Y, del mismo modo que estoy dispuesto a ser misericordioso contigo, quiero perdonarles la vida. Pero no es posible que queden sin castigo.

—No, eso es absolutamente imposible —añadió vivamente Halef, al ver que nos acercábamos a su tema favorito—. Hay que darles una paliza, una tremenda paliza.

Mira este látigo que llevo a la cintura; está hecho con la fresca piel del hipopótamo y tiene particular predilección por acariciar la piel de los traidores. Te lo prestaré para que demuestres a tus cómplices que la amistad que por ellos sientes tiene la misma fuerza que nosotros exigimos de tu brazo.

—No sé si te comprendo bien —dijo la Sombra—. ¿Tú quieres prestarme ese látigo?

—Sí —respondió Halef con visible satisfacción.

—¿Y yo he de azotar...?

—Sí —repitió aún más satisfecho.

—¿A los persas..., a los tres?

—Eso es, a los tres, y has de pegar tan fuerte como lo permitan las fuerzas de tu brazo. Nosotros estaremos presentes y observándote. Si un solo golpe lo das menos fuerte de lo que deseamos, recibirás tú mayor número de ellos que los destinados a esos tres pillos juntos.

—¡Alá! No puedo... no debo hacerlo... no puedo hacer eso...

—¿Por qué?

—Porque más tarde, en cuanto os marchéis, me matarán. Me prometisteis perdonarme la vida si consiento en azotarlos, pero esto mismo me conducirá a una muerte segura.

Dijo esto con tal tono de convencimiento, que el mismo Halef no se atrevió a replicarle y me dirigió una mirada de interrogación. Las circunstancias del país me obligaban a dar crédito a las palabras de la Sombra, y por eso me parecía más indicado dirigirle algunas palabras tranquilizadoras.

—No sabrán quién los ha azotado, porque, antes de empezar, les vendaremos los ojos. Darás cincuenta golpes al jefe, cuarenta al que se llama Aftak y treinta al tercero, todos ellos tan fuertes como exija mi compañero, pues yo mismo no estaré presente. Si intentas pegar flojo, recibirás tú los ciento veinte azotes destinados a los otros. No tenemos tiempo que perder. Conque, decídetelo pronto: obedecer o morir, no tienes otra salida.

A pesar de la medida de precaución indicada, temía la venganza del persa, y trató de evadirse, apelando a varios pretextos. Pero cuando Halef sacó el revólver regalado por mí y, apuntando el cañón del arma, amenazó con matarlo en el acto, así como a su esposa, comprendió el hombre que la cosa iba de veras y declaró que estaba pronto a obedecer. Nos encaminamos a la cabaña y, atando primero al matrimonio, penetramos Halef y yo en el interior de aquélla.

El padre de las especias seguía observando la misma conducta que durante la noche. Apenas me divisó, empezó a gritar.

—¿Acabarás por obedecer mis órdenes y soltarme? Si no lo haces así inmediatamente, hoy mismo os enviaré al infierno.

No contesté, pero el impulsivo Hachi sintió repercutir el insulto en su mano derecha y, olvidando la digna compostura a que le obligaba su rango, soltó una

soberbia bofetada al persa, acompañándola de los siguientes denuestos:

—¡Perro! Por ahora me contento con hacerte sentir mi mano; pero si pronuncias una insolencia más, tendrás que habértelas con la hoja de mi cuchillo. Nosotros no iremos al infierno, pero tú puedes ponerte en camino para él, a pie o a caballo, como mejor te plazca. Nos proponemos daros hoy mismo una muestra de los placeres que allí os esperan.

Nada replicó el prisionero. En cambio, sus ojos dieron claramente a entender el odio mortal que nos profesaba. Halef hizo el mismo caso que yo de sus terribles miradas y, despojándole del chal de Cachemira que rodeaba su cintura, lo dividió en tres tiras, con las que vendó los ojos a los prisioneros. Hecho esto volvimos a salir y, llevándome a un lado Halef, para no ser oído por la Sombra ni por su mujer, me dijo:

—*Sidi*!, ¿de veras no quieres estar presente cuando esos tunos reciban las pruebas de nuestra gratitud?

—No.

—¿Y por qué?

—Ya lo sabes desde hace mucho tiempo. Por desgracia, existen casos, y este es uno de ellos, en que es preciso golpear a seres humanos como si fueran perros, pero me es tan penoso verlo, por muy merecido que lo tengan, que procuro no ponerme delante. Esos miserables están atados y tienen que soportar, sin poder defenderse, lo que se quiera hacer con ellos. También tienes en tu poder al hombre de Mansurijeh. Así es que no creo necesaria mi presencia durante la repugnante escena.

—¿Repugnante? *Sidi*, bien has demostrado que eres un hombre en toda la extensión de la palabra, pero, en algunos casos, un poco débil. No repugnante, sino muy grato debe ser para nosotros el ver que, gracias a nuestros esfuerzos, triunfa la justicia sobre la maldad. Antes me has llamado soberano: obligación es de los que gobiernan y rigen a los pueblos convencerse por sus propios ojos de que todas las malas acciones reciben su merecido. Por consiguiente, debo convencerme de que el castigo sea debidamente aplicado, aunque, en el caso presente, es mucho más ligero que la culpa. Quien ha merecido la muerte y no recibe sino unos cuantos azotes, éstos deben de ser, por lo menos, bastante fuertes para que no los confundan con dátiles dulces. Ahora veré, y si la Sombra no pega firme, se me va a olvidar la alteza del puesto que ocupo y con mi látigo voy a fortalecerle el brazo.

—Nada de barbaridades, querido Halef, ¿entiendes?

Me respondió con un ademán. Soltó a la Sombra y, con él, penetró en la cabaña mientras la mujer permanecía atada a la entrada de ella.

CAPÍTULO 20

Un extraño documento

Me alejé la distancia que creí conveniente para no oír los gritos de los azotados. Pasó una media hora antes de que Halef viniera a mi encuentro. Mis huellas le indicarían dónde me hallaba.

Su rostro no denotaba la satisfacción que yo esperaba ver en él; por eso me apresuré a preguntarle:

—¿Ha ido todo bien?

—Sí —me contestó—. Solamente no están bien los sitios visitados por mi látigo.

—¿Y aún no estás contento?

—Las cosas han pasado de un modo diferente a lo que yo esperaba. La Sombra ha pegado a conciencia, la sangre corría por las heridas, pero ninguno de estos tres persas ha despegado los labios. Yo oí cómo rechinaban los dientes. Cuando fue dado el último azote, yo esperaba que se desatarían en improperios y maldiciones, pero continuaron mudos.

—Eso es mucho más amenazador para nosotros que si hubieran desahogado su rabia a gritos. ¡Pobres de nosotros si caemos en sus manos!

—¿Quieres verlos?

—No.

—Ya me lo figuraba y, por lo tanto, les he registrado los bolsillos y te traigo lo que he encontrado.

—¿Qué es?

—En los bolsillos del jefe he hallado este dinero y este pergamino. En los de sus compañeros sólo había algunas monedas pequeñas y se las he dejado.

La bolsa que me alargó contenía cerca de quinientos *tumans* y se la devolví al Hachi. En cuanto al pergamino, roto por varios sitios, contenía por un lado varias cifras y por el otro había dibujado un plano que no pude entender y una serie de nombres que, probablemente, no tendrían ningún valor para mí.

Sin embargo, siguiendo mi antigua costumbre, copié cifras, plano y nombres en mi libro de memorias. Algunos grupitos de signos, semejantes a comas, parecían carecer de importancia, pues diríase que habían sido hechos para probar la pluma o para quitar un pelo de la misma. Por fortuna, como después se verá, quedaron profundamente grabados en mi memoria. Devolví el pergamino, diciendo:

—Vuelve a dejar todo donde estaba, no lo necesitamos.

—¿El dinero también?

—Naturalmente. No somos rateros ninguno de los dos.

—Dices bien. Sólo lo traje para enseñártelo. ¿Qué hacemos ahora? Una vez que

cumplió su cometido, he vuelto a atar a la Sombra junto a su mujer.

—Prosigamos nuestro viaje pero antes aflojaremos las ligaduras que sujetan al matrimonio lo bastante para que tarden aún largo rato en verse completamente libres. Por ese medio ganaremos una considerable ventaja que nos permitirá llegar a Bagdad antes que los persas, aun cuando su balsa es más ligera que la nuestra.

—Perfectamente, aunque no tenemos motivos para temerlos. Espero que no tendrás inconveniente en concederme permiso para que antes de marchar me despida del hombre de Mansurijeh y de su esposa.

—¿Para qué? No es necesario.

—¿Qué no es necesario? ¡Oh, *Sidi*! ¡Qué poco sabes de las exigencias e importancia que tiene el saludo entre los seres humanos! Los hombres no se encuentran ni se vuelven a separar sin las prescritas fórmulas de consideración y de mutuo aprecio. Si en la tierra en que tú has nacido se acostumbra a vivir sin estas pruebas de cortesía, no por eso los muy civilizados pueblos orientales se han de reunir y separar sin decirse una palabra como las ranas, que, después de encontrarse y mirarse con fijeza, saltan en silencio la una hacia oriente y la otra hacia occidente. Si tú quieres portarte como una rana, aléjate, pero no exijas que imite tu ejemplo y que prescinda de dar una nueva prueba de mis conocimientos y exquisito tacto en el arte de las despedidas.

Por desgracia, a menos de dar un considerable rodeo, no podía imitar la conducta de las ranas, pues el camino que conducía a nuestra balsa pasaba por la cabaña, a la que se dirigió Halef con la altiva majestad de un poderoso príncipe.

Llegados allí me ocupé en aflojar las cuerdas del matrimonio, pero dejándolas de modo que tuvieran que pelear aún durante horas enteras, antes de verse libres de ellas. Mientras yo hacía eso, Halef dijo a la Sombra:

—Cuando dos buenos amigos se separan, lágrimas de dolor se desprenden de sus ojos y el sol de la alegría se pone tras las montañas de desconsuelo que agobian sus corazones. La primera vez que te vi mi alma se regocijó y, revestida de fiesta, salió al encuentro de la tuya y, ahora, al alejarme de ti, veo abierta la fosa de mi felicidad y bajo a ella con la esperanza de que pronto vendrás a reunirme conmigo para que nos entierren juntos; nuestras relaciones de amistad han sido cortas, pero durante ellas, fuertes lazos te han unido a nosotros y nuestra balsa ha sido durante una noche entera el delicioso lugar de descanso para tu cuerpo y tu alma. Tengo la esperanza de que nuestra amarga separación no será eterna y que no tardarán mis ojos y mi corazón en recrearse de nuevo con tu presencia. Entonces mi pulso acelerará su marcha y, dando vida a esta tira de piel de hipopótamo que siempre me acompaña, te dejará profundamente grabadas sobre la piel las señales de lo grato que es mi recuerdo. Deseo que tu harén se vea poblado de bellezas semejantes a la que tienes al lado, y que tengas, para que tu dicha sea más completa, los pies de cigüeña, el cuerpo de tortuga y el rostro salpicado de espinas como el puercoespín. Entonces te admirarán todas las razas y el coro que entone tus alabanzas se oirá en todo lo que alcanza la

tierra. ¡Yo soy Hachi Halef Omar, jefe supremo de los fieros Haddedihnes, no lo olvides tú, padre de los traidores, abuelo de la mentira y tío del engaño y la doblez!

Después de desahogar su corazón con este diluvio de palabras, escupió tres veces, hizo con la mano un ademán despreciativo y se volvió para seguirme.

Condujimos los caballos a la balsa, soltamos las amarras y nos mantuvimos cerca de la orilla hasta llegar donde estaba el *kellek* de los persas, allí nos detuvimos.

Quería impedir que aquellos hombres nos alcanzaran antes de llegar a Bagdad y, por consiguiente, que pudieran averiguar nuestro paradero en dicha ciudad. Para evitarlo, corté la cuerda que sujetaba la balsa, la empujamos hasta el centro del río y dejamos que la arrastrara la corriente.

Aun cuando era de suponer que el *Padar i Baharat* no podría emprender la persecución hasta el día siguiente, manejamos con vigor los remos para acelerar la marcha de nuestra embarcación y pronto dejamos atrás la aldea de Reschidijeh. A éste siguieron las de Suafschen, Dscherjat, Habib el Murallad e Imán Muza, donde nos estuvimos una hora escasa y, desde allí, nos deslizamos, a la sombra de las gigantescas palmeras que crecían en ambas orillas, hasta alcanzar el puente de Bagdad, donde tuvimos que detenernos ante la aduana, pero no fuimos molestados porque tuve la precaución de proveerme de un pasaporte en Mossul. Habíamos terminado felizmente la primera parte de nuestro viaje.

CAPÍTULO 21

La ciudad de Harun Al Raschid

i Bagdad!

¡Qué brillantes imágenes despierta este nombre en el alma de los que nunca estuvieron en la famosa ciudad, ni la conocen más que a través de las fantásticas descripciones de Las Mil y Una Noches!

Mientras que los árabes llaman a El Cairo Puerta de Oriente, designan a Bagdad con el de Alma de Oriente. Si este calificativo fue justo en tiempos pasados, en la actualidad ha dejado de serlo. Con esta ciudad sucede lo que con muchas otras hermanas suyas, cuya gloria y esplendor pertenece al pasado.

Los pocos restos que conserva de su hermosura deben ser contemplados desde cierta distancia, pues de cerca pierden todo su encanto. En sus mejores tiempos, Bagdad llegó a contar dos millones de habitantes, cien mil mezquitas y más de cincuenta mil bazares. Ahora apenas encierra ochenta mil almas y las mezquitas no pasan de treinta.

Bastan estas cifras para poder establecer la comparación. La activa ciudad de los Califas, que antes era uno de los principales centros del islamismo, según las frases de un poeta persa, «ha perdido la belleza de su rostro, el rosado color de sus mejillas, el brillo de sus ojos, la morbidez de su seno y la gracia del andar».

Antes, la ciudad se alzaba en medio de un verdadero paraíso, y hoy, ni aun con la mejor voluntad, podrían compararse sus alrededores con el divino jardín, pues la escasa vegetación que aún queda parece que se apriete contra la urbe y, a poca distancia de ésta, ya empieza la estéril llanura.

El Tigris la atraviesa y, para salvar el río, existe un puente de doscientos metros de largo. Las ruinas de la ciudad antigua, junto con la ciudadela, están en la orilla izquierda. La parte nueva y más importante se extiende por la orilla oriental.

No puede negarse que, aun hoy mismo, la ciudad, vista desde el río, ofrece, por lo menos, un aspecto que no carece de interés; pero en cuanto se recorren sus calles se desvanece la ilusión. Las murallas están derrumbadas y nada queda que nos permita apreciar la espléndida obra de los Califas.

Las casas tienen muros de piedra cuyas ventanas se abren sobre los patios interiores. Así es que desde las estrechas y tortuosas callejas, en su mayoría sin empedrar, sólo se ven paredes desnudas, sin más abertura que alguna estrecha puertecilla, siempre cerrada.

Lo más digno de verse son los bazares, instalados en galerías abovedadas y donde pueden obtenerse todos los productos de Oriente. En verano, el calor es asfixiante, tanto que los vecinos se pasan el día en las frescas habitaciones subterráneas y por las

noches duermen en las azoteas que sirven de tejado a las casas.

El frío no es menos riguroso y obliga a que los habitantes de la población se agrupen en torno de los hogares. No se conocen las estufas ni chimeneas.

Bagdad fue fundada por Al Mansur, el segundo Califa de los Abbasidas. Harun al Raschid agrandó considerablemente la ciudad y mandó construir el primer puente de barcas. Al Mustansir la dotó con la Academia de Química y de Medicina, que sirvió de modelo a todos los centros científicos mahometanos.

Aún ha sido más triste la transformación sufrida por la ciudad misma. Fue tomada por asalto y destrozada por los príncipes mogoles Halugú. En recuerdo de su triunfo, estos conquistadores elevaron varias torres con cerca de cien mil cabezas humanas pertenecientes a los moradores de la ciudad vencida.

Más tarde fue la ciudad tomada por los Osmanlís, a quienes se la quitaron los persas, bajo el mando del *Sha* Ismael. Éstos tuvieron que rendirla al sultán Murab IV y, desde esa época, sigue en poder de los turcos.

De los esplendores del tiempo de Harun al Raschid apenas queda otra señal que la tumba de su esposa Zobeida que, solitaria y medio derruida, se alza en la parte más elevada de la ciudad, en la orilla derecha del río. Al Raschid quiere decir «el Justo»; pero dicho califa no mereció el nombre. Su cultivada inteligencia le valió ser contado entre los teólogos y eruditos, hizo nueve peregrinaciones a La Meca, una de ellas a pie, pero hay que decir que empleó todos los medios posibles para que el viaje resultara agradable. Mandó alfombrar todo el camino con blandos tapices y construir un castillo a cada jornada.

Pagó con esplendidez a varios poetas para que cantaran sus alabanzas, pero fue odiado por sus súbditos, sobre todo después de haber mandado emparedar viva a su propia hermana Affasah y a sus dos hijos.

Él conocía y temía este odio. Por huir de él trasladó su residencia a Rakka, en el alto Éufrates y, más tarde, a las llanuras del norte de Persia y fue enterrado en el más apartado confín de Chorassam. También su hijo Manmun supo demostrar su magnificencia. Con motivo de sus bodas con la hija del Gran Visir Hassan Ibn Sahl, mandó construir un suntuoso edificio, cuyos magníficos salones, capaces de contener centenares de huéspedes, estaban adornados de piedras preciosas y la iluminación se componía de innumerables y gigantescas antorchas de ámbar.

De todos estos esplendores sólo quedó el recuerdo que de generación en generación se transmite por boca de los narradores populares. No tuvo la menor parte en esta decadencia la profunda división que se inició al defender una parte del pueblo los derechos de Alí y de sus descendientes.

El mahometismo dividióse en dos partes. Sunitas y sehitas, bandos que aún hoy día combaten con encarnizamiento.

Decíamos, pues, que habíamos llegado a Bagdad y presentado nuestros documentos en la oficina de la aduana. Antes de embarcarnos para continuar nuestro viaje, deseábamos visitar algunos parajes de gran interés para nosotros en los cuales,

durante nuestra anterior visita a Irab Arabi, caímos atacados por la peste y nos encontramos solos y abandonados.

Lo primero que teníamos que hacer era buscar posada en la ciudad. No quería habitar en un *karavansersi* por temor a los numerosos insectos que suelen poblarlos, y también Halef opinaba que no debíamos confiarnos a la «afectuosa hospitalidad de aquel pueblo», según su frase textual.

Los europeos que llegan hasta allí suelen poner a contribución la amabilidad de sus respectivos cónsules o compatriotas bien acomodados, pero yo no tengo esa costumbre. El que no se contenta con conocer a un pueblo superficialmente, sino que quiere estudiarlo a fondo, debe impregnarse en los usos y costumbres de ese pueblo, desatando todos los lazos que lo alejen de él.

Por eso, en mis largas caminatas, he evitado sistemáticamente todos los caminos trillados, he arrojado lejos de mí todos los convencionalismos europeos y me he confiado a mí mismo. Para poder hacer eso es preciso darse antes mucho trabajo para aprender los distintos idiomas o dialectos, a fin de evitar muchas privaciones, obstáculos y hasta peligros. Pero cuando se llenan estas condiciones, el viajar proporciona placeres muy superiores y emociones más intensas que las experimentadas por la gente cuya abundancia de medios o poderosas protecciones allanan todos los caminos y salvan todos los obstáculos. Habría bastado una visita al Bajá o la simple presentación a uno de los Consulados allí establecidos, para haber solucionado la cuestión de alojamiento, mucho más teniendo en cuenta que el nombre de Kara Ben Nemsí no era desconocido allí, ni en los círculos militares ni en los oficiales.

Pero yo quería obrar por cuenta propia y sin necesidad de crearme una deuda de gratitud que pudiera coartar mi independencia. Por eso juzgué más conveniente buscarnos, gracias a nuestro dinero, un buen sitio donde nosotros y los caballos pudiéramos estar con relativa comodidad.

La ilación de mis ideas hízome pensar en el afectuoso polaco en cuya casa residimos durante nuestro anterior viaje y que tan simpático, supo hacérsenos. Claro está que no era seguro que viviese y, aun suponiendo que éste fuera el caso, podría haber marchado de Bagdad o cambiado de domicilio.

No fui yo solo quien se acordó de nuestro amable patrón, pues al bajar los caballos de la balsa, Halef dijo:

—Esta balsa ya no tiene objeto para nosotros. Nadie querrá comprarla. Así es que dejémosla sencillamente donde está y que la coja quien quiera. ¿Adónde iremos ahora nosotros y los caballos?

—Eso mismo te pregunto yo —fue mi respuesta.

—Tengo una idea que espero merecerá tu aprobación.

—¿Cuál?

—¿Recuerdas aún la casa en donde anteriormente nos hospedamos?

—Sí.

—¿Quieres que vayamos allí?

—El mismo pensamiento se me había ocurrido, tendré mucho gusto en volver a ver a tan buen hombre.

—Y a su criado, que, por cierto, no dejaba de ser ingenioso —añadió Halef, riendo.

Quien haya leído mi obra «De Bagdad a Estambul» no habrá olvidado este pintoresco personaje, ni la original manera como cumplía sus obligaciones. Era de suponer que él, por lo menos, hubiera muerto, pues ya cuando lo dejamos, la rotundidad de su abdomen hacía pensar en un ataque apoplético.

Disponíamos de tiempo y no cometíamos ninguna falta encaminándonos a la mencionada casa para informarnos de sus habitantes. Montamos en nuestros caballos y les hicimos tomar la dirección que deseábamos.

Quizá recuerde el lector que el domicilio que buscábamos estaba situado en el Jardín de las Palmeras, hacia el sur de la ciudad. A pesar del mucho tiempo transcurrido, lo encontramos fácilmente, pero, esta vez no nos detuvimos junto a la puertecilla de escape, sino que hicimos alto junto a la puerta principal que da al otro lado del jardín.

Allí nos apeamos y llamamos. Tuve que hacerlo repetidas veces y, por último, se oyeron unos pasos que con gran lentitud se acercaban a la puerta viniendo del interior. Ésta tenía un ventanillo que fue abierto. Por él apareció primero una nariz larga y puntiaguda, mucho más puntiaguda que antes y, detrás, distinguimos un rostro flaco y lleno de arrugas.

Los ojos, que habían perdido por completo la expresión, nos miraron a través de las gafas y, con voz débil y temblona, nos preguntó:

—¿Qué buscáis aquí?

Lo reconocí en el acto, era nuestro antiguo patrón, en otros tiempos oficial turco de nacionalidad polaca. Antes no llevaba gafas y este aditamento lo envejecía mucho. Probablemente no me reconocería. Puesto que él se servía del idioma árabe, le contesté en el mismo lenguaje:

—¿Vives solo en esta casa?

—¿Por qué quieres saberlo? —me preguntó con desconfianza.

—Porque quisiéramos rogarte que nos dieras posada.

—No tengo sitio para gente extraña.

—No intentamos vivir de balde, sino pagarte con buen dinero.

—No alquilo nada. Además, veo que traéis caballos y no hay cuadra en la casa.

—Pero tienes un corral grande, parte del cual está techado, allí abajo hay mucho más sitio del que necesitan dos caballos.

—¿Conoces el patio? ¡Ahora desconfío más que nunca! ¡Ya os estáis marchando!

Quiso cerrar el ventanillo, pero yo se lo impedí interponiendo la mano y añadí para tranquilizarlo:

—No tienes por qué desconfiar, somos gente honrada y te traemos recuerdos de

algunos amigos.

—¿Recuerdos dices? ¿De quién?

—¿Te acuerdas de un príncipe persa que, acompañado de dos mujeres y varios criados, se alojó en tu casa?

—Sí, sí —respondió precipitadamente—. También venían entre el acompañamiento un *Effendi* alemán y un árabe a su servicio.

—Ese alemán se llamaba Kara Ben Nemsí.

—Sí. ¿Lo conoces?

—Lo conozco y te traigo un saludo de su parte.

—¿Luego vive y está bueno? Muy poco tiempo estuvo aquí, pero le tomé mucho cariño. Dime pronto cómo está y dónde se halla.

—¿No te parece mejor que te dé estas noticias dentro de tu propia casa?

—¡Claro que sí! Entrad ambos, voy a abrir la puerta.

La puertecita de al lado parecía abrirse con mucha más facilidad que el portón. El viejo tuvo que emplear toda la escasa fuerza de sus temblorosas manos para dar la vuelta a la llave. Después la hoja de la puerta se resistía a moverse, tanto, que nosotros tuvimos que empujar desde fuera.

Una vez franca la entrada, se nos apareció el viejo lo mismo que en la anterior visita, metidos los pies en las gigantescas zapatillas y vistiendo un caído y largo caftán. Después de haber hecho entrar a los caballos, empujé la puerta, di la vuelta a la llave y se la entregué al dueño de la casa.

—Ante todo vamos a la cuadra —dijo éste. Y moviendo sus escuálidas piernas entre las matas del jardín, nos condujo al corral.

Dejamos atados los caballos y desde allí nos guió al vestíbulo de la casa, en cuyo fondo se hallaba la tan conocida escalera que conducía a la parte alta de la misma. Abriendo una puerta a la derecha, nos introdujo en la biblioteca, que estaba igual que antes y sin haber cambiado una sola pieza de su mobiliario.

Después de invitarnos a tomar asiento en el diván, dio varias palmadas a la usanza oriental. Tenía verdadera curiosidad por saber qué espíritu familiar acudía al conjuro de esta llamada. La imagen del extraordinariamente gordo Ganimedes, que se bebía el vino de su amo, remplazándolo con agua, estaba tan viva en mi recuerdo como si lo hubiera visto el día anterior.

CAPÍTULO 22

Hospitalidad

El amo de la casa tuvo que repetir varias veces la llamada. En vista del poco éxito lo ayudé uniendo ruidosamente mis manos. Por fin se abrió la puerta y apareció... sí, era el mismo, no cabía duda, pero muchísimo más gordo que antes o, al menos, de tal como lo recordaba.

Las mejillas colgaban como dos sacos, alrededor de los ojos, la grasa cubierta de piel formaba dos bolsas rojizas. No se necesitaba especial fantasía para comparar aquellos abultados labios con dos chorizos de los de buen tamaño. En cuanto a los ojillos apenas se veían. Por la parte inferior, el rostro terminaba en una descomunal papada que pesaría poco menos que un cochinillo y por la parte superior en un fez que podría asarse en su propia grasa y no dejaría menos de un kilo de sebo de carnero.

La única vestimenta de esta cuba humana parecía consistir en un estrecho y largo caftán cerrado de arriba abajo y que ya no tenía ningún color determinado, a pesar de verse en él todos los colores. Los numerosos desgarrones de esta deslucida prenda permitían ver distintamente el contorno colosal de las piernas y brazos. Y no digamos nada del vientre. ¡Qué vientre y qué cintura!

Mirándolo con fijeza para poder descubrirlo mejor, no pude reprimir una sensación de espanto y desaliento. El más desarrollado caballo marino era un muchacho hambriento en comparación con aquel cachalote disfrazado de servidor turco. ¡Y los pies y las zapatillas! Hubieran podido servir de botes para pasear por el Danubio.

Si yo fuera millonario, apostaría mi fortuna entera a que aquel hombre era incapaz de inclinarse ni aun diez pulgadas y, sin embargo, el infeliz tenía que desempeñar todos los quehaceres de un criado. No había que pensar siquiera en que pudiera andar como los demás nacidos, avanzaba mediante un impulso de sus rígidas piernas que arrastraban los pies.

Sin haber hecho más que abrir una o dos puertas, el sudor bañaba su frente. Nada tenía de particular que el amo en persona hubiera venido a recibirnos a la puerta. Pero no puede negarse que aquel gordo era un sujeto amable y afectuoso.

—¿Has llamado, *Effendi*? ¿Qué deseas? Ya he oído llamar a la puerta. Está visto que no nos dejarán en paz. Pero manda lo que quieras, cumpliré gustoso tus órdenes.

—Café y tabaco —fue la respuesta de su amo—. Ya ves que tenemos huéspedes.

—¿Café? ¡Oh, Alá! —gimió la mole revolviendo los ojillos.

—¿A qué vienen tus lamentos? Despacha pronto. Bien sabes que es costumbre ofrecer café a los huéspedes.

—Sí, es costumbre, es costumbre. *Effendi*, pero se ofrece cuando se tiene.

—¿Cómo? ¿No hay café en casa?

—No.

—Pero si anteayer mismo me pediste seis piastras para ir a comprarlo.

—Sí, y lo compré, juro por todos los profetas que lo compré.

—¿Dónde está entonces?

—Se ha acabado.

—¿Acabado? Pero si a causa de mis ojos no he tomado ni una sola gota.

—¡Oh, *Effendi*! No te enfades. Yo no tengo la culpa. Justamente a causa de mis ojos necesito tomar mucho café para que estén abiertos siempre en tu servicio.

—Pero ¿seis piastras en dos días?

—¿Quieres dar a entender que sería mejor lo contrario, que este viejo y fiel criado tuyo tomara café seis días por dos piastras? ¿Cuánto café dan por seis piastras? Cuando voy a comprarlo tengo que, en el camino de ida, detenerme dos veces en casa del *kahvedschí*^[38] para tomar fuerzas, y lo mismo he de hacer a la vuelta. Esto cuesta cuatro piastras, es decir, que sólo me sobran dos para la compra. ¿Qué dan por ese dinero? Casi nada. Bien ves, *Effendi*, que soy inocente.

—Pero es preciso que yo dé café a mis huéspedes.

—Es preciso, vaya si es preciso. Así es que dame otras seis piastras para que vaya a buscarlo.

—¡Pobre de mí! Si te envío, volverás a las andadas y estarás hasta la noche para comprar dos piastras de café. ¡Estoy fuera de mis casillas y no sé qué hacer!

Como estas exclamaciones se dirigían tanto al criado como a mí, contesté en tono conciliador:

—No te apures, *Effendi*, nos hemos provisto de café para el camino, y aún nos queda algo. Mi compañero irá a buscarlo en las bolsas de las sillas que están en el corral.

—Te lo agradezco, señor, alivias mi corazón de un gran peso y me evitas la vergüenza de no poder ofrecer a mis huéspedes el aromático líquido de la hospitalidad. En compensación fumarás conmigo el mejor tabaco que puede adquirirse en Bagdad. ¡Trae aprisa los *tschibuks*!

El gordo, a quien iba dirigida esta orden, giró los ojos en sentido contrario hasta que los hizo desaparecer y, con voz quejumbrosa, exclamó:

—¿Los *tschibuks*? ¡Oh, Alá! ¡Tabaco, tabaco!

—No te lamentes; ve a cumplir lo que te he mandado. Apresúrate.

—*Effendi*, te lo ruego, reúne tu juicio, todo tu juicio. ¿Para qué me he de apresurar cuando la prisa es inútil?

—¿Inútil? ¿Cómo inútil?

—No tenemos tabaco.

—¿Que no hay tabaco? ¡Imposible! No puede haberse acabado todo. Si hace casi una semana que no fumo.

—Yo tampoco, *Effendi*. Por eso verás que no es mi culpa.

—Pero si debías haberlo traído anteayer, cuando compraste el café. Te di diez piastras con ese objeto.

—Eso es muy cierto, me las diste.

—Entonces ¿dónde está el tabaco?

—¿El tabaco? ¡Oh, *Alahí, Wallahi, Tallahi...*!

—¡Basta de aspavientos! ¡Es imprescindible que mis huéspedes tengan los *tschibuks*!

—En efecto, es imprescindible. Dame pronto diez piastras e iré volando.

—¿No lo has comprado?

—No.

—¿Y el dinero que te di?

—*Effendi*, en cuanto me oigas comprenderás que no tengo la menor culpa. Ya sabes que fumo muy pocas veces y que un polvo de rapé me alimenta más que una pipa llena de tabaco. Así, pasé por casa del expendedor de tabaco, a quien justamente debía diez piastras de rapé, me lo recordó, amenazándome con no fiarme más. Y yo le entregué el dinero.

—¿Por tabaco en polvo?

—No, *Effendi*. Yo pagué la deuda y tomé al fiado otras diez piastras del mismo género.

—Para el caso es lo mismo que si te lo hubieras comprado. Es decir, que has empleado las diez piastras en regalar tu nariz en vez de llenar mis *tschibuks*.

—*Effendi*, no me riñas, recapacita y te convencerás de mi inocencia. ¿Quieres que el vendedor de tabaco vaya diciendo por los cafés que el servidor de un hombre tan respetable como tú no paga sus deudas? ¿Quieres que quien tanto te venera sea causa de que el carmín de la vergüenza cubra tu rostro? Si reúnes todas las fuerzas de tu entendimiento y de tu sabiduría, ellas te dirán que yo no he obrado así pensando en la satisfacción de mi nariz, sino en el lustre de tu justamente famoso nombre. Explicado el caso de este modo, estoy seguro de que ya no dudas de mi inocencia.

Y el insensato coloso dirigió a su amo una mirada llena de reproche. Éste, a su vez, me miró con aire perplejo, y yo, para sacarle de un apuro, dije:

—No te preocupes por el tabaco, *Effendi*. Traemos con nosotros cantidad suficiente. Tu criado... ¿cómo se llama?

—Kepek.

—Bueno, pues que traiga Kepek los *tschibuks* mientras mi compañero va a buscar el café y el tabaco.

—Grande es tu bondad, señor. Sólo con tu ayuda podré cumplir los sagrados deberes que me impone la hospitalidad.

Halef se alejó, pero Kepek no dio ni un solo paso. Con sus gruesos brazos hacía ademanes que demostraban su confusión y dejaba caer el labio inferior, descubriendo en toda su extensión el único diente que le quedaba de los treinta y dos huesos que

componen la dentadura.

—¿Qué más te ocurre? —le preguntó su amo.

—Hablabas de *tschibuks*, *Effendi*, y no tenemos más que uno, en el que fumamos los dos.

—¡Pero si teníamos dos!

—De ello hace ya mucho tiempo. Uno de ellos lo empleé para encender el fuego y poco a poco se ha ido quemando.

—¿Acaso un *tschibuks* es un fuelle?

—No, para que comprendas mi inculpabilidad me bastará recordarte que yo casi no puedo agacharme y en cambio al *tschibuks* no le cuesta ningún trabajo. Bien ves, *Effendi*, que la razón está de mi parte.

—Bueno, ve y trae la pipa.

Ya se comprenderá lo mucho que nos gustó el diálogo entre amo y criado. Alguna razón debía de haber para la extraordinaria tolerancia del primero. Recuerdo que, en una ocasión, me dijo el polaco: «Lo tengo a mi servicio desde que yo era oficial, y quizás algún día os contaré por qué lo trato con tanta indulgencia. Me ha prestado grandes servicios».

Decíamos que el gordo se llamaba Kepek, esto es una palabra turca que quiere decir salvado. No estaba mal escogido el nombre. Hay ciertos seres a los que se alimenta con salvado para engordarlos. ¿Quién sabe si el singular criado debería su nombre a su descomunal figura? A este propósito recordé otra frase que me dijo su amo: «Es el que más come y bebe de los dos, y sólo cuando él está satisfecho me abandona las sobras». Teniendo esto en cuenta, no era sorprendente que a uno le faltara la grasa que le sobraba al otro.

En esto volvió Halef trayendo el café, el tabaco y las pipas. Con ello desapareció la última preocupación de nuestro huésped, pues si hubiéramos carecido de ellas, habríamos tenido que fumar por turno en la suya. También entró Kepek soplando como una locomotora y puso el *tschibuks* ante su señor. Cumplida esta penosa tarea, salió de nuevo, pero sin cerrar la puerta, dejándola solamente entornada. Estoy seguro de que permaneció detrás de ella para no fatigarse en balde haciendo caminos inútiles en el caso de que su amo lo llamara.

¿Quién iba a hacer el café? El coloso parecía haber olvidado este detalle, aun cuando se había apresurado a coger el saquito que contenía los aromáticos granos, estrechándolo cariñosamente contra su caftán.

Después de cargar y encender los *tschibuks*, empezó la conversación el veterano, diciendo:

—¿Con que me traéis recuerdos del príncipe persa que lleva el nombre de Hassan Ardschir Mirza? Era un esclarecido magnate y aun creo que pertenecía a la familia del *Sha*.

Al oír estas palabras, Kepek entreabrió la puerta y asomando su enorme cabeza, dijo:

—Sí, bien se veía que era de ilustre nacimiento, pues al despedirse me dio tres *tumans* de oro.

Retiró la cabeza y su amo, sin conceder importancia a la interrupción, prosiguió:

—Tengo fundadas razones para no franquear mi casa a ningún persa, pero con ese hice una excepción por haberle traído a ella el alemán Kara Ben Nemsi, quien, desde el primer instante, se captó todas mis simpatías.

Nueva aparición de Kepek, quien exclamó:

—Yo también lo quería mucho, porque, al marcharse, me dio dos *tumans* de oro.

Pude en aquella ocasión remunerar la hospitalidad recibida por medio de aquella relativamente espléndida propina al criado, porque Hassan Ardschir Mirza había sido muy generoso conmigo. El grasiento rostro desapareció detrás de la puerta y el polaco siguió diciendo:

—En cuanto al inglés era un tipo muy singular que sólo se ocupaba de las excavaciones, pero debía ser rico, riquísimo, pues, según oí decir, había comprado todas las magníficas propiedades del príncipe.

Kepek se creyó en el deber de confirmar esta opinión y se asomó diciendo alegremente:

—Sí, muy rico debía de ser. Me dio de propina una pieza de oro inglesa, por la que me dieron ciento veinte piastras.

—¿Es decir que las propinas recibidas ascienden a trescientas sesenta piastras? ¿Conservas aún ese dinero? —preguntó el dueño de la casa.

—No.

—¿Dónde está?

—Lo he gastado. Todo ha desaparecido en tabaco y rapé.

—¿Todo ese dineral en tabaco?

—No te enfades, *Effendi*, ni te excites sin necesidad. Si recapacitas en el largo espacio de tiempo transcurrido, acabarás por convenir en que soy inocente.

Dichas estas palabras volvió a eclipsarse. El impulsivo Halef, cuya viveza se avenía mal con lo que yo tardaba en darnos a conocer, preguntó:

—¿No has vuelto a saber nada de todas esas personas que recibiste en tu casa?

—Nada del persa y del inglés, pero sí algo de los otros dos. Yo vivo muy apartado de todos y rara vez salgo de casa, pero Kepek cada vez que sale a un recado se detiene en los cuatro cafés de que antes ha hablado. Estos locales están siempre llenos de gente que comenta las grandes hazañas de los tiempos pasados y ensalzan a los héroes y a los grandes capitanes. También se habla allí de los asuntos actuales, cuando son importantes, y mucho más si han sucedido en nuestro territorio. Allí oyó mi servidor relatar algo concerniente al *Emir* de Alemania y al árabe que lo acompañaba, a quienes hospedé en mi casa. Estos dos hombres son incomparables cazadores y los más famosos guerreros que existen entre el Éufrates y el Tigris. El más furioso león pierde la vida en cuanto cae en sus manos y, armados de valor, su astucia y sus armas, se atreven a hacer frente a todas las razas que pueblan las

montañas vecinas al Desierto. Las armas que lleva este Kara Ben Nemsí, según dicen, están encantadas. Puede disparar sin interrupción y sin necesidad de renovar la carga y sus balas nunca yerran. Naturalmente, yo no doy crédito a estas supersticiones, pero cuando semejantes leyendas se forman alrededor del valiente alemán y de su incomparable compañero Halef, prueban que ambos son hombres de méritos extraordinarios.

Al oír estas palabras el rostro del pequeño jeque resplandeció de satisfacción, sus ojos brillaron de contento y con voz vibrante preguntó:

—¿Halef? ¿Sólo así se llama? ¿No conoces todo su nombre?

—Lo conozco. Si mal no recuerdo es: Hachi Halef Omar.

—¡Oh, no! Ese es solamente el principio. Ese famoso guerrero, cuyo nombre es conocido y respetado entre todas las razas beduinas, se llama Hachi Halef Omar Ben Hachi Abul Abbas Ibn Hachi Danmud al Gosarah, y aún esto no es todo, pues, a causa de sus gloriosos abuelos, tatarabuelos y remotos antepasados, podría estirarle de tal modo que llegara desde la Tierra al Cielo y desde el Cielo a la Tierra lo menos seis veces.

El viejo conocía indudablemente la costumbre beduina de juzgar más respetable el nombre cuanto más largo era y, en consecuencia, todos añaden a su propio nombre el de todos sus ascendientes que conocen y aun otros muchos que les son desconocidos. Por eso no manifestó ninguna sorpresa ante la interminable serie de nombres que pronunció Halef ni le pareció excesiva la distancia entre el Cielo y la Tierra ni aun para recorrerla por seis veces. Se limitó a contestar:

—Quisiera saber si todo lo que se dice es verdad. Yo he oído decir que él era un hombre pobre y desconocido y sólo a su valor y propio esfuerzo debe el haber llegado a jeque de los Haddedihnes.

—Todo eso que te han dicho es verdad, puedo afirmarlo —contestó Halef.

—¿O existe quizás una semejanza en el nombre?

—No. Hachi Halef Omar, el gran jefe, célebre en África y Asia, y Hachi Halef Omar, el jeque supremo de los Haddedihnes de la gran tribu de Schammar, son una misma persona. ¿Reconocerías al vencedor de todos los héroes existentes si volviera a presentarse ante ti?

—Lo dudo, porque mis fatigados ojos se han debilitado mucho en los últimos tiempos.

—¿Tampoco reconocerías la voz?

—No lo sé. Para reconocer a un hombre por la voz hay que haberlo tratado mucho, y ese Halef Omar estuvo poco tiempo en mi casa. Además, no me llamó la atención lo bastante para que su rostro o su voz hayan quedado impresos en mi memoria.

—¿Que no te llamó la atención? ¿Qué escucho? Permite que me asombre en el más alto grado. Ese incomparable jeque de los Haddedihnes posee una voz tan potente que se oye hasta en los confines de la Tierra y la repiten todos los ecos de las

montañas, y su rostro, en el que lleva impresa la marca indeleble de su gloria, se graba tan profundamente en la memoria, que el cuchillo del olvido es impotente para borrarlo. Todos los guerreros de las tribus enemigas y todos los guerreros del Desierto lo conocen, y en cuanto lo divisan u oyen su voz de trueno, huyen gritando: «Sálvese quien pueda». Y tú, que has tenido la honra de albergarlo en tu propia casa y de contemplar de cerca sus augustas facciones, ¿has podido olvidarlo? Estoy asombrado, tan asombrado que no encuentro idioma capaz de ofrecerme las palabras que necesito para revestir con ellas la expresión de mi asombro. Mira a este famoso *Emir*, que lleva el nombre de Kara Ben Nemsí, y también te dirá que la flaqueza de tu memoria no debió llegar jamás a...

Su arenga fue interrumpida. El pequeño y vanidoso beduino, tan aficionado a prodigarse alabanzas, en el calor de la improvisación no advirtió que pronunciaba mi nombre. Al oírlo, el polaco, al pronto se quedó callado, pero muy pronto lo interrumpió, diciendo:

—¿Has dicho que está aquí Kara Ben Nemsí? ¿He oído bien?

—*Alá, Wallah!* —exclamó Halef sonriendo con cierta confusión—. Confieso que el nombre de mi *Sidi* se me ha caído de los labios cuando yo quería retenerlo entre ellos; pero, en fin, míralo: ¿tampoco lo conoces?

—*Maschallah!* ¡Milagro de Dios! ¿Con que sois vosotros? ¿Tú eres Hachi Halef Omar y tú Kara Ben Nemsí?

—Sí, él es él y yo soy yo, no hay hombres con quien pueda confundírseos.

—Pues os doy mil veces la bienvenida, todos los aposentos de mi vivienda están a vuestra disposición y podéis disponer a vuestro gusto de cuanto poseo.

CAPÍTULO 23

Un criado excelente

Mientras el buen viejo pronunciaba estas palabras se había levantado y nos estrechaba las manos con una efusión tanto más conmovedora cuanto que el breve tiempo que estuvimos hospedados en su casa ningún derecho nos daba para que nos hubiera guardado tan buen recuerdo.

Creí comprender que este inesperado encuentro lo regocijaba por alguna causa oculta. No fue a él solo a quien alcanzó esta alegría, la puerta se abrió por esta vez con violencia y, dando tumbos, avanzó *Salvado* con toda la ligereza que le permitía su descomunal corpulencia. Extendió las manos y con su voz de falsete exclamó:

—*Hamdulillah!* ¡Qué inmensa alegría nos habéis deparado! *Emir*, según ya has oído, aún no he olvidado los dos *tumans* de oro que me diste al partir. Los he aspirado por la nariz en forma de tabaco en polvo, pero no creas que se hayan desvanecido. Por ese conducto han llegado a mi corazón, en donde aún están como recuerdo de la bondad con que te ocupaste en llenar mi bolsa vacía. Mi *Effendi* ya os ha dado la bienvenida y, a mi vez, os afirmo que no podíais darnos mayor placer que el de vuestra presencia, pues desde hace mucho tiempo deseábamos volver a veros para enteraros de un asunto sobre el que inútilmente nos hemos roto la cabeza.

Ya nos acercábamos a la desconocida causa de tanta alegría. Las relaciones entre amo y criado eran tan íntimas que no desdeñé estrechar la gruesa mano del servidor, lo que naturalmente no pude hacer de una sola vez, sino poco a poco, pues aquellas zarpas, a causa de la grasa que las cubría, habían tomado tal volumen que hubiera bastado para alimentar media docena de osos durante el sueño invernal.

—Así es, en efecto —afirmó el polaco—. Tengo que pedirte un buen consejo, *Effendi*, pues excepto tú, no hay nadie a quien pueda ni quiera confiarme.

—Si puedo dártelo, cuenta con él, desde luego, pero ¿por qué esa única excepción en mi favor?

—Porque te considero la única persona a quien pudo dirigirme. Todo lo que de ti se dice y ha llegado a mis oídos por conducto de *Kepek*, me demuestra que no acudiré a ti en balde. A tu indomable valor y robusto brazo, unes una firme voluntad y una astucia que siempre triunfa de la sagacidad de los demás. La circunstancia de que el destino haya encaminado tus pasos a mi casa completa mi convicción de que darás feliz remate al asunto de que se trata. Vuestra llegada me hace feliz, pues gracias a ello recobraré la paz de mi corazón que actualmente tengo perdida.

—Y yo las fuerzas para digerir bien, que también me faltan al presente —añadió *Kepek* con gesto compungido—. Antes mi estómago admitía cuando se le echaba, pero, desde hace años, viene negándose al servicio y sólo acepta lo indispensable para

poder tenerme en pie. Tenía la sensación de que me esperaba una lenta y dolorosa muerte por hambre, si Alá, ¡oh, *Emir!*, no llega a traerte a Bagdad para que seas mi salvación.

De buena gana hubiera prorrumpido en carcajadas, pero como sus amargas quejas eran sinceras, me parecía más prudente disimular mi hilaridad. Tampoco le sorprendieron a su amo, que se contentó con decirle:

—Debemos demostrar a nuestros huéspedes lo muy grata que nos es su venida. Anda, corre, vuela, Kepek, y prepáranos una buena comida. Ya hace rato que ha pasado la hora de comer.

¡Andar, correr, volar! ¡Qué exigencias tratándose de un coloso cuyo peso y figura parecían ser una viviente demostración de las reglas de la estabilidad! No intentó hacer el menor ademán para dar un paso, se limitó a sacudir la cabeza con expresión de sorpresa y a fijar una mirada cargada de reproches sobre aquel amo, que, en realidad, no lo era.

—Y bien, ¿qué haces todavía aquí? —preguntó éste—. ¿No sabes lo que se ha de hacer para agasajar a huéspedes tan bien venidos como éstos?

—Sí, eso lo sé muy bien.

—Pues date prisa y prepara la comida.

—¡Oh, Alá! ¡Oh, Mahoma! Yo he de apresurarme cuando de nada sirve la prisa.

—¿Qué quieres decir?

—Que falta lo principal. Cuando no hay provisiones nada se pude cocer ni asar.

—¿No hay provisiones? —preguntó sorprendido el viejo.

—Nada, absolutamente nada.

—Pero si anteayer, cuando fuiste por el café y el tabaco, trajiste también medio cordero.

—Sí lo traje.

—Y un pollo.

—No solamente un pollo, sino un pollo tierno, la más jugosa y delicada de todas las aves de corral.

—Y arroz, mantequilla, tomates y especias.

—Todo eso también lo traje —confirmó el gordo con un ademán.

—Y harina para amasar pan.

—En cuanto a eso traje dos *okka*^[39] enteras.

—Pues tienes lo necesario para preparar una buena comida.

—¡Oh, *Effendi!* Sin duda deseas bromear. Todo eso que acabas de mencionar está ya consumido.

—¡Cómo! ¿Quién puede haberlo comido?

—Yo.

—¿Tú? Preciso sea que tengas el estómago de un tiburón.

El coloso volvió a adoptar una expresión compungida y dijo:

—*Effendi!* ¡Alá te perdone al compararme con ese monstruo marino! ¿No has

oído lo que antes he dicho? Este famoso *Emir* Kara Ben Nemsí y este valiente jeque Hachi Halef Omar estaban presentes y podrán atestiguar que he dicho que casi no puedo comer porque mi pobre estómago está tan débil y flaco como una pompa de jabón que a cada instante amenaza con romperse.

—Y a pesar de esa debilidad de tu estómago, ¿has podido comerte, solo, medio cordero, un pollo y una *okka* de harina? Pues la parte que yo he consumido no vale la pena de contarse.

—Señor, conturbas mi alma y llenas mi corazón de tristeza. Si he hecho eso, ha sido por cariño y abnegación hacia ti. El cordero llevaba tantos días muerto que su hedor ya estaba pidiendo a gritos inmediata sepultura.

—¿Por qué lo has comprado si olía mal?

—Porque no fui a comprarlo antes de que oliera.

—Debiste traer otro más fresco.

—No lo había. Toda la carne que colgaba en la tienda olía lo mismo.

—¿Por qué no fuiste a otra carnicería?

El criado hizo girar sus ojos con expresión de compasivo asombro, juntó las manos produciendo un ruido como el del funcionamiento de una sierra de vapor y exclamó:

—¡Alá te tenga en su guarda! ¿Yo había de ir a otra carnicería? Mírame bien, *Effendi*. ¿Soy algún galgo para que pretendas que corra de un carnicero a otro? Piensa que me moriré en cuanto pierda el aliento y no lo vuelva a recobrar. Además, ya sabes que no sólo iba a la carnicería, sino a otras muchas tiendas. ¿De dónde iba a sacar el tiempo para todo, teniendo en cuenta que por el camino tenía que tomar los cuatro cafés acostumbrados?

—Podías dejarlos por una vez.

—¿Dejarlos? Imposible, completamente imposible, *Effendi*. Acabas hoy mismo de tener una prueba de lo muy necesario que es el que yo visite a diario esos locales y pueda traerte noticias. Si no lo hubiera hecho así, nada habrías sabido de los dos ilustres personajes que nos escuchan. Estas visitas son una imprescindible necesidad para nosotros. Ya ves que tus reproches son, completamente injustificados, porque yo soy inocente, absolutamente inocente.

—Está bien, no insistiré sobre ese punto. Pero no paso por eso de que hoy no haya nada que comer. Yo estaba seguro de que esa carne duraría para toda la semana.

—¿Para toda la semana? ¡Oh, Alá! Esa idea es inadmisible. ¿Qué pensamientos tan extraños se te ocurren? Si medio cordero ha de durar una semana, ¿a cuánto toca por día? Y si esa vianda, ya al comprarla despidió el olor de la muerte, ¿cómo olerá una semana después? Sería imposible comerla. Pero yo, dominando la repugnancia y haciendo un poderoso esfuerzo sobre mí mismo, me lo he comido todo para que tu salud no se perjudique con tan descompuesto manjar. Es decir, he llevado a cabo un verdadero sacrificio que merece gratitud por tu parte. También en esta ocasión estoy tan inocente como siempre que me diriges tan injustos reproches. Pero en lugar de

recibir merecidas alabanzas, debo oír expresiones de desagrado. No es cosa fácil ser el cocinero y criado de un hombre que quiere comer medio cordero por espacio de una semana y niega al servidor los elogios merecidos a costa de tanto trabajo.

El viejo pareció enternecerse al oír estas sentidas quejas y dijo en tono más suave.

—Dejemos el cordero, pero no me dirás que era necesario que el pollo desapareciera con igual rapidez.

—No me hables de él, te lo ruego. Su destino estaba escrito en el gran libro de la vida. Fue muerto el mismo día que el cordero, yo los compré en la misma tienda, juntos vinieron a casa y un mismo fuego debía asarlos a los dos. La consecuencia de todo es que debían ser comidos al mismo tiempo. Contra esto no había nada que oponer, nada que decir y tampoco nada que hacer. Además, debo decirte que ese animalito me ha salvado la vida. Cuando el cordero siguió la senda que le trazaba su destino, mi estómago cumplía de tan mala gana sus humanitarias funciones, que creí llegado el momento de reunirme con mis abuelos, bisabuelos y remotos antepasados. No me importa morir, ni tengo ningún miedo a la muerte, porque sé que, después de ella, empiezan para los justos las delicias del Paraíso. Pero pensé en ti y en lo solo que te verías cuando tu fiel compañero y el único apoyo de tu vejez te abandonara. La sin igual abnegación que me inspiras me recordó la obligación de proteger el ocaso de tu vida y, con firmeza, resolví quedarme a tu lado, a pesar de los profundos disgustos que me causa a veces tu injusticia. Para conservar mi vida, era indispensable restablecer las funciones digestivas, y para conseguirlo, no había más remedio que reanimar mi medio muerto estómago atrayéndolo al cumplimiento de sus naturales funciones por medio del tierno pollo. Logré mi intento y, de pura satisfacción al observarlo, obsequié a tan importante órgano con la merecida recompensa del pan recién cocido, cosa con la que, por desgracia, no pareces estar conforme. Si ahora piensas hacerme reproches por la desaparición de los manjares, te advierto que serán tan injustos como si a un inocente corderillo lo acusaran de haberse comido un camello que fue devorado por el león. No tengo más que decirte, *Effendi*, y, ahora, haz lo que quieras.

Este largo y enérgico discurso consiguió su propósito. El viejo pareció conmoverse por las razones de su «fiel compañero, único amparo de su vejez y protector del ocaso de su vida», y, haciendo una señal de asentimiento, dijo con tono bondadoso:

—No quiero afligirte con mis reproches y los doy por no dichos, pero eso no cambia nuestra situación. Es preciso comer y no tenemos nada.

—¡Qué poca imaginación y qué falta de recursos! Si quieres seguir el consejo que pugna por salir de mis labios, tendrán término todas nuestras dificultades.

—¿Qué me aconsejas?

—Dame dinero y compraré cuanto necesitemos.

—Y no volverás hasta la noche.

—¿Te figuras que el hambre que tienen nuestros huéspedes es tan grande que no

les permite esperar hasta la noche?

—¡Vaya una pregunta! Nunca se debe hacer esperar a los huéspedes, tengan éstos hambre o no.

—No puedo rechazar en absoluta esa afirmación, pero yo tengo que pasar por los cuatro cafés y contar a cuantos quieran oírlo que el invencible *Emir* Kara Ben Nemsí y el valeroso jeque Hachí Halef Omar han llegado y se alojan en nuestra casa. Se me harán innumerables preguntas a las que tendré que responder, y no podré regresar antes de la noche.

Si un criado europeo se permitiera pronunciar semejantes palabras habría sido sencillamente tenido por loco, y este singular Kepek se creía con perfecto derecho a hacernos pasar hambre por satisfacer su pasión de charlar. Su amo, en su ilimitada bondad y consideración hacia él, no encontraba razones con que oponerse, y a mí me pareció llegado el momento de tomar cartas en el juego, pero se me adelantó el siempre impetuoso Halef, de lo que me alegré, pues me repugnaba dirigir al simpático gordo frases que de antemano sabía no le serían gratas.

El pequeño jeque ya hacía rato que había perdido la paciencia. Esto me hacía temer que, olvidando que estaba en casa ajena, se expresara con su acostumbrada violencia, pero pronto me tranquilicé viendo que sabía dominarse.

Se levantó y, dando amistosas palmadas en el hombro del charlatán criado, le dijo:

—Dispénsame, buen amigo, del medio cordero y del pollo entero: ¿quieres decirme quién es el amo de esta casa?

—Ese *Effendi* a cuyo servicio estoy —fue la respuesta.

—¡Ah! ¿Así quieres decir que tú eres su criado?

—Sí.

—¿Y a quién toca obedecer: al amo o al criado?

—Al criado, como es natural.

—Pues bien, cocinero, el más tragón de cuantos hay en la Tierra. Para nada tienes que ocuparte en lo que a ti te gusta, sino en obedecer las órdenes que la hospitalidad dicta a tu señor; y éstas determinan que sus huéspedes coman lo más pronto posible. Si después quieres ir a recorrer los cafés, no me opongo, porque yo no puedo mandarte, pero si hablas de nosotros, fájate bien en lo que voy a decir, si hablas de nosotros, si dices una sola palabra de que hemos llegado a Bagdad y dónde nos hospedamos, mañana por la mañana serás cadáver, nada más que un frío y rígido cadáver.

El espanto obligó al coloso a retroceder varios pasos con más celeridad de la que se le podía suponer. Palideciendo hasta el cuello, repitió:

—¿Un cadáver... frío... y rígido?

—Sí —afirmó el beduino con expresión severa.

—Pero ¿por qué... matarme... asesinarme?

—Te lo explicaré. Tenemos enemigos que nos persiguen y que nos buscarán en

Bagdad. Si nos encuentran, será inevitable el combate. Nosotros venceremos, pero la casa en que habitemos sufrirá las consecuencias. Lo más probable es que sus moradores reciban una muerte lenta y dolorosa.

—¿Muerte... lenta y dolorosa? ¡Alá me guarde contra el demonio, contra la muerte y contra los malvados que intenten arrebatarme la vida! Me guardaré muy bien de poner los pies en un café mientras estéis con nosotros. Cerraré la boca y no revelaré a nadie quiénes sois. Preferiría no salir a la calle ni pasar más allá de los límites del jardín.

—Bien pensado. Estoy dispuesto a facilitarte tu voluntaria reclusión, yendo a comprar yo mismo cuanto necesitamos. Mientras tanto puedes hacer los preparativos para encender la lumbre en cuanto yo vuelva. Ven conmigo a la cocina.

Salieron de la estancia. Apenas estuvimos solos se informó nuestro huésped con aire preocupado:

—Halef Omar ha exagerado seguramente, pero ¿es cierto que sois perseguidos por unos enemigos?

—Hemos tropezado con unos individuos que se han portado tan mal con nosotros que nos hemos visto obligados a sentarles la mano o, mejor dicho, el látigo. Eran persas —contesté.

—¡Ah! ¿También persas?

—Sí. Tienen furiosos deseos de vengarse y, como saben que veníamos a Bagdad, no dejarán de buscarnos para hallar la ocasión de vengarse de los bien merecidos latigazos. Naturalmente, no les tememos en lo más mínimo. Halef ha exagerado para atemorizar a tu sirviente. Ese bueno de Kepek parece algo cobarde.

—¡Te equivocas, *Effendi*! Ha sido sargento y uno de los más valientes e intrépidos suboficiales que podías imaginar. Te diré, ya que se presenta la ocasión, que me llamo Dozorca y que me retiré de comandante. Kepek es ahora viejo y se ha vuelto muy comodón, pero antes era ágil, inquieto y siempre dispuesto a la pelea. Su extraordinaria corpulencia lo hace aparecer distinto de lo que es en realidad, y puede ser que el cariño que me tiene y los cuidados que por mí se toma le hayan vuelto menos resuelto que antes, cuando cree que nos amenaza algún peligro. Varias veces me ha arrancado de manos del enemigo y me ha prestado tales servicios que debo ser indulgente con sus debilidades, mucho más estando convencido que hoy mismo arriesgaría su vida por mí si fuera necesario. Su adhesión no admite dudas, y es tan entendido en materias de cocina que no necesito cocinero. Es un comilón formidable y a mí no me llegan más que los restos, pero son más que suficientes para llenar mis necesidades. En cuanto al café, verdad es que lo hace de dos clases distintas; una muy fuerte que se toma él y otra muy floja que me reserva, pero es que, según asegura, el fuerte me excitaría los nervios. Pero, hablando del café, me acuerdo de que aún no lo hemos tomado. ¡Qué imperdonable negligencia hacia ti, *Effendi*! Ahora lo traerá en seguida.

Dio dos, tres, cuatro palmadas, su número llegó hasta diez, pero el coloso no

apareció. Sólo después que yo abrí la puerta y palmoteé hasta lastimarme las manos oí resonar su voz tras una puerta entornada. Por fin apareció, arrastrando los pies con desesperante lentitud. Su rostro estaba rubicundo como si acabara de realizar un gran esfuerzo y, descontento, exclamó:

—¿Otra vez? Apenas he despachado a ese *Hachi* que no entiende mis instrucciones y se ríe de ellas, ya debo volver de nuevo aquí. ¿Qué se ofrece?

—El café —respondió su amo.

—¿El café? No hay. El *Hachi* lo traerá. Puesto que quiere pagar todo lo que compre, le he encargado también café.

—¡Pero si tienes café!

—¿Dónde?

—¿Qué sé yo? Tú sabrás dónde has puesto el que traía el jeque en la silla del caballo.

Creyendo yo de buena fe que lo había olvidado, le recordé que él lo ocultó bajo su caftán; pero el gordo dejó caer la cabeza sobre el pecho y, con aplastante sinceridad, me dijo que, en efecto, lo había ocultado, pero lo había vuelto a sacar después.

—¿Y dónde está ahora?

—Guardado, muy escondido.

—¿Y por qué tan escondido?

—Para que nadie lo encuentre.

—Luego, ¿quieres disfrutarlo tú solo?

—Sí, y espero, *Emir*, que reconocerás la razón que me asiste. Sabe, señor, que dentro de muy pocos días será mi cumpleaños y pienso convidar a unos cuantos amigos. Todos ellos son buenos conocedores de café, y como mi olfato me ha dicho que tu café es mucho mejor que el que se acostumbra a comprar aquí, lo he conservado para la fiesta, y para vosotros prepararé el que traiga el jeque. Así, pues, ten un poco de paciencia, que no tardará en volver.

—Pero ¿por qué se han de tomar tus visitas mi excelente café?

—¡Oh, *Emir*! ¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta? ¿No es uno de los más justos preceptos del Corán que se ofrezca a los huéspedes lo mejor que se tenga?

Confesaré que me quedé perplejo, pues no sabía si echarme a reír o enfadarme. El viejo comandante había echado a perder de tal modo al coloso, a causa de su exagerada gratitud y total carencia de egoísmo, que la conducta de aquel extraño servidor en otras circunstancias habría merecido únicamente el calificativo de descarada.

CAPÍTULO 24

La rosa de Schiraz

Las excentricidades del criado, antiguo sargento, verdaderamente, sólo interesaban a los dos viejos, y nada había que decir mientras ellos estuvieran contentos y no perjudicaran a un tercero, pero como yo no deseaba ser una nueva víctima del veterano sargento, al oír sus últimas palabras, me puse serio y le dije:

—Precisamente porque conozco los preceptos del Corán, el que me has indicado y los que se refieren a la hospitalidad, me sorprende mucho que te permitas disponer de un café que es mío y ofrecerme, en cambio, otro peor. Tú recibes huéspedes. Éstos son los de un criado que antes ha sido sargento, y nosotros somos los huéspedes de tu amo que antes ostentó el grado de comandante. ¿Quién es de más elevado rango, él o tú? Hachi Halef Omar es el jefe supremo de los Haddedihnes, y lo que soy yo no necesito decírtelo. ¿Quiénes serán tus huéspedes para tener mejor derecho que nosotros a tomar buen café? ¡Hazlo inmediatamente! ¿Lo oyes? ¡Inmediatamente! Y fuerte y bueno, cual corresponde a tan principales caballeros. Además, te advierto que tengas cuidado con Hachi Halef Omar, de quien ya habrás oído hablar lo bastante para saber lo que es. Está acostumbrado a un servicio rápido y esmerado y no tolera la menor negligencia o descuido, es muy aficionado a los buenos platos, y a la excelente bebida, y a quien no tenga esto en cuenta, acostumbra a recordárselo por medios contundentes. En varias ocasiones que ha sido tratado con poca atención, cosa a la que tú pareces inclinado, se ha hecho respetar valiéndose no sólo de las manos y del látigo, sino hasta de los cuchillos. ¡Guárdate de despertar su enojo! Es un árabe libre, y el más pequeño motivo que lastime su susceptible dignidad lo castiga con golpes o cuchilladas. Quien le ofrezca un café malo, puede guardarse de las consecuencias, que no serán agradables por cierto.

Un discurso semejante hacia muchísimo tiempo que no había llegado a los oídos del obeso criado. Se inclinó cuanto le permitió su gordura y, con tono sumiso, respondió:

—Mucho te agradezco, *Emir*, que me hayas prevenido de la peligrosa condición del jeque. ¡Debe ser una verdadera fiera! Os serviré con rapidez, con mucha rapidez, tu propio café, porque ya tengo el agua hirviendo y el café molido.

—¿Ya? ¿Es decir que pensabas regalarte con él y darnos el malo?

—Detén los reproches, *Effendi*. Ya he dicho que lo destinaba a obsequiar a mis huéspedes, pero antes quería probarlo para convencerme de su buena calidad, pero ahora tus palabras me han enseñado cómo debo portarme. No pasará más de un minuto sin que su delicioso aroma aplaque tu enfado y recree tu olfato. Voy corriendo.

Meneó sus enormes piernas como si fuera montado en una bicicleta, y estos esfuerzos del gordo para aumentar la celeridad de su paso me obligaron a deponer el más bien fingido que verdadero enojo y a reírme francamente en cuanto salió de la estancia. También su amo participó de mi hilaridad y dijo:

—Lo tengo mimado con exceso, demasiado lo sé. En mi afecto ocupa el puesto que en Europa se concede a un perrito faldero, a un papagayo o a un canario amaestrado, y a medida que aumenta mi debilidad, crece su atrevimiento. Tú lo has puesto en su verdadero sitio y puedes estar seguro que no se hará esperar el efecto de tus palabras.

Tenía razón. Antes de lo que creía, volvió a entrar Kepek trayendo el café, que dejó sobre una mesita muy baja. No se necesitaba mucha penetración para observar que la boca se le hacía agua y, con un tono velado de tristeza, hizo la siguiente observación:

—Ahí lo tenéis. ¡Puedo asegurar que no he tomado ni un solo sorbo! No lo tomaré tampoco y lo reservaré todo para vosotros, aun cuando el deseo de probarlo altere el reposo de mi alma y destruya el buen estado de mi salud. Pero si Alá es tan misericordioso que no te impide la idea de ofrecerme una tacita, no vaciles y participámelos en seguida.

Tan pronto como se alejó nos servimos nosotros mismos. Es costumbre en Oriente, entre la sociedad más distinguida, servir el café en tacitas y no en vasos de mayor capacidad, pero Kepek nos había traído una cafetera llena. Me alegré de ello, pues siempre estorba el continuo ir y venir de la servidumbre. También supuse que el veterano *Bimbaschi*^[40] aprovecharía la circunstancia de estar solos para explicarme el asunto a que había aludido.

Permanecemos largo rato silenciosos, el anciano saboreaba mi café y mi tabaco sin decir una palabra y, al parecer, abstraído en sus meditaciones. Por fin, rompió el silencio con esta pregunta:

—¿Has estado ya en Persia?

—Sí —le contesté.

—¿Entiendes y hablas el idioma de ese país?

—Sí.

—Dime si has oído hablar alguna vez de una *Gul i Schiraz*^[41]. Reflexiona bien. Esta pregunta es muy importante para mí.

—*Gul i Schiraz*? Claro está que sí. Las rosas de Schiraz son famosas, pero confieso que habiendo tenido ocasión de ver el cultivo de las rosas en Ramuli, las prefiero a las persas.

—No es eso lo que yo quiero decir. No me refiero al cultivo de las rosas ni a éstas en general, ni siquiera a las de Schiraz en particular, sino a una rosa, a una sola y única rosa que, por un motivo para mí desconocido, lleva el nombre de *Gul i Schiraz*.

—Nada he oído de esa rosa, es completamente desconocida para mí.

—Es lástima, una verdadera lástima.

—¿Cómo se entiende que tú, viviendo tantos años en Oriente y habiéndote convertido en un perfecto oriental, según parece, pretendas que yo, que sólo soy un ave de paso en estas tierras, tenga conocimiento de un caso que tú tampoco sabes?

—Esa pregunta me demuestra que ignoras lo que de ti se dice y lo que se te atribuye. Según la descripción que se hace del *Emir Kara Ben Nemsí Effendi*, éste todo lo puede y todo lo sabe.

—Eso no pasa de ser una exageración oriental. Claro está que un europeo ha aprendido más que un ignorante beduino.

—Ya lo sé, pero tú gozas de una fama tan extraordinaria que estoy tentado de confiar más en ti que en los demás. ¿Este Halef Omar es tu compañero o tu criado?

—Mi amigo.

—¿Tiene conocimiento de cuanto se relaciona con tu viaje actual?

—Sí, no tengo ni quiero tener secretos para él.

—Entonces no hablaré ahora, sino que esperaré para hacerlo a que él haya vuelto de sus compras. Mientras tanto podemos conversar en tu lengua materna. Ya sabes por tu anterior visita que la entiendo bien.

Con mucho gusto acepté la invitación, pero poco duró el placer que esto me causaba. Halef entró de un modo que denotaba claramente cierta agitación y, encarándose con nosotros, dijo:



—He traído cuanto he encontrado por aquí cerca, es bastante para que comamos varios días, a menos que ese padre de los comilones lo devore todo por la noche pretendiendo sacrificarse para salvar la vida de su amo. Pero ahora pregunto yo: ¿quién guisa y prepara aquí la comida?

—Kepek, como es natural —contestó el veterano.

—¿Sabes cómo está tu cocina? ¿Cuándo has estado allí por última vez?

—No he puesto los pies en ella desde hace años. Es el inviolable reino de Kepek, que no sufre allí mi presencia ni aun por un instante.

—Ya me lo figuraba. Ese hipopótamo se ha puesto furioso cuando yo le he dicho que la limpieza es media vida y que el aseo en la preparación de las viandas despierta el apetito. Pero le he contestado como se merecía y allí lo dejé sentado sobre el fogón, que, poco acostumbrado a soportar semejante mole, es posible que se hunda o, por lo menos, que se agriete.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó preocupado el viejo—. ¿Qué hace ahora?

—No te preocupes por él. Sigue sentado y, como a causa de su fenomenal gordura, no se puede levantar solo, así estará hasta que yo le ayude. Ante todo quiero preguntarte si puedo hablar con franqueza.

—Puedes hacerlo.

—¿No te enfadarás conmigo?

—De ningún modo.

—Pues tengo que decirte que no puedes hacerte idea del modo como hasta ahora se ha guisado en tu casa ni de lo que has comido. Si yo me viera obligado a comer ni un solo bocado de lo que guisen las sucias manos de ese abuelo de la porquería, se volvería mi estómago como una bolsa vacía, mis intestinos saldrían hacia afuera y el exterior de mi persona quedaría en la parte interior.

Temiendo yo que se ofendiera nuestro patrón, dirigí una mirada a Halef con disimulo, tratando de calmarle, pero él continuó impertérrito:

—Mi buen *Sidi* me hace señas para que me calle, pero si hemos de comer algo es preciso que hable y te advierta que, mientras permanezcamos en tu casa, sólo yo seré el jefe de la cocina. No quiero describir la cocina que he visto, porque no encontraría palabras con que hacerlo, pero los cacharros... En un rincón hay un envase de hojalata que él utiliza para lavarse cara y manos y después guisa en él. El recipiente del agua tiene en el fondo más de dos dedos de poso. Hace un momento, cuando cayó sentado del susto, se lo vacié encima de la cabeza.

—No debiste hacer eso —exclamó el *Bimbaschi*—. Si fuera a ponerse enfermo...

—No temas por él —lo interrumpió Halef—. Ese baño le ha vuelto a la razón y le ha hecho sumo provecho. Al parecer aún quería más, pues abría la boca como si le pareciera poco. Por desgracia el cacharro estaba ya vacío. Después cogí una cazuela de latón. Su fondo estaba cubierto por una grasa compacta y espesa en la que se veían

las marcas de unos dedos. Le pregunté qué era y supe que utilizaba aquellos residuos para engrasar el calzado, y en el mismo cacharro cuece la carne y las hortalizas. Saqué la grasa inmediatamente y le embadurné el rostro con ella.

—Pero, entonces, ese desgraciado...

—Repito que no te alarmes, *Effendi* —replicó Halef—. Ningún daño le ha hecho. Se ha relamido con no poco gusto. Mientras lo hacía seguí buscando y hallé un envase de cobre en el que suele preparar los asados. Por el momento contenía una pomada o ungüento destinado a exterminar las chinches que infectan su cama. He extendido este ungüento sobre la anterior grasa. Luego...

—¡Alto...! —exclamé, interrumpiéndole—. No quiero oír hablar más de ese asunto. Compra en seguida los utensilios que necesites para preparar la comida y se los regalarás después al gordo, lo que supongo que te reconciliará con él.

—¿Puedo considerarme, desde ahora, como única autoridad en el terreno de la cocina?

El amo de la casa dio su aprobación por medio de un ademán afirmativo y Halef se alejó. El primero estaba sumamente confuso y, a fuerza de disculpas, procuraba desvanecer la mala impresión que hubieran podido causarme las revelaciones del jeque. A mi vez traté de tranquilizarlo, haciéndome cargo de que la principal causa de todas aquellas desdichas era la pobreza que reinaba en aquel hogar.

Conversamos en alemán sobre mi patria y la suya, que era Polonia, y por la que, a pesar de todo, aún parecía sentir vehemente cariño. Me preguntó si tenía intención de salir de casa antes de comer y, ante mi negativa, me propuso y acepté dar un paseo por el jardín, y así pude convencerme de que nuestros caballos no carecían de nada.

El antiguo comandante, que era buen conocedor, manifestó su entusiasmo a la vista de tan hermosos animales. Al volver a la casa y tener que pasar ante la puerta de la cocina, nos detuvimos un momento ante ella para escuchar. Oímos que el fuego chisporroteaba, que los cacharros chocaban unos con otros y que la voz del obeso criado decía:

—Ten cuidado de que no se salga el caldo, pues te afirmo, ¡oh ilustre jefe de los Haddedihnes!, que sería una lástima que se perdiera una sola gota. Bien veo que eres el mejor cocinero entre los cocineros y voy a regalarme como un sultán con tan excelente comida.

El *Bismbaschi* sonrió plácidamente y yo también me sentí satisfecho de la buena inteligencia que reinaba en el centro del arte culinario. No hacía mucho que habíamos tomado asiento en la estancia cuando entró de estampida Kepek y preguntó a su amo:

—*Effendi*, la comida estará muy pronto y el jeque dice que no sirvo más que para estorbo; ¿me permites que me siente aquí como lo hago siempre que no tengo trabajo?

El viejo me dirigió una interrogadora mirada. Nada tenía de particular que aquellos dos hombres, tan apartados del trato de la gente y unidos por un singular afecto, estuvieran juntos lo más posible. No quise contrariar sus costumbres y dije al

criado:

—Siéntate, no tengo ningún inconveniente.

Se sentó frente a nosotros, pero ¡de qué modo! Primero se arrimó a la pared y apoyó en ella las palmas de las manos y después se dejó deslizar sin inclinarse, conservando erguida la mitad superior de su cuerpo hasta que quedó sentado sobre los cojines que había en el suelo.

Me costó trabajo contener la risa ante el espectáculo que ofrecía. El caftán se le abrió de arriba abajo y dejó ver el vientre que, como un enorme globo, descansaba sobre los muslos y, con el rostro congestionado por el esfuerzo, soplaba como una locomotora mientras que se obstinaba inútilmente en cubrirse las piernas con las dos partes de su ropaje. Cuando consiguió calmarse, dejó escapar un profundo suspiro de satisfacción y dijo:

—¡Ajá! Ahora no me levantaré de aquí hasta que esté ahíto.

—¿Tienes hambre? —preguntó su amo.

—¿Nada más que hambre? Es mucho más, *Effendi*. No hay más que ver a ese valiente jeque de los Haddedihnes, de la tribu de Schammar. ¡Con qué limpieza y acierto trabaja en la cocina para que toda el agua del cielo y de la tierra le corran a uno por la boca! ¡Qué habilidad la suya! Me gustaría que él guisara sin parar para que yo pudiese comer sin interrupción.

Castañeteó la lengua, su rostro expresó la más completa felicidad y prosiguió:

—Además, está muy lejos de ser tan malo como yo me figuraba. Primero me regañó en términos que perdí el equilibrio y caí sentado. Después examinó los utensilios, y preciso es confesar que ni aun ahora puedo estar conforme con la opinión que le merecieron. Esta falta de conocimientos de las necesidades de una casa le produjo una injustificada irritación contra mi persona y me tiró a la cara la grasa preparada para el calzado y la mezcla para matar las chinches. Hecho esto vino aquí a contároslo y salió después a proveerse de pucheros y cazuelas. Antes de todo esto me había pedido las llaves de la puerta.

Tomó aliento, hizo una nueva tentativa para cubrir su prominente abdomen y prosiguió:

—No podía levantarme y tuve que permanecer sentado hasta que volvió. Entonces me enseñó aquella hermosura de cacharos y, cuando me dijo que pensaba regalármelos, una consoladora emoción disipó mi encono y llenó mi alma de la más inefable gratitud. Después buscó agua y preparó la carne y las hortalizas como es debido. Desde el primer momento comprendí que no era novicio en estas faenas, pero después, no sólo tuve ocasión de confirmar esta opinión, sino de sobrepujarla. Concluido que hubo los menesteres del fogón, volví a buscar agua y, cogiendo el jabón que también había traído, me sometió a una personal limpieza que si al principio me pareció superflua, después me ha producido inexplicable bienestar. Me obligó a ponerme en pie y me confió las funciones de avivar el fuego y de impedir que se pegue el arroz, agitándolo sin cesar. Estas sencillas ocupaciones contribuyeron

a que nuestras almas se aproximaran más y más. Comprendí que en el fondo de mi corazón brotaba un nuevo cariño y, cuando me dio a probar el primer trozo de riquísimo asado, no pude contenerme y le di un abrazo. Él entonces me rogó cortésmente que viniera a reunirme con vosotros y que esperase con calma el placer que se nos prepara y al que estoy dispuesto a hacer ampliamente los honores.

CAPÍTULO 25

Una lamentable historia

Después de esta larga explicación sobre los progresos que hacía Halef en la cocina y por el gesto con que acompañó sus palabras, no me quedó la menor duda acerca de su sinceridad. Al preguntarle el *Bimbaschi* si realmente estaba en buenos términos con Halef, contestó:

—Naturalmente. ¿Cómo es posible no quererlo y admirarlo? Es una perla, una piedra preciosa ya labrada, una riquísima joya. Quien tenga la dicha de ver cómo maneja la carne picada, no se sorprenderá de que después, el hígado de cordero se transforme en sus manos en un manjar que huele y sabe a gloria. Cuando yo le pregunté cómo podía realizar semejante maravilla, me contestó que había tenido un ejemplo y una maestra; el ejemplo ha sido el *Emir Kara Ben Nemsí*, y la maestra se llama Hanneh y es la más preciada flor de cuantas produce la primavera y todas las estaciones del año, exceptuando el invierno. ¡Oh, *Emir Kara Ben Nemsí*! Si esta habilidad en la preparación de las viandas y este dominio absoluto de la condimentación te lo debe a ti, ¡qué admirable cocinero debes de ser! ¿No te dignarías darnos mañana una prueba de tu maestría?

Por fortuna no tuve necesidad de contestar a semejante pretensión, pues en aquel mismo instante Halef abrió la puerta con el pie y entró en la habitación con las manos muy ocupadas. Después de varias idas y venidas a la cocina quedó cubierto todo el *serir* y parte del suelo con las convincentes pruebas de su capacidad en el arte culinario. No olvidó a Kepek y colocó delante de él tan gigantesca montaña de arroz y de carne que creí que no podría terminarla en un par de días. Pero no pasó mucho tiempo sin que desapareciera por completo, y el voraz Kepek nos dirigió expresivas miradas con las que intentaba conmovernos y obtener algún aditamento.

Esta muda súplica fue atendida con tanta largueza que, al fin, temimos por su salud y él mismo se convenció de que no hay agujero, por grande que sea, que no pueda llenarse alguna vez. Se puso las manos en la parte de su cuerpo que he designado con el nombre de globo y, suspirando, dijo:

—Ahora lo dejo, con todo el sentimiento de mi corazón; tengo que dejarlo. ¿Por qué siguen gustando los manjares que ya no se pueden comer? Espero, sin embargo, que vuestro incomparable jeque de los Haddedihnes se servirá hacer una nueva visita al carnicero antes de que se acabe el día, pues ya puede ver que aquí no queda nada de provecho para mañana.

Halef estaba aún más contento que el insaciable tragón al ver que todos hacíamos justicia a su talento y capacidad para la cocina, como lo atestiguaba el hecho de que, al terminar la comida, todo se había consumido. Entonces nos hizo la para todos, y

especialmente para Kepek, tranquilizadora declaración de que no necesitaba volver a la carnicería, pues había hecho en ella un pedido que al anochecer traería un mozo.

El encargo fue cumplido, y a la hora fijada trajeron la carne. No era seguro que yo participara de ella, pues, por el momento, estaba más que satisfecho y al día siguiente nos proponíamos seguir nuestro viaje, a menos que las prometidas revelaciones del *Bimbaschi* fueran de tal naturaleza que nos obligaran a prolongar nuestra estancia en su casa.

Llegó la noche, precedida de un corto crepúsculo, y el seco calor del día se transformó en bochornosa calma que nos obligó a coger el tabaco y las pipas y trasladarnos a la azotea de la casa. No hacía mucho que estábamos allí instalados, cuando vino Kepek, dando tumbos, y, ayudado por Halef, se sentó en una especie de plataforma construida expresamente para él. El único *tschibuk* de la casa fue fumado alternativamente por amo y criado.

Las estrellas brillaban en el firmamento con todo su esplendor. La brisa de la noche agitaba suavemente las hojas de las palmeras y el leve murmullo que producían sus hojas era lo único que interrumpía el profundo silencio que reinaba en aquel apartado arrabal.

En la ciudad de Bagdad coloca la imaginación popular todos los principales sucesos que narran «Las mil y una noches», y que tantos millones de lectores y admiradores han tenido. Ya es sabido que el origen de estas fantásticas narraciones ha de buscarse en *Hezar aszano*^[42], colección de cuentos debida a la pluma del persa Rasti. Éstos tienen un innegable valor para el estudio del Oriente, aun cuando no deben dejarse en manos de todos.

Dichas narraciones son insuperables para dar a conocer los usos, costumbres, gustos y sensaciones de las razas de Oriente. No es posible describir con mayor fidelidad el indomable valor y caballerescos sentimientos de los orientales, su espíritu aventurero, la vehemencia de su amor y de su odio, la avaricia, la astucia del llamado sexo débil, la fastuosa opulencia de sus cortes y la miserable condición de los parias, de como aparece en esos cuentos con que la hermosa e inteligente Schahrazada defiende su vida contra el rey Schahriar.

¿Flotarían reminiscencias de alguna de estas inolvidables noches en el suave ambiente que pasaba por entre las hojas de las palmeras? Si era así, confieso que su encanto no encontró eco en mi pensamiento, pues éste se hallaba pendiente por completo de los labios del hombre que estaba a mi lado, cuya vida tampoco debió ser vulgar y, a mi juicio, mi amigo soportaba el peso de algún gravísimo secreto que debería llevar hasta la tumba.

¿Qué misterio le había hecho abandonar su patria y lo retuvo hasta la fecha lejos de ella? Casi podría adivinarlo. La palabra revolución es una de las peores que existen. Pero ¿por qué vivía en aquel aislamiento absoluto?

El viejo *Bimbaschi* parecía estar sumido en tristes meditaciones. Nosotros respetábamos su silencio mientras fumábamos nuestro excelente tabaco y

disfrutábamos de una temperatura muy agradable. Habría transcurrido un cuarto de hora en este silencio cuando nuestro huésped fijó en mí su mirada y me dijo de pronto:

—¿Sabes polaco?

—No —le respondí.

—Pero conocerás la triste historia de Polonia.

—Sí.

—¡La historia de esa desgraciada nación y la de sus aún más desgraciados habitantes! Yo pertenecí, y todavía sigo perteneciendo, a ese pueblo tan digno de lástima.

—Te ruego que no sigas por ese camino. En el sentido que expresas, el hombre no debe aspirar a que le tengan lástima. La compasión sólo honra en ciertos casos. En otros es una ofensa para aquel sobre quien recae. Hay ciertas desgracias que deben sobrellevarse con altivez, y entonces la compasión es desmoralizadora. Partamos del principio de que mi opinión de las desgracias terrenales difiere mucho de la tuya. Para mí, contando con el apoyo de Dios, no pueden existir desgracias.

—Entonces serás siempre dichoso. ¿O es que para ti tampoco existe la felicidad?

—No, lo que generalmente se llama felicidad consiste en una favorable casualidad. En un sentido más elevado, claro está que existe la felicidad, que es la que yo llamo la bienaventuranza sobre la Tierra. Esa felicidad no es momentánea, ni puede medirse o calcularse, y consiste en el consolador convencimiento de que descansa uno en las paternales manos de Dios.

—La sensación de que me hablas me es desconocida. Quién y qué he sido yo no necesito saberlo, apenas lo sé yo mismo y confieso que es muy penoso recordarlo. Procedo de una raza noble y dotada de considerables riquezas. Renuncié a mi verdadero nombre por huir de las persecuciones y adopté el de Dozorca, pues quería demasiado a mi patria para usar un nombre que no fuera polaco.

Mi familia y educación, así como otras muchas cosas, no corresponden a este asunto. Me limitaré a decir que seguí la carrera militar y, sin consultar con ningún pariente ni maestro, consagré mi vida entera a librar a mi patria del yugo opresor. Me encontraba en París y trabajaba con entusiasmo para preparar un próximo levantamiento de nuestro pueblo. Mieroslowski me llamaba su mejor amigo. Fui enviado a Alemania y después pasé a Rusia. Tomé parte en el fracasado ataque a Posen. En Galitzia, los nuestros llevaron el incendio, el robo y el asesinato a los castillos de los nobles que fueron nuestros aliados. Materialmente nos bañamos en sangre. Batidos por todas partes, tuvimos que perder toda esperanza. ¿Dónde podría ir yo?

Por todas partes se me espiaba. En Prusia, Austria y Rusia, me amenazaba el verdugo. Las órdenes de prisión me perseguían. Todos mis bienes fueron confiscados. Tuve que coger el saco del mendigo y arrastrarme hasta Turquía, en cuyo ejército entré con mi actual nombre. Allí podía ascender, labrarme un porvenir, pero como

pertenecer a la religión cristiana era incompatible con eso, abracé el Islamismo.

—¿El Islamismo...? —pregunté alarmado—. ¿Luego eres...?

—Un renegado, sí, puedes pronunciar la palabra. Nunca fui muy devoto y mi apostasía era recompensada con un importante grado; para mí eso era lo principal.

—Respóndeme con franqueza —le pregunté—: ¿Perseguías tú únicamente la liberación de tu pueblo o esperabas que, una vez recobrada su independencia, te recompensaran con algún puesto preeminente?

—Ambas cosas.

—No puedo comprender cómo...

—Te ruego que me dejes hablar —dijo interrumpiéndome—. Te diré, por si puede servirte de consuelo, que si fui un cristiano poco entusiasta, tampoco he sido un mahometano muy ferviente. Ese cambio de religión no fue más que un medro para conseguir un fin. Tuve suerte y logré éxitos, no sólo como militar, sino también como hombre.

Me hallaba en Beirut, cuya guarnición estaba encomendada a la División Árabe. Allí trabé conocimiento con un comerciante persa y pronto simpatizamos. Diariamente visitaba la casa, en la que las leyes del harén, según la usanza iránica, se usaban con menos rigor que entre los sunitas. Tenía una hija única, cuya belleza, sin necesidad de apelar a exageraciones orientales, merecía ser comparada a la aurora, y mejor educada de lo que lo están las mujeres sunitas por regla general.

Nos amamos y su padre me la concedió por esposa, aun cuando yo no pertenecía a la secta sehitá.

—Y que el padre fuera de esa secta, ¿no fue para ti un cargo de conciencia?

—De ningún modo. El salto de cristiano a musulmán tenía mucha más importancia que el admitir una esposa de secta diferente. ¿Por qué había de reprocharme de algo la conciencia? Nada hubiese sido capaz de hacerme desistir de mi elección. El pasado, con todas sus aspiraciones, era letra muerta para mí. Yo no vivía más que para mi familia y mi carrera militar. Mi harén, si así puede llamarse el que se compone de una sola esposa, me ofrecía una constante felicidad que aumentó aún más cuando vinieron a embellecerlo un hijo y después una hija.

Ésta había cumplido un año cuando me trasladaron a Damasco, adonde pocas semanas después nos siguieron los padres de mi esposa, que no comprendían la vida lejos de su idolatrada hija. Esto sucedía a principios del año 1860, que tan fatal fue para Damasco. ¿Conoces su desgraciada historia?

—Sí.

—Entonces no necesito extenderme en inútiles explicaciones. De lo feliz que yo era pueden darte una idea los nombres que puse a mis hijos. Mi hijo se llamaba Ikbal^[43] y mi hija Sefa^[44]; en cuanto a mi mujer, llevaba el significativo nombre de Aelmas^[45] y, realmente, para mí era más que una piedra preciosa.

—¿Y cómo se llamaba su padre?

—Se llamaba Mirza Sibil o, mejor dicho, Agha Sibil.

—Ese nombre ¿era heredado o se lo había puesto él a causa de su barba y bigotes? Sibil, en persa, ya sabes que quiere decir bigote.

—No lo sé. Realmente tenía un bigote tan largo y poblado como no he visto otro. Sólo puedo compararlo al que, según los retratos que he visto, llevaba el difunto rey de Italia, Víctor Manuel. ¿Por qué me preguntas su nombre? Un personaje como tú no acostumbra a preguntar sin objeto.

—En realidad no he tenido ninguna causa fundada. La pregunta salió de mis labios quizá porque me dijiste los otros nombres y faltaba éste.

—Me cuesta pronunciarlos porque me recuerdan la perdida felicidad que ya nunca más recobraré.

—Dios es infinitamente misericordioso y ningún hombre, mientras viva, debe perder la esperanza de recobrar lo que tú llamas felicidad.

—Tú no puedes comprender eso. Es preciso ser padre para hacerte cargo de mis sensaciones. El cariño paternal es muy diferente de todos los cariños humanos. ¿Tienes hijos, *Effendi*?

—No.

—Entonces sólo puedes comprenderme a medias. ¿Podrías volverte a considerar feliz en la vida si te hubieran asesinado a tu esposa? A mí no sólo me mataron a mi mujer, sino igualmente a mis hijos y suegros.

Al oír esto, Halef exclamó:

—¡Alá condene a los asesinos! Si asesinaran a mi Hanneh, que es la más perfecta de todas las esposas, madres, abuelas y tías que existen, y a mi Kara Ben Halef, por cuyos ojos se escapan rayos de valor e inteligencia, mi dicha quedaría destruida y no hallaría punto de reposo hasta que enviara al miserable que hubiera cometido el crimen a lo más profundo de los infiernos.

—Sí, tú me comprendes mejor que tu amigo Kara Ben Nemsí, porque tienes hijos. También yo clamaba venganza, pero no pude descubrir al asesino, todas mis investigaciones fueron inútiles.

—Cuéntanos cómo ocurrió el triste suceso. Esto te desahogará el corazón.

—No; por el contrario, renovará sus dolores —respondió—. Siempre causa sufrimientos tocar una herida que no se cicatriza. Ya en Beirut tuve ocasión de apreciar el odio mortal que reinaba entre los drusos mahometanos y los maronitas que siguen las doctrinas cristianas, odio mortal que aun hoy no se ha extinguido. Como ya conoces ya situación del país, no necesito extenderme en consideraciones. La mencionada hostilidad no reconoce por causa el idioma o la nacionalidad, sino las distintas creencias.

Drusos y Maronitas pueblan las alturas y los valles del Líbano y ambos se expresan en el mismo idioma árabe, pero los Maronitas son cristianos y los Drusos pertenecen al Islam, por más que se murmure que profesan en secreto otras doctrinas y están consagrados al antiguo culto de la Naturaleza, según los sirios. En épocas anteriores, Drusos y Maronitas estaban unidos contra los turcos. Los pueblos de la

montaña fueron los que más prolongaron la resistencia contra el invasor. Para quebrantarla se sembró la discordia entre los combatientes. La semilla dio su fruto y las consecuencias fueron las sangrientas y despiadadas matanzas de los años 1842 y 1845.

Las repetidas humillaciones que sufrieron los musulmanes durante la guerra de Crimea, junto con sus aliados los franceses e ingleses, encendió en los primeros tal odio hacia los cristianos, que encontraron fácil desahogo en el Líbano y en Siria, donde los intereses franceses y de la Gran Bretaña eran incompatibles con los turcos. Cuando las potencias occidentales obligaron al sultán a conceder a los súbditos de otras creencias los mismos derechos que a los musulmanes, un profundo descontento recorrió todo el país, cuya primera demostración fue el asesinato de los cónsules francés e inglés en Dschidda.

Las medidas que tomaron ambas potencias a consecuencia de este delito aumentaron la latente animosidad. Con esto coincidió la disminución de los estados tributarios de la Puerta, hasta el punto que quedaron casi suprimidos. En Serbia destronaron a la dinastía de los Karageorgevitch, que era adicto al Sultán, y repusieron a los Obrenovitsch. Cusa fue elegido príncipe de la Moldavia y de la Valaquia. Estos acontecimientos hicieron subir de punto el odio musulmán contra los cristianos y ya no hubo forma de impedir su explosión. Ésta tuvo lugar primeramente en el Líbano.

»En Damasco celebraron un consejo secreto, el Bajá de la localidad, Ahmed, el Seheih ul Salom^[46], Addallah el Halebi y Kurdchid Bajá, de Beirut, cuyo resultado fue la siguiente proclama del Islam: “*El Hatt i Humojun*, que es un ataque al espíritu y letra del Corán, sólo puede contenerse con un levantamiento en masa del pueblo musulmán y una matanza general de cristianos”.

Kurdchid Baja fue el primero que puso por obra este acuerdo. A su regreso a Beirut, por medio de unos cuantos cañonazos, dio la señal de la matanza y los Drusos se aprestaron a exterminar a los cristianos.

Al llegar el narrador a este punto, lo interrumpí diciendo:

—Antes de que prosigas dime sin rodeos a qué bando te inclinaste en esa lucha mortal: ¿a los cristianos o a los mahometanos?

—No tomé ningún partido. Ambos cometieron muchos horrores. Si eres imparcial tendrás que convenir que el nivel moral de los Maronitas estaba por debajo del de los Drusos y con frecuencia dieron motivos para ser despreciados y hasta fundadas causas para tomar venganza. Los más sangrientos combates se libraron en Hasbeya, ciudad situada al pie del Líbano, por la parte sur, y en Rascheya, que se extiende hacia el norte de las fuentes del Jordán. En ambos se degollaron millares de Maronitas. Más hacia el norte, y en las mismas estribaciones del Líbano, se halla la pequeña ciudad de Sachleh, cuyo vecindario se componía, en su mayor parte, de los más valientes entre los guerreros Maronitas. Éstos vivían en constante hostilidad con los Drusos, Cuando tuvieron conocimiento del principio de la lucha, apercibiéronse

jurando que Sachleh no sería tomada. Este arranque de soberbia tuvo su pronto castigo. Las razas que debían ayudar a los Maronitas por cobardía se volvieron desde la mitad del camino, mientras que los beduinos de la llanura, los Drusos del Líbano, los Aronitas y Curdos de Damasco, con salvaje empuje, avanzaron hacia la ciudad, de cuyas incendiadas casas sólo una parte muy reducida de sus defensores pudo salvarse apelando a la fuga.

Contra las más generalizadas afirmaciones, puedo asegurarte que los Drusos, en esta ocasión, se portaron bien y aun con relativa humanidad, pues al observar que sus aliados se aprestaban a saciar su crueldad sobre seres indefensos, pusieron término a esas demasías con la siguiente amenaza: «Respétense las mujeres y los niños. El que toque a una mujer será muerto en el acto». Es decir, justicia ejecutiva.

A esto siguió el asalto de la ciudad cristiana establecida en medio de las montañas drusas y que se llama *Deir el Kamr*^[47]. Nombre al que da origen un antiguo convento dedicado a la Virgen que, según costumbre siria, se representa con la media luna a los pies. Por desgracia, los habitantes de esta pequeña ciudad habían manifestado siempre marcada hostilidad contra los musulmanes, y cuantos drusos penetraban en ella recibían agravios frecuentes y hasta malos tratos. Uno de sus jeques intentó hacer construir una casa en un suburbio de la ciudad y tuvo que desistir ante la animosidad del vecindario. «La construiré a pesar de todo, y por cimientos pondré vuestras calaveras», dijo.

Pronto llegó el momento de la venganza. Casi toda la ciudad fue arrasada. Ya se comprenderá que el conocimiento de estos sucesos en Damasco sólo afligió y asustó a los cristianos. ¿Sabes *Effendi*, a qué cifra ascendía el número de los que entonces vivían en Damasco?

—Pasaba de veinte mil, porque Damasco era la principal ciudad de Siria y allí acudían los fugitivos sin pensar que en ella podrían ser las matanzas aún más sangrientas que en las montañas.

—Eso es lo que yo quería decir y lo que nos figurábamos todos. Los cristianos de la capital vivían en paz con los musulmanes, pero se atraieron su odio y su envidia por la ostentación con que sus hijas y esposas se presentaban sin velo en público. Se había olvidado que los del Islam tenían derecho a considerarse como conquistadores y dueños del terreno y ellos sólo poseían el derecho de *Ra'ajá* por el que se toleraba su permanencia en el país, concesión que tenían que comprar mediante el pago de una contribución personal.

En esta condición de tributarios de los dueños del territorio, se les permitía dedicarse al comercio, en el que conquistaron riquezas que tuvieron la falta de tacto de poner demasiado en evidencia. Desde luego, aquellos bienes eran de su propiedad legítima y todos sabían que eran el fruto de su trabajo, pero no era prudente ostentarla de un modo que forzosamente llamara a atención de los demás. Estoy seguro de que conoces muy bien la conducta que siguieron los cristianos, griegos y armenios para comprender lo que quiero decir, pero por si no eres de mi opinión, te recordaré lo que

sucede con los judíos de occidente, que, por la imprudente exhibición de sus riquezas, se han captado la envidia de sus conciudadanos.

—No puedo negarlo, adelante.

El *Bimbaschi* reflexionó unos momentos, sirvió de nuevo café, se llenaron los *tschibuks* y fumamos en silencio hasta que reanudó nuevamente su interrumpida narración.

CAPÍTULO 26

El león de Argel

—C omo la inquietud iba aumentando de día en día en Damasco, los cónsules cristianos llegaron a preguntar al Bajá si podía considerarse segura la población cristiana. La respuesta fue tranquilizadora y, acto seguido, las autoridades reunieron unos mil hombres entre los kurdos y turcomanos que habitaban el barrio de Salehijeh, aparentemente para proteger a los cristianos, pero, en realidad, para dar principio a la matanza. También el Seheih ul Islam, que era el alma de los conjurados, hizo cuanto pudo para adormecer los temores. En cambio varios mahometanos que desempeñaban altos puestos y tenían cierta simpatía por los cristianos, advirtieron a éstos del peligro que se cernía sobre ellos.

Por estas comunicaciones se supo que los militares tenían órdenes para proceder al asesinato en masa y que también se habían distribuido armas entre el elemento civil. Por último aparecieron por las calles multitud de perros llevando pendiente del cuello la cruz de los cristianos, pero no esta gravísima ofensa ni otras varias señales fueron suficientes para disipar la ceguera y la injustificada confianza de los amenazados. ¿Sabes la fecha exacta en que ocurrió la desgracia con la rapidez de un rayo caído del cielo?

—Fue el nueve de julio.

—¡Justo! Aún resonaba la voz de los almuédanos llamando a la oración. Las casas y bazares quedaron vacíos y las calles se llenaron de gente. De pronto, por todas partes resonaron voces gritando: «¡Sangre, muerte y exterminio! ¡Hoy es el día señalado para acabar con los cristianos!».

Los barrios de estos últimos fueron inmediatamente invadidos y comenzó la tremenda carnicería que sólo cesó después de siete días. Al tercero ya se contaban más de mil quinientas casas saqueadas y quemadas. Perekieron unas cinco mil almas, entre ellas más de mil mujeres y niños asesinados o desaparecidos.

—Pero esa horrenda matanza de cristianos habría sido muchísimo más numerosa, de no haberse interpuesto el tan famoso como noble *Emir* de los beduinos de Argel que lleva por nombre Abd el Kader.

—Sí, el tan temido enemigo de los franceses, tuvo que abandonar su patria y retirarse a Damasco para acabar en paz sus días. Desde la toma de Argel por los franceses, vinieron a Damasco muchos árabes de aquella comarca y otros muchos siguieron a su valiente jefe. Las manos de éste sostuvieron el estandarte del Profeta en muchos combates victoriosos y la conducta de sus enemigos le enseñó a odiar cuanto llevara el nombre de cristiano, y, por ello, aun cuando las autoridades mahometanas acostumbraban a tener muy en cuenta su poderosa influencia, creyeron

que ésta no se opondría a sus sangrientos planes. Tampoco le ofrecieron tomar parte en ellos, suponiendo que el León de Argel, como se le llamaba, era ya demasiado viejo y aficionado a la comodidad, de suerte que ningún deseo tendría de desenvainar la en un tiempo temible espada.

Pero este juicio resultó absolutamente falso. Cuando, a causa de las consideraciones que se le guardaban y de su reconocida experiencia en cuestiones militares, se le invitó a tomar parte en el consejo de guerra secreto contra los cristianos, se encaró con el Bajá y, con franca resolución, le dijo: «Lo que intentáis es contrario a nuestras leyes. Soy mejor musulmán que vosotros y, sin embargo, estoy dispuesto a defender a los cristianos. Por salvar el honor del Islam, pereceré si es necesario». Y, al empezar el derramamiento de sangre, cumplió su palabra, abrió sus puertas de par en par a los fugitivos, ayudó a salir de los incendiados lugares a los cristianos y su poderosa mano les brindó seguro refugio.

A la cabeza de sus fieros africanos luchó cuerpo a cuerpo con los soldados turcos y el populacho, y consiguió, a fuerza de trabajo, trasladar a once mil cristianos a la fortaleza que se alza detrás del Lazareto. A él se debe también la salvación de las bondadosas hermanas de la caridad y de más de doscientas educandas. Para conseguir todo esto fue necesario hacer siete salidas, en las que murieron algunos de sus guerreros. En su propio palacio dio albergue a cientos de cristianos y el Seheih ul Islam dispuso que fuera atacado por un regimiento de soldados, reforzado por hordas de asesinos. El indomable *Emir* repartió sus africanos, con, cuya fidelidad podía contar, en varias partes de la ciudad mahometana, provistos de antorchas y él, cubierto el pecho con su brillante coraza y empuñando la prestigiosa espada, salió al encuentro de los agresores, gritando: «¡Miserables! ¿Creéis honrar al Profeta con vuestros robos y asesinatos? Si no retrocedéis inmediatamente, haré que los míos apaleen al Bajá y a todos los oficiales, e incendien todas sus viviendas!». Estas enérgicas frases fueron eficaces, aunque por poco tiempo. Durante esta tregua corrió la noticia de que Abd el Kader había pedido ayuda a su aliado Hauron Seheih y que éste, a la cabeza de importantes fuerzas, acudía en socorro del León de Argel. Al saberlo, las turbas se alejaron de la casa, contentándose con sitiar el castillo y a todos los cristianos que encerraba y que habían sido salvados por el héroe argelino.

Este viejo edificio, situado en el ángulo noroeste de la ciudad antigua, estaba rodeado por un profundo foso, y sus gruesos y resistentes muros tenían como refuerzo varios torreones. Este refugio ofrecía temporal seguridad a los cristianos pero aún tuvieron que sufrir mucho por el hambre, la sed, el calor y las enfermedades hasta que mediaron las potencias occidentales, se destituyó a Ahmed Bajá y su sucesor, con nuevas tropas, consiguió restablecer la calma. Después se dispersaron los cristianos en grandes grupos, persuadidos de que el fanático odio de los musulmanes no estaba por completo apagado y que podría reavivarse con cualquier motivo.

—Semejante opinión no carece de fundamento, teniendo en cuenta el leve castigo

que se aplicó a los autores de tan vandálicos atropellos.

—¡Oh, *Effendi*! Sobre ese punto estoy mucho mejor enterado que tú. El castigo recayó sobre pocos culpables, pero alcanzó a muchos inocentes, entre los cuales me cuento.

—¿Tú también?

—Yo también —afirmó el polaco—. Ahmed Bajá fue autorizado para abandonar la ciudad con todos los honores debidos a su rango y también en Esmirna fue recibido con las salvas de ordenanza. Después de esto, fue cuando Fuod Bajá, apremiado por las grandes potencias, lo trajo a la fuerza a Damasco, donde fue fusilado. Igual suerte sufrieron los comandantes del Raschega y Jasbeya. Respecto al Seheih ul Islam nunca he oído decir que fuera castigado, porque la mano de la venganza no podía alcanzar al sumo sacerdote del mahometismo. Sin embargo, él fue el primero que envió un grupo de asesinos a la casa de un opulento cristiano a quien debía una fuerte suma de dinero. Este hecho fue la causa de que se ahorcase a sesenta hombres del pueblo, sobre los que se hizo recaer la culpa, y se fusilaron cerca de cien militares, entre soldados y oficiales, encontrándome yo entre los últimos.

—¿Entre los fusilados? —pregunté yo.

—Sí.

—Y ¿a pesar de ello vives?

—Ambas cosas son verdad, aunque, aparentemente, parecen contradecirse. Fui fusilado y, sin embargo vivo. El que siga viviendo se lo debo a mi *onbaschi*, y si la vida ya no tiene ningún valor para mí, no por eso es menos sincera mi gratitud.

—Tus palabras excitan mi curiosidad. Cuanto hasta aquí me has contado, ya lo sabía desde hace largo tiempo. Ahora me preparo para oír un episodio que seguramente despertará nuestro interés.

—Te ruego que me dispenses si mi relato ha sido demasiado prolijo. Lo he hecho así porque me pareció conveniente poner en antecedentes a tu compañero. De aquí en adelante creo que no te aburrirás. Ya comprenderás lo horrible que fue para mí verme obligado a disparar sobre inocentes cristianos, pero era militar y tenía que obedecer. Por fortuna, mi compañía fue de las destinadas a sitiar el castillo, y esto me libró de la penosa obligación de tener que tratar con crueldad a gente cuyas creencias fueron, en otros tiempos, las mías.

Permanecí tres días con sus noches bajo las murallas del castillo, sin saber nada de mi familia, y cuando obtuve medio día de licencia, volé a mi casa y la encontré desierta y destruida. Las iras del populacho no sólo alcanzaron a los cristianos, sino que se extendieron también a los mahometanos de la secta sehitá. El padre de mi esposa era persa y, por consiguiente, pertenecía a la mencionada secta. Esto lo sabía todo el barrio en que vivíamos, igualmente se conocía que era rico y eso bastó para que la canalla suita saqueara y prendiese fuego a nuestra casa.

¡No puedo expresarte lo que sentí! Como un loco empecé a remover los escombros de lo que fue morada feliz. Kepek me ayudaba con todas sus fuerzas, pero

estaban aún humeantes y el calor nos obligó a interrumpir nuestra triste tarea. Corrí por la vecindad para buscar noticias y los informes que me dieron transformaron mi pena en furor. Los que incendiaron y saquearon mi casa, después de asesinar a sus habitantes, no fue la plebe sunita, sino una banda de persas capitaneada por un enemigo personal y compatriota de mi suegro. Desde entonces odio todo lo que es persa o proviene de allí, y acontecimientos posteriores, lejos de calmar ese odio, lo han robustecido.

Yo estaba ebrio de furor y a toda costa quería encontrar a los culpables, cosa por demás difícil en medio de la confusión que reinaba por todas partes, y cuantas reflexiones me hizo Kepek fueron inútiles para disuadirme de mi propósito. Nuestra licencia había terminado; debíamos regresar a nuestro puesto y Kepek me llamó la atención sobre las consecuencias posibles de tal desobediencia. Esta advertencia fue inútil, y por nada habría interrumpido mis pesquisas. Me limité a enviarle a mi coronel para rogarle que me dispensara y me concediera la prolongación del permiso. La intensidad de mi dolor no me permitió considerar que dicho jefe no me era propicio, que me miraba con prevención por haber sido antes cristiano y haber logrado, por medio de mi apostasía, un grado superior a mi edad y conocimientos. Tenía fundadas esperanzas de avanzar rápidamente en mi carrera y esto excitaba su envidia.

Cuando, después de veinte días de inútiles investigaciones, física y moralmente destrozada, me presenté ante él, me mandó prender y encerrar. Al ser llevado ante el consejo de guerra, me encontré con que no sólo había buscado inútilmente a los asesinos de mi familia, sino que se me acusaba de haber empleado este pretexto para explicar mi ausencia, cuando el verdadero motivo era el haber tomado parte en las matanzas de cristianos. Hasta hubo testigos que afirmaron haberlo visto y éstos fueron... persas, dependientes persas que mi padre político había expulsado de su negocio para no ser robado por ellos.

—Ya me lo explico todo. Fuod Bajá buscaba culpables y, como los verdaderos estaban demasiado altos para que les alcanzara el castigo, se echaron las culpas sobre quienes no las tenían.

—Estás en lo cierto. El juicio fue sumarísimo y fui sentenciado a muerte. No negaré que mi comportamiento facilitó la tarea de los jueces. En mi estado de demencia, insulté al tribunal en tales términos que éste, que ya estaba prevenido contra mí, no pensó ni por un instante en dulcificar la sentencia.

Aquella misma tarde, al ponerse el sol, debíamos ser fusilados varios de los sentenciados. Los encargados de ejecutar la sentencia eran soldados de mi propia compañía, entre ellos mi fiel *onbaschi*. Éste cubrió los ojos a los demás condenados y, al hacer lo mismo conmigo, me dijo muy bajo al oído: «Cuando tiremos échate al suelo y permanece inmóvil. Todos hemos convenido en no apuntarte y el médico militar está de acuerdo con nosotros». Debo advertir que yo era muy querido entre mis subordinados, pues usaba con ellos toda la indulgencia compatible con mi deber.

El médico era también un renegado griego y la semejanza de nuestro destino había hecho que nos aficionáramos el uno al otro.

En cuanto sonaron los disparos me dejé caer al suelo y me quedé sin hacer el más leve movimiento. Sonaron otras descargas y noté que el médico reconocía a los caídos, para ver si estaban realmente muertos. Cuando me tocó la vez, sentí que sus manos me palpaban el pecho, pero, sin decir nada, pasó a otro. Después de un rato que se me hizo eterno, oí el ruido de picos y palas cavando tierra. Mientras tanto había anochecido. Sentí que me arrastraban con cuidado y, por último, me quitaron la venda. Todo estaba oscuro a mi alrededor; pero, sin embargo, reconocí a mi fiel subalterno, que, inclinándose hacia mí, me dijo:

—Ven, señor; es preciso apresurarnos y salir cuanto antes de Damasco.

Me levanté de un salto y pregunté mientras lo seguía:

—¿Vas a desertar?

—Sí.

—¿Por mi causa?

—Y muy gustoso, porque te aprecio.

Después de perder a los míos, la muerte me era indiferente, pero el recuerdo de los asesinos me dio fuerzas para seguir viviendo. No renunciaba a la venganza. Por desgracia, debo confesar que todas mis gestiones han sido infructuosas. No quiero fatigarte con largas digresiones, pero debo decirte que Kepek me ha permanecido fiel hasta en la miseria. Nuestros medios se reducían a lo poco que mi subordinado había podido ahorrar de su paga. Mendigando por el camino, llegamos a Constantinopla, y aún más allá. Una feliz casualidad me aproximó a Midhat, el tan entendido como después famoso Bajá, quien me tomó a su servicio después de haberle referido yo mi triste historia. Bajo sus órdenes estuve en Bulgaria y después en Bagdad. Dos años después, cuando regresó él a Estambul para ocupar el puesto de Gran Visir, me ascendió a comandante y se me concedió el puesto de jefe de Aduanas. Si mi protector no hubiera caído en desgracia, su poderosa mano me habría hecho subir aún más, pero, así, tuve que resignarme a seguir aquí y seguir siendo lo que era.

No estaba descontento. La bondadosa protección que disfruté me permitió hacer algunas economías, que, de año en año, fueron aumentando y, sobre todo, las atenciones de mi cargo me tenían tan atareado que no me dejaban lugar para afligirse por mis pasadas desgracias. Kepek hubiera podido ascender también, pero se contentó con su antiguo grado de *onbaschi* con tal de poder seguir a mi servicio, deseo que, como ves, se ha cumplido.

CAPÍTULO 27

Contrabandistas

Aprovechando una pausa que hizo el narrador, alargué mi mano a Kepek y le di un sincero apretón. Se había portado con tanto valor como nobleza y ahora podía explicarme las extraordinarias atenciones que le guardaba su mano. Éste prosiguió su relato con la siguiente pregunta:

—¿Conoces el sistema de Aduanas que se emplea aquí?

—No.

—Entonces no puedes formarte una idea de la confusión que reinaba en este ramo cuando Midhat se hizo cargo de la administración de este territorio. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera ponerlos al corriente, empleando para ello un rigor que tuvo como consecuencia el que los empleados de Aduanas en este territorio fueran aún más aborrecidos que en los demás, donde tampoco se les dispensaba grande afecto. Nuestra obligación no se reducía a estar en el muelle, sino que, con peligro de nuestra vida, teníamos que perseguir el contrabando que en escandalosas proporciones se hacía por el río, sobre todo en la frontera persa y que más de cien veces nos obligó a luchar cuerpo a cuerpo con los contrabandistas. Ignoro si, en la actualidad, siguen las cosas igual que antes, ni me importa, ya todo me es igual; pero puedo afirmarte que, entonces, como jefe de los aduaneros, era el más aborrecido de todos y mi vida no estaba segura en ninguna parte.

Corrimos entonces peligros que no quisiera volver a pasar, y ese obeso servidor que ves ahí sentado fue en todos ellos mi más animoso y fiel compañero.

—¿Con qué géneros se hacía principalmente el contrabando? —pregunté.

—En aquella época consistía en pieles, sedas, chales, tapices y opio; pero ahora, a causa de los crecidos derechos que paga el azafrán, éste es el principal artículo de contrabando.

Al oír esto recordé involuntariamente al *Padar i Baharat*, el Padre de las especias, y la última frase del polaco me dio cierta luz sobre los persas que encontramos en nuestro último viaje por el Tigris. Nuestro huésped prosiguió:

—El contrabando no lo hacía cada cual según lo tenía por conveniente, sino que pronto pude observar que estaba bien organizado. Había jefes, subalternos y vulgares contrabandistas. Esta vasta organización poseía espaciosos y secretos depósitos, en los que almacenaba los géneros que de todas partes recibía, esperando el momento propicio para introducirlos en grandes cantidades y con ciertas garantías de seguridad.

Ya hacía tiempo que desempeñaba yo mi plaza sin haber podido dar con alguno de dichos almacenes, y cuando, por fin, logré realizar este deseo, me costó no sólo la

plaza, sino mi fortuna entera, tanto que, después de obtener este éxito por tanto tiempo esperado, me quedé convertido en un pobre diablo.

—¿Cómo fue esto? El éxito que dices merecía un ascenso y recompensas en lugar de una vergonzosa destitución.

—Hablas así porque ignoras las circunstancias en que hice el descubrimiento. Hasta el presente he guardado absoluto silencio sobre ellas; a ti quiero contártelas, pero, antes, deseo saber qué opinas acerca de los juramentos.

—No conozco el motivo que te inspira esa pregunta, pero te diré que, a mi juicio, el juramento es una promesa sagrada que en ningún caso se debe romper. Yo preferiría la muerte a faltar a un juramento.

—Entonces debo callar y no revelarte nada, pues juré guardar secreto y Kepek hizo lo mismo.

—¿Fue un verdadero juramento?

—Sí.

—¿Exigido por tus superiores?

—No.

—¿Por quién, pues?

—Por los contrabandistas.

—En tal caso, no habéis hecho más que una promesa, y aun forzada, según supongo. ¿He acertado?

—Sí.

—Pues no tengas ningún escrúpulo. La esencia de un juramento exige que éste sea prestado a un superior. Es decir, que tú no has prestado ningún juramento. Aun cuando hagas uso del nombre de Dios para afirmar algo, esto sólo puede obligarte cuando la promesa sea espontánea y no forzada. Además, la causa ha de ser justa, pues jurar por Dios para defender un acto punible es no sólo una blasfemia, sino un atentado contra las leyes divinas y humanas. Faltar a una promesa semejante, lejos de un deber. ¿Has prometido quizá callar sobre acciones reprobables?

—Sí.

—Pues has hecho mal, muy mal.

—Se trataba de salvar nuestras vidas. Nos habrían asesinado de habernos negado a jurar.

—Yo, en tu caso, no habría prometido. Pero tú no eres yo, y tus opiniones sobre este caso son diferentes desde el momento en que no has sido ferviente cristiano ni creyente musulmán. Pero eres un hombre, y un hombre honrado no compromete su palabra a la fuerza para defender una mala causa.

—Tal vez tengas razón y no quiero discutir contigo. En realidad no se trata aquí del juramento prestado, sino de las consecuencias que podrá tener para mí el que no lo cumpla. Si tú y el jeque me prometéis callar sobre ello, callar como la tumba, que carece de palabras, podré hablar y hablaré.

—El ejemplo o comparación de la tumba no ha estado bien acogido. La tumba no

es callada, muy al contrario, posee un lenguaje grave y solemne cuyas palabras resuenan como truenos, no en los oídos mortales y perecederos, sino en los divinos y eternos. Por consiguiente, te prometemos ser más callados que la tumba, a menos de que nos comuniquen un asunto que nuestra conciencia nos obligue a declarar.

—Esa obligación no existirá no siendo vosotros empleados de Aduanas ni siquiera súbditos del Bajá. Sé que puedo fiarme de tu palabra y, en consecuencia, prosigo. Las comunicaciones e informes de mis subordinados, junto con el fruto de mis propias observaciones, dieron por resultado que fijara mi atención en las ruinas de Babilonia, que debía de ser el lugar donde se reunían todos los hilos de la vasta organización contrabandista. Sería demasiado largo enumerarte todos los motivos que tuve para llegar a tal conclusión. Seguí una pista y contraté a dos pobres beduinos que habían sido arrojados de su tribu y que no tenían obligaciones con nadie. Después de asegurarme su fidelidad con espléndidas promesas, los envié hacia el campo de las ruinas.

En apariencia debían dedicarse a hacer excavaciones para vender lo que hallasen; pero, en realidad, su principal ocupación consistiría en tener los ojos bien abiertos, sobre todo de noche, y comunicarme, en secreto, cuantos descubrimientos lograran hacer. Eran dos mozos listos y, antes de una semana, recibí una comunicación de ellos que me colmó de alegría. Habían observado la presencia de algunos contrabandistas que llegaban de varias direcciones, unos con bestias cargadas de géneros y otros llevando ellos mismos la carga. Todos se encaminaban al mismo sitio y volvían a pasar después ya sin las mercancías.

—¿Tratarías de averiguar dónde las dejaban?

—Sí, mis espías pudieron indicarme fácilmente el sitio, aun cuando se habían guardado muy bien de acercarse a él, para no despertar sospechas. Era en Birs Nimrud, recuerdo tan bien el lugar que hoy mismo podría, no sólo describirlo, sino hasta dibujarlo. Recompensé espléndidamente a los espías y les dije que siguieran observando. Las noticias que me enviaron sirvieron de confirmación a las anteriores y, en vista de ello, creí llegado el momento de proceder con energía.

Elegí diez subalternos de confianza y a Kepek, y me puse en camino para practicar un reconocimiento en regla.

—¿Cómo lo llevaste a cabo?

—Ya te lo diré después. Indudablemente se trataba de un oculto lugar en donde las mercancías quedaban depositadas bajo techado. El local debía de tener una entrada que sería preciso forzar y, al efecto, llevamos herramientas tales como picos, palas...

—¿Pensabais acometer ese trabajo de día?

—¡Claro está! ¿Cuándo habría de ser? No era posible hacerlo a oscuras.

—Entonces llevasteis las herramientas inútilmente.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo adivino; es más, supongo que sufristeis un contratiempo.

—Eso lo supones por haberte yo dicho que me obligaron a prestar un juramento.

—No sólo por eso. Tus dos espías te hicieron traición.

—No, eran hombres fieles y honrados.

—Lo dudo.

—Ningún motivo tienes para ello.

—¿Estaban en su sitio para servirte de guía?

—Sí.

—¿Has seguido después en relaciones con ellos?

—No. Poco después tuvieron que abandonar el territorio; pero esto no es fundamento suficiente para suponerles traidores. Desde el primer instante me causaron la mejor impresión, sobre todo uno de ellos, llamado Safi, era la más viva estampa de la honradez.

—¿Safi? —pregunté involuntariamente recordando al hombre de Mansurijeh que nos había vendido a los persas—. ¿Qué edad podrá tener ese árabe?

—¿Por qué deseas saberlo?

—Porque conozco a un sujeto que lleva el mismo nombre.

—Son muchos los que se llaman de igual modo.

—¿Cuándo sucedió el hecho que has referido?

—Hace cuatro años.

—¿Cuántos tendría, aproximadamente, ese hombre?

—Según él, cuarenta años, pero representaba más. El otro beduinos se llamaba Aftak y también garantizaría su honradez y lealtad.

—¿Aftak? Safi y Aftak... es singular... muy singular.

—¿Conoces acaso a alguien que lleve ese nombre? —me preguntó mirándome sorprendido.

—Justamente, y si mis suposiciones no me engañan, puedo a mi vez afirmar, y no por meras sospechas, que fuiste a caer en una trampa muy bien preparada.

—¿Me crees tan tonto como para dejarme engañar?

—Los animales más astutos son los que se cazan con lazo. Pero te ruego que prosigas tu relato.

—Así lo haré, pero tengo viva curiosidad por saber en qué fundas tus afirmaciones.

—Probablemente no tardarás en saberlo. Me decías que llevasteis herramientas para remover la tierra. ¿Fuisteis a caballo hasta Hilleh?

—Sí, preciso es pasar por allí para alcanzar las ruinas de Babilonia.

—Puede evitarse esta ciudad, sobre todo cuando se trata de algún asunto que no deba saber nadie.

—Nosotros pasamos en ella la noche y, a la mañana siguiente, volvimos a montar a caballo para dirigirnos a Birs Nimrud.

—Entonces fue inútil que llevaseis desde tan lejos las herramientas, ya que en Hilleh habríais podido procuráoslas.

—No queríamos dar a conocer nuestros propósitos.

—Seguramente vuestros picos y palas habían sido ya descubiertos y vuestros propósitos conocidos antes de llegar a Hilleh.

—¿Cómo y por quién?

—Doy por supuesto que seríais espiados por el camino.

—Sólo descansamos en Khan Bir Nust y en Khan Mahawit, donde había muy poca gente y por el camino no vimos más que algunos jinetes a distancia.

—¿A distancia? ¿De modo que esos jinetes no siguieron la ruta? ¿Por qué? No se acercaron porque os vigilaban por cuenta de los contrabandistas, en cuyas manos caísteis después.

—*Effendi*, hablas como si ya conocieras cuanto te quiero referir. Bien, repito que llegamos sin tropiezo a Hilleh y que pasamos allí la noche, saliendo de madrugada para Birs Nimrud, donde Aftak y Safi nos señalaron el lugar que buscábamos.

Cual si tuviera un mapa ante los ojos, hizo varios ademanes con la pipa, como si quisiera mostrarme los lugares y prosiguió:

—Fíjate. Aquí está Hilleh y marchamos en la dirección que te indico. Delante teníamos la Torre de Babel y nos acercamos a ella por este lado. Entonces volvimos hacia la izquierda, donde había un enorme montón de piedras con inscripciones antiguas. Desde allí nos condujeron en línea recta y luego otra vez a la izquierda, donde encontramos una especie de cobertizo construido con los más groseros materiales. Detrás estaba el sitio que buscábamos.

—¡No! —exclamé yo casi involuntariamente.

—¿Que no, dices? —preguntó él sin ocultar su sorpresa—. ¿Cómo puedes hacer semejante afirmación?

—Desde ahora puedo asegurarte que el sitio indicado no era el verdadero. Éste debía de estar más arriba.

—Me asombran tus palabras. ¿Qué entiendes por el verdadero sitio?

—El que conducía a la guarida de los contrabandistas.

—Muy bien, *Effendi*, eso es.

—Ahora continúa. ¿Empezasteis en seguida a cavar en el sitio falso, es decir, en el que os indicaban?

—No, porque había dejado a mis diez aduaneros en Hilleh y sólo con Kepek y los guías me adelanté hasta Birs, para reconocer el terreno. Se podía presumir que surgieran inconvenientes que fuese preferible ocultar a los ojos de los subalternos.

—¡Qué prudencia tan imprudente! Prosigue. Estoy seguro de que los contrabandistas no tardarían en caer sobre vosotros.

—Nada hay oculto para tus ojos, *Effendi*, porque, realmente, sucedió lo que dices. Apenas nos habíamos apeado de los caballos, cuando salieron de una hondonada veinte hombres que cargaron sobre nosotros con tal rapidez que ni aun tuvimos tiempo de pensar en la defensa. Momentos después yacíamos en tierra con los ojos vendados y bien amarrados. Oí una voz que decía con tono de mando: «Alejad los

caballos y, en cuanto a los hombres, llevémoslos pronto de aquí, para que ningún aduanero pueda adivinar lo sucedido. ¡Hay que tener presente que no tardarán en llegar los otros diez condenados perros que ha traído este *Bimbaschi*!». Sentí que me levantaban y que era llevado no por la llanura, sino hacia arriba y por un terreno que debía ser muy empinado. Debo confesarte que mi corazón estaba oprimido, pues conocía el odio que me profesaban los contrabandistas y tenía fundadas razones para temer por mi vida.

—No tanto, puesto que vives.

—No te burles. Cuando volvieron a dejarme en el suelo, oí el ruido que hacía una piedra al chocar con otra, como sucede cuando se construye un muro. Esto duró largo rato y no pude oír una sola palabra mientras tanto. Volvieron a cogerme luego y me llevaron por un sitio en que con frecuencia, ya por un lado ya por otro, tropezaba con piedras. Es decir, que debía de ser un pasadizo.

Durante este trayecto descansaron varias veces los que me conducían y cambiaron entre sí algunas frases, por desgracia, en persa, idioma que ni entonces ni ahora comprendo. Sólo he podido conservar en la memoria el nombre de *Gul i Schiraz*, porque repetidas veces llegó a mis oídos. Después de un rato oí ruido de pasos que se alejaban y todo quedó en silencio.

—¿Y Kepek? —pregunté—. ¿Qué le sucedió? ¿Dónde estaba?

El coloso tomó la palabra por primera vez desde el principio de la conversación, diciendo:

—¡Oh, *Emir*! Yo estaba al lado de mi señor. Me habían tratado igual que a él y también me condujeron a aquel funesto agujero. Todo mi cuerpo temblaba de miedo, no por mí, sino por él, y no puedo expresar mi alegría cuando oí su voz querida. Mi amo preguntaba si había alguien allí, y cuando yo le contesté nombrándome, ambos nos dedicamos a considerar la situación en que nos hallábamos.

—¿Sólo vosotros dos?

—Sí.

—¿Y los guías que fueron a vuestro lado?

—No estaban allí.

—Lo creo, y ero confirma mi creencia de que todo pasó como ya he dicho. Eran cómplices de los contrabandistas y éstos no habían de hacerles nada. ¿No pudisteis romper vuestras ligaduras?

—No —contestó el *Bimbaschi*—. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero fue en vano. Así estuvimos largo tiempo, medio día, quizá un día entero, y todas las coyunturas nos dolían de permanecer tanto rato en la misma postura. Por fin oímos pasos y comprendí que se acercaban varias personas. Nos quitaron la venda de los ojos y nos encontramos con tres hombres delante. Otro estaba sentado sobre una piedra. Uno de los tres preguntó a este último lo que había oído y el hombre repitió cuantas palabras habíamos pronunciado, lo que demostraba que nos había vigilado y escuchado.

—¿Había ventanas o alguna otra abertura en la habitación?

—No.

—Entonces tendría que estar iluminada artificialmente. ¿Por qué medio?

—Con lamparillas de barro, llenas de aceite, de las que había buen repuesto en un nicho que formaba la pared en el que se hallaba también una jarra de aceite.

—¿Puedes describirme el aspecto del aposento?

—Sí, pues estuve bastante tiempo en él, lo recuerdo tan bien como si lo tuviera delante. Era largo y estrecho y su altura poco más de la necesaria para poder estar de pie.

—Es decir, que no era verdaderamente una habitación, sino más bien un pasadizo.

—Tal vez tengas razón, pues las paredes, construidas con ladrillos, estaban desnudas y sólo en un rincón vi algunas herramientas y un manajo de cuerdas.

—¿No había puerta?

—No.

—No puede ser. Todo induce a pensar que aquel pasadizo serviría de entrada a un local más espacioso.

—Lo que dices está muy bien razonado, pero, por el momento, no puedo afirmar que hubiera puerta. Ya te lo explicaré después. Ahora debo contarte lo que me dijo el *Safir*.

—¿El *Safir*? Esa palabra persa significa embajador. ¿Cómo sabes su definición?

—Así lo llamaban los demás. Su aspecto era el más a propósito para despertar el terror, y a ello contribuiría una terrible cicatriz que le cruzaba la cuenca vacía de un ojo y la boca, dividiendo en dos partes desiguales su largo bigote. El golpe que le produjo esa cicatriz debió privarlo al mismo tiempo del ojo. Vestía...

—Eso no hace el caso —interrumpí yo—. El traje puede cambiarse en un momento. ¿Cómo era su figura? ¿Tenía algo de particular?

—Ya he dicho que llevaba bigote. No era muy alto, pero sí bastante ancho, y su fuerza, al parecer, debía de ser extraordinaria. Su voz tenía un timbre metálico y pude observar que tenía la costumbre de atusarse el bigote, procurando cubrir con él la cicatriz que lo dividía. ¿Por qué me preguntas todas estas cosas?

—Porque es una de mis costumbres. Durante mis viajes fijo mi atención hasta en las circunstancias más insignificantes, y la experiencia me ha demostrado repetidas veces que muchos detalles inútiles, al parecer, que he conservado en la memoria me han prestado después excelentes servicios. Este *Safir*, tanto por él como por ti, ya me interesa. Ahora vamos a Persia y, como no hay nada imposible en la Tierra, podría ser que me tropezara con él. Junto con Halef me propongo visitar Birs Nimrud y, allí...

—¿Eso piensas hacer? ¿De veras? —preguntó con viveza.

—Sí, aunque no tengo el menor motivo para suponer que voy a encontrarme allí al *Safir*, pero hace mucho tiempo que acaricio la idea de verme al pie de la Torre de Babel. Por eso, y previniendo un capricho de la suerte, quiero obtener todos los posibles informes sobre su persona.

—¿Tenéis quizá la intención de registrar la Torre?

—Por el momento, no. Tal vez lo hagamos otro día.

—No os dejéis arrastrar por un deseo que puede resultar peligrosísimo. Yo sé lo que me costó mi anterior visita a la Torre, y, aunque ignoro si encierra aún semejante canalla, una voz interior me dice que debo advertiros. Sobre todo guardaos bien de utilizar mi relato para practicar investigaciones que seguramente me costarían la vida. No te he contado esto para que, paso a paso, te hagas cargo de cuál ha sido mi vida, sino para que me des un consejo.

—En cuanto a la advertencia y a tus temores, puedo asegurarte que no daremos ningún paso que pueda causarte el menor perjuicio. Sabemos apreciar tu confianza y no te daremos motivo para que tengas que arrepentirte de ella.

—Eso me tranquiliza. No toméis a mal mi temor, pero el peligro que a duras penas pudimos evitar entonces por medio de forzado juramento, existe aún hoy y nos amenaza lo mismo que antes.

—Estamos muy lejos de dar a tus palabras otro sentido del que realmente tienen. Así es que cálmate y sigue contando lo que te sucedió en Birs Nimrud.

CAPÍTULO 28

Safir

El antiguo comandante hizo una pausa, reunió sus recuerdos y, a los pocos minutos, continuó su larga narración en estos términos.

—El *Safir* habló en persa por espacio de un rato con su gente y, de vez en cuando, nos dirigía una mirada cruelmente burlona o nos asestaba un puntapié. Mi esposa y su padre me habían enseñado lo bastante ese idioma para comprenderlo a medias, pero, por esta vez, no pude entender nada de lo que decían, pues aquel miserable hablaba con extraordinaria rapidez. Sólo sé que repitió varias veces el nombre de *Gul i Schiraz*. En aquel momento se me ocurrió una idea; los orientales gustan de expresarse en el lenguaje bíblico, y sobre todo acostumbran a dar nombres de flores a sus mujeres e hijas. Esta rosa ¿sería acaso alguna mujer? En tal caso debía estar en relación muy íntima con los contrabandistas. Cuando tanto sonaba su nombre, muy grande debía de ser su importancia, y yo saqué la conclusión de que sería la mujer de algún jefe. ¿No te parece probable, *Effendi*?

—Aplazo dar mi opinión sobre los personajes hasta que llegue el desenlace del drama. Para mí tiene más importancia el sitio que las personas.

—¿Qué quieres decir?

—Que, por otra parte, nada importa que la palabra Rosa indique flor o mujer. Lo principal, a mi juicio, es *Schiraz*, que me hace presumir que la solución del enigma se ha de buscar en dicha ciudad persa o en sus cercanías. Y aun cuando esta suposición mía fuese errónea, me atrevo a afirmar que alguna existencia habrá por aquellos contornos que esté más o menos ligada a la de la *Gul i Schiraz* que buscamos. En fin, no nos quebrems la cabeza ahora. Cuando Dios quiera, ya se nos presentará la ocasión por sí sola. Decías que el *Safir* hablaba con su gente.

—Sí, después se volvió hacia nosotros y, como es natural, dejó caer su enojo principalmente sobre mí. Intercalando los más groseros insultos, me enumeró todas las pérdidas que había ocasionado a los contrabandistas y afirmó que sólo podría pagarlas con la vida. Su discurso fue muy largo, pero yo lo resumo y sólo añadiré que no respondí nada. Lo mismo hizo Kepek. Los persas, entre grandes carcajadas burlonas, empezaron a comentar todas las pesquisas para descubrir el depósito de contrabando. ¿Cómo habían logrado averiguarlo todo? ¿Habría entre mis subalternos algún traidor que estuviera a sueldo del enemigo?

—Eso no es sólo posible, sino probable. Concluyo, por lo que de tu relato se desprende, que las relaciones de los contrabandistas son muy extensas y bien organizadas y que su dirección está encomendada a gente tan atrevida como astuta. Es de suponer que tenían numerosos espías, encargados de comunicarles cuanto

intentaras contra ellos. Y ¿quiénes podían ser los sujetos mejor informados? Naturalmente, tus subalternos.

—Tienes razón. ¡Si hubiera abierto los ojos a tiempo! Ahora me explico por qué fracasaron planes tan cuidadosamente estudiados que parecía imposible dudar de su buen éxito. Comprendo que fui demasiado benévolo, y confiado con mis inferiores, falta que bien duramente he expiado.

—¿Desde la época en que ocurrió lo que me cuentas?

—Sí. Añadiré que no se contentó con amenazarme con la muerte, sino que exigió una crecida indemnización por las pérdidas sufridas. Me pidió toda mi fortuna y, al decirle que yo no era rico, ni siquiera bien acomodado, se echó a reír y me nombró el Banco donde guardaba mi dinero, cuya cifra conocía tan bien como yo.

—Eso te demostrará que tenía excelentes espías, que era necesario buscar muy cerca de ti.

—Entonces no pensé en ello, hubiera sido demasiado tarde, puesto que ya estaba informado de todo. Me exigió que le diera una orden para el Banco, y al negársela, me dijo que dentro de una hora sería ejecutado, lo mismo que el *onbaschi*, y que me concedía tres cuartos de hora para reflexionar. Pronunciada esta sentencia, se sentó en corro con los demás. Así estuvieron sin interrumpir el silencio más que con algunas palabras que cambiaron entre sí en voz baja. Cuando terminó el plazo me preguntaron si había cambiado de opinión; respondí con una negativa, y entonces, mientras unos clavaban dos garfios en la pared, otros nos pusieron a Kepek y a mí una cuerda al cuello.

Los preparativos no dejaban dudas sobre sus intenciones de ahorcarnos y, más por salvar la vida de mi buen servidor que la mía, me manifesté dispuesto a entregar la suma exigida. ¿Quizás atribuirás mi conducta a cobardía, *Effendi*?

—De ningún modo. Cualquiera en tu caso habría obrado como tú, pues pudiendo elegir entre vivir en la miseria o ser ahorcado con todo el dinero, todos escogerían lo primero. Además, desempeñabas una plaza productiva y pronto podrías enriquecerte de nuevo.

—Eso pensé entonces; pero no tardé en convencerme de que mi presencia era vana. Nos quitaron la cuerda y trajeron... ¿no adivinas lo que trajeron?

—No.

—Trajeron mi recado de escribir, sí, mi propio recado de escribir, sin que faltara nada, tinta, papel y pluma, y, para mayor asombro mío, el papel era el que yo usaba, cogido de mi propia mesa. Habían hecho con todo eso un pequeño paquete en el que se hallaba también lacre y mi sello. ¿Qué dices a esto?

—Que esa mala pasada que te jugaron estaba preparada cuidadosamente y desde hacía tiempo. Todos esos objetos se necesitaban para que en el Banco no pusieran en duda la procedencia de la orden. ¿Seguramente la escribirías?

—Sí, pero no en los términos que me propuse, sino en los que me dictó el *Safir*. Éste debía de ser un experto hombre de negocios, pues tan buena maña se dio, que, si

yo hubiera sido el cajero del Banco en cuestión, hubiese pagado el dinero sin la menor desconfianza. Tenía mi fortuna colocada en una forma que podía ser retirada sin previo aviso, precaución a que me habían obligado las circunstancias, pues siendo yo empleado turco y dependiendo del capricho de un Bajá en una población tan alejada de Constantinopla, podría encontrarme con una destitución imprevista que exigiera mi inmediata salida de la ciudad. Esto hizo posible el que mi dinero cambiara tan rápidamente de dueño. Cuando el *Safir* cogió la orden, la comparó con otros papeles que tenía en la mano y dijo: “Aquí tengo otros documentos escritos por ti y comparo tu letra con ellos. Si llegas a disimular la letra te ahorcamos sin remedio. Ahora os voy a enseñar una cosa y haceros una pregunta. Reflexionad bien antes de contestar a ella, pues de lo que digáis probablemente dependerá vuestra vida”. Desataron la cuerda que nos sujetaba los pies para que pudiéramos levantarnos, pero las manos continuaron atadas, siendo por lo tanto imposible que pudiéramos defendernos.

Mientras que los demás lo alumbraban con las lamparillas, él se acercó al rincón en que las cuerdas cubrían el suelo, las apartó, separó igualmente la arena que estaba debajo de ellas y dejó al descubierto una trampa de madera, que, al ser levantada, dejó ver un negro abismo al que se podía bajar por escalones de piedra. Descendimos por ellos y no tardamos en llegar a un aposento subterráneo en el que los géneros de contrabando estaban amontonados en tal cantidad que a su vista no pude dominar mi asombro. Allí estaban, colgaban o yacían...

—Dispénsame —le dije, interrumpiéndole—. ¿Qué altura tendría ese aposento?

—Quizás unos cuatro pies sobre la estatura de un hombre —contestó.

—Tal vez no lo recuerdes, pero a mí me interesaría saber cuántos escalones bajasteis.

—Por casualidad lo recuerdo perfectamente. Cuando vi aquel negro agujero creí que allá abajo estaría la mazmorra en que nos iban a encerrar, y como, en ese caso, yo estaba decidido a intentar cuanto fuera posible para nuestra salvación, y la altura de la escalera no dejaba de tener importancia para ese fin, conté los escalones. Eran dieciocho.

—¿De regular altura?

—Sí, creo que tenían la medida usual que se emplea aquí para las escaleras. Una *zar i schadi* se divide en seis escalones.

—Eso es. La *zar i schadi* tiene ciento doce centímetros. Si el local subterráneo tenía una altura de cuatro pies sobre la medida turca de la estatura corriente de un hombre, el techo no podía tener menos de unos noventa a cien centímetros de espesor; es decir, que la distancia entre los dos suelos, el del pasadizo y el del subterráneo, tendría que ser de unos trescientos cincuenta centímetros, o sea, en medida persa, tres *elles* reales y un *bojof*.

Me miró con cierta perplejidad y dijo:

—Permíteme que te pregunte de nuevo con qué objeto desees informes tan

detallados de estos pormenores.

—Y de nuevo también te responderé que mis preguntas obedecen a una antigua costumbre. Sabiendo a qué profundidad, con respecto al pasadizo, está situado el depósito subterráneo, puede calcularse a qué altura o profundidad de Birs Nimrud ha de buscarse exteriormente sin necesidad de penetrar en él. ¿En qué ángulo del pasadizo estaban amontonadas las cuerdas?

—En el de la derecha del fondo. Estoy seguro de que abrigas algún propósito que tratas de ocultarme.

—No abrigo ninguno; pero después te haré una comunicación que te convencerá de la inocencia de mis preguntas. ¿Así, pues, el subterráneo de que me hablas estaba lleno de mercancías?

—De tal modo atestado que apenas quedaba sitio para moverse entre ellas. El *Safir* mandó que se alumbrara por todas partes y vimos innumerables piezas del más suave y preciosa *Kalankar*^[48], cuyos matices son una orgía de colores. Más lejos grandes paquetes de magníficos chales tejidos con lana de *murgus*^[49] y suntuosos tapices de Farahan y Kirmanschah. En otro lado se amontonaban espléndidas sedas y *moires* que cambiaban luces. No lejos distinguí voluminosas balas de los más ricos *Saghri*^[50] y marroquín. Fui llevado después a otros tres subterráneos en los que había igual profusión de géneros, pero éstos eran diferentes. Abundaba el opio, el Hachis, la esencia de rosas, el arsénico de Kaswin y muchas clases de especias destinadas al mercado de Constantinopla. También me fueron enseñadas importantes cantidades de lapislázuli del Turquestán y diamantes labrados en Ispahan y Schiroz y otras varias clases de piedras preciosas que por sí solas representaban una fortuna.

—Pero, ¿qué motivo los guiaba a enseñarte todo eso a ti, al jefe de Aduanas, es decir, la persona a quien más debieran habido ocultarlo? Sólo podía guiarles el objeto de deslumbrarte con tantas riquezas y obtener tu complicidad. Si te dejabas seducir, tus negocios podrían ser aún más provechosos que antes.

—Sí, eso es lo que querían. El *Safir* me hizo la proposición de prestar mi concurso a la vasta organización, ofreciéndome una renta anual tan crecida que, probablemente, otro que no fuera yo, se habría dejado tentar por ella. Yo me limité a contestar que nunca había sido criminal ni tenía intenciones de serlo. Entonces me enseñó dinero, ofreciendo pagarme en el acto la primera anualidad y devolverme la carta orden, pues siendo un aliado, no había de robarme. Yo me mantuve inflexible, y entonces, él me dijo: «Por lo visto no has apreciado en toda su gravedad el peligro en que te hallas. Se trata de vuestras vidas. Conocéis el escondite y habéis visto cuanto en él se encierra. Por consiguiente, sólo vuestra muerte puede ofrecerme seguridad. Te concederé tiempo para reflexionar. Ahora voy a enviar un emisario a Bagdad en busca del dinero; si nos lo niegan estás perdido, y si lo cobran volveré a hablar contigo». Después de pronunciar estas palabras amenazadoras volvieron a atarnos como antes y nos encerraron sin proveernos de pan ni de agua.

—Olvidas decirme el lugar adonde os llevaron. También has hablado de otros tres

subterráneos, pero sin decirme qué conexión había entre ellos ni cómo se pasaba de unos a otros.

—Por medio de aberturas que, en lugar de puertas, tenían tapices.

—¿No había ningún mecanismo para poder obstruir el paso?

—Entonces sólo hay dos entradas ocultas, la del pasadizo y la de la escalera secreta. ¿Cómo estaban situados los otros tres aposentos con relación al primero?

—Éste daba acceso al del centro y los otros dos estaban a la derecha y a la izquierda del último. Frente al primero, y con entrada por el aposento central, estaba el calabozo en que nos metieron.

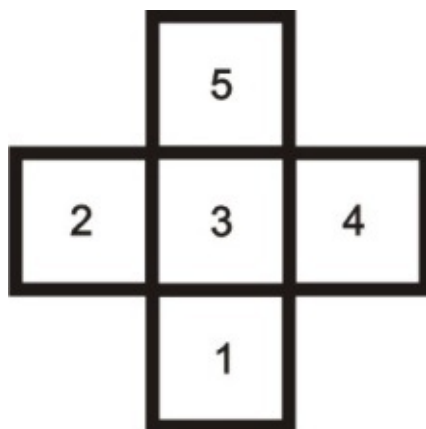
—¿Era éste pequeño?

—No, tenía las mismas proporciones que los demás.

—Por lo que dices, esos cinco cuartos debían de formar una cruz.

—Sí; y todos eran completamente cuadrados. Voy a dibujártelos.

Y, cogiendo de nuevo el pico de la pipa, dibujó la siguiente figura:



Después prosiguió:

—En el número 1 desembocaba la escalera; desde allí fuimos a los números 3, 4 y 5, en donde nos ataron, y, por fin, nos encerraron en el número 5, en el que quedamos sin podernos mover, atados como fardos.

—¿Naturalmente a oscuras?

—Sí; pero mientras nos alumbraban las lamparillas, pudimos darnos cuenta de que las paredes eran de ladrillos y estaban desnudas y, en el suelo, en el rincón de la izquierda, podía verse un montoncito de tierra.

—¿Luego el suelo era de tierra?

—No, de ladrillo.

—Entonces no deja de ser singular la existencia de este montoncito, y, en tu lugar, habría lijado la atención en ese detalle.

—¿A causa de los *kanafid*^[51] que salieron después? Son unos animalitos cariñosos que no hacen daño a nadie.

—¿*Kanafid*? ¿Teníais puercoespines en aquel subterráneo?

—Sí; después de permanecer largo rato amarrados y en silencio llegó a nuestros oídos un leve rumor, como de tierra removida, y unos cuantos animalejos empezaron

a recorrer la estancia. De momento, no supimos de qué especie eran, pero no tardaron en dejar oír unos característicos gruñidos que nos dieron a entender que eran puercoespines.

—Es muy singular.

—¿Por qué?

—¿No lo comprendes tú mismo? Primero es extraño que unos animaluchos tan huraños se atrevan a recorrer una habitación habitada, y quizá pueda esto explicarse si era primavera, la época en que están en celo y en la que sus deseos de hallar compañía suelen vencer su proverbial timidez. Mucho más extraordinario es todavía el hecho de hallarse en un lugar techado y con paredes y suelo de ladrillos. Sabido es que los puercoespines, a fuerza de escarbar, llegan a hacer largos pasadizos subterráneos, pero no pueden atravesar una pared de ladrillos. Sólo puede admitirse su presencia allí por la existencia de un pequeño boquete en la pared, o una oculta salida subterránea que vosotros no podíais aprovechar, puesto que estabais atados. Lo más importante para mí ahora es saber de qué modo estaba separado vuestro encierro del aposento número tres. Generalmente no se guarda a los prisioneros detrás de una cortina.

—Por lo que respecta a eso, los contrabandistas eran demasiado listos para cometer tal imprevisión. La abertura de la puerta estaba cubierta por una cortina de tela metálica que podía subirse y bajarse a voluntad, y también sujetarse fuertemente al marco de la abertura. Aun cuando no hubiéramos estado atados y nos hubiesen dejado los cuchillos, no habríamos logrado romper aquellas apretadas mallas.

—La existencia de esta especial cortina indica que en aquel aposento hubo otros prisioneros antes que vosotros. Sigue tu relato, pues me interesa muchísimo.

—Como te decía —prosiguió—, nos parecía que había pasado una eternidad antes de que volviéramos a oír el ruido de subir la cortina y viéramos luz de nuevo. Penetró en la estancia el *Safir* con los mismos hombres que le acompañaban la primera vez. Según nos comunicó, se había cobrado el dinero. Esta circunstancia, al parecer, había suavizado su humor, porque nos habló con menos brutalidad y grosería que antes. Al preguntarme si lo había pensado mejor, mi negativa, en lugar de enfurecerle, lo dejó tranquilo y, con mucha calma, aunque decidido, me dijo: «Con esa negativa has pronunciado tu propia sentencia. Tengo el deber de tomar las precauciones necesarias para que no puedas perdernos. Teníamos previsto que nos negaras tu concurso y, en tal caso, tu muerte parecía inevitable. Pero ha habido quien ha hablado en tu favor, no es preciso que sepas la persona de que se trata, y yo he accedido a perdonarte la vida si me garantizas la seguridad por otro medio. Pon, pues, atención a lo que tengo que decirte. Si aceptas, recobrarás la libertad perdida. De lo contrario, dentro de una hora habrás dejado de existir. Jura de un modo solemne que no revelarás a ningún ser humano la existencia de estos subterráneos ni cuanto en ellos has visto y oído, y, tan pronto como regreses a la ciudad, dimite tu cargo. Si no lo haces así, inmediatamente os alcanzará nuestra venganza. Si un día, tarde o

temprano, llega a descubrirse nuestro escondite y tenemos la más leve sospecha de que ha sido por vuestra incontinencia de lengua, que no ha sabido guardar el secreto, podéis prepararos a morir de la manera más lenta y dolorosa. También tienes que comprometerte a no salir de Bagdad mientras dure tu existencia, para que pueda alcanzarte nuestra venganza. Desde hoy en adelante estarás constantemente vigilado, y no te perderemos de vista, por muy larga que sea tu vida, a la que pondrá fin inmediatamente cualquier intento de rebelión por tu parte». Tal fue la proposición del Safir. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

—Seguramente no lo que tú hiciste —fue mi respuesta—. Lo más probable es que no me hubieran cogido, pero eso ahora nada importa. Vosotros prestasteis el juramento, fuisteis puestos en libertad y, de regreso a Bagdad, dimitiste tu plaza.



—En efecto, así sucedió. Realmente no comprendo cómo hubiese podido hacer otra cosa. Si nos hubiésemos negado, nuestra muerte no se habría hecho esperar mucho. Si sólo se hubiese tratado de mi persona, ya hacía tiempo que la vida no tenía ningún valor positivo para mí. Pero la suerte de Kepek estaba unida a la mía y, a pesar de todo, la vida siempre ofrece algunos alicientes. Estos fueron los motivos que me aconsejaron aceptar las proposiciones del *Safir*. Prestamos el juramento y acto continuo nos quitaron las cuerdas y subimos de nuevo a la superficie de la tierra y, después de cruzar el pasadizo, salimos de la torre.

—¿Sería de noche, naturalmente?

—No, en medio del día.

—¿De veras? ¡Qué imprudencia!

—¿Por qué lo dices?

—Porque así habréis sabido lo que hasta ahora no he podido averiguar. Me refiero a la entrada del subterráneo y al sistema de abrirla y cerrarla.

—Claro está que lo hemos visto todo. Por lo que hace a la entrada del pasadizo secreto, no podríamos encontrarla, pues no pudimos observar las rayas que tenía el ladrillo que era necesario quitar para remover todos los demás.

CAPÍTULO 29

¿Fueron realmente asesinados?

Con profunda atención había escuchado las palabras del *Bimbaschi*. Él no podía suponer que las últimas que había pronunciado acababan de revelármelo todo. Los ladrillos de Birs Nimrud llevan antiguas inscripciones grabadas en ellos, pero mi interlocutor no había hablado de inscripciones, sino de rayas, y esta palabra trajo a mi memoria una circunstancia en la que no fijé la atención por creerla desprovista de importancia.

Me refiero al pergamino que perteneció al *Padar i Baharat*, que, según se recordará, contenía unos trazos cuyo significado no pude adivinar entonces; pero después de descubrirme el *Bimbaschi* el camino hasta la altura de Birs Nimrud, se hizo súbitamente la luz ante mis ojos y, con no poco asombro, reconocí que las líneas trazadas en el pergamino eran el plano de la senda que conducía al misterioso escondite de los contrabandistas. Y cuando mi interlocutor se refirió a unas rayas en lugar de signos, recordé que entre aquellos dibujos había algunas rayas en las que apenas me fijé.

Ya he dicho que parecían comas hechas para probar la pluma sobre el papel o para alejar un pelo de las puntas de la misma. Yo había copiado el dibujo, pero no las rayas. Afortunadamente poseo una memoria feliz en la que, independientemente de mi voluntad, quedaban grabados hechos y objetos que me fueron indiferentes, pero que, de pronto, adquirieron inusitada importancia.

Una vez más ocurrió lo que digo. Apenas pronunció el *Bimbaschi* la palabra rayas, las comas del pergamino aparecieron ante los ojos de mi mente perfiladas con tanta claridad, que no sólo podía contarlas, sino apreciar sus distintos tamaños y colocación respectiva. Aquellas no eran comas, sino palabras, escritas con caracteres cuneiformes, y, mientras el *Bimbaschi* seguía hablando, sin que yo le prestara oídos, traduje las cifras de las siguientes palabras: *Romen'a Illai in tat Kabod Bad'a Illai*. Lo que, literalmente traducido, quiere decir: «Ofrezcamos a un Dios para congraciarnos con los Dioses».

Esto, evidentemente, era un fragmento de frase, es decir, la única parte legible que quedaba de ella, pues el resto de la inscripción debía de estar borrada ya por el tiempo. Pero a mí no me interesaba descifrar toda la antigua y primitiva sentencia, sino recordar el mencionado fragmento, pues, con su ayuda, podríamos encontrar la pista en cuestión. Y aun sabiendo estas palabras, no dejaba de ofrecer dificultades encontrar dicha piedra, pues cada una de ellas no tenía mayor tamaño que un pie en cuadro. Estos pensamientos me hicieron interrumpir de repente al *Bimbaschi*, diciendo:

—Esa piedra con las rayas ¿está cerca de otras piedras igualmente marcadas?

—No lo recuerdo —respondió—. Pero ¿qué te induce a hacer semejante pregunta? Te estoy hablando de otra cosa y tú me interrumpes para preguntarme por esa piedra. Creo que no has oído lo que te estaba diciendo.

—Puede ser. Estaba pensando si no sería posible...

—No pienses más en ello, te lo ruego —añadió con súbita gravedad—. Te he contado todo esto porque conozco tu discreción, pero no puedo decirte más. Ya sabes que no puedo hacer traición a este secreto, pues la muerte sería el inevitable castigo.

—¿Según eso, supones que aun ahora estás vigilado?

—Sí.

—Entonces, ya sabrán que yo estoy aquí.

—Que lo sepan. No veo en qué modo pueda esto perjudicarme. A ti nada te importa el contrabando de esta región.

—Y mientras estabais prisioneros en Birs Nimrud, ¿qué fue de los subalternos que te habían acompañado?

—Me esperaron inútilmente en Hilleh y me buscaron también sin resultado. Después, sin preocuparse más por mí, me dejaron abandonado a mi suerte y volvieron a Bagdad. Si esperas encontrar en Oriente la misma abnegación que en los países occidentales están equivocados. Por último el *Safir* nos devolvió nuestras armas y caballos y regresamos a Hilleh, en donde empezamos por comer y beber hasta saciamos, pues nuestro cautiverio había durado tres días.

Tan pronto como estuve de regreso en Bagdad, me apresuré a presentar mi dimisión al Bajá, fundándome en motivos de salud, y no volví a recobrarla hasta que mi sucesor tomó posesión de mi cargo. Se me concedió una pensión, por desgracia muy mezquina. Con ella vamos viviendo, y si te afirmo que, desde esa fecha, no hemos hecho una comida como la de hoy, comprenderás por este detalle la situación en que estamos. Existen lugares en los que podría vivir mejor que en la costosa Bagdad, pero no debo abandonar la capital, me costaría la vida.

—¿De modo que no has hecho ninguna tentativa para salir de Bagdad?

—No. ¿Cómo se me podía ocurrir semejante idea? Estamos aquí tan prisioneros como antes en Birs Nimrud. Anhelamos de todo corazón salir de aquí y sentimos el peso de la cadena que nos retiene. Esta vida a que me sujeta una voluntad ajena me repugna. Mi humor se ha hecho sombrío y huyo del trato de la gente. Cualquier cosa que pase en la Torre de Babel, que el viento arranque una piedra o cosa parecida, les hará creer tal vez que he hecho una tentativa para penetrar allí. Constantemente veo el puñal asesino suspendido sobre mi cabeza y me estremezco al menor rumor desconocido, como si fuera el que produce el arma que se dispone a lanzar la bala mortal para mí. No como nunca nada que me dé mano desconocida, pues pudiera contener algún veneno, y sólo consumo los restos de la comida del *onbaschi*. Quisiera morir para acabar de una vez con esta vida de temores y sobresaltos. Deseo la muerte y no me atrevo a ir a su encuentro porque una voz interior me dice que no debo morir

todavía, pues antes de entregarme al descanso, he de cumplir una misión para mí aún desconocida. Ya lo ves, soy muy desgraciado, desgraciadísimo, *Effendi*. Puedes creerme.

¡Qué lástima me daba el pobre viejo! Ya no me parecía tan maniático ni ridículo como antes. El miedo había destrozado su carácter y alterado sus facultades mentales, convirtiéndole en una mariposilla que en cada sombra creía descubrir un enemigo. ¡Con qué sinceridad deseaba yo que pudiera librarse de semejante vida!

Si había posibilidad de prender al *Safir* y a sus compañeros, con gusto arriesgaría la vida para poder ayudar a quien tanto había sufrido. Pero, además de éstos, tenía otros enemigos que no vivían en las ruinas de la vieja Torre ni en las fronteras del Desierto, ni en toda la Persia y Arabia, sino en su mismo interior.

—Pues aún serás más desgraciado —le dije— de lo que tú mismo puedas figurarte. Te asustas de la muerte y temes a la vida, pero tú ya estás muerto, hace largo tiempo que has dejado de existir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que has de tener más confianza en ti mismo, un ansia de vivir dignamente los años que te queden de tu existencia.

—Para ti es fácil decirlo, porque eres joven y no te amenaza ninguna mano criminal.

—¿Lo crees así? ¿Sabes cuántas veces manos semejantes me han atacado no sólo cara a cara, sino también a traición? Ha habido hombres para mí desconocidos, más aún, en cuya amistad creí, y que han atentado contra mi vida. Mil veces la muerte me ha acariciado con sus alas sin que yo me diera cuenta. Eso es peor y mucho más peligroso que el conocer a la persona de quien te has de guardar. Dices que a mí no me amenaza ningún asesino y yo te aseguro que existen individuos que quisieran beber mi sangre. ¿Crees que eso me causa la menor preocupación? Esos miserables que me persiguen no podrán vencerme, porque yo estoy bajo una protección junto a la que sus fuerzas son comparables a la avispa que se empeña en volar tan alta como el águila y clavarle su aguijón.

—Esos a quienes te refieres serán hombres oscuros, pero mi enemigo es el *Safir*, es decir, una banda de criminales tan poderosa que ni aun el Bajá de Bagdad se atreve a enfrentarse con ellos.

—Estás equivocado. El que en esta misma ciudad amenaza mi vida es, por lo menos, tan poderoso y aun puede que en esta región lo sea más que tu enemigo. La palabra *Safir* quiere decir Embajador e indica que se halla aquí enviado por otro y nada más que de paso. Me atrevo a decir que nuestros dos enemigos deben conocerse, probablemente serán compañeros y tan canalla es el uno como el otro.

—¿Qué dices? ¿Existen dos hombres que amenazan nuestras vidas y crees que ambos son amigos?

—Sí.

—¿Acaso tu enemigo es también contrabandista?

—Y aún algo peor.

—¿Quién es y cómo se llama?

—¿Has oído alguna vez el nombre de Sill?

—Es una palabra persa que quiere decir sombra.

—No me refiero al significado de la palabra, sino a ésta aplicada como nombre.

—No, no lo he oído.

—Puedes alegrarte. Así como la sombra no se aleja del cuerpo, estas Sombras de que te hablo tampoco se separan de aquellos a quienes persiguen con el puñal levantado.

—¿Y son esas Sombras las que van detrás de ti?

—Sí, varias. Su jefe, según tengo motivos para suponer, es un amigo y compinche de tu *Safir* y no me sorprendería que, al echar el guante a uno de ellos, el otro igualmente cayera en mi poder. Mucho me alegraría de tener ocasión de pagar con creces a ese *Safir* las amistosas disposiciones que hacia ti ha demostrado.

—*Effendi*, mucha confianza tienes en ti mismo, quizá demasiada.

—No lo creas. El que confía más de lo que puede es un presuntuoso, pero el que, pudiendo, no se defiende, es un ser despreciable. No quiero ser presuntuoso, pero aún menos quiero sentar plaza de cobarde. Es preciso conocerse con exactitud a sí mismo. Ese conocimiento no se adquiere con facilidad, pues sólo se consigue después de repetidas luchas con los enemigos y, principalmente, después de luchar con uno mismo. Cuanto más sangre fría se posea, más rápida será la victoria y más exacto el conocimiento que se adquiera. Pero una vez que se llega a tener este conocimiento, ya puede uno confiar en sus propias fuerzas y compararlas con las fuerzas de los demás y obrar según le indique el resultado de esta comparación. Quien ante las comedidas frases que dicta el convencimiento de esta fuerza frunza el entrecejo y las atribuya a la soberbia, desconoce el valor de la propia confianza, aunque, unas veces en silencio y otras en voz alfa, pretenda hacerse pasar por hombre sensato.

—Comprendo las alusiones que para mí encierran tus palabras, *Effendi*, pero tú eres joven y yo soy un pobre viejo y tú tampoco has sufrido el atroz tormento de perder a tus seres queridos por medio del asesinato más sangriento.

—También he perdido muchos, quizá más que tú. Pero todo lo que Dios nos arrebatara nos lo devuelve con creces. Claro está que quien no extiende humildemente la mano no recibirá la rica compensación que había de servir de bálsamo para curar sus heridas, y cuando tú afirmas que todos tus seres queridos te han sido arrebatados por la muerte, yo te aconsejo: ¿puedes afirmarme con toda seguridad que están muertos?

—*Effendi*! —gritó el anciano—. ¿Pretendes con tus palabras jugar cruelmente con mi corazón?

—No; Dios me guarde de semejante intención. No creas que obro con ligereza al infundir esta esperanza en tu alma. Sé perfectamente lo que hago. Mientras seguía la conversación he estado pensando en tus anteriores palabras y repito que sé lo que me

digo.

—Pero ¿qué te induce a contar entre los vivos a los que ya están muertos?

—¿Los he contado acaso?

—Sí.

—No. Me he limitado a preguntarte si tienes alguna prueba irrefutable de su muerte. ¿La tienes?

—Sí... o, mejor dicho, no.

—¿Cómo se explica esa contradicción? ¿Has encontrado algún cadáver?

—No.

—¿O algunos despojos de sus cuerpos?

—No.

—¿Has hablado con alguien que presenciara su asesinato?

—Tampoco. Me hablaron de la matanza en general, pero nadie fue testigo de la muerte de los míos. Ninguno la vio con sus propios ojos.

—Y, sin embargo, tú das el hecho por seguro. Yo, en tu lugar, hubiera buscado pruebas más concluyentes.

—*Effendi*, no me abrumes con tus reproches. No aumentes el dolor que desde tantos años atrás aflige mi corazón.

—Lejos de eso, mi intento es aliviarte. Tú nos has contado, a grandes rasgos, los sucesos ocurridos en Damasco. Ahora reflexiona. En ellos abundan los pasajes oscuros sobre los que puede hacerse la luz, y quizás entonces tenga motivos para concebir fundadas esperanzas. ¿No se te ha ocurrido nunca pensar de esa manera, en vez de darlo todo por perdido?

—Te confesaré que ha habido momentos en que llegué a dudar de lo que, por otra parte, me parecía irrefutable verdad, pero como no encontré ni un solo punto en que apoyar el ancla de mi esperanza, más afligido que nunca, tuve que volver a abismarme en las penas de la triste realidad.

—Pues cobra nuevos alientos.

—De nada sirven las ilusiones. Respóndeme, ¿si los míos no estuvieran muertos, no habrían hallado modo de darme alguna señal de vida?

—No podían hacerlo, no sabiendo dónde estás.

—Debieron haberme buscado hasta dar conmigo.

—Probablemente lo habrán hecho, pero no olvides que vives oculto. ¿Cómo podrían encontrarte?

—Razón tienes, *Effendi*.

—Quizá tampoco te hayan buscado, persuadidos de que fuiste fusilado.

—Los soldados que me salvaron podrían haberles informado de lo contrario.

—¿Podrían así hacer pública su desobediencia?

—Ante mi mujer y sus padres, sí, pues éstos habrían guardado el secreto.

—Pero, ¿cómo podría ocurrírseles a los tuyos ir a preguntar precisamente a los soldados de tu compañía si, para salvarte la vida, habían tirado sin apuntarte? Y aun

suponiendo que el mismo Dios les hubiera inspirado este pensamiento, como no sabían qué soldados habían sido los escogidos para llevar a cabo la ejecución, habrían tenido que preguntar a unos y otros, y sus continuadas pesquisas no habrían dejado de despertar sospechas. ¿Digo bien?

—En verdad, yo no había pensado en todo eso.

—Tú partías del principio de que habían sido asesinados. Yo quiero suponer que no lo fueron. En este último caso habrían huido del populacho que amenazaba a los sehitas lo mismo que a los cristianos y, cuando fue saqueada y arrasada la calle en que vivían, ya estarían ellos en seguridad, quizá fuera de la ciudad, o también puede que se contaran entre los miles de fugitivos que Abd el Kader defendió en el castillo, o entre los que salvó en su propio domicilio. En el primer caso no podían regresar a la ciudad, y en el segundo, era imposible para ellos abandonar el castillo o el palacio del argelino antes de que se restableciera la calma. Entonces tú ya estabas muerto; es decir, oficialmente ejecutado y enterrado. Esto fue todo lo que pudieron averiguar cuando trataron de informarse. Como no tenían el menor motivo para poner en duda la autenticidad de tu ejecución lo aceptaron como un hecho consumado. ¿No es posible lo que digo?

—*Effendi*, al oírte hablar de ese modo no puedo añadir ni una sola palabra.

—Pues, adelante. ¿Era posible para ellos remover la tierra de tu sepultura, para convencerse de que estabas dentro? Suponiendo que se les hubiera ocurrido tan temeraria idea, todos se habrían reído de ellos, y aun puede que les hubiera pasado algo peor. No, el asunto está tan claro, que no puede estarlo más, ni deja lugar a dudas sobre el modo como sucedieron las cosas. Al saber tu muerte, su corazón vistió de luto y derramaron abundantes lágrimas que, probablemente, seguirán derramando y después... ¿qué te parece que harían?

—¿Cómo puedo saberlo?

—No se trata de saberlo, sino de figurárselo. Tú mismo me has dicho lo que hicieron la mayor parte de los salvados cuando pudieron volver a presentarse en público.

—Abandonaron Damasco.

—Eso es. No confiaron en la impuesta calma que fácilmente podría transformarse en nuevas matanzas. ¿Por qué tu suegro había de abusar de una confianza de la que no participaban los demás sehitas y cristianos?

CAPÍTULO 30

La emoción de un hombre desdichado

El viejo militar, muy inquieto, se revolvía sin cesar en su asiento. No podía menos de sorprenderle que a él no se le hubiera ocurrido cuanto yo le estaba diciendo. Por último, respondió:

—Escucha, *Effendi*. Tus palabras me han convencido de que, si mi suegro no fue asesinado, no permanecería en Damasco más tiempo que el indispensable.

—¿Le crees capaz de marcharse solo con su esposa?

—No, seguramente llevaría también a mi mujer e hijos.

—Pero ¿adónde?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Te repito lo dicho; no se trata de saber, sino de suponer. Reflexiona.

—¡Hum! Yo, en su caso, me habría refugiado en Beirut.

—Porque ya había vivido en aquel lugar y tenía buenos recuerdos de él.

—Pues yo, en su lugar, no lo habría hecho.

—¿Por qué motivo?

—Porque el levantamiento contra los llamados infieles empezó precisamente en el Líbano, y desde allí se extendió a otras comarcas. También allí la calma sólo se restableció a la fuerza. Beirut está en el centro de este territorio hostil. Si en lo futuro habrían de producirse nuevas sublevaciones, podía desde luego afirmarse que empezarían por allí. Aceptando la suposición de que tu suegro abandonara Damasco, en previsión de nuevas carnicerías, no es creíble que fuera a meterse precisamente en la boca del lobo.

—*Effendi*, diríase que toda la humana sabiduría se resume en tu cerebro.

—No exageres, sólo hay uno que sea Omnisciente, y ya sabes a quien aludo. No poseo más que un mediano entendimiento, que juzga serenamente y saca las conclusiones de los mismos hechos. Lo mismo puede hacer todo aquel que no se pierda en inútiles divagaciones.

—Pero dime, ¿dónde supones tú que hayan podido ir, si no es a Beirut?

—¿No puedes adivinarlo tú mismo?

—No.

—¡Oh, *Bimbaschi*! ¡Qué sorpresa me causas!

—No hay de qué sorprenderse. Cada vez me convengo más de que, digas lo que quieras, tú tienes un don especial para adivinar las cosas. Cualquiera puede calcular, pues para eso están las cifras y los números, pero adivinar es patrimonio de muy pocos.

—Dejemos a un lado la adivinación y limitémonos a hacer conjeturas o cálculos.

También aquí tenemos cifras y números, aun cuando no consisten en unidades, multiplicaciones y ceros, sino en hechos concretos.

—Tú eres un sabio, *Effendi*, yo no entiendo nada de eso.

—Lo entenderás tan pronto como yo te ponga un ejemplo. Tú te sientes infeliz aquí, y de buena gana querrías marcharte si pudieras hacerlo sin que nada, absolutamente nada, coartara tu voluntad: ¿hacia qué sitio, qué ciudad, qué comarca o qué país dirigirías tus pasos?

—¡Qué pregunta! La respuesta se da por sí sola. Me encaminaría a Lehmenleketi^[52], a la tierra en que he nacido. Sobre eso no puede haber la menor duda.

—¿Ninguna duda? —pregunté, riendo—. Yo creo que sí podría ponerse en duda, puesto que tú lo dudas cuando se trata de tu suegro.

—¿Yo? —preguntó asombrado.

—Sí.

—¿Cómo!

—¿No aciertas a definir en qué comarca o país se habrá refugiado?

—*Maschallah!* Es realmente asombroso, *Effendi*, cómo sabes confundir mis ideas.

—Bueno, y ahora, ¿qué opinas?

—Que deben de haber ido a Persia, sí, no pueden haber ido más que a Persia, puesto que él es persa. Las desgracias sufridas en tierras extrañas le habrán hecho volver al sitio cuyo recuerdo queda imperecedero en el corazón del hombre; es decir, a la patria. ¿Sientes tú también este anhelo hacia tu lejano hogar?

—Podría contestarte con las mismas palabras que me dijiste tú antes. «¡Qué pregunta!». Bien sabía yo que llamándote la atención sobre Polonia, adivinarías Persia. ¿Cómo puede ser indiferente para mí el atractivo que ejerce sobre todos los nacidos la ciudad en que habitaron sus padres?

—Tienes razón; mi pregunta ha sido ociosa. ¿Con que a Persia, y yo, que desde tanto tiempo vivo en la frontera de ese país, no se me ha ocurrido nada de cuanto me has dicho? Yo hubiera podido hacer pesquisas, si no personalmente, puesto que no puedo moverme de aquí, valiéndome de otras personas. Quizá habría encontrado a los que ya lloré muertos. ¡Oh, *Effendi*! ¡Qué tiempo tan precioso he perdido! Al pensar en ello, mi desconsuelo no tiene límites.

—Cálmate.

—¿Calmarme? Eso lo dices porque no sabes lo que es haber perdido cuanto se amaba y no haberlo vuelto a encontrar, por carecer del entendimiento suficiente para saber buscarlo.

—Repito que te calmes. Según parece, hemos cambiado nuestros respectivos puntos de vista, tú has tomado el mío y me has dejado el tuyo.

—¿Cómo?

—Antes no querías admitir ni aun la posibilidad de una esperanza, y yo me

esforzaba en que ésta iluminara tu corazón. Ahora, por el contrario, diríase que has desechado las penas y sólo vives para la esperanza, y yo me veo obligado a recordarte las anteriores dudas.

—¡No lo hagas, *Effendi*! No lo hagas, te lo suplico encarecidamente. No puedes adivinar lo feliz que me has hecho al borrar de mi memoria la sangre de los míos, que yo creí derramada.

—Te equivocas. No he tratado de borrar esos sangrientos vestigios, pues el hacerlo hubiera sido imperdonable ligereza por mi parte. No quiero hacerte concebir ilusiones, ni mucho menos que éstas lleguen hasta el convencimiento, para que después tenga que disiparse esta risueña perspectiva y tu dolor sea más agudo y tus penas quizá mortales. Sólo he intentado, como ya he dicho, iluminar tu corazón con un rayo de esperanza, para poner término a esa suicida apatía que está consumiendo tu vida. Pero tú, sin ton ni son, pasas de un extremo a otro y tomas como seguro lo que no es ni siquiera probable, sino apenas posible. Ten cuidado. Voy a exponerte ahora razones convincentes para demostrarte que los tuyos debieron, efectivamente, ser asesinados.

—¡No, no! ¡No hagas tal cosa! —replicó él, resistiéndose—. Todas esas razones las conozco demasiado. Ellas son las que han matado todas mis alegrías, y me han hecho imposible disfrutar de modo alguno la vida. Te prometo que sabré contenerme y reprimir mis esperanzas. Te doy mi palabra de que me mantendré entre el temor y la confianza, hasta que los hechos me inclinen a uno u otro lado.

—Hazlo así. Esa es la conducta que debes seguir. No ignoro la responsabilidad que contraigo al hacerte concebir tan halagadoras esperanzas, pero lo he hecho así obedeciendo a una voz que resuena en mi interior. Esta voz no me ha engañado nunca, exceptuando cuando no he sabido comprenderla. Con mucha frecuencia me ha salvado de gravísimos peligros, y me ha ayudado a resolver conflictos que sin ella no habría podido solucionar. Cuando escucho esta voz, me parece que me habla mi ángel de la guarda y, al obedecerla, siento una inefable satisfacción, cual si mi alma se aproximara al divino Mensajero. Cuando antes la sentía en mi corazón, como un alegre presagio y aún más clara y distinta que un simple presagio, tuve que obedecerla y hablarte de la posibilidad de una brillante aurora, después de la interminable noche de tus dolores. No creo haber interpretado mal lo que me ha dicho la celeste voz, pero debo ponerte en guardia para no dar a mi corazonada más valor que el de una lejana posibilidad.

—Te doy las gracias, *Effendi*, y seré todo lo prudente que quieras, pero por nada renunciaré al brillante rayo de esperanza que ha empezado a dar vida y calor a mi fatigado y viejo corazón.

—Tú no puedes comprender cuáles serán las consecuencias de esta conversación, pero yo puedo asegurarte que de ella brotará una luz, que no podrás apagar aunque quisieras. Esta luz se hará cada vez más intensa y acabará por alumbrar todo tu ser y tu existencia entera.

—¿Lo eres así, *Effendi*? —preguntó el viejo temblando de emoción.

—Estoy convencido de ello. Ese Dios del que has renegado se ha introducido ya por los ocultos pliegues de tu corazón y éste no tardará en pertenecerle por completo.

Mi huésped se levantó exclamando:

—¡Misericordia divina! ¡Devuélveme a mi mujer y a mis hijos!

Siguió a estas palabras un profundo silencio que duró largo rato. Seguía el suave murmullo de las palmeras, pero éste ya no recordaba las fantásticas narraciones de «Las mil y una noches».

El *Bimbaschi* se había vuelto a sentar y teñía el rostro oculto entre las manos. Así estuvo durante un cuarto de hora y nosotros respetamos su silencio. De pronto se levantó de un salto y, arrojando a su antiguo subalterno el apagado *tschibuk*, exclamó:

—Os ruego que me permitáis retirarme a solas unos momentos.

Con paso rápido ganó la abertura que desde la azotea daba acceso al interior de la casa. Cuando ya estaba a punto de desaparecer por ella, volvió la cabeza y dijo:

—Espérame aquí, volveré pronto.

Una vez que se hubo alejado, volvió a reinar el silencio, que sólo era interrumpido por el leve murmullo de la brisa que agitaba las palmeras. Hasta mis oídos llegó el ligero ruido de los pasos del *Bimbaschi*, que había salido de la casa, y paseaba bajo los árboles del jardín. Nuestra larga conversación parecía haber causado también profundo efecto sobre Halef y Kepek, pues ni uno ni otro dijeron una sola palabra. Para que el locuaz jeque guardara tal silencio, muy ocupado debía andar con sus propios pensamientos.

Después de pasado un rato, me dijo en tono muy bajo, cual si no se atreviera a romper el silencio:

—*Sidi*, escucha, está llorando.

No era necesaria esta advertencia, pues ya me había dado cuenta de los angustiosos sollozos que nos llegaban desde el jardín. Se había por fin quebrantado aquel duro corazón. Los ojos que saben encontrar lágrimas encuentran también a Dios si quieren buscarlo.

Pasó otro largo rato. El *onbaschi*, al parecer, sólo se preocupaba del *tschibuk*; echaba humo como una chimenea, y apenas estaba vacío lo volvía a cargar de nuevo; pero en su interior debía estar conmovido, pues de la densa nube de humo que constantemente lo envolvía, se escapaban algunos sonidos inarticulados como suelen oírse cuando alguien lucha con la emoción o las lágrimas. De pronto se abrió la nube, dando paso al obeso personaje, que, rompiendo en un ruidoso llanto, se vino hacia mí y, pegando su enorme boca a mi oído, me dijo en voz queda:

—*Emir*, mi *Effendi* está llorando. Nunca lo ha hecho desde que le conozco, yo no puedo oírlo y permanecer tranquilo. Dime por tu vida si esto le ocasionará algún daño.

—No temas por él —contesté—. Las lágrimas dulcifican todas las penas, éstas le serán muy beneficiosas.

—Pero a mí no. Ya puedes comprender que sus lágrimas no mitigan mis penas, sino que las aumentan. Desde mis ojos se desprenden dos cascadas que corren primero por mis mofletes y después caen sobre mi corazón, que ya nada en ellas. Tus palabras no sólo le han hecho llorar a él, sino también a mí. Pero aquí está mi *Effendi*.

—Perdona, *Effendi*, si por ahora, no sigo nuestra conversación. Ni tampoco me obligues a decirte qué me induce a dirigirte ese ruego. ¿Me lo concedes?

Comprendía perfectamente su deseo. Se hallaba poseído de un sentimiento tan sagrado que le parecía una profanación comunicarlo a los demás. Insistir por mi parte podría ser contraproducente. Así es que respondí:

—Tus deseos están de acuerdo con los míos. Además, la noche está muy avanzada, retirémonos a descansar.

—No, eso tampoco, de ningún modo. En cuanto a mí, estoy dispuesto a que me sorprenda aquí la mañana. Piensa en el absoluto aislamiento en que vivo y te explicarás que procure aprovechar tu compañía lo más posible. Esta tarde aún no tenías decidida la fecha de tu marcha, pero quizá ahora ya puedas decirme cuánto tiempo piensas permanecer en Bagdad.

—Partiremos mañana temprano...

—¡Alá! ¿Tan pronto? —me interrumpió.

—Sí.

—*Effendi*, te suplico encarecidamente que no lo hagas.

—No me has dejado acabar, quería decir que saldremos mañana temprano, pero regresaremos pronto.

—Eso ya suena mejor. Pero ¿por qué mañana temprano? Deberías descansar del viaje.

—Al contrario, necesitamos ejercicio. Durante todo el día hemos venido sentados sobre la pequeña balsa y, aun cuando no diré que esto nos haya cansado, tenemos que guardar un poco de consideración a nuestros caballos. Estos fogosos animales han pasado varios días de quietud forzosa y, siendo como eres buen conocedor de caballos, debes comprender que tampoco podemos dejarlos más tiempo aquí.

—Lo comprendo, pero nada os impide darles una buena trotada.

—Tenemos fundados motivos para no hacerlo. Ya te he dicho que debemos guardarnos de ciertos enemigos. No es que les tengamos miedo, ni mucho menos, pero, si se puede, vale más evitar un peligro que provocarlo.

—¿Quiénes son esos enemigos y adónde queréis ir?

—Hacia Birs Nimrud. Después de separarnos de ti pasamos allí unos peligros tan graves, que el citado lugar no se borrará de nuestra memoria por mucho que vivamos. Puesto que estamos en Bagdad, no queremos dejar de visitar un sitio que tan emocionantes recuerdos tiene para nosotros.

—¿Graves e inminentes peligros, dices? ¿Qué aventuras te han sucedido allí? ¿Puedo saberlas? ¿Quieres contármelas?

Apenas pronunció el veterano esta última palabra, fue interrumpido por Halef,

quien, cediendo a su acostumbrada locuacidad, dijo:

—Ese ruego, ¡oh, *Bimbaschi!*, no se lo dirijas a mi amigo, sino a mí. Aquél no gusta de dar paso por su boca a la interminable cuerda de las narraciones y, si le obligan a hacerlo, muerde la cuerda antes de haberlo dicho todo y se traga el resto, lo que puede poner en peligro su salud. A mí, en cambio, me ha favorecido Alá con el don de una cuerda de excepcionales proporciones y nunca pongo término a mi relato, mientras haya algo que decir. Por lo tanto estoy dispuesto a satisfacer tu deseo, y espero que nadie se opondrá a ello.

CAPÍTULO 31

La jactancia de Halef

La palabra nadie, que había pronunciado Halef con tanta intención, se refería a mí. Conocía sobradamente el placer que proporcionaba al pequeño Halef cuando no le negaba la licencia para referir algunas aventuras, y acostumbraba dejarle el usufructo de la palabra, reservándomela tan sólo cuando se trataba de algún conciso e importante informe.

Él, por el contrario, gustaba del lenguaje ampuloso, y aun cuando esta afición es común en los orientales, el buen jeque estaba tan pródigamente dotado de ella, que más de cuatro veces hube de poner coto a la escandalosa exageración de la propia alabanza. En honor de la verdad confesaré que yo mismo le oía con gusto, pues no negaré que era un excelente narrador, que sabía combinar hábilmente los golpes de efecto; aunque pocas veces le demostraba mi satisfacción.

Como, por el momento, no respondí a su pregunta, tomó mi silencio por aprobación y empezó su relato, que duró más de una hora, y en él me dio una nueva prueba de sus brillantes facultades oratorias, que lograron conmovernos con los tristes episodios del asesinato de nuestro pobre compañero de viaje, y de la invasión de la peste. Aunque la narración fue larga, el orador consiguió que ni por un momento decayera la atención de sus oyentes. Terminado el relato, aún le añadió las siguientes frases.

—Ya veis que, a pesar de todo, no nos hemos dejado vencer por los enemigos ni por la peste. Alá nos ha guardado para que podamos llevar a cabo nuevas y famosas hazañas, que quizás os contaré algún día, si es que queréis prestar oído a mis palabras. Por ahora me limitaré a deciros que nos proponemos recorrer la Persia para aumentar la gloria que desde hace mucho tiempo rodea nuestro nombre. Una vez allí, estamos dispuestos a luchar con todo el ejército de que disponga el soberano de aquel país. Con sólo que nos miren de reajo nuestro valor no deja lugar a dudas de que lo suprimiremos de raíz del haz de la tierra. Lo que haremos después, es decir, si dirigiremos nuestros caballos hacia América o Australia, es un profundo secreto que de ningún modo podemos revelar. Pero ya llegará hasta vosotros el ruido de nuestras hazañas antes de que demos la vuelta, puesto que la tierra es redonda, a las tiendas de mis fieros Haddedihnes. Hasta entonces, Alá os conserve sanas las fuerzas del cuerpo y del alma, para que podáis oír mi relato con la misma admiración con que ahora habéis escuchado mis palabras.

Después de esta ampulosa conclusión, cargó de nuevo la pipa y se puso a fumar, muy satisfecho de que ninguna inoportuna interrupción hubiese venido a disminuir la brillantez de su discurso. El *onbaschi* demostraba su entusiasmo por medio de

profundos e irregulares gruñidos. El exceso de su admiración parecía haberlo privado de la palabra. Su amo parecía tomar la cosa con más calma y dijo:

—En realidad habéis sufrido pruebas muy duras y, justamente por eso, no comprendo el interés que os guía a visitar de nuevo esos lugares. Yo, por ejemplo, a menos de que me obligaran a ello, no quisiera volver a hallarme en Birs Nimrud.

—Así pensarás tú —replicó Halef—, pero nosotros somos muy distintos, Si nos hubieran pasado las aventuras que a ti y a tu servidor os han acaecido, en los próximos días hubiésemos vuelto para destruir aquel nido e igualar la tierra sobre él para siempre.

—¿Destruir la poderosa Birs Nimrud?

—¿Por qué no? ¿Acaso nos crees incapaces de ello? Además, nosotros no habríamos necesitado hacerlo, pues no habiéndonos dejado encerrar, no hubiéramos necesitado prestar juramento alguno ni escribir cartas órdenes.

—Eso lo dices porque no te hallaste en nuestra situación.

—Lo que has contestado sólo demuestra que no conoces a mi *Effendi* ni a mí. ¿Qué hubiera podido hacer frente a nosotros ese *Safir* de quien tanto hablas? Si éste hubiera sido doblemente sagaz, fuerte y valiente ¿de qué le hubiera servido junto al valor, fuerza y sagacidad de mi *Sidi* y no digo nada de los míos? Nos las hemos habido con enemigos de mucha más talla que la de esos miserables persas. No quisiera más sino que nos encerraran a nosotros en la tan cacareada Birs Nimrud. Ya veríais qué pronto nos libertábamos apresando a nuestros enemigos con nuestra burlona sonrisa.

El jeque no calculaba que estas palabras eran ofensivas para el veterano militar. Tampoco advirtió que muy en breve su fanfarronada se convertiría en realidad. Con gran satisfacción por mi parte en la respuesta del viejo no hubo el más leve síntoma de animosidad.

—¡Alá os preserve de veros nunca en semejante situación! El hombre más listo y fuerte, nada puede hacer cuando está atado. Y vuestros enemigos ¡ah!, ¿no queréis decirme quiénes son?

—Sí, ya lo sabrás y te sorprenderás no poco, cuando te expliquemos con qué astucia y habilidad hemos logrado zafarnos de sus uñas. ¿Quieres referirlo, *Sidi*?

—No —contesté.

—Tienes razón, *Sidi* —dijo Halef con un ademán de aprobación—. Para contar semejantes hechos se necesita poseer la voz infatigable, la lengua movible y la agudeza del entendimiento necesaria, para llegar a las propias raíces de la comprensión del que escucha, al mismo tiempo que el difícil arte de empezar y concluir donde se deba hacerlo. Ese arte y esos dones son muy pocos los que los poseen y por eso vemos a cada paso que la aventura más interesante se convierte en insípida conseja, del mismo modo que de una recia tela puede hacerse una silla tan incómoda que nadie puede cabalgar sobre ella. Dicho esto reclamo vuestra atención y empiezo.

Sin necesidad de decirlo, se comprende que el jeque relató nuestro encuentro con el *Padar i Baharat* con varios episodios que sólo existieron en su imaginación y también había que dar por descontado el que menudearan los elogios en mi favor, aunque menos ampulosos que los que se prodigó a sí mismo.

En estos casos acostumbraba a presentarse como mi consejero y salvador. Tampoco faltaron en su relato incidentes tan cómicos que para demostrarle mi gratitud por la diversión que me proporcionaron, le dejé hablar sin interrumpirle hasta que terminó. Por vía de colofón añadió dirigiéndose al *Bimbaschi*:

—Conque ya ves lo que hemos hecho nosotros dos solos, con los tres asesinos, con su cómplice y hasta con la esposa de este último. A nosotros querían matarnos, mientras que de tu relato se desprende que tus enemigos se contentaban con tu dinero y con inmovilizarte mediante un juramento. Ya ves que nos hemos hallado en más grave peligro que tú. Vosotros habéis caído tontamente en el lazo, pero nosotros hemos visto a tiempo la trampa que nos preparaban; la hemos cerrado para abrir otra en la que han caído nuestros perseguidores. ¿No hemos obrado con ingenio? ¡Cómo les han sentado mi látigo! Te aseguro que uno como el mío es verdaderamente un arma inapreciable. No hay miedo de que lo olvide en nuestra próxima visita a Birs Nimrud. Si hubierais llevado uno, la suerte habría cambiado y hubieseis regresado libres y contentos.

El *Bimbaschi* no impugnó esta afirmación y, volviéndose hacia mí, me preguntó:

—¿Crees tú, *Effendi*, que esos persas te buscarán en Bagdad?

—Si es que han llegado hasta aquí, seguramente no dejarán de hacerlo — contesté.

—¿Y por eso quieres marcharte mañana?

—Sólo por eso, no, pues ya te he dicho que procuro evitarlos, pero que nos los temo. La verdadera razón es que no tengo nada que me retenga aquí.

—¿No te parece mi ruego razón bastante?

—No, porque ya te he dicho que volvemos pronto. Entonces tendremos motivo para detenernos por más tiempo, pues dejaremos atrás una ruda jornada que nos obligará a descansar.

—Entonces no quiero molestarte más, y sólo te ruego que, a tu regreso, vengas directamente a hospedarte en mi casa y de nuevo te reitero mi anterior súplica.

—¿Cuál?

—No des ningún paso en Birs Nimrud que pueda perjudicarme. No hagas recaer sobre mí ninguna sospecha de que te he comunicado lo que sucedió allí.

—Ya te he dicho que accedo a tu ruego y puedes estar tranquilo, pues sé cumplir mi palabra.

En principio, sólo tenía el propósito de visitar los lugares de que tan tristes recuerdos guardábamos, pero diré con franqueza que el relato del veterano me hizo tomar la decisión de conceder a Birs Nimrud mucha más atención de lo que hubiera hecho sin esta causa. Bien sabía yo que, tiempo atrás, se habló de que allí existían

subterráneos que la arqueología trató de descubrir, renunciando a ello, después de varios e infructuosos ensayos. Los misteriosos subterráneos en que estuvo el polaco despertaban en mi un vivísimo interés y mucho más porque tenía el plano de ellos en el bolsillo. Estaba resuelto a llevar a cabo cuantas investigaciones pudiera, pero nada le dije acerca de mi propósito, ya que estaba decidido a no decir ni hacer nada que pudiera causarle la más ligera molestia.

Ninguno insistió en pasar la noche en vela. Por consiguiente, poco después de medianoche, dimos un pequeño paseo a los caballos y nos echamos a dormir.

FIN

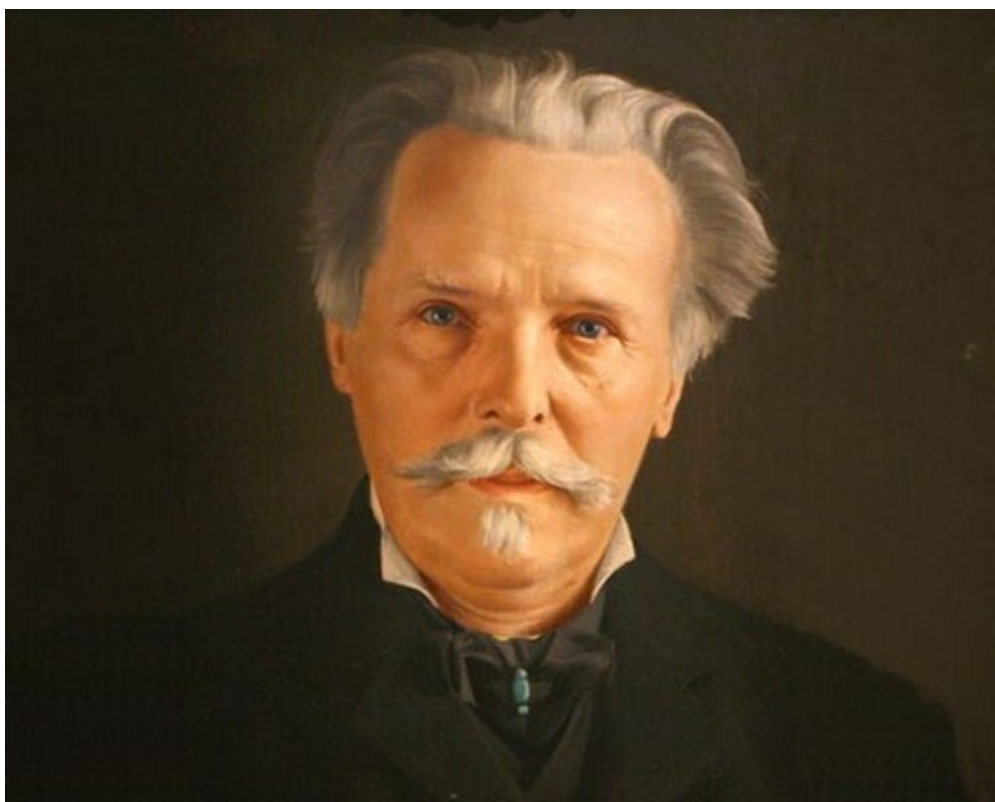
COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA II»

Por tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsí, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio otomano en plena decadencia.

Los libros que forman esta serie fueron publicados en España siguiendo el criterio de la editorial, que incluyó en la serie Por tierras del Profeta II estos ocho libros, que en la versión original alemana conforman la serie En el reino de los leones plateados (*Im reiche des silbernen lowen*).

Por tierras del Profeta II

0. *En guerra con los comanches (Im Krieg mit den Komantschen)*. Este libro también es el número 1 de la siguiente serie del autor: En el reino de los leones plateados (*Im reiche des silbernen lowen*).
1. *Los bandoleros persas (Die persischen Banditen)*.
2. *Los contrabandistas de especias (Gewürzschmuggler)*.
3. *La cristiana de la torre (Die Christin des Turms)*.
4. *El valle de la paz (Das Tal des Friedens)*.
5. *El jefe de los Kalhuran (Der Scheich der Kalhuran.)*
6. *Traición en Oriente (Verrat im Orient)*.
7. *La aniquilación de las sombras (Die Vernichtung der Schatten)*.



KARL «FRIEDERICH» MAY. (25 de febrero, 1842 - 30 marzo, 1912) fue un escritor alemán muy popular durante el siglo xx. Es conocido principalmente por sus novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste (con sus personajes Winnetou y Old Shatterhand) y en Oriente (con sus personajes Kara Ben Nemsí y Hachí Halef Omar).

Otros trabajos suyos están ambientados en Alemania, China y Sudamérica. También escribió poesía, una obra de teatro y compuso música (tocaba con gran nivel múltiples instrumentos). Muchos de sus trabajos fueron adaptados en series, películas, obras de teatro, audio dramas y cómics.

Escritor con gran imaginación, May nunca visitó los exóticos escenarios de sus novelas hasta el final de su vida, punto en el que la ficción y la realidad se mezclaron en sus novelas, dando lugar a un cambio completo en su obra (protagonista y autor se superponen, como en «La casa de la muerte»).

NOTAS

[1] Europeo. <<

[2] Alemania. <<

[3] ¡Qué alegría, qué alegría, Alá sea bendito! <<

[4] Señor. <<

[5] Mellas. <<

[6] Dios te conserve. <<

[7] Jugo de dátiles. <<

[8] Bolsa montada sobre pellejos inflados. <<

[9] Padre de la sangre. <<

[10] Fuente. <<

[11] Padre de la cólera. <<

[12] Fuente de la dulzura. <<

[13] Fuente de la gratitud. <<

[14] León de la sangrienta venganza. <<

[15] Perro. <<

[16] Plataforma de suelo pedregoso. <<

[17] Fuente fresca. <<

[18] Valle verde. <<

[19] Padre de la sangre. <<

[20] León. <<

[21] El oscuro. <<

[22] Rayo. <<

[23] Isla. Territorio comprendido entre el Éufrates y el Tigris. <<

[24] Secta mahometana. <<

[25] Requesón. <<

[26] 800 marcos. <<

[27] Padre de las especias. <<

[28] Sombra del Azafrán. <<

[29] El *Sha* de Persia. <<

[30] Príncipe de las Sombras. <<

[31] Padres. <<

[32] Coraza. <<

[33] Padre del trueno. <<

[34] Madre de la fetidez. <<

[35] Sombra. <<

[36] Príncipe de las Sombras. <<

[37] Puerta. <<

[38] Dueño de un café. <<

[39] Dos libras. <<

[40] Comandante. <<

[41] Rosa de Schiraz. <<

[42] Mil cuentos. <<

[43] Feliz. <<

[44] Dicha. <<

[45] Diamante. <<

[46] Gran Sacerdote del Mahometismo. <<

[47] Claustro de la Luna. <<

[48] Literalmente, tejido de pluma. <<

[49] Cabras de Angora. <<

[50] Chogrin. <<

[51] Puercoespines. <<

[52] Polonia. Polonia. <<